WARHAMMER 40,000

MARTILLO DE DEMONIOS

BEN COUNTER



Después de que las fuerzas imperiales sufrieran una aplastante derrota a manos del Caos, Alaric, el caballero gris, es capturado y llevado a un mundo demoníaco en el Ojo del Terror. Desprovisto de su armadura y de sus armas, se ve obligado a luchar como gladiador para sus señores, quienes adoran al dios Khorne.

Sólo podrá escapar si encuentra un arma legendaria con el poder suficiente como para destruir a las fuerzas del Caos que lo mantienen prisionero. Obligado a someterse a la voluntad del Dios de la Sangre y a convertirse en un verdadero monstruo, deberá combatir mutantes, xenos, guerreros del Caos y al terrible Duque Venalitor para poder liberarse del yugo de sus captores.



Ben Counter

Martillo de demonios

Warhammer 40000. Los Caballeros Grises 03

ePub r1.0
epublector 16.09.14



Título original: *Hammer of Daemons*
Ben Counter, 2008
Traducción: Traducciones Imposibles S. L.

Editor digital: epublector
ePub base r1.1





Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

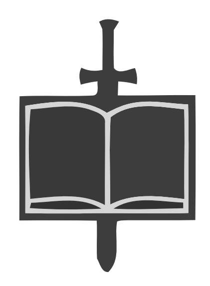
En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aun peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



UNO

El suelo y los muros del búnker médico estaban pintados de color verde, por lo que la sangre que goteaba de las camillas parecía formar charcos de agua oscura.

—Está en la parte de atrás —dijo la médico. Tenía el rostro sombrío y cansado, pero mantenía los ojos alerta.

—Debemos darnos prisa —declaró el coronel Dal'Tharken.

La mujer guio al coronel entre las hileras de camillas sobre las que se retorcían hombres semiinconscientes a causa de los sedantes; muchos se contraían de dolor mientras los médicos les trataban las heridas. Conforme el coronel pasaba a su lado, algunos conseguían inclinar la cabeza o incluso hacer un saludo; él les devolvía el gesto con la mirada. Sin embargo, casi todos los que aún estaban conscientes fijaron la vista en el hombre que seguía al coronel. Se trataba de una figura enorme con una armadura de color gris plomizo, una visión que los soldados de Hathran jamás habían contemplado antes de llegar a aquel mundo. De hecho, muy pocos de ellos habían visto tan de cerca a alguien así. Su presencia parecía ocupar el poco espacio libre que quedaba en el búnker.

—Tres de ellos consiguieron llegar —continuó la médico mientras lanzaba una mirada de curiosidad a la enorme figura que caminaba detrás del coronel—. Uno ha sobrevivido pero hemos tenido que quemar a los

otros dos. —Hablaba con un tono conciso y eficiente, como si toda la compasión que una vez pudo albergar, se hubiera desvanecido.

El coronel Dal'Tharken ni siquiera se molestó en preguntar por el estado del herido. En la parte trasera del búnker había una última hilera de camillas protegidas por una malla contra insectos, inútil en el clima ártico de Sarthis Majoris pero suficiente para crear una barrera entre los que se estaban recuperando y los gemidos de los heridos más graves, aquellos que aún no se habían dado cuenta de que ya estaban muertos. El único superviviente de la patrulla iba a morir, y pronto.

—Por si sirve de algo, debo decirle que no está en condiciones de hablar —continuó la mujer.

—¿Está consciente?

—A ratos.

—Eso será suficiente.

La medico apartó la gasa que cubría una de las camas. Un fuerte olor a carne y a pelo chamuscados se apropió del ambiente.

—Maldito sea el Trono Dorado —soltó el soldado que yacía en la cama —. Debo de estar muy mal.

—¿Soldado Slohane?

—Sí, señor.

—Coronel Dal'Tharken.

—Disculpe que no lo salude, señor.

El soldado Slohane había perdido prácticamente toda la mandíbula inferior, que los médicos habían sustituido por una prótesis temporal que apenas le permitía hablar. La mitad de su rostro estaba en carne viva. Los facultativos le habían desgarrado la ropa reglamentaria para descubrir una enorme herida que le había destrozado el pecho. Se la habían cubierto con una capa transparente de gelopiel para intentar detener la hemorragia, pero ésta era demasiado grave como para poder salvarlo. La sangre había empapado la camilla y goteaba sobre el suelo. Aunque sus órganos resistieran, Slohane había perdido tanta sangre que era imposible que sobreviviera.

Los ojos del soldado se fijaron en la figura que había detrás del coronel. Le resultaba casi imposible enfocar la visión, como si los muros del búnker fueran demasiado pequeños para contener aquella enorme silueta. Slohane consiguió esbozar una sonrisa con lo poco que le quedaba de la boca.

—Usted… Jamás imaginé que llegaría a ver a uno de ustedes en persona, un marine espacial… Cuando… cuando era niño pensaba que no eran más que una leyenda.

El juez Alaric dio un paso adelante. Con la servoarmadura era el doble de grande que cualquier hombre normal. Se trataba de una armadura de acero ornamentado decorada con textos devotos tallados en letras doradas. En una de las dos enormes hombreras lucía un escudo heráldico negro y rojo con una única y rutilante estrella. La otra hombrera estaba decorada con el símbolo del libro y la espada. En aquel momento, Alaric no llevaba el casco, y su rostro parecía casi demasiado humano para el tamaño y la ornamentación de la armadura, incluso a pesar de las numerosas cicatrices y de la placa de metal que le cubría la frente. En una mano empuñaba la alabarda, un arma tan grande que la punta de la hoja arañaba el techo del búnker. En la otra llevaba un bólter de asalto de cañón doble montado sobre el antebrazo de la armadura.

—Olvídese de las leyendas —replicó Alaric con un tono desabrido—. Estamos aquí por la misma razón que ustedes, para salvar este mundo.

—¿Qué es lo que han visto, soldado? —preguntó el coronel.

Slohane se arqueó ligeramente y comenzó a toser. La masa viscosa de los pulmones era visible a través de la enorme herida que tenía en el pecho.

—Salimos seis de nosotros. El capitán dijo que nos dirigíamos… hacia la ruta sur y que debíamos alcanzar las colinas antes del anochecer. Debió de haberse producido una avalancha el día anterior; la ruta estaba bloqueada y tuvimos que rodear la Colina Blanca. —Slohane miró al coronel—. Debimos haber dado la vuelta.

La médico cogió una serie de lectura que acababan de salir del cogitador de monitorización. Acto seguido miró al coronel; los signos vitales indicaban que a Slohane le quedaba poco tiempo.

—Continúe, soldado —lo apremió Dal'Tharken.

—De pronto… empezaron a salir del suelo —siguió Slohane. Tenía la mirada perdida en el techo, su mente estaba demasiado confusa como para concentrarse en algo real—. Infinidad de rostros y manos… Empezaron a gritar, hubo disparos. El capitán murió. Tuvimos que abandonarlo allí, derritiéndose sobre el suelo. Tollen perdió los nervios y comenzó a disparar, yo salí corriendo, señor, escapé de allí tan rápido como pude.

—¿Y qué ocurrió después?

—Corrí hacia la cresta de la colina. Era como si estuviera ardiendo, esas cosas negras avanzaban por la nieve detrás de mí. Cuando llegué a la cima, seguí disparando. El maldito láser estaba al rojo vivo. Acto seguido empecé a descender por el otro lado tan rápido como pude. Tan sólo miré atrás una única vez.

Alaric se colocó junto al coronel y se agachó para quedar a la altura de un hombre normal.

—¿Qué es lo que vio?

La mirada de Slohane se perdió en el vacío y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Había millones de ellos —afirmó—. Millones, subiendo por una de las caras de la Colina Blanca.

—¿Hombres? —preguntó Alaric.

—Hombres —asintió Slohane—, y seres. Seres enormes, monstruos. Esperando como animales a las puertas del matadero. Entonces, las nubes se dispersaron y pude ver la luz de las estrellas; todo el valle estaba cubierto de sangre. Los arroyos de las montañas se habían descongelado y descendían como ríos de color rojo. Los oía gritar. Aquel lenguaje no era humano. Eran palabras salidas directamente de la disformidad.

—¿Tenían artillería? —preguntó el coronel—. ¿Armaduras?

—No lo sé —contestó Slohane—. Pero también había monstruos en el aire, seres alados. Y una torre… de la que salía una luz roja… Él también estaba allí, como un rey.

—¿Quién? —preguntó Alaric mientras inclinaba la cabeza para ponerse directamente frente a Slohane—. ¿A quién vio?

Slohane intentó contestar, pero sus palabras se convirtieron en un grito de dolor. Una lágrima de sangre brotó del único ojo que le quedaba. La médico dejó las lecturas con los signos vitales y comenzó a accionar los controles del monitor.

—Está inconsciente —les informó—. Está perdiendo más sangre de la que podemos transfundirle. No podrá obtener más información de este hombre.

—La Colina Blanca —dijo el coronel Dal'Tharken—. Justo delante de nuestras malditas narices.

—Sabíamos que eso ocurriría —manifestó Alaric.

—Por desgracia sí. —El coronel Dal'Tharken se volvió hacia la médico y señaló en dirección al cuerpo del soldado, que no dejaba de convulsionarse —. Quémenlo a él también.

—Sí, señor —contestó.

* * *

Alaric se reunió con el resto de la escuadra en la fortificación que se alzaba sobre el búnker médico. Aquella noche estaba siendo más fría de lo habitual y las almenas de rococemento estaban cubiertas de hielo. Pequeñas nubes de vapor emanaban de los refugios de vigía y de los nidos de artillería. Los soldados de Hathran intentaban mantenerse calientes agazapados bajo sus abrigos. Los caballeros grises habían montado guardia a la derecha de aquella línea defensiva, donde el muro del búnker médico llegaba hasta la ladera helada de la montaña. Las demás líneas, que se extendían a lo largo del paso montañoso, estaban controladas por los soldados de Hathran, que aún miraban asombrados a los caballeros grises. Ninguno de ellos sabía exactamente quiénes eran, pero todos habían oído hablar de los marines espaciales, los salvadores de la humanidad, los mejores soldados de la galaxia. Un marine espacial era todo un símbolo del Imperio, un recordatorio de aquello por lo que luchaban.

—¿Alguna noticia, juez? —preguntó el hermano Hualvarn mientras Alaric caminaba con dificultad en medio de la helada que la noche había traído consigo.

—Ya falta poco —contestó Alaric.

—Bien —gruñó el hermano Dvorn.

Dvorn y Hualvarn habían luchado junto a Alaric desde que obtuvo el rango de juez. Si bien Hualvarn era un líder nato, Dvorn era un auténtico guerrero, su arma némesis era un martillo, un tipo de arma muy poco convencional que encajaba a la perfección con la brutalidad del hermano Dvorn. Alaric estaba agradecido de poder contar con ellos en Sarthis Majoris. Y si el testimonio de Slohane tenía algo de cierto, muy pronto iba a necesitar su ayuda.

—¿Sabemos a qué nos enfrentamos? —preguntó el hermano Visical.

—Aún no —contestó Alaric.

—Estoy ansioso por saber de qué se trata —dijo Dvorn.

—No seas demasiado impaciente —le replicó Alaric—. No es bueno. El enemigo debe de haber estado concentrando tropas desde que desembarcamos en este planeta. Según parece, ahora mismo se están concentrando en la Colina Blanca. En estos momentos, el coronel está movilizando a todos los soldados operativos. Falta muy poco. El enemigo no podrá mantener a punto una fuerza tan grande durante mucho tiempo.

—¿Cree que la línea resistirá? —preguntó el hermano Thane. Tanto Thane como Visical habían sido destinados a la escuadra de Alaric para cubrir las bajas sufridas en Chaeroneia.

—Eso no depende de nosotros —respondió Alaric con semblante grave —, sino de la caballería de Hathran. Nosotros les enseñaremos cómo defenderse y lideraremos sus oraciones, pero son ellos quienes soportarán el peso de la batalla.

—No si nosotros llegamos primero —apuntó Visical, esbozando una leve sonrisa. Mientras que Thane había obtenido recientemente la armadura de caballero gris, Visical era todo un veterano. Los guanteletes del marine espacial estaban permanentemente ennegrecidos a causa de las llamas del

incinerador, a pesar de que, supuestamente, los ritos de combate debían mantenerlos impolutos—. Así les enseñaremos cómo se hace.

Dvorn asintió con la cabeza como signo de aprobación. Algunos hombres simplemente luchaban así, y Alaric lo sabía; eran capaces de apartar de su mente la posibilidad del fracaso y confiar en su entrenamiento y en su determinación para salir victoriosos. Después de todo, eran caballeros grises, probablemente los mejores guerreros del Imperio, aunque Alaric no podía pensar como ellos.

—Thane, lidera las oraciones —le ordenó Alaric—. Nuestros cuerpos están preparados, pero nuestras almas también deben estarlo.

De pronto, un sonido llegó hasta los oídos del caballero gris. Las voces de la Guardia Imperial, graves y acongojadas, se alzaron como un canto fúnebre entonado por los hijos de Hathran.



Parecía que el destino había decidido colocar Sarthis Majoris en el camino de la más terrible incursión del Caos desde los tiempos de la Herejía de Horus. Liderada por los paladines de los Dioses del Caos, la Decimotercera Cruzada Negra había emergido de una tormenta de disformidad conocida como el Ojo del Terror. Las primeras campañas cayeron sobre Cadia, y ejércitos imperiales enteros fueron aniquilados al intentar detener la incursión. Sólo el enorme sacrificio de la Armada Imperial pudo impedir que la Cruzada Negra alcanzara el corazón del Segmentum Solar. La Inquisición se vio obligada a tomar decisiones terribles, decisiones que ni siquiera los generales más curtidos habrían podido soportar: reducir a cenizas regimientos enteros tras haber presenciado los expolios perpetrados por el enemigo, sacrificar mundos sólo para detener el avance de las hordas del Caos, traicionar sin cesar a millones de ciudadanos temerosos del Emperador con el único fin de mantener encendida una mínima luz de

esperanza. Todo el norte de la galaxia se había movilizado para proteger el corazón del Imperio del avance de la Cruzada Negra.

El Caos siempre significaba demonios. El Ordo Malleus, la rama más misteriosa y beligerante de la Inquisición Imperial, había destinado al Ojo del Terror una cantidad de recursos sin precedentes. Compañías enteras de caballeros grises habían sido enviadas a la zona. El Ojo del Terror requería la práctica totalidad de los cazadores de demonios del Imperio, y con mucha frecuencia los guerreros salían de allí mutilados, dementes o muertos. Pero aun así seguían luchando, pues eso es lo que significaba ser humano: seguir luchando aunque cualquier hombre en su sano juicio supiera que aquella guerra jamás se podría ganar.

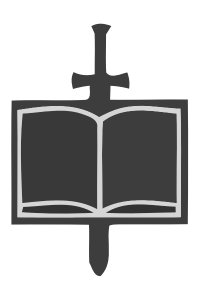
Sarthis Majoris proporcionaba combustible a la Armada Imperial. Sus numerosas refinerías transformaban los sedimentos radioactivos de la corteza del planeta en la sangre que daba vida a la flota del Imperio. Quizá fuera ésa la razón por la que una armada de navíos del Caos, un puñado de arcaicas naves con forma de dagas viejas y oxidadas, había sido enviada para hacerse con el control del planeta. O quizá fuera porque los millones de colonos que residían en las ciudades refinería constituían un sacrificio muy tentador para los Dioses Oscuros. Fuera como fuere, si el Caos se hacía con el poder de Sarthis Majoris, el ruido de los motores de la flota imperial quedaría silenciado para siempre, y docenas de naves del Caos conseguirían atravesar las defensas del Imperio.

La caballería acorazada de Hathran estaba lo suficientemente cerca como para llegar a Sarthis Majoris poco después de que las tropas del Caos desembarcaran en las inmediaciones del polo sur. Las primeras reuniones estratégicas informaron de que si las tropas del Caos seguían avanzando en dirección norte, ambos ejércitos entrarían en contacto en el paso helado de las montañas Reliqus. Una vez en esa zona no habría manera de saber cuál de las ciudades refinería sería la primera en ser sacrificada. Había que defender aquel paso a toda costa, ése era el deber de la caballería de Hathran.

Los comandantes imperiales habían solicitado ayuda a todos los emplazamientos cercanos para intentar expulsar al enemigo de Sarthis

Majoris. El Ordo Malleus recibió sus peticiones y llevó a cabo diversas adivinaciones astropáticas que confirmaron la presencia de demonios entre las hordas del Caos que habían aterrizado sobre el planeta. En una galaxia perfecta, el Malleus habría enviado ejércitos enteros de marines espaciales y cazadores de demonios para plantar cara a las fuerzas del Caos, pero la galaxia distaba mucho de ser perfecta, y todas esas legiones, junto con sus inquisidores, estaban desperdigadas por los miles de mundos que se encontraban bajo la amenaza de la Cruzada Negra.

La aportación inquisitorial a la defensa de Sarthis Majoris estaba representada por el juez Alaric y por una escuadra de cuatro caballeros grises.



DOS

—¡Detecto movimiento! —gritó uno de los centinelas—. ¡A unos dos kilómetros hacia el oeste!

Los soldados de Hathran que estaban junto al muro corrieron a ocupar sus puestos escudriñando el horizonte bajo la claridad del amanecer. La luz descendía por las laderas del valle formando una película fina y acuosa que tiñó el hielo de los altísimos picos con un brillo dorado. Hacia el sur, el fondo del valle seguía sumido en la oscuridad agonizante de la noche.

—Ya los veo —dijo el oficial al mando desde el puesto de vigía.

Había extraído unos prismáticos del bolsillo del abrigo y ahora observaba la superficie del valle. Pudo ver unas figuras moviéndose entre las sombras, retorciéndose sobre la ladera de la montaña. Ningún humano podría moverse de esa manera, especialmente si iba casi desnudo y protegido tan sólo por su propia piel andrajosa.

—¿Se acerca el momento? —preguntó un auxiliar de artillería que se apoyaba sobre el cañón automático.

—Puede que éste sea otro gran sacrificio —dijo otro.

Casi todos los soldados de Hathran pensaban que los ataques del Caos sufridos hasta aquel momento no habían sido más que sacrificios de cultistas y mutantes, enviados a morir bajo el poder de las armas imperiales con el único fin de llenar todo aquel valle de sangre y satisfacer así a los

Dioses del Caos. Unos pocos, de manera más prosaica, pensaban que la intención del enemigo era agotar la munición de las tropas de Hathran. Sin embargo, todos ellos estaban convencidos de que se avecinaba un ataque; entre la tropa se había extendido el rumor de que una enorme fuerza del Caos se estaba agrupando en la Colina Blanca.

—¡A las armas! ¡Todo el mundo a sus puestos! —gritaron los oficiales.

Los soldados comenzaron a apostarse entre las almenas. Los pocos que aún estaban durmiendo saltaron de las literas y emergieron a la fría luz del amanecer al tiempo que se cubrían el rostro con las bufandas. Su aliento formaba unas densas nubes de vapor que se alzaban sobre las almenas.

Hasta aquel momento, todos los ataques se habían producido de noche. El enemigo había lanzado contra ellos a miles y miles de hombres. Era más fácil llamarlos simplemente «hombres». Los oficiales, por el contrario, se referían a ellos como «cultistas», un término muy útil para referirse a los mutantes, herejes y dementes que formaban el grueso de las fuerzas del Caos. Los cuerpos sin vida de esos enemigos, rígidos y helados, aparecían como manchas de color rojo oscuro semienterradas por las últimas nevadas. Algunos de aquellos cadáveres eran de seres enloquecidos que murieron gritando y maldiciendo en lenguas infrahumanas. Otros no eran más que figuras retorcidas que en algún tiempo lejano fueron seres humanos, antes de que les arrancaran la piel y la volvieran a colocar hecha jirones sobre sus cuerpos húmedos y rojizos. Algunos incluso consiguieron llegar hasta los muros; los heridos del búnker médico y el montón de cuerpos apilados en el flanco norte de la fortificación daban cuenta de ello.

Varios de los ataques habían venido precedidos por un relámpago carmesí caído del cielo, un destello que convertía a los hombres en un montón de carne chamuscada. En ocasiones, los propios soldados de Hathran perdían la cordura y comenzaban a matar a sus camaradas. Nadie sabía si se trataba de algún tipo de hechicería o si simplemente era la psicosis del combate. Muchas de las patrullas enviadas para localizar el enemigo no regresaron jamás; en el mejor de los casos, alguno de sus miembros había conseguido arrastrarse de vuelta a la fortaleza, quemado, mutilado o pérdida la razón. El enemigo quería a las tropas de Hathran

abatidas y agotadas, quería que se postraran de rodillas, quería que los hombres quedaran exhaustos y las armas inservibles.

Ya había habido suficientes muertes triviales. Ahora los dioses querían un espectáculo.

—¡Usted! —gritó el coronel Dal'Tharken al oficial que tenía más cerca mientras se encaminaba hacia el centro de mando—. ¡Envíe algunos hombres a ese puesto de artillería! ¡Y que los artilleros revisen el cañón! Ese maldito trasto se encasquilla cada tres disparos.

Los soldados corrían de un lado a otro para ocupar sus puestos, algunos de ellos se dirigían hacia los tanques cubiertos de hielo que aguardaban al final de la línea. Aquél era un regimiento de caballería, pero la mayor parte del combustible se había congelado en el interior de los motores de los tanques Leman Russ, y los pocos que aún estaban operativos permanecían semienterrados en el hielo, funcionando como cañones fijos.

—Coronel —lo llamó Alaric mientras se abría paso entre los soldados que se movían por las almenas—. ¿Dónde nos necesitan?

—Encarguense del flanco derecho —indicó el coronel. Lo cierto era que aquel oficial no tenía autoridad para dar órdenes a los caballeros grises, pues eran representantes directos de la Inquisición, pero en aquellos momentos, el protocolo era menos importante que el plan de combate—. Si consiguen colocar explosivos entre el búnker médico y la ladera del valle, podrían abrir una brecha. Ahí es donde tendrán que detenerlos. —Repentinamente, los rasgos de aquel hombre parecieron cobrar algo más de humanidad—. Buena suerte, juez —dijo. El coronel Dal'Tharken era uno de los pocos soldados de Hathran que tenía alguna idea de quiénes eran los Caballeros Grises y por qué estaban en Sarthis Majoris.

—El Emperador está con nosotros —contestó Alaric. Acto seguido se dio la vuelta y se dirigió hacia donde aguardaban sus hombres.

* * *

Los caballeros grises ya estaban en posición. El búnker médico, situado en el flanco derecho de la línea, estaba coronado por un conjunto de almenas que hacían que pareciera la mandíbula de un enorme dragón de piedra, aunque a pesar de su aspecto amenazante era el punto más débil de toda la fortificación. El enemigo, hostigado por el fuego de artillería de Hathran, buscaría refugio en aquella zona, y antes o después algún cultista lanzaría una carga de demolición o un puñado de granadas en el sitio adecuado, haciendo saltar el hielo por los aires y abriendo un orificio en el muro lo suficientemente grande como para que las tropas enemigas comenzaran a entrar. Entonces, la línea sería rodeada y todos aquellos que la defendían morirían sin remedio.

Pero los caballeros grises estaban allí. En lo que a los soldados de Hathran se refería, nada podría acabar con ellos mientras quedara un solo marine espacial con vida para luchar a su lado.

—No se trata de un sacrificio más —dijo el hermano Visical—. ¡Parece que están esperando!

—No por mucho tiempo —contestó Alaric—. El enemigo no es tan paciente. Atacarán aquí y ahora.

—Juez —intervino Thane—. Se trata del Dios de la Sangre, ¿verdad?

Alaric miró al miembro más joven de la escuadra. Thane estaba en lo cierto. Los símbolos, los cánticos, la desesperación demente de la muerte, la sangre; todo indicaba que la mano del Dios de la Sangre se había posado sobre Sarthis Majoris. Sin embargo, eran muchos los caballeros grises que habían encontrado la muerte por pensar que conocían a su enemigo lo suficiente, y Alaric estaba decidido a no ser uno de ellos.

—El Caos tiene infinidad de rostros —replicó Alaric—. No sabremos de cuál se trata hasta que lo miremos directamente a los ojos.

—Blindados —anunció Hualvarn mientras señalaba hacia la oscuridad que aún cubría el extremo sur del valle. La gélida luz del sol empezaba a bañar las crestas cubiertas de nieve. Cuando Alaric miró hacia donde Hualvarn señalaba, vio varios vehículos corroídos y cubiertos de tentáculos que avanzaban entre la oscuridad agonizante como antiguas criaturas abisales.

—Ha llegado el momento —dijo Alaric—. ¿Thane?

—«Yo soy el martillo —comenzó a recitar el hermano Thane. En la escuadra de Alaric eran los reclutas más jóvenes los que lideraban las oraciones—. Soy la punta de Su lanza, soy el guante que protege Su mano…»

El murmullo de la oración comenzó a mezclarse con el silbido del viento que azotaba las líneas imperiales. Los soldados de Hathran también empezaron a recitar las viejas oraciones de guerra de su tierra natal, un mundo de interminables praderas y cielos violeta.

Como respuesta a esas voces, el cielo que se alzaba sobre sus cabezas se tiñó de púrpura, después se volvió negro y más tarde carmesí. Las nubes, empapadas de sangre, se apostaron sobre el valle inundándolo con un resplandor rojo oscuro, el color de la sangre seca. Los picos de las montañas parecían haberse vuelto escarlata. De pronto se produjo un brillante destello y, por un instante, Alaric pudo ver el extremo sur del valle: había marañas de miembros retorcidos, extraños artefactos que parecían arañas de metal oxidado y una enorme torre hecha de sangre helada sobre la que se alzaba una figura con armadura. A pesar de lo fugaz, aquella visión transmitió una idea de lo infinito y arrogante del mal que albergaba.

Incluso el viento cambió de dirección. Comenzó a azotar las almenas con fuerza, llevando consigo palabras pronunciadas en una lengua que abrasaba los oídos.

—Están rezando —apuntó Hualvarn.

—Eso no es una oración —contestó Dvorn con un tono sombrío—. Es una súplica. Quieren que su dios los vea morir.

Las oraciones de los soldados de Hathran se alzaron para contrarrestar el murmullo de los herejes. La voz de Thane también comenzó a oírse más y más alto a medida que el viento golpeaba las líneas imperiales con las blasfemias emitidas por el enemigo. El aire ya no estaba tan frío, apestaba a sudor y a sangre seca, mientras la oscuridad moría poco a poco.

La horda del Caos contaba con miles y miles de efectivos. Seres deformes y dementes, muchos de ellos protegidos solamente por sus repugnantes pieles. Algunos portaban armas o cuchillos mientras que otros blandían los ensangrentados huesos de sus dedos afilados como navajas. Alaric pudo ver

una máquina de guerra que se movía entre las tropas enemigas. Un armazón oxidado que se apoyaba sobre cuatro patas y caminaba por la nieve como una enorme araña metálica. Sobre la masa que formaban las tropas se alzaba una serie de estandartes con cráneos pintados sobre jirones de piel desgarrada y decorados con oraciones escritas con sangre. También había mutantes, criaturas el doble de altas que una persona normal que avanzaban a la cabeza. De sus torsos sobresalían puntas de acero de las que pendían las cabezas y las manos de los soldados de Hathran que habían masacrado. Aquellos trofeos andantes se movían como ganado, hostigados por los cultistas que los controlaban.

La sangre que manaba de los miles de cortes que aquellos seres se infligían a sí mismos formaba ríos que discurrían por las laderas del valle. Era como si toda la garganta fuera una herida enorme y sanguinolenta, como si aquel ejército del Caos quisiera ahogar en sangre a los soldados de Hathran hasta hacerles perder la cabeza. El sol de Sarthis Majoris luchaba por abrirse paso entre las nubes, librando su propia batalla contra un cielo salpicado de criaturas aladas que volaban en círculos.

—«Nosotros somos Su escudo y Él es nuestra armadura —continuó Thane—. Nosotros somos Su voz y Él es el fuego que alimenta nuestra devoción. Nosotros luchamos Sus batallas así como Él luchará la batalla del final de los tiempos, y será entonces cuando nos unamos a Él, pues el deber no termina con la muerte».

Los soldados de Hathran estaban tomando posiciones de disparo a lo largo de toda la línea. Los artilleros hicieron girar el cañón para apuntar directamente hacia el grueso de la horda enemiga; infinidad de carámbanos de hielo comenzaron a desprenderse de la enorme pieza de artillería.

—¡Bengalas fuera! —gritó uno de los oficiales.

Acto seguido, varias bengalas fueron disparadas para aterrizar en la franja de terreno que separaba la línea imperial del ejército del Caos. Unas brillantes nubes de humo verde y rojo empezaron a diluirse en el aire, marcando el alcance máximo de los rifles láser e indicando el punto que ningún enemigo podría sobrepasar sin que cayera sobre él una densa lluvia de disparos.

Él cañón de batalla abrió luego. El retroceso hizo que la enorme pieza temblara sobre el afuste. Toda la fortaleza se estremeció. Placas enteras de hielo se desprendieron de las laderas de la montaña. A pesar de llevar ya varias semanas en el frente, los soldados de Hathran aún temblaban al oír aquel terrible sonido. Una enorme lengua de nieve grisácea y fragmentos de roca se abalanzó sobre las tropas enemigas, llevándose consigo un buen número de cuerpos y provocando una onda expansiva que derribó a numerosos cultistas. A pesar de todo, el enemigo siguió moviéndose cada vez más rápido; las líneas de vanguardia ya avanzaban casi a la carrera.

Alaric ocupó su puesto entre las almenas. El hermano Hualvarn estaba junto a él. Si Alaric caía, Hualvarn quedaría al mando de la escuadra, y el propio juez no podía pensar en nadie mejor para tener al lado en una batalla.

—Se están acercando —dijo—. Debemos impedir que sigan avanzando, tendremos que enfrentarnos a ellos cara a cara. Visical, eso significa que necesitaremos una gran potencia de fuego.

—Será todo un honor, señor —contestó Visical.

La llama de ignición del incinerador temblaba insistentemente, lista para inflamar el promethium que llenaba los depósitos del arma. Visical había bendecido el combustible aquella misma noche, y había suplicado al Emperador que manifestara Su voluntad a través de las llamas sagradas. El fuego quemaría la carne del enemigo, pero la fe le incendiaría el alma, y era precisamente la fe lo que constituía el arma reglamentaria de los Caballeros Grises.

Las tropas enemigas estaban cada vez más cerca. El hedor que las acompañaba era repugnante. En aquel momento, la torre de sangre congelada también se hizo visible, se estaba desdoblando como una enorme mandíbula para formar una escalinata. Un hombre enfundado en una armadura negra con ribetes rojos comenzó a descender por ella. Sostenía con ambas manos una enorme espada cuya hoja era tan alta como él. Se trataba de una figura noble y arrogante, con un rostro tan pálido y angulosamente hermoso que parecía tallado en el hielo más puro. Aquel guerrero era tan alto como un marine espacial, y lo rodeaba un aire de

crueldad y de supremacía que hacía que resultara difícil no arrodillarse ante él. La masa del ejercito del Caos se separó para abrirle paso, formando a su alrededor un cinturón de guerreros enormes con armaduras enrojecidas por el óxido. La torre aún estaba muy lejos del alcance de las armas láser; el refugio del señor del Caos se alzaba imponente como una atalaya sobre la horda enemiga.

—¿Puede verlo? —preguntó Hualvarn.

—Sí —contestó Alaric.

—Es demasiado para los soldados de Hathran —afirmó Dvorn—. Tendremos que ocuparnos nosotros.

—Por el momento, Dvorn, los ayudaremos a defender la posición.

Las tropas del Caos llegaron a la primera línea de bengalas. A esa distancia, Alaric podía distinguir los rostros de los enemigos, rostros deformados por las cicatrices y cubiertos de sangre, o simplemente tan llenos de odio que resultaba imposible percibir en ellos el más mínimo rasgo de humanidad.

—¡Fuego! —gritó el coronel.

De pronto, el espacio que separaba la fortificación de las tropas enemigas se cubrió de fuego láser. Las primeras líneas de cultistas quedaron diezmadas, los láseres imperiales cercenaron cientos de miembros y destrozaron cuerpos deformes. Pronto empezaron a aparecer columnas de vapor sobre los puntos en los que el hielo y la nieve comenzaban a derretirse. El estruendo era terrible, como si la realidad misma se estremeciera bajo aquella explosión de furia. El cañón de batalla abrió fuego de nuevo, pero esta vez el sonido de la detonación quedó ahogado por el estruendo de los miles de disparos láser. La explosión de humo y carne quemada que produjo entre las líneas enemigas no fue más que un signo de puntuación en medio de aquella matanza.

Alaric levantó su arma y abrió fuego. Los caballeros grises que estaban junto a él hicieron lo mismo. La puntería de los marines espaciales era excelente, estaban entrenados para seleccionar entre la confusión las cabezas y los torsos de los enemigos y lanzar sobre ellos una lluvia de proyectiles explosivos. Cada vez que un proyectil hacía blanco, estallaba en una

pequeña nube de sangre y de fragmentos de hueso. Alaric abrió fuego de nuevo, destrozando por completo a otro cultista. Los caballeros grises consiguieron abrir un enorme hueco en las líneas enemigas, y muy pronto los cultistas se vieron caminando sobre los cuerpos sin vida de sus camaradas.

Sin embargo, las líneas de vanguardia estaban pensadas para que fueran carne de cañón para la artillería imperial. La verdadera fuerza del ejército del Caos residía en las líneas que avanzaban detrás, de esta manera los soldados de Hathran se verían obligados a desperdiciar energías y munición matando a la escoria que avanzaba en primer lugar.

La marea enemiga estaba cada vez más cerca. El ritmo se volvió frenético, cada segundo cientos de dedos apretaban los gatillos para lanzar una lluvia de fuego sobre los hombres que avanzaban hacia la fortificación. De pronto, una máquina de guerra se alzó en medio de aquella cortina de fuego y comenzó a disparar los cañones mientras los láseres imperiales caían sobre ella formando inmensas nubes de chispas.

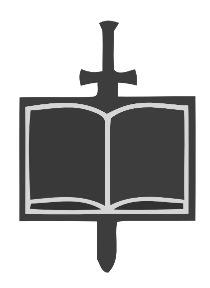
—¡Visical! ¡Están a tiro! —gritó Alaric, confiando en que el sistema de comunicaciones de la escuadra fuera capaz de transmitir el mensaje en medio de aquella confusión.

El hermano Visical se apoyó sobre una almena y apuntó con el incinerador hacia la escarpada pendiente que llevaba hasta la base de los muros.

El ejército enemigo avanzaba a gran velocidad y muchos de los cultistas estaban heridos o abrasados por el fuego bólter, pero el número de enemigos aún se contaba por miles. Tenían las manos y los pies ensangrentados de caminar sobre el hielo. Infinidad de brazos pálidos y medio congelados comenzaron a aparecer entre los ropajes intentando encontrar un punto de apoyo que les permitiera escalar el muro. Los cultistas que carecían de piel, mucho más ágiles, se movían y saltaban entre los demás como si fueran insectos.

Alaric consiguió mirar a uno de ellos directamente a los ojos. Su mirada era vacía y carente de vida. No les quedaba nada de humano.

A lo largo de toda la línea imperial, en medio de un millón de alaridos simultáneos, el ejército del Dios de la Sangre alcanzó el muro.



TRES

—¡Por el Emperador! —gritó el joven hermano Thane al tiempo que partía a un enemigo en dos con un único golpe de alabarda. Las hojas dobles de las armas de los cultistas repicaban sobre el rococemento de la fortificación mientras, apostado en el parapeto, el propio Thane golpeaba a uno de ellos. Los disparos de los rifles automáticos llovían sobre la armadura del caballero gris mientras éste se afanaba en acabar con cualquier enemigo que tuviera a su alrededor. Dibujando un arco en el aire con la hoja de la alabarda, seccionó primero el brazo de uno de los cultistas para, acto seguido, cercenarle la cabeza.

Una lengua de fuego santificado despejó las almenas de la zona en la que se encontraban los caballeros grises. Una criatura, un ser que una vez debió de ser humano y que ahora no era más que una silueta deforme y jorobada, comenzó a chillar envuelta en llamas. Finalmente se derrumbó mientras la piel y los huesos siguieron ardiendo hasta consumirlo.

—Los muertos —avisó el hermano Hualvarn—. Están trepando sobre los muertos.

Hualvarn tenía razón, los disparos de los caballeros grises y el incinerador de Visical habían matado a tantos cultistas en tan poco tiempo que a los pies del muro habían quedado apilados infinidad de cuerpos sin vida, lo que permitió a las sucesivas oleadas de atacantes trepar hasta la zona

almenada de la fortificación. Habían conseguido llegar hasta el extremo superior del muro y se pisaban unos a otros para ir a morir a manos de los caballeros grises.

En las demás zonas de la muralla, los mutantes habían tomado la parte superior y ahora luchaban cuerpo a cuerpo contra los soldados de Hathran. Alaric vio como un gigante deforme lanzaba a uno de ellos por los aires y como una criatura repugnante aplastaba la cabeza de otro soldado con unas enormes pinzas similares a las de un cangrejo. De pronto, un mutante cayó desde lo alto con el pecho envuelto en llamas de fuego láser y aplastó al cultista que había debajo. El cañón de batalla abrió fuego de nuevo, esta vez prácticamente a quemarropa, haciendo que los soldados de Hathran se estremecieran y lanzando sobre ellos una nube de tierra y miembros amputados. Sin embargo, todo aquello no era suficiente. Los cultistas estaban consiguiendo superar el muro y caer sobre las tropas de Hathran.

Hualvarn seccionó el brazo de un guerrero salvaje con la piel completamente pintada de azul y, acto seguido, se refugió tras una almena para protegerse del fuego que lanzaba la máquina de guerra enemiga.

—¿Cree que son demasiados? —preguntó.

—Sí, son demasiados —contestó Alaric.

—Entonces, la victoria dependerá únicamente de nosotros. —Alaric miró fijamente a su más antiguo camarada.

—Esta línea no aguantará, no contra un ejército como éste. Debes estar preparado para asumir el mando.

—Pero juez, nuestros hermanos necesitan…

—Nuestros hermanos necesitan lo mismo que el Emperador: la victoria. Y jamás la alcanzaremos si retrocedemos y dejamos que el enemigo nos aplaste. Depende tan sólo de nosotros, de mí. Es mi responsabilidad como juez. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto, juez, hasta la muerte.

—Bien, debemos llegar hasta la parte central del muro. Tendrás que abrir un paso en medio de este tumulto.

Hualvarn se detuvo durante un instante. Acto seguido irguió su imponente figura, levantó la alabarda en el aire para que toda la escuadra

pudiera verla y exclamó:

—¡Hermanos! —gritó, alzando la voz sobre el fragor del combate—. ¡Adelante! ¡Avanzad hacia el centro!

Visical fue el primero en salir del parapeto, lanzando lenguas de fuego santificado por todas las almenas. Los cultistas gritaban envueltos en llamas mientras Thane los partía en dos con la espada y avanzaba sobre el combustible ardiendo protegido por la servoarmadura. Las criaturas que intentaban huir de las llamas acababan muertas por la estocada de una espada o de una alabarda manejada con la fuerza descomunal de los caballeros grises. Alaric sentía como cientos de huesos se fracturaban bajo cada nuevo golpe, y como los torsos de aquellas criaturas reventaban bajo el luego de bólter.

Apenas necesitaba pensar. Era un marine espacial, un caballero gris, entrenado para ser una máquina de guerra perfecta. Todos los movimientos que realizaba estaban incrustados en lo más profundo de su memoria, como si un espíritu máquina los guiara, como si el mismísimo Emperador controlara sus acciones.

Sin embargo, un marine espacial no era una máquina. Un marine espacial se movía por una serie de pasiones que un hombre normal jamás llegaría a comprender. El mal que lideraba aquella horda debía ser destruido. Ése era el único pensamiento por el que se guiaba la mente de Alaric.

En un momento de su avance, Thane se enfrentó cuerpo a cuerpo con un terrible mutante, un ser tan retorcido y repugnante que apenas le quedaba nada de humano. De pronto, una criatura alada se abalanzó sobre Alaric y trató de hacerlo caer al vacío. El caballero gris consiguió agarrarla por el pescuezo y retorcerle la garganta antes de arrancarle las alas y lanzarla al luego que ardía a los pies del muro.

—¡Aquí! —gritó Alaric—. ¡Nos abriremos paso por aquí!

Los soldados de Hathran caían por decenas a lo largo de toda la fortificación. Las fuerzas del Caos habían conseguido abrir una docena de brechas en los muros y por todas partes se estaban produciendo sangrientos combates. De pronto, una tremenda explosión destrozó el flanco izquierdo de la muralla. Inmediatamente, a través del enorme boquete comenzaron a

entrar cientos de cultistas y mutantes, seguidos por una máquina de guerra que avanzaba aplastando a los soldados de Hathran bajo unas enormes pezuñas metálicas.

También había demonios. Criaturas horrendas de piel rojiza que se movían entre aquella matanza enarbolando espadas de acero negro y humeante.

—¡Maldición! —gritó una voz que Alaric reconoció inmediatamente como la del coronel Dal'Tharken—. ¡Les dije que se mantuvieran en su puesto, caballeros grises! ¡El flanco izquierdo está a punto de caer! ¡Regresen a sus puestos inmediatamente!

Durante un instante, Alaric pudo distinguir la silueta del coronel, cubierto de sangre demoníaca, enarbolando la espada y la pistola de plasma y rodeado de cuerpos sin vida de amigos y enemigos. Era un sirviente del Emperador severo e implacable. El Imperio lo echaría en falta. Alaric ignoró sus palabras y siguió adelante.

La clave residía en el paladín del Caos. El Caos veneraba a sus paladines tanto como odiaba todo lo demás. Se trataba de hombres y mujeres con mentes lo suficientemente malvadas como para que sus dioses les permitieran dirigir sus tropas y hablar en su nombre. Las fuerzas imperiales no podrían resistir contra aquel enemigo, no serían capaces de hacerle más que un leve arañazo a la inmensa fuerza que había aterrizado en Sarthis Majoris para hacerse con el control del planeta. Sin embargo, aunque ni siquiera ellos mismos fueran conscientes, los soldados de Hartan habían conseguido algo muy importante para el Imperio:

Habían permitido que Alaric y los caballeros grises se enfrentaran cara a cara con el paladín que representaba a los Dioses Oscuros en aquel planeta.

* * *

—Recurrid a la Decimotercera Mano —dijo el duque Venalitor. Aquellas palabras estaban llenas de desdén, pues la Decimotercera Mano estaba

integrada por la escoria más baja de todo el ejército.

Inmediatamente, uno de los heraldos de Venalitor, una figura de piel supurante protegida por una armadura negra, hizo sonar con fuerza un cuerno de guerra. La Decimotercera Mano, una compañía integrada por criaturas infrahumanas, deformes y vestidas con ropa harapienta, comenzó a avanzar, dirigiéndose hacia la muerte a los pies del muro.

La batalla se estaba desarrollando tal y como habían planeado. Si había alguna cualidad humana que pudiera serle atribuida al duque Venalitor, en aquellos momentos sería la felicidad. Cuando los soldados más cualificados llegaran a primera línea, el combate estaría prácticamente decidido y las ciudades refinería de Sarthis Majoris quedarían a su merced.

Acto seguido, Venalitor observó como otro sirviente, un ser alado con la piel ensangrentada, descendía hasta él.

—Mi señor —gruñó—, el flanco ha caído, los defensores abandonan sus posiciones.

—Cobardes —espetó Venalitor—. Sus cráneos no merecen estar en el Trono de Bronce.

—Pertenecían a las legiones del emperador cadáver —dijo el mensajero.

—¿Astartes? —El prefecto de Venalitor encogió sus hombros blanquecinos—. No, ellos jamás huirían.

La mente de Venalitor comenzó a indagar en lo más profundo de la memoria, donde aún conservaba recuerdos del tiempo en el que había sido hombre. Aquélla era una parte fútil y vergonzosa de su existencia, un periodo vivido mucho antes de que el Dios de la Sangre lo encontrara. Venalitor recordaba que los marines espaciales eran los guardianes del Imperio, la última línea defensiva que protegía al Emperador de todos los males, aquellos soldados jamás huirían, nunca, ni siquiera aunque el mismísimo Venalitor se dispusiera a aniquilarlos.

—¡Formación cerrada! —gritó el duque. Acto seguido levantó la espada en el aire, la enorme hoja refulgió bajo la luz rojiza del amanecer—. ¡Activad los escudos! ¡Luchad sin piedad!

Justo en aquel momento pudo verlos sumidos en el fragor de la batalla, eran enormes figuras con armaduras plateadas que sobresalían como

llamaradas blanquecinas. No habían abandonado el flanco derecho por miedo. Habían abandonado sus puestos para perseguir la única victoria que tendrían oportunidad de conseguir en Sarthis Majoris.

Pensaban que conseguirían acabar con él.

El duque Venalitor dejó salir una profunda carcajada. No tenían ni idea de la clase de hombre en la que el Dios de la Sangre lo había convertido. Él había estado junto al Trono de Bronce, se había arrodillado ante la montaña de cráneos. Él había bebido la sangre del mismísimo Khorne. Ningún marine espacial era digno de morir bajo su espada, y aunque supusiera una vergüenza para el arma, los caballeros grises estaban a punto de hacerlo.

Venalitor vio a uno de ellos que avanzaba por el muro y decapitaba a un cultista sin ni siquiera aminorar el paso, acto seguido saltó al suelo y se encaminó hacia el duque.

Venalitor tensó todos y cada uno de los músculos de su enorme cuerpo bendecido por la disformidad, con la esperanza de que, por lo menos, aquel caballero gris fuera un digno adversario.



En cuanto tocó el suelo, Alaric se vio rodeado por un combate que rugía con furia a su alrededor. Podía oír los gritos de los hermanos de batalla y sentía el calor de las ráfagas bólter del fuego de cobertura.

Cayó directamente sobre un cultista, aplastándolo bajo sus pies. Acto seguido pisó con fuerza en medio de la masa carnosa intentando encontrar un punto de apoyo, y en aquel mismo momento infinidad de criaturas infrahumanas y apestosas se abalanzaron sobre él. Sintió como unas uñas repugnantes intentaban desgarrarle los ojos y arrancarle las placas de la armadura.

Alaric dibujó un inmenso arco en el aire con la hoja de la alabarda. Entonces comenzó a avanzar, y cada nueva estocada dejaba tras de sí varios cuerpos mutilados y agonizantes. Un enorme mutante se abalanzó sobre él

intentando aplastarlo con una roca que portaba entre las garras. Una ráfaga de fuego bólter le destrozó la cabeza haciendo que se derrumbara sin vida y cubierto de sangre. Alaric se volvió para ver como Hualvarn seguía apuntando con el arma; las dos bocas del cañón doble del bólter aún humeaban.

De pronto, los cultistas comenzaron a dispersarse. De una patada, Alaric se quitó del medio al último de ellos, cuyo lugar ocupó un guerrero con una armadura negra. Era tan grande como el propio Alaric, casi como una muralla de acero. En una mano portaba un escudo en el que se veía una estrella de ocho puntas, en la otra sostenía una alabarda coronada por una especie de colmillo afilado. Sin previo aviso, el guerrero lanzó una terrible estocada, pero Alaric se revolvió y golpeó el escudo con la empuñadura de la alabarda némesis. Buscó un nuevo punto de apoyo y lanzó una estocada directamente sobre el rostro del guerrero, bajando la hoja en el último momento para hendirla directamente entre el cuello y el pecho.

La sangre comenzó a salir a borbotones y el guerrero cayó de rodillas. Inesperadamente, de la nada aparecieron unas figuras que formaron un círculo a su alrededor.

Alaric se abalanzó sobre ellos. Sabía que era su única oportunidad. Aquel planeta no podría resistir mucho más. Si la horda del Caos seguía avanzando bajo el mando de aquel guerrero, Sarthis Majoris estaría condenado.

Los dioses habían considerado oportuno enviar a aquel planeta a un paladín tan poderoso que Alaric se estaba viendo obligado a retroceder. La armadura que portaba era tremendamente compleja, repleta de imágenes de cráneos que se amontonaban alrededor de un trono ardiente. El rostro de aquel paladín era la imagen misma de la arrogancia, un rostro pálido y perfecto con los ojos como dos diamantes negros.

—¡Dejadnos solos! —gritó el guerrero. Los soldados que había a su alrededor dieron un paso atrás, abriendo un círculo lo suficientemente grande como para que ambos combatieran cuerpo a cuerpo.

Alaric adoptó una postura defensiva mientras mantenía los ojos fijos en el arma de su contrincante.

—Un caballero gris —dijo el guerrero, esbozando una sonrisa—. Parece que Khorne se ha mostrado magnánimo. Tendría que dar las gracias a la disformidad porque el emperador cadáver haya enviado a uno de sus cazadores de demonios a morir bajo mi espada.

—Entonces permíteme que te ayude a devolverle el favor —contestó Alaric. Aquellas palabras salieron de su boca, pero sonaron como las de un extraño—, pues muy pronto verás a tu dios cara a cara.

El guerrero esbozó una sonrisa mostrando una hilera de colmillos negros y afilados. Acto seguido se inclinó hacia adelante y lanzó una estocada, convirtiendo la espada en un relámpago que crepitó sobre Alaric.

El caballero gris esquivó el golpe, y el duelo dio comienzo. Aquel paladín no sólo quería sangre. La sangre era recompensa suficiente para la escoria que había muerto a los pies de la fortificación, pero no para el líder de la horda del Caos. Aquel caballero quería demostrar que era el más fuerte. Ésa era la única razón de su existencia. La victoria de aquel paladín sería un tributo para Khorne, el Dios de la Sangre.

También era la única oportunidad de sobrevivir que le quedaba a Alaric. Si aquel guerrero quería un duelo, eso era lo que iba a tener.

El caballero gris comenzó a hacer girar la alabarda más rápido de lo que cualquier hombre sería capaz de hacer mientras mantenía la mirada fija sobre su adversario. A modo de respuesta, la compleja armadura del guerrero se abrió como una flor ensangrentada, dejando salir una masa de tentáculos repugnantes que se extendieron en dirección a Alaric. El caballero gris los seccionó con la alabarda justo a tiempo para evitar la estocada del guerrero, cuya hoja se clavó en el suelo helado. Inmediatamente, Alaric se vio atrapado por más tentáculos que lo levantaron en el aire. Con un tremendo esfuerzo, consiguió liberar el brazo en el que llevaba montado el bólter de asalto y apuntó directamente hacia el rostro del paladín, que se mantenía impasible ante la certeza de la victoria.

Justo en aquel momento, el guerrero lo lanzó contra el suelo. Alaric golpeó con fuerza la superficie helada aplastando bajo su peso a varios cultistas muertos. Con una mano comenzó a buscar un punto de apoyo mientras con la otra buscaba casi a ciegas la alabarda.

Su campo de visión se había convertido en una nube difusa. Estaba aturdido, pero seguía vivo. Acabar con un caballero gris requería una tremenda cantidad de fuerza. Mientras le quedara un mínimo hilo de vida y un arma en la mano, la victoria aún sería posible.

Los cadáveres que había a su alrededor comenzaron a moverse. El que tenía más cerca reventó provocando una lluvia de sangre carmesí. En seguida los demás cuerpos empezaron a hacer lo mismo, hundiendo a Alaric en un pantano de sangre.

El paladín soltó una carcajada. La sangre seguía manando de los cuerpos sin vida y formando bloques de hielo rojizo que se derretían bajo el calor del combate. Aquella masa sangrienta pareció formar una especie de escalinata, y el paladín comenzó a ascender por ella deteniéndose para agarrar a Alaric por el cuello y levantarlo en el aire como si fuera un animal a punto de ser sacrificado. El guerrero mantenía la espada en la otra mano, dispuesto a atravesar el cuerpo del caballero gris, ofreciendo así un sacrificio al dios Khorne esparciendo las entrañas de Alaric por todo el campo de batalla.

Alaric consiguió lanzar una patada que hizo retroceder al guerrero, lo que aprovechó para retorcer el puño de su enemigo hasta conseguir liberarse. El caballero gris fue a caer en la plataforma de sangre que se había formado bajo los pies de ambos contrincantes y que seguía elevándose sobre el valle. Durante un instante pudo ver la masa negra de cultistas que estaban tomando el flanco derecho de la línea, la posición que los caballeros grises habían abandonado. Todas las defensas se estaban derrumbando y los soldados de Hathran estaban siendo masacrados. Alaric los había sacrificado a todos ellos para tener una única oportunidad de hacerse con la victoria. Acabar con aquel paladín era un deber para con ellos tanto como lo era para con el Emperador.

Se puso en pie con la alabarda en la mano. El paladín se limpió el rostro, manchado por la sangre de un corte que el caballero gris le había hecho, y lo miró directamente a los ojos.

—El duque Venalitor siempre venga sus injurias —espetó el guerrero.

—Un caballero gris siempre venga las ofensas contra el Imperio.

La espada y la alabarda refulgieron al mismo tiempo. Sobre el campo de batalla, en la plataforma de sangre, el duque Venalitor y el juez Alaric se enfrentaron en un duelo tan intenso y vertiginoso que los pocos ojos que pudieron contemplarlo desde las almenas resultaron incapaces de distinguir nada en medio de la confusión y de la nebulosa de estocadas. Unos tentáculos ensangrentados agarraron a Alaric por el tobillo y lo lanzaron contra el suelo de la plataforma; en respuesta, el caballero gris lanzó una patada que hizo retroceder a Venalitor casi hasta el borde de la superficie. La armadura de Alaric estaba cubierta de golpes y cortes, algunos de ellos tan profundos que habían conseguido desgarrarle la carne. El caballero gris lanzaba una estocada tras otra, pero el paladín del Caos las esquivaba una y otra vez.

Alaric lanzó un golpe directamente hacia el corazón de su adversario, pero Venalitor lo esquivó y agarró la empuñadura de la alabarda con una mano, tiró de Alaric hacia adelante y clavó el codo en la nuca del caballero gris con tal fuerza que el mundo se volvió negro por un instante. Cuando Alaric recuperó la visión, se vio pendiendo en el aire directamente frente al rostro de Venalitor.

El marine espacial extendió un brazo intentando hundir los dedos en los ojos del guerrero. Sintió como la mano penetraba en la masa de gusanos sangrientos y repugnantes que constituían el rostro de Venalitor, que de algún modo consiguió esbozar una leve sonrisa mientras lanzaba a Alaric contra el suelo.

El caballero gris se precipitó al vacío, hacia el terreno helado sobre el que antes se había dispuesto la línea defensiva. Un instante antes de estrellarse, Alaric se dio cuenta de que no iba a caer sobre una superficie sólida, sino sobre una montaña de soldados de Hathran muertos y congelados.

Los cuerpos sin vida que se habían ido acumulando durante semanas se estremecieron bajo su peso. La enorme armadura del caballero gris abrió un cráter en el hielo rojizo y ennegrecido.

Un dolor insoportable se apoderó de él cuando golpeó con la cabeza directamente sobre el cuerpo helado de un soldado, duro como la roca. Sarthis Majoris parecía estar ahora muy, muy lejos. Las voces que Alaric oía

dentro de su cabeza parecían provenir de otro planeta, de una dimensión diferente, lo que sólo podía significar que había perforado la tierra hasta caer en uno de los infiernos donde, según el Credo Imperial, ardían los pecadores.

La realidad se esfumaba. El dolor que se había extendido por todo su cuerpo, una sensación de sobra conocida para cualquier caballero gris, también parecía estar evaporándose. Alaric deseó que aquella sensación regresara sólo para sentir que seguía vivo. El mundo, tal y como él lo veía en aquel momento, era una visión oscura y distante. El amanecer estaba desangrándose para dejar aquel valle sumido en la más absoluta oscuridad. Algo en su interior le recordó a Alaric que aquélla no era la manera en la que debía morir, que debía buscar algo más, pero era una visión que se escabullía cada vez que su mente intentaba concentrarse en ella.

Asumió que aquel grito de desesperación sería lo último que oiría en su vida. Fue un grito entonado por miles de gargantas al mismo tiempo, un grito tan profundo que hizo enmudecer el ruido de los disparos y el fragor de la batalla.

Era el sonido de Hathran, un cántico funerario. Alaric oyó cómo se elevaba por encima de la pila de cadáveres sobre la que él mismo yacía.

Los soldados de Hathran estaban entonando su propio canto del cisne. Sabían que iban a morir. Lo sabían porque habían visto a un marine espacial, a un guerrero del Emperador, derrotado y lanzado al vacío por un paladín del Dios de la Sangre.

—No —acertó a musitar Alaric—. No será aquí ni ahora.

Sarthis Majoris volvió a aparecer ante sus ojos. Alaric yacía sobre un montón de cadáveres destrozados y congelados. Miró a su alrededor buscando la alabarda y vio que había caído de punta, clavada en el suelo a poca distancia de donde él se encontraba. Consiguió ponerse de rodillas. Estaba decidido a recuperar el arma y seguir luchando, pues aquél era el único camino hacia la victoria, por muy pocas probabilidades que tuviera de alcanzarla.

De pronto sintió un enorme peso que le cayó sobre la espalda y lo lanzó boca abajo contra el suelo. Luchó con todas sus fuerzas por darse la vuelta

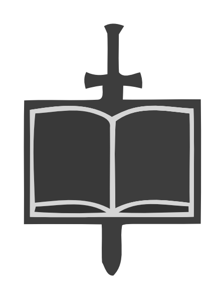
hasta que por fin la presión disminuyó ligeramente. Alaric consiguió volverse un instante antes de que el peso cayera de nuevo sobre él.

El duque Venalitor había posado un pie sobre la espalda de Alaric, como un cazador que se alzaba victorioso sobre su presa. La magnitud de la arrogancia del duque era tal que incluso los cadáveres se estremecían ante su presencia, la sangre que aún manaba de ellos se derretía y hervía ante el paladín del Caos. Pequeños regueros de sangre parecían brotar de esos mismos cadáveres para lamer las botas de su armadura como lenguas aduladoras. Venalitor tenía el poder de dominar la sangre, incluso la de sus enemigos, tal era el aprecio que le profesaba el Dios de la Sangre.

—Mi señor Khorne tiene un plan para ti —dijo Venalitor con una leve sonrisa en el rostro. Acto seguido señaló hacia los cadáveres de los soldados de Hathran que se amontonaban detrás de él—. La mayoría de ellos no son más que abono. En estos momentos, la humanidad no puede ofrecerme más que un mero entretenimiento. Pero tú, caballero gris, puedes ofrecerle al Dios de la Sangre algo mucho mejor.

Venalitor levantó una mano y la sangre que goteaba entre las juntas de la armadura cayó sobre el rostro de Alaric. El caballero gris trató de agarrarle la pierna para hacerle perder el equilibrio, pero toda su fuerza había desaparecido. Sintió como los ojos se le llenaban de sangre y su visión se oscurecía.

Un tremendo dolor se apoderó del cuerpo de Alaric cuando Venalitor comenzó a extraer la esencia misma de la vida del caballero gris, cuyo sentido del orgullo no le impidió lanzar un terrible alarido.



CUATRO

Sentado en el Claustro del Sufrimiento, Alaric esperó durante bastante tiempo hasta que por fin llegó el capellán Durendin.

—Juez —dijo Durendin—. Los grandes maestres han hablado conmigo sobre Chaeroneia. Parece ser que la fuerza de tu fe quedó más que demostrada.

—Así es —asintió Alaric.

El caballero gris estaba sentado sobre una de las muchas columnas caídas que había por todo el claustro, un ejemplo más del decadente esplendor que reinaba en aquel lugar.

—Hoy hace un día espléndido —continuó Durendin mientras señalaba hacia el magnífico cielo de Titán, donde se veían los majestuosos anillos de Saturno—. Me gustaría sentarme a tu lado durante un rato, si no te importa.

El Claustro del Sufrimiento era un atrio abierto bajo el cielo de Titán; la atmósfera se contenía mediante un campo electromagnético invisible. A Alaric le gustaba sentarse entre aquellas tallas ancestrales para permitir que la mirada implacable de la galaxia se posara sobre él. El Emperador también era parte de aquella mirada, examinando permanentemente las almas de sus sirvientes. Bajo ella, Alaric se sentía débil y desprotegido.

—Me temo que en estos momentos hay algo que me preocupa más que Chaeroneia —declaró Alaric.

—Ésa es la razón por la que has venido —contestó Durendin con serenidad—. Para poder estar a solas con tus pensamientos, lejos de los ritos de guerra y los cánticos de batalla, y si por casualidad apareciera un capellán para poder compartir con él tus pensamientos, mejor que mejor.

Alaric sonrió ligeramente.

—Es usted muy perspicaz, capellán.

—Así es como me ha hecho la voluntad del Emperador —contestó Durendin.

Ser marine espacial requería muchas cualidades extraordinarias, pero ser capellán requería aún más. Los capellanes de los Caballeros Grises eran especímenes verdaderamente extraordinarios, y el capítulo contaba con muy pocos tan valiosos como Durendin. Él era el encargado de satisfacer las necesidades espirituales de los soldados destinados a luchar contra maldades inconcebibles. Los hombres de su rebaño habían mirado a la disformidad directamente a los ojos, habían escuchado los susurros de los demonios, pero a pesar de todo, gracias a él y a sus predecesores, ni un solo caballero gris había sido corrompido por el enemigo.

—Chaeroneia está muy presente en mi memoria, por supuesto, pero estoy preocupado desde mucho antes, desde lo que le ocurrió a Ligeia.

La inquisidora Ligeia fue la persona más valerosa que Alaric jamás había conocido. El sol que decoraba el escudo heráldico del caballero gris brillaba en honor a ella. Ligeia perdió la cordura por culpa de las maquinaciones del príncipe demoníaco Ghargatuloth, pero una parte de ella se mantuvo pura para otorgarle a Alaric el conocimiento necesario para acabar con aquel ser depravado. Una locura que la llevó a ser ejecutada por el Ordo Malleus.

—Siempre morirán hombres y mujeres como Ligeia —afirmó Durendin—. Así ha sido incluso desde antes de la Gran Cruzada, y así seguirá siendo mucho después de que nosotros hayamos desaparecido. Pero lo importante es que sabemos que esos sacrificios están encaminados a salvaguardar el bien de la raza humana. ¿Acaso crees que murió en vano?

—No, capellán, de ningún modo.

—Entonces, ¿es que la galaxia te parece demasiado cruel?

—Si no pudiera soportar las cosas que he tenido que ver, sabe muy bien, capellán, que jamás habría sido seleccionado para el entrenamiento —contestó Alaric con un tono quizá demasiado severo—. Pero tengo la sensación de que… de que es una tarea demasiado ardua, y no me refiero sólo a las batallas. Siempre he aceptado que combatimos en una guerra infinita, pero creo que esta guerra requiere mucho más aparte de enfrentarse a los demonios con fuerza y acero. He llegado a contemplar la… la realidad que subyace a todo. Las palabras del Castigador llegaron hasta mi mente con todo su significado. Ghargatuloth amasó a su antojo el tiempo y el espacio para dar lugar a los eventos que le permitieron regresar, y nosotros también fuimos parte de aquel plan. Claro que estoy decidido a luchar hasta el fin de mis días, pero creo que nuestro enemigo no son únicamente los seres contra los que luchamos. Tengo la impresión de que también se trata de un concepto, quizá sea parte de nosotros mismos. Ojalá pudiera comprenderlo, pero creo que nadie puede entender el Caos sin ser corrompido.

—Entonces, ¿no crees que nuestra lucha sea inútil?

—No, capellán, ¿cómo podría pensarlo después de ver las consecuencias de la depravación de los demonios? Pero creo que esas batallas no son más que una parte de la guerra, y me pregunto si algún día podremos ganar la otra mitad.

Durendin se miró los guanteletes que le protegían las manos. El capellán había pisado muchos campos de batalla, y su armadura de exterminador, un peto de bronce engalanado con el característico color negro de la capellanía, era mucho más que un simple ornamento.

—Estas manos —dijo— han luchado esa misma batalla durante muchos más años que los que tú has vivido, y ni un solo momento he dejado de estar convencido de que ése es el único y verdadero propósito de todo ser humano. Sin embargo, no te falta razón, un demonio no es más que una de las muchas manifestaciones del enemigo, y la violencia no es más que otra de las armas de la disformidad. La Inquisición lucha contra los designios del Caos de igual manera que nosotros luchamos contra sus soldados. ¿No estás de acuerdo?

—¿Cuántos inquisidores hemos perdido? —preguntó Alaric—. Sé que no debemos hablar de ellos, pero Valinov no fue el único disidente de las Órdenes

Sagradas, y consiguió esconderse de nosotros durante mucho tiempo. ¿Cuántos herejes estarán portando ahora mismo el emblema de la Inquisición? ¿Cuántos de ellos estarán en la fortaleza de Encédalo? ¿Cuántos manejarán los hilos de los Caballeros Grises? Sé que nuestro deber es dejar las reflexiones para los inquisidores, pero ¿cómo podemos confiar en ellos si son tantos los que se han dejado llevar por la corrupción?

Durendin suspiró. Después de todo era un hombre anciano, y en ciertas ocasiones, como en aquel mismo instante, Alaric percibía en él un reflejo del peso de todos aquellos años.

—He guiado a los Caballeros Grises a través de todas las pruebas de fe que el Caos ha lanzado contra ellos. Tú no eres el primero que duda, Alaric, y te aseguro que tampoco eres el único que alberga dudas respecto a la futilidad de la tarea de la Inquisición.

—No creo que sea algo fútil —replicó Alaric—, pero siento que fracasaré si no hago algo más. Los demonios son un síntoma, no la enfermedad, y yo quiero ser parte del remedio.

—Hubo un tiempo en el que yo también albergué pensamientos semejantes —continuó Durendin—. Hablé con mis hermanos de batalla y con los grandes maestres, lo hice incluso con los inquisidores más sabios, pero nadie pudo darme una respuesta. Hasta que, finalmente, la encontré yo mismo.

—¿Y cuál es?

—Tú también debes encontrarla por ti mismo. He oído que te han destinado al Ojo del Terror.

—Sí, partiremos en cuanto lleguen los nuevos miembros de la escuadra.

—Bien. Entonces ésa será tu respuesta. Las atrocidades que el enemigo está cometiendo en el Ojo no conocen límite, y únicamente hombres como nosotros podrán detenerlas. Quiero que pienses en ello en los momentos de duda. El Emperador te ha enviado al campo de batalla más sangriento de todo el Imperio, y no es una coincidencia. Sumérgete en esos combates. Contempla a los demonios y acaba con ellos. Contempla como las fuerzas del Caos se derrumban y huyen derrotadas. Saborea esas victorias y deléitate en ellas. Deja que las victorias envuelvan todo lo demás. Enorgullécete. Sólo entonces desaparecerán todas las dudas.

—¿Eso es lo que le ocurrió a usted?

—Exacto, juez. El enemigo ha cometido un grave error al traer esta guerra a nuestro terreno, y hombres como tú serán los que le inflijan el castigo que se merece. Puedo prometerte, Alaric, que será en el Ojo del Terror donde alcanzarás la plenitud.

—Gracias, capellán Durendin —contestó Alaric—. Ahora debo ir a reunirme con mi escuadra. Tenemos dos hombres nuevos y debemos orar todos juntos antes de partir.

—Eso está bien —asintió Durendin—. El espíritu de tus hombres necesitará consejo antes de partir hacia el Ojo. —El capellán levantó la vista para mirar hacia Saturno, una esfera azul oscuro asolada por las tormentas. Bajo la superficie del planeta se extendía el horizonte de Titán, una línea oscura e irregular. Toda la luna de Titán había sido convertida en una gigantesca fortaleza, la corteza había sido horadada con infinidad de cámaras y catacumbas, y muchas partes de ella, como le había ocurrido al Claustro del Sufrimiento, permanecían en ruinas y casi olvidadas—. Creo que me quedaré aquí durante un rato. Saturno no se pondrá hasta dentro de una hora y aquí fuera pienso mejor.

—Entonces espero poder verlo pronto, capellán.

—Hasta entonces, juez.

Alaric se puso en pie para marcharse. El camino de vuelta entre los pasajes medio ruinosos de la fortaleza era largo, por lo que tendría mucho tiempo para pensar en el consejo de Durendin.

—¡Juez! —lo llamó Durendin.

—¿Sí?

—Recuerda que no estás muerto.

—Gracias, es bueno saberlo.

—Sí, pero sería una buena idea despertar cuanto antes.

—No es así como terminó esta conversación.

Durendin sonrió.

—No, no terminó así, pero tampoco estoy aquí en realidad. Probablemente estaré en alguna otra zona del Ojo. Puede que incluso esté muerto, pero lo

importante es que tú estás vivo, y que aún puedes hacer algo para remediar la situación en la que te encuentras.

—¿Y qué haré luego? —preguntó Alaric.

—Yo no puedo responder a esa pregunta, Alaric, después de todo ni siquiera estoy aquí. Sin embargo, me atrevería a decir que tu situación actual no es precisamente buena.

El Claustro del Sufrimiento explotó de dolor.

* * *

Alaric gritó.

El dolor provenía de uno de sus hombros. Estaba colgado de las muñecas mediante unas cadenas suspendidas del techo. Todo el peso del cuerpo pendía de sus extremidades y uno de sus hombros se había desencajado.

Alaric comenzó a luchar con todas sus fuerzas contra aquel dolor. Durante un instante había sido vulnerable, y el sufrimiento se apoderó de él tal y como habría hecho con cualquier hombre sin la fuerza mental de un caballero gris. Lo normal hubiera sido que la armadura le inyectara analgésicos en la corriente sanguínea, pero en aquel momento no la tenía. Estaba desnudo. Había sido desprovisto de todo su equipo.

Alaric intentó luchar contra el dolor. Recuperó el sentido del oído y oyó un sonido grave, como si hubiera un océano iracundo hirviendo bajo el suelo. También podía oír el chirrido de algún tipo de maquinaria gigantesca, un sonido mezclado con los sollozos y gritos de miles de gargantas. De pronto llegó hasta él un hedor nauseabundo, una mezcla de sangre, humo, sudor y aceite. No podía ver nada, pero ya se ocuparía de ese problema a su debido tiempo.

Apoyándose sobre el hombro herido consiguió levantar las piernas. Poco a poco elevó todo el cuerpo hasta que pudo tocar con los pies el techo de la jaula en la que se encontraba. Haciendo acopio de todas sus fuerzas empujó

hasta que sintió que los grilletes que le aprisionaban las muñecas se salían de los anclajes.

Finalmente, las cadenas se soltaron y Alaric cayó al suelo. Permaneció allí tumbado durante unos instantes, intentando recuperar el aliento y tratando de evaluar el estado de los tendones de su maltrecho hombro. Estaba herido, pero no era nada grave. Un marine espacial se recuperaba con rapidez. Se puso de lado y dejó que la articulación se colocara en su sitio. La oleada de dolor producida por aquel movimiento fue terrible, pero había algo triunfal en el hecho de que pudiera sentir algo de nuevo.

Alaric se palpó el rostro y comprobó que tenía los ojos vendados. Tras quitarse la venda y parpadear un par de veces, dejó que la visión mejorada se adaptara a la luz. La jaula en la que lo habían encerrado era una más de los varios cientos que se encontraban suspendidas de una enorme columna de acero por la que caían interminables cascadas de sangre. Unas cataratas que iban a caer al mar rojizo que se extendía debajo, un océano en el que se retorcían miles de cuerpos. Resultaba imposible saber si se trataba de criaturas que agonizaban o si era algún tipo de éxtasis. Infinidad de demonios se movían entre ellas, criaturas enormes con la piel roja y negruzca que hostigaban a aquellos seres con unos enormes látigos. Por todas partes se veían criaturas alienígenas con siluetas bulbosas y deformes que transportaban cadáveres y miembros amputados.

Cada cierto tiempo, la columna giraba produciendo un sonido seco como el de un relámpago. Todas las celdas contenían algún prisionero, desde humanos desnudos y sollozantes hasta mutantes o criaturas alienígenas, todos ellos suspendidos sobre aquel gigantesco depósito de sangre. Alaric podía oír las plegarias de los alienígenas suplicando clemencia mezcladas con los gritos desgarradores de los hombres que agonizaban.

El eje de la columna estaba separado de la sangre que lo rodeaba por unos enormes muros de roca negra. Cuando Alaric los observó con detenimiento, se dio cuenta de que no se trataba de roca sino de carne, carne putrefacta y ennegrecida. El extremo superior de aquel muro estaba repleto de jaulas cilíndricas, y cada una de ellas contenía un cuerpo en avanzado estado de descomposición. Sobrevolando aquellos cadáveres había bandadas

de criaturas aladas que tenían jirones de piel en lugar de plumas. Aquellos acantilados putrefactos estaban repletos de túneles y de cuevas horadadas por criaturas alienígenas que se abrían paso con sus mandíbulas insectoides a través de la carne descompuesta. El cielo era de color oscuro, casi negro, salpicado de jirones rojizos como si también estuviera sangrando.

Estaba en el infierno. Alaric había muerto a manos del duque Venalitor y acababa de despertar en el infierno. Había fracasado. Todo aquello que había hecho, dicho o pensado, y todo lo que podría haber hecho a lo largo de su vida, no había servido de nada. Había fracasado en todo aquello en lo que podía fracasar.

Alaric se acurrucó en el suelo de la jaula. Jamás había sentido semejante desaliento. Un dolor enraizado en la idea de que si ya estaba muerto, no podía morir otra vez, de modo que aquella situación se prolongaría por toda la eternidad.

Sin embargo, Durendin le había dicho que no estaba muerto. Durendin, un capellán de los Caballeros Grises, un hombre en quien podía confiar plenamente.

Alaric levantó la vista. A través de los barrotes pudo ver la jaula que colgaba por encima de la suya. Dentro de ella había una enorme figura humana que reconoció al instante. El tamaño y las cicatrices quirúrgicas eran similares a las de Alaric.

—¡Hualvarn! —gritó el juez—. ¡Hermano Hualvarn! ¿Puedes oírme? ¿Aún estamos vivos?

Hualvarn no contestó. Parecía que estaba inconsciente, o muerto, y al igual que Alaric había sido desprovisto de todo el equipo. El caballero gris intentó separar los barrotes de la jaula, tenía la esperanza de hacerla oscilar hasta que pudiera saltar a la columna central y trepar hasta Hualvarn, pero su jaula era demasiado resistente y estaba muy lejos de la de su hermano de batalla.

—¡Hualvarn! ¡Hermano! ¡Contesta! —gritó. A modo de respuesta, la jaula de Alaric se soltó y comenzó a caer al vacío.

El caballero gris se retorcía movido por la desesperación mientras la jaula se precipitaba hacia el océano de sangre. Cuando chocó contra la

superficie, Alaric se golpeó con fuerza contra uno de los laterales y sintió como decenas de manos con la piel podrida tiraban de él. El caballero gris trató de zafarse, pero eran demasiadas. El sonido que emitían aquellos seres era terrible, oraciones blasfemas que salían de bocas sangrantes en un centenar de lenguas diferentes.

De pronto sonó un gruñido y se oyó el restallar de un látigo. Un demonio acababa de llegar para apartar a aquellos seres y ahora miraba a Alaric lleno de maldad. El caballero gris lo reconoció al instante, pertenecía a una raza a la que se había enfrentado en innumerables campos de batalla. Era un soldado de infantería de Khorne, un «desangrador», como se los conocía en la jerga de la Inquisición. Alaric recordaba que en el campo de batalla solían blandir grandes espadas a dos manos, aunque el látigo que éste portaba no era menos cruel.

El demonio se retiró tan pronto como los engendros desaparecieron; un caballero gris resultaba algo insoportable para un demonio. Incluso sin los protectores pentagrámicos que llevaba tallados en la armadura, el escudo psíquico que protegía la mente de Alaric era lo suficientemente fuerte como para abrasar la piel de aquellas criaturas y hacerlas retroceder. El desangrador emitió un chillido y fustigó con fuerza a los engendros que había a su alrededor, arrancándoles manos y piernas lleno de rabia. Acto seguido agarró uno de los barrotes y comenzó a arrastrar la jaula hacia los pies del gigantesco muro que se alzaba alrededor de la gran columna.

Cuando el demonio llegó a la base del precipicio, levantó la jaula y la depositó en la entrada de una caverna. El hedor era insoportable. La putrefacción del aire era tal que Alaric observó cómo se condensaba y se adhería a las paredes. De pronto vio varias criaturas oscuras que avanzaban retorciéndose hacia la jaula. Aquellos seres no eran demonios, eran algún tipo de especie alienígena, y sobre la piel tenían cicatrices y marcas de grilletes propias de una raza de esclavos.

Los alienígenas arrastraron la jaula de Alaric hasta una cavidad tremendamente caliente e iluminada por una luz rojiza. Era una forja. Alaric vio a humanos y alienígenas extrayendo armas al rojo vivo de tanques llenos de metal fundido. Había esclavos encadenados a enormes yunques en los

que martilleaban con un mazo hojas de espadas y lanzas; todos ellos tenían la espina dorsal retorcida por interminables años de esclavitud. El estruendo era abrumador.

A continuación, unos alienígenas arrastraron la jaula de Hualvarn a través de otra abertura en la cavidad. El caballero gris se había despertado y se revolvía en el interior del armazón intentando salir.

—¡Hualvarn! —gritó Alaric, elevando la voz por encima del martilleo de los yunques—. ¡No estamos muertos! ¡No estamos muertos!

En aquel momento, una multitud de esclavos alienígenas comenzó a arrastrar la jaula de Alaric hacia uno de aquellos enormes yunques. Era un puñado de criaturas deformes y asimétricas, cada una de ellas tenía una docena de ojos dispuestos alrededor del rostro y unas fauces babeantes de las que no cesaban de salir chillidos para comunicarse mutuamente en su propia lengua. De pronto sonó un cerrojo y la jaula quedó abierta. Alaric trató de salir pero lo golpearon varios aturdidores. El caballero gris comenzó a sentir fuertes espasmos. Uno de ellos, de cabeza semicircular, le presionó el pecho para dejarlo inmovilizado. Tenía los músculos paralizados. Intentó con todas sus fuerzas levantarse, pero sencillamente no podía moverse. En condiciones normales, Alaric habría pasado por encima de aquellos alienígenas, habría cogido un arma del yunque más cercano y matado a todo lo que se pusiera por delante, pero estaba herido y exhausto. No tenía intención alguna de rendirse, no podía, pero en lo más profundo de su mente oyó una voz que le decía que todo era inútil.

Uno de los alienígenas, una criatura más grande y oscura que las demás y que parecía estar al mando, cogió unas tenazas y extrajo del tanque un círculo de metal al rojo vivo. Lo depositó sobre el yunque y lo abrió. Era un collar.

Acto seguido, el alienígena se inclinó sobre Alaric dejando que su saliva cáustica goteara sobre el pecho del caballero gris.

—Alégrate —dijo el maestro alienígena de la forja—, pues esto te convertirá en algo sagrado. —La criatura colocó el collar alrededor de la garganta de Alaric y lo cerró a la altura de la nuca con un sonido seco.

El caballero gris sintió como el metal candente le abrasaba la piel. Alaric ya no pudo seguir luchando. Tuvo la sensación de que su mente se había quedado helada cuando se dio cuenta de lo que le habían hecho.

Quizá por primera vez en su vida supo lo que era el miedo.

* * *

La especie humana estaba evolucionando.

Ésta era una verdad que a la Inquisición le costaba un tremendo esfuerzo ocultar, pero se trataba de algo que ni siquiera los inquisidores podían negar. Algunos incluso albergaban la concepción herética de que el plan del Emperador era dirigir esa evolución para ayudar a la raza humana a alcanzar su máximo potencial. La aparición de los psíquicos había dado lugar a una de las preocupaciones más acuciantes de la Inquisición: la identificación, reclusión y eliminación de todos ellos. Todo gobernador planetario tenía la obligación, bajo pena de muerte, de entregar a la Inquisición y a sus Naves Negras a todos los psíquicos capturados bajo su jurisdicción. Lo que les ocurría después jamás había salido de ninguno de aquellos buques, y los únicos que lo sabían con certeza habían jurado mantener el secreto.

Unos pocos de aquellos psíquicos, quizá uno de cada diez, o puede que incluso menos, eran lo suficientemente fuertes como para resistir un entrenamiento adecuado. Un psíquico no entrenado era un arma muy peligrosa, una mente desprotegida a través de la cual las amenazas más terribles podían llegar a los dominios del Imperio. Por el contrario, un psíquico debidamente adoctrinado era capaz de proteger su mente contra semejantes maldiciones, e incluso podía hacer de su psique un arma verdaderamente poderosa.

Resultaba una ironía tremendamente cruel que esos mismos psíquicos, debidamente entrenados, fueran uno de los pilares sobre los que se asentaba el Imperio. Se trataba de los astrópatas, cuyos poderes psíquicos de largo alcance, una característica única y ancestral, hacían posibles las

comunicaciones interestelares. Eran verdaderos clarividentes cuya habilidad para interpretar el tarot del Emperador les permitía predecir los designios del futuro. Muchos ciudadanos imperiales miraban con miedo a estos seres santificados, pero a pesar de la aureola de oscuridad y misterio que los acompañaba allá donde fueran, sin ellos el Imperio se derrumbaría sin remedio.

Para casi todo el mundo un psíquico era un brujo, un ser solitario que vagaba por los mundos imperiales corrompiendo a los ciudadanos temerosos del Emperador y sembrando el germen podrido de la disformidad. Cualquier niño lo suficientemente insensato como para mostrar un talento poco común para los juegos de magia corría el peligro de que su familia o amigos lo entregaran al clérigo local. En los mundos más alejados de la luz del Imperio, aquellos que rara vez eran visitados por algún enviado imperial, adivinos y mujeres sabias morían cruelmente en la hoguera. Los tripulantes de los navíos espaciales contaban historias de seres humanos de piel pálida capaces de aplastar la mente de cualquier hombre dentro de su propio cráneo, y con habilidad para mutar de forma, exhalar fuego y hacer todo tipo de actos extraños. En una ocasión, hace mucho más tiempo del que su mente podía recordar, Alaric también fue uno de aquellos brujos.

Alaric era un psíquico, todos los caballeros grises lo eran. Mientras que la mayoría de capítulos de los marines espaciales contaba con un número limitado de ellos, sólo los Caballeros Grises requerían poderes psíquicos a todos y cada uno de sus reclutas. Precisamente era eso lo que convertía a los Caballeros Grises en los mejores cazadores de demonios, pues la mejor arma de todo demonio era la perversión del alma.

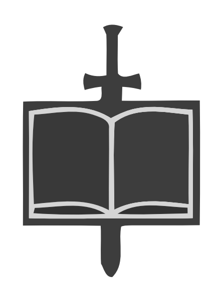
Los demonios llevaban la corrupción allí adonde iban, y luchar contra ellos exponía a los Caballeros Grises a toda esa depravación. Los hermanos de batalla de los Caballeros Grises estaban entrenados para resistir la corrupción más infecta. Con la finalidad de proteger y reforzar su voluntad debían memorizar plegarias tan poderosas que muchos reclutas llegaban a enloquecer. Sus armaduras estaban repletas de protectores contra las fuerzas de la disformidad, los mismos símbolos que todos llevaban tatuados sobre la

piel para proteger su cuerpo. Sin embargo, la defensa más poderosa de todo caballero gris residía en su escudo psíquico. Desde las primeras fases de instrucción, Alaric fue entrenado para recluir su alma en una jaula de fe, y mantenerla así escondida donde ningún demonio pudiera encontrarla jamás.

La única arma que un demonio verdaderamente temía era una mente incorruptible, la antítesis de la disformidad. La mera existencia de los Caballeros Grises ya podía considerarse como una victoria sobre las fuerzas del Caos.

El collar que le habían colocado en el cuello era un artefacto pesado que estaba consiguiendo dominar la mente de Alaric. Un artefacto creado por Khorne, el Dios de la Sangre. Un dios que despreciaba la hechicería casi tanto como las mentes rectas y sagradas de los Caballeros Grises.

El Collar de Khorne era un instrumento capaz de suprimir las habilidades psíquicas. El escudo de Alaric había desaparecido. Aun así seguía siendo un caballero gris, y tanto su mente como su cuerpo estaban entrenados para resistir a la corrupción con mucha más fuerza que cualquier otro hombre, pero sin el escudo físico estaba desprotegido.



CINCO

Pasó mucho tiempo antes de que Alaric pudiera sentir algo de nuevo. Estaba en un lugar tan caliente como el infierno.

Permanecía de pie, encadenado junto a un muro. La cámara en la que se encontraba estaba iluminada por la luz rojiza de unas antorchas colocadas en la pared opuesta. Desde donde estaba podía ver un montón de armas y piezas de armadura apiladas junto a un enorme yunque.

—Se suponía que no debías despertarte hasta dentro de un buen rato —dijo una voz a espaldas de Alaric.

El caballero gris trató de darse la vuelta, pero estaba encadenado. Apenas era consciente de que aún seguía en la forja en la que le habían colocado el collar, y el peso del acero que le oprimía el cuello parecía estar hundiéndolo en el suelo.

—¿Dónde está mi hermano de batalla? —preguntó Alaric, pronunciando con esfuerzo las palabras a través de los labios ensangrentados.

—Ya he oído que han traído a dos de vosotros —dijo la voz. Hablaba con un tono grave y áspero. Aquella garganta había estado sometida a las penalidades de la forja durante muchos años—. Estará en algún lugar de este agujero, probablemente ahora mismo estén poniéndole el collar. Os han traído aquí abajo tan pronto como habéis llegado. No creas que hay muchos a los que les ponen el collar; supone todo un honor.

Su interlocutor caminó hacia el yunque, dándole la espalda a Alaric. Era un hombre enorme, tenía hombros musculosos y una piel atezada que refulgía como el bronce. Alrededor de la cintura llevaba un cinturón del que colgaban varias herramientas. Aquella figura se inclinó sobre el yunque y recogió una espada, una hoja magnífica, que estaba inacabada y aún sin pulir.

—Llevo aquí abajo mucho tiempo —continuó—. Y he visto toda clase de cosas, pero hacía mucho que un astartes no nos honraba con su presencia en este mundo.

—¿Quién eres?

El hombre siguió hablando sin darse la vuelta.

—Soy un herrero, demasiado útil como para que me maten. Supongo que debería dar las gracias al Emperador. Si hay algo que este planeta necesita, astartes, son hojas; hojas buenas y en cantidad. Así que estaré aquí hasta que me llegue la muerte, y probablemente mucho después, forjando sus espadas. Quizá acabes usando alguna de las mías. Créeme, lo sabrás al instante, en este mundo no hay hojas mejores que las mías.

—¿Adónde me llevan? ¿Qué van a hacer conmigo?

El herrero seguía sin darse la vuelta. Los músculos de la espalda se contrajeron bajo la piel oscura cuando dejó la espada sobre el yunque y cogió un enorme martillo.

—Eso no depende de mí, astartes. Pero si mi opinión sirve de algo, apuesto a que más pronto que tarde estarás luchando por tu vida. Así que voy a ofrecerte un trato.

Alaric esbozó una sonrisa. Estaba sumido en una situación tan amarga como la sangre que le empapaba los labios.

—Por supuesto… un trato.

—Escucha, astartes, no creo que tengas ninguna opción mejor.

Involuntariamente, Alaric se revolvió haciendo sonar las cadenas.

—Te haré una armadura a medida —continuó el herrero—. La mejor que jamás hayas tenido.

—Ya tengo una armadura.

—No, ya no, y jamás has tenido una armadura como las que yo puedo fabricar. Son como una segunda piel de acero. Ligeras como la seda. Forjadas en fuegos tan poderosos como el corazón de una estrella. Lo suficientemente fuertes como para detener el hacha del mismísimo Khorne. ¿Qué te parece? ¿No es tentador?

—Pero no será gratis. Conozco a los de tu clase. Hacer una promesa a un corrupto es tan grave como una traición.

—No… no lo has comprendido. A cambio te pediré que busques a alguien por mí. Me atrevería a decir que tú tendrás muchas más posibilidades de encontrar a esa persona ahí fuera de las que yo jamás tendré aquí abajo.

—Olvídalo —replicó Alaric—. Ningún sirviente del Emperador haría un trato con alguien como tú.

—¿Cómo yo? ¿Y qué soy yo? —El herrero se volvió lo suficiente como para que Alaric pudiera verle el rostro de perfil. Tenía la cara tan abollada como una de sus espadas a medio forjar. Le habían roto la nariz varias veces, y tenía los ojos casi totalmente cubiertos de costras—. Debes encontrar el Martillo, astartes, el Martillo de Demonios. Dicen que está en algún lugar de este mundo. Con él se alzará un héroe que derrocará a los señores del Dios de la Sangre. ¿Qué puede anhelar con más fuerza un esclavo como yo?

—Mientes.

—El Martillo de Demonios es muy real. Nada se sabe de él, excepto que está oculto en algún lugar de este planeta. Y por lo que sé, incluso podría decir que lo tengo delante de mí, encadenado al muro de mi forja. Porque tú eres el Martillo, ¿no es así, caballero gris?

Alaric ya no pudo soportar más el peso del collar. Su cuello se dobló como si se hubiera quedado sin vida. Comenzó a ver motas negras que parpadeaban sobre los fuegos de la forja y empezó a oler a humo y a acero al rojo. La mente de Alaric abandonó el plano de la consciencia y se sumergió en el letargo mecida por el martilleo del herrero sobre el yunque.

¡Karnikhal!

¡Bestia que se devora a sí misma! ¡Criatura tumoral y gloria cancerígena! ¡Gran parásito que supura desde la negritud de la tierra!

Hay quien asegura que Karnikhal descendió hasta Drakaasi desde alguna estrella lejana, y que con el paso de los siglos se volvió salvaje y poderosa. Otros afirman que, como si de una criatura endémica se tratara, como un hongo o un parásito, el poder omnipresente del Caos la hizo mutar hasta adquirir unas dimensiones inmensas. ¡Qué insensatos aquellos que buscan la lógica en su forma! Las cavernas de sus entrañas, los ríos de sangre que supuran de sus heridas, los lamentos de su dolor interno… son sólo uno más de los rostros del Caos, el rostro de Khorne.

La ciudad erigida en Karnikhal es un parásito sobre otro parásito, las casuchas se amontonan entre las pústulas grasientas de su espalda, las torres se derrumban al antojo de la bestia, templos y mataderos son azotados por su poderoso aliento. Todo ello se erige y se derrumba al antojo de ese ser salvaje, de esa monstruosidad engreída, de esa ciudad monstruo de Karnikhal.

Inquisidor HELMANDAR OSWAIN
Viajes de la mente de un santo hereje (censurado por decreto del Ordo Hereticus)

—Buena cosecha la de este año —dijo lord Ebondrake.

—Así es, mi señor —respondió el duque Venalitor.

—Khorne estará complacido de verlos morir.

Desde el jardín de la Tortura, Venalitor y Ebondrake tenían una vista excelente del mercado de esclavos de Karnikhal, uno de los más grandes de Drakaasi. Había sido construido sobre un quiste desecado del tamaño de un cráter de meteorito. Cientos de pequeños estrados se alzaban sobre la piel del suelo, cada uno de ellos con decenas de esclavos encadenados. Los gritos de dolor se entremezclaban con el chasquido de látigos y huesos fracturándose.

Lord Ebondrake extendió las tenazas como un gato desperezándose.

—La disformidad habla mucho de ti, Venalitor.

—Entonces debo de haber sido bendecido, mi señor.

—Dice que tienes un regalo muy especial para el Dios de la Sangre.

—Así es —asintió Venalitor—. En Sarthis Majoris nos enfrentamos a las fuerzas imperiales, allí mismo las aplastamos e hicimos infinidad de prisioneros.

—Según los videntes, capturasteis mucho más que simples soldados.

—Pronto podréis comprobarlo, mi señor.

Lord Ebondrake comenzó a caminar a lo largo del balcón. El jardín de la Tortura era el lugar de retiro de la élite de Karnikhal. Desde allí podían contemplar como cuerpos desmembrados se desangraban sobre infinidad de aparatos de tortura dispuestos a lo largo de toda la explanada de obsidiana. En aquel lugar, los rebeldes tenían el honor de sufrir una muerte lenta y dolorosa que sirviera de inspiración a los visitantes del jardín.

Lord Ebondrake era una especie de reptil gigantesco. Guardaba cierta semejanza con los dragones de los que hablaban muchos de los mitos humanos, algo que quizá no fuera una coincidencia, pues se decía que el propio Ebondrake fue quien escogió aquella forma en algún momento del pasado más remoto. Tenía el cuerpo cubierto de escamas de color negro

azabache, en su rostro brillaban unos ojos felinos y amarillentos, y en muchas de las espinas que erizaban toda su piel había clavado, como si de trofeos se tratara, la cabeza o las manos de aquellos que habían osado contradecirle.

Tenía un cuerpo enorme y retorcido, y movía las alas con una agilidad impropia para su tamaño. A su alrededor brillaba un halo de majestuosidad que evidenciaba al instante que se trataba del gobernante *de facto* de Drakaasi. En aquella ocasión, lord Ebondrake portaba una armadura de color bronce y negro obsidiana que cubría su enorme cuerpo escamoso y que recordaba a la adusta armadura de su guardia personal, la Guardia Ophidiana. Siempre iba acompañado por un destacamento de soldados de élite que seguían a su maestro a una respetuosa distancia. La Guardia Ophidiana constituía la fuerza de combate más poderosa de Drakaasi, y las espadas negras de filos envenenados y los cascos sin ojos que portaban servían como un recordatorio permanente de que la fuerza era lo único capaz de decantar de un lado u otro las numerosas luchas de poder que se producían en Drakaasi.

—No me cabe duda de que circulan rumores que se preguntan adonde nos llevará mi mandato —declaró Ebondrake.

Venalitor sopesó sus palabras con cuidado antes de hablar.

—Se oyen muchos comentarios…, pero soy consciente de que nos enfrentamos a una tarea grandiosa.

—Llevamos demasiado tiempo en este mundo —afirmó Ebondrake al tiempo que extendía las alas como queriendo abarcar la inmensidad del cielo sangrante de Drakaasi—. Ésta es una roca inmunda, un agujero lleno de podredumbre ensangrentada demasiado pequeño para adorar a nuestro dios como se merece, ¿no crees?

—Éste no es un mal mundo —respondió Venalitor escuetamente—. Pero siempre hay sitio para más sangre.

—Usa tu imaginación, joven duque. Piensa en todo lo que podríamos hacer. Nos limitamos a salir de Drakaasi solamente para conseguir esclavos y traerlos de vuelta para ver como mueren. Eso es exactamente lo que has hecho en Sarthis Majoris. Pero si todos los señores de Drakaasi se unieran

bajo una causa común, podríamos enviar a nuestros mejores hombres a las estrellas. Mundos enteros caerían bajo nuestro yugo y convertiríamos Drakaasi en un monumento a nuestra sed de sangre.

—¿Os referís a una cruzada? —dijo Venalitor.

—Por supuesto. Incluso ése al que llaman el Saqueador está lanzando sus ejércitos a través del Ojo, y muchos otros paladines del Caos están haciendo lo mismo a lo largo y ancho de la galaxia. Este baño de sangre puede reportarnos muchos beneficios. La cruzada del Dios de la Sangre no haría sino hacerse más grande a medida que más y más almas cayeran bajo nuestra causa. Cuando regresáramos a Drakaasi, el Dios de la Sangre tendría todo un imperio dentro del Ojo. ¿No sería eso un monumento más grande que todos nuestros juegos unidos?

—Comprendo, mi señor —dijo Venalitor, tiñendo sus palabras con un cierto tono de asombro.

—No, duque —repuso Ebondrake—, aún eres joven y no has luchado lo suficiente bajo los estandartes de Khorne. Lo que ves aquí no es más que el principio. Sólo una criatura ancestral es capaz de comprender lo que Drakaasi podría llegar a ser. Muy pronto todos los señores sabrán de mi cruzada y se unirán bajo mis designios. Aunque por ahora hay cuestiones más acuciantes. ¿Dices que has traído un buen botín de Sarthis Majoris?

Venalitor siguió la mirada que Ebondrake lanzó sobre el mercado de esclavos. Allí abajo se vendían y compraban miles de prisioneros, algunos de los cuales fueron capturados en la última victoria del duque, otros habían sido entregados a Khorne como tributo o apresados en las innumerables batallas del Ojo del Terror. La mayor parte de aquellos esclavos eran humanos, pues los ejércitos imperiales se enfrentaban sin descanso a las fuerzas del Caos por todo el Ojo, aunque también había alienígenas, eldar, orkos y todo tipo de extrañas criaturas salidas de los confines más remotos del universo.

—Venid conmigo —lo invitó Venalitor—. Tengo una nueva mercancía que me gustaría mostraros.

Lord Ebondrake y el duque Venalitor descendieron juntos por la escalinata hacia el quiste en el que se encontraba el mercado. Había esclavos

por todos lados, sirvientes de alguno de los señores de Drakaasi, que se inclinaban y saludaban ante la presencia de Ebondrake. Las desgraciadas almas que habitaban en Karnikhal huían despavoridas o se postraban suplicantes ante la figura del dragón. La mayor parte de la población de Drakaasi era humana, o por lo menos originariamente humana, y se decía que Ebondrake había elegido su forma draconiana para distinguirse de la escoria que habitaba las ciudades de aquel planeta. Los sonidos y los olores del mercado de esclavos saturaban el ambiente. Sudor y sufrimiento se mezclaban con el hedor a sangre podrida que dominaba Karnikhal.

Muchos de los señores de Drakaasi también estaban allí, examinando la mercancía en venta. Tiresia, alta, de piel oscura y con su enorme arco apoyado sobre el hombro, estaba buscando nuevos esclavos para su cohorte de asesinos salvajes, así como expertos homicidas para sus grandes cacerías. Golgur, el Señor de la Maza, estaba comprando a los esclavos más débiles que podía encontrar para arrojárselos a su jauría de sabuesos sangrientos, dos de los cuales caminaban encadenados por el mercado junto a su señor.

Scathach, quien había abandonado su fortaleza para comprar esclavos con los que entrenar a sus tropas, volvió una de sus cabezas para observar como Ebondrake y Venalitor caminaban entre los puestos de venta. Hacía ya mucho tiempo que Scathach había abandonado las Legiones Traidoras, pero aún vestía una servoarmadura de marine espacial del Caos, y los soldados que lo acompañaban formaban un grupo que destacaba entre las jaurías de seres sedientos de sangre que rodeaban a los demás señores.

—Lord Ebondrake, es un verdadero honor —dijo una voz estridente.

Venalitor miró hacia una enorme vasija llena de sangre humeante en la que se retorcía un demonio similar a un gran sapo. Estaba siendo transportada por un grupo de esclavos con los ojos vendados que avanzaban encorvados bajo el peso de la enorme criatura. Dos esclavos más vertían continuamente sangre sobre la piel húmeda del demonio, en cuyo pecho podía verse una cicatriz supurante con la forma de una mano de seis dedos, el mismo símbolo que los esclavos llevaban marcado en el torso.

—Arguthrax, ¿qué clase de sacrificios traes para los altares y coliseos de nuestro mundo?

El interpelado señaló con la mano húmeda hacia el estrado que había junto a él. Decenas de hombres y mujeres, musculosos y ennegrecidos, permanecían encadenados sobre la tarima, muchos de ellos aún se obstinaban en lanzar injurias contra sus captores.

—Tengo toda una tribu, mi señor —respondió Arguthrax—. Criaturas verdaderamente violentas y salvajes. ¡Ya lo creo que sí! Su raza ha vagado por la disformidad durante mucho tiempo. Ellos mismos intentaron hablar con el dios más ancestral, nuestro dios, hasta que mis sirvientes escucharon aquella llamada y los esclavizaron. Pronto aprenderán a someterse a la voluntad de Khorne. ¡Contemplad con qué cólera braman! ¡Imaginad toda esta ira dedicada a glorificar al Dios de la Sangre!

—¿Más salvajes, Arguthrax? —replicó Ebondrake—. Siempre se necesitan salvajes en los coliseos. El Dios de la Sangre no puede prescindir de su más preciado alimento.

Arguthrax no pudo evitar que una expresión de ira le ensombreciera el rostro.

—Entonces será toda una bendición que el Dios de la Sangre tenga esta humilde oferta en tan alta estima, mi señor. —Arguthrax dirigió una mirada colérica hacia Venalitor—. ¿Y qué tienes tú, joven advenedizo, que te permita caminar junto a nuestro señor como un semejante?

Venalitor sonrió. Arguthrax lo odiaba. Casi todos los demás señores de Drakaasi lo aborrecían, pues el duque era inusualmente joven y brillante. Por supuesto, también se odiaban los unos a los otros; sólo se toleraban mutuamente porque Ebondrake había hecho de Drakaasi un inmenso templo en el que adorar a Khorne, y ese templo requería todas sus atenciones. Pero Arguthrax, una criatura vieja y malvada nacida en la disformidad, sentía un rechazo particular hacia usurpadores como Venalitor.

—Observa, honorable demonio —contestó el duque.

Los sirvientes de Venalitor se encargaban de una enorme carpa de seda carmesí que dominaba todo un lateral del mercado de esclavos. La mayor parte de aquellos lacayos eran escaefílidos, criaturas nativas de Drakaasi que habitaban en las montañas y cañones desde mucho antes de que los señores

del Caos llegaran a aquel planeta. Eran unos seres insectoides y escurridizos, y aunque todos los habitantes de Drakaasi los despreciaban, eran fieles sirvientes del Caos y del duque Venalitor. Había docenas de ellos por toda la carpa. Los más grandes, los maestros de esclavos, se precipitaron a recibirlo en cuanto Venalitor atravesó las cortinas de seda de la entrada.

Los látigos de los escaefílidos obligaron a los esclavos humanos a salir de la carpa. Estaban ensangrentados e iban encadenados por la cintura y las muñecas. Casi todos eran hombres y, prácticamente, la totalidad de ellos tenían el mismo tatuaje en el hombro: eran miembros de la Guardia Imperial, soldados de un Imperio que agonizaba, hombres para quienes la esclavitud era el único destino posible.

—¿Esto es todo? —se mofó Arguthrax—. Esta escoria no sirve ni para alimentar a los sabuesos sangrientos. ¿Para esto me haces perder mi valioso tiempo? El Dios de la Sangre escupirá ante semejante ofrenda. Venalitor, un fracaso así podría ser considerado como una herejía.

—Ten paciencia, demonio —replicó Venalitor con tranquilidad.

Acto seguido, cuatro maestros escaefílidos salieron de las sombras de la carpa tirando de unas grandes cadenas de bronce. Arrastrándose por el suelo emergió una enorme figura humana, casi el doble de grande que cualquiera de los guardias imperiales. Inmediatamente después apareció otra más, del mismo tamaño que la anterior. Podía verse como sus enormes músculos se contraían bajo la piel mugrienta y ennegrecida por la sangre reseca. Sin embargo, toda aquella suciedad no era capaz de ocultar las enormes cicatrices de aquellos dos esclavos: viejas heridas de batalla y señales de intervenciones quirúrgicas. La silueta oscura del caparazón endurecido podía apreciarse a través de su piel, así como los bornes metálicos de la trente y los bíceps, a través de los cuales las servoarmaduras se conectaban con sus señales vitales.

Uno de aquellos hombres era de rasgos grandes y expresivos y tenía una placa metálica en la frente, mientras que el otro mostraba un rostro tan imperturbable como el granito. Ambos intentaban zafarse de las cadenas, pero el metal con el que estaban hechas había sido forjado en el corazón del volcán más poderoso de Drakaasi. Cada uno de ellos llevaba un Collar de

Khorne alrededor del cuello, un detalle que a lord Ebondrake no se le escapó.

—Marines espaciales —se maravilló Ebondrake—. Y con vida. Parece que esta vez te has superado ti mismo, Venalitor. Hacía mucho tiempo que un astartes con vida no pisaba Drakaasi.

—No son sólo marines espaciales, mi señor —afirmó Venalitor con orgullo.

—¿Son psíquicos? ¿Hechiceros? Al Dios de la Sangre le complacerá mucho verlos morir.

—Son mucho más que eso. —Venalitor chasqueó los dedos e inmediatamente uno de los esclavos desapareció en el interior de la carpa para volver a salir portando la hombrera de una armadura de exterminador. El duque la levantó para que lord Ebondrake pudiera apreciarla con más detalle. La ceramita estaba tallada con oraciones escritas en alto gótico, y en el centro podía verse un símbolo que representaba una espada sobre un libro abierto.

—Un caballero gris —dijo Ebondrake.

—Dos caballeros grises —lo corrigió Venalitor, quien acto seguido dirigió a Arguthrax una mirada desafiante—. Cazadores de demonios.

Arguthrax le devolvió la mirada con desdén. Jamás mostraría el más mínimo signo de debilidad ante Ebondrake, y mucho menos ante Venalitor, pero no pudo evitar retroceder ligeramente para poner entre él y aquellos caballeros grises tanta distancia como le fuera posible. Su mera presencia resultaba repugnante para cualquier demonio. Venalitor se sintió invadido por un placer salvaje al pensar que algo como el miedo estaba creciendo en el interior de la mente corrupta de Arguthrax.

—Supongo que estos especímenes no están a la venta —dijo Ebondrake.

—Por supuesto que no. Yo mismo me encargaré de que cosechen las mayores glorias en nombre de Khorne. No es una tarea que pueda confiarle a cualquiera. Pienso llevarlos al *Hecatombe* y prepararlos para los próximos juegos. Pero los demás están a la venta. —Venalitor señaló con desdén hacia los prisioneros de la Guardia Imperial—. No seré yo quien acapare todos los sacrificios para el Dios de la Sangre. Aunque aún hay una cosa más.

Justo en aquel momento aparecieron varios esclavos tirando de una carreta en la que podía verse el resto de las armaduras de los caballeros grises.

—Un tributo para vos, mi señor —dijo Venalitor.

Arguthrax resopló con desdén.

—Te lo agradezco, joven duque —se congratuló Ebondrake—. Son unos trofeos verdaderamente valiosos. Que tus esclavos los lleven a mi palacio.

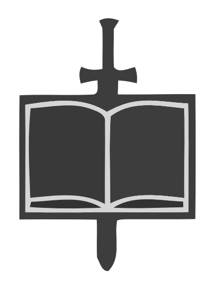
—Así será, mi señor.

Ebondrake miró a los dos caballeros grises.

—De modo que los juegos de Karnikhal tendrán el honor de ver cómo dos cazadores de demonios luchan por su vida para mayor gloria del Dios de la Sangre. A buen seguro Khorne apreciará este hecho como es debido.

Ebondrake se dio la vuelta y comenzó a caminar, inspeccionando a los demás prisioneros por los que negociaban los señores de Drakaasi. Ninguno de ellos podía compararse con el valor de un caballero gris, y ningún otro señor tendría el honor de contar con guerreros como aquéllos en un coliseo. Venalitor le lanzó a Arguthrax una última mirada antes de desaparecer bajo la carpa. Sus maestros tenían mucho trabajo por delante. Los juegos de Kharnikal marcaban el comienzo de una nueva temporada de culto en los coliseos de Drakaasi, y el papel de sus nuevos esclavos determinaría hasta qué punto Venalitor podría destacar sobre los demás señores del planeta. Con dos caballeros grises luchando bajo su estandarte, aquellos juegos sin duda serían muy beneficiosos para él.

Desde su palacio en la disformidad, Khorne tronaría de placer al ver como aquellos cazadores de demonios eran sacrificados en un combate para su mayor gloria. La disformidad tardaría mucho en olvidar al duque Venalitor de Drakaasi.



SEIS

—Debemos de estar en el *Hecatombe* —dijo Hualvarn—. He oído que uno de ellos lo llamaba así.

—¿Uno de ellos?

—Los esclavos, esas cosas insectoides.

—¿Y qué es? ¿Una prisión?

—Un barco.

Alaric tiró de las cadenas con fuerza aunque sabía que sería inútil. Estaba encadenado al muro de una celda pequeña y oscura en la que apenas tenía sitio para permanecer encorvado. El suelo estaba repleto de sangre seca y cubierto por una capa de paja que desprendía un olor repugnante. Todo a su alrededor apestaba. Muchos hombres habían muerto en aquel lugar.

El caballero gris sólo podía entrever la silueta de Hualvarn a través de una rejilla de hierro situada en el muro. Alaric había perdido el conocimiento poco después de ser expuesto en el mercado de esclavos. No resultaba nada fácil hacer que un marine espacial perdiera la consciencia; aquel collar le estaba debilitando la mente.

—¿Pudo verlo?

—¿Ver el qué?

—El dragón.

—Sí. —Alaric recordó aquella visión, una imagen que cayó sobre él como una pesadilla. Por supuesto no se trataba de ningún dragón, los dragones no eran más que criaturas mitológicas, meros símbolos. En el mejor de los casos, era así como los humanos primitivos llamaban a los enormes lagartos que habitaban muchos de los planetas más inhóspitos de la galaxia—. Pude verlo, y también vi a aquella otra criatura hinchada, el demonio. A pesar de mantenernos con la mente abotargada no pudo ocultar su verdadera naturaleza. El otro caballero, el de la armadura roja, fue el que nos apresó en Sarthis Majoris.

—Yo vi como luchaba contra él. Era muy fuerte, juez, pero durante algunos momentos hubo esperanza. Muchos de aquellos seres inmundos murieron gracias a su ejemplo.

Alaric suspiró.

—Consiguió vencerme y capturarme con vida, pero esto aún no ha terminado. —A través de la rejilla, Alaric apenas podía distinguir los rasgos de su hermano de batalla—. ¿Qué ha sido de los demás? ¿Y el resto de la escuadra?

—Thane cayó —contestó Hualvarn—. Yo mismo lo vi con mis propios ojos. En cuanto a Dvorn y a Visical no puedo decirle nada, el enemigo nos superaba en número y nos vimos obligados a separarnos. Quizá también los hicieron prisioneros, pero no los he visto. Que el Emperador me perdone, pero nunca llegué a creer que Sarthis Majoris tuviera la más mínima oportunidad.

—Probablemente, nunca la tuvo —asintió Alaric. El caballero gris notó como el suelo de la celda vibraba ligeramente y oyó un zumbido lejano que comenzó a extenderse por todo el *Hecatombe*. El barco se movía.

—¿Adonde cree que nos llevan? —preguntó Hualvarn—. ¿Cree que van a sacrificarnos?

Alaric levantó las manos, que tenía encadenadas a la altura de las muñecas.

—Creo que tienen un plan mejor para nosotros. Cortarle el pescuezo a un prisionero no es un sacrificio digno para el Dios de la Sangre. Tengo la impresión de que nos tienen preparado algo diferente.

—¿Y quién cree que nos retiene, juez?

Alaric hizo una larga pausa. ¿Quién? El Caos, por propia definición, no podía clasificarse. A pesar de los miles de volúmenes de textos prohibidos que descansaban en las librerías de Encédalo, y a pesar del extenso conocimiento que atesoraban los inquisidores, el Caos no podía dividirse en categorías ni diseccionarse como un animal cualquiera. El Caos era el cambio en estado puro, era entropía y decadencia, pero también era vida y emociones, nacimiento y muerte. Cada vez que alguien como Alaric pensaba que había llegado a comprender a un enemigo nacido del Caos, éste muraba, no sólo para confundir a todos aquellos que intentaban darle caza, sino también porque el cambio era su esencia.

—Estemos donde estemos y sean quienes sean los que nos han apresado, jamás podremos dar respuesta a esa cuestión. Nunca conseguiremos comprender este lugar ni a las criaturas que lo habitan. Si algún día llegáramos a hacerlo, nuestra corrupción sería absoluta.

—Entonces, ¿pueden corrompernos?

—Sí.

—¿Y este collar es lo que anula nuestras defensas?

—No del todo. Siempre nos queda nuestro entrenamiento, pero sí, ahora somos vulnerables.

—De modo que… ¿puede llegar a pasar?

Alaric sabía muy bien a lo que Hualvarn se refería: ningún caballero gris había caído jamás. Muchos habían muerto o quedado mutilados y sus mentes habían sido aplastadas, miles de ellos descansaban ahora en las gélidas catacumbas de Titán, pero ninguno de ellos había caído jamás. Alaric y Hualvarn no podían ser los primeros.

—No dejaremos que eso ocurra —dijo Alaric—. No importa los artefactos que usen para intentar romper nuestras defensas, somos Caballeros Grises, todo lo demás es irrelevante.

—Entonces compartiré su fe, juez.

A Alaric le resultaba imposible saber hasta qué punto Hualvarn estaba convencido. De hecho, le resultaba difícil convencerse a sí mismo de que él también tenía fe.

—Conseguiremos salir de aquí —continuó Hualvarn.

—Por supuesto —asintió Alaric.

En aquel mismo instante, la puerta de la celda se abrió de golpe y uno de los esclavos insectoides lanzó hacia el interior una armadura que cayó al suelo con un enorme estruendo; a continuación también arrojó una cota de malla, un escudo, una espada y un yelmo.

—Prepárate —dijo el esclavo a través de unas fauces babeantes. Acto seguido se dio la vuelta y se dirigió a la celda de Hualvarn.

—¿Prepararme para qué? —preguntó el caballero gris—. ¿Para nuestra ejecución?

El esclavo lo ignoró y cerró la puerta de golpe. Alaric oyó como las patas insectoides repiqueteaban por el corredor a medida que se alejaba.

Las cadenas que le aprisionaban las muñecas se soltaron. El juez miró la armadura que tenía a los pies. Aún le dolían las heridas que Venalitor le había infligido. Un marine espacial sanaba a una velocidad sobrehumana, pero aun así sólo habían pasado un par de días desde que estuvo a punto de morir en Sarthis Majoris. Ahora tendría que luchar de nuevo.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —le preguntó Hualvarn.

Las puertas de ambas celdas volvieron a abrirse súbitamente. Los caballeros grises vieron entonces a más prisioneros que caminaban por el corredor; el sonido de las cadenas repiqueteaba por toda la nave.

Alaric se puso la cota de malla y recogió la espada oxidada que yacía a sus pies.

—Quieren nuestra sangre.



La primera vez que Alaric vio a los demás esclavos gladiadores fue cuando caminaban por un corredor angosto y oscuro hacia unas puertas de hueso decoradas con decenas de grandes colmillos. Aquel túnel estaba horadado en las entrañas de Karnikhal, y a través de los agujeros abiertos en los muros

carnosos los habitantes de la ciudad gritaban y abucheaban a los hombres que se disponían morir.

Algunos de aquellos esclavos no eran más que carnaza. Estaban vestidos con harapos, tenían la mirada perdida y el rostro pálido de terror. Otros daban la impresión de saber cuidar de sí mismos, como el hombre de grandes músculos y tatuajes carcelarios. Casi todos ellos eran humanos, excepto por el grupo de alienígenas que no cesaban de chillar. Alaric pudo reconocer el sonido y el olor de los orkos, salvajes pielesverdes que únicamente vivían para luchar.

El hombre de los tatuajes miró a Alaric de arriba abajo.

—Vosotros no sois mutantes —dijo.

—No —contestó Alaric con rotundidad.

El prisionero sonrió.

—Entonces les va a encantar veros morir.

Alaric llegó hasta las puertas. Podía sentir la tensión reinante entre los demás esclavos. Algunos estaban paralizados de puro terror. Otros parecían estar preparados para el combate. Los orkos aullaban cánticos mientras se preparaban para la matanza.

De repente, las puertas se abrieron. La luz y los rugidos de la multitud llovieron sobre Alaric. Los orkos se abrieron paso entre los guardias y pasaron junto a Alaric antes de saltar a la arena del coliseo enarbolando enormes cuchillos y garrotes.

Alaric también saltó a la arena. Debía de haber cientos de miles de espectadores abarrotando las gradas y los palcos de aquel enorme lugar.

Horadado en la propia carne de la ciudad, aquel coliseo era un pozo apestoso y maloliente rodeado de muros de carne descompuesta de los que goteaba pus y sangre putrefacta. Los espectadores estaban separados en pequeñas celdas para evitar que se mataran los unos a los otros, y bramaban como animales mientras no cesaban de arrojar cosas a la arena. Los ciudadanos de Karnikhal eran tan perversos y estaban tan podridos como su propia ciudad. La carne y la piel se deshacían a jirones sobre sus cuerpos putrefactos, y sus caras descompuestas habían perdido cualquier indicio de humanidad. Por todas partes había enormes palcos de mármol recubierto de

seda reservados para los dignatarios. Seguramente, Venalitor estaría en uno de ellos, y quizá otros de los señores de Drakaasi que Alaric había alcanzado a ver en el mercado de esclavos. Varias hileras de soldados con armadura separaban a los dignatarios de la escoria.

—¡En el nombre del Trono! —exclamó Hualvarn.

De pronto, la multitud elevó aún más el volumen de los gritos. Otras puertas de hueso acababan de abrirse en el otro extremo del coliseo, al otro lado de la arena empapada de sangre. Una enorme figura emergió de la oscuridad reinante tras los portones. La parte superior de su torso era humanoide, pero la parte inferior parecía la de una serpiente. Tenía cuatro brazos, y con dos de ellos sostenía una enorme hoja dentada. La multitud gritaba y bramaba a medida que aquel ser se arrastraba bajo la luz del sol. La visión potenciada de Alaric le permitió ver con detalle el rostro humanoide y la lengua bífida que paladeaba con placer la sangre que flotaba en el aire. Alrededor del cuello portaba un collar hecho con manos cercenadas, pequeños trofeos que oscilaban caprichosamente sobre su piel reseca.

—¡Por el Trono de Cráneos! —maldijo el esclavo de los tatuajes—. Skarhaddoth.

Alaric lo miró.

—El campeón —continuó el esclavo—. El favorito de Ebondrake.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el caballero gris.

—Gearth.

—Gearth, mantente junto a nosotros. Vamos a rodearlo. Hualvarn y yo intentaremos mantenerlo a raya, vosotros quedaos detrás y…

Gearth sonrió.

—Me temo que no; esto no funciona así.

De repente, varias hileras de estacas casi el doble de altas que Alaric emergieron del suelo, dividiendo la arena en cuadrados y corredores. El caballero gris quedó separado del resto de esclavos, incluido Hualvarn.

—¡Hermano! —gritó Hualvarn mientras el estruendo de la multitud se hacía más y más fuerte—. ¡Sólo quieren ver sangre. Cualquier cosa que matemos será para mayor gloria del Caos!

—¡Cierto, pero hagamos lo que hagamos, sobrevivir debe ser nuestra prioridad! Debemos luchar como si ésa fuera la voluntad del Emperador, como si…

De pronto, una de las hileras de estacas desapareció de nuevo en la arena. Ahora no había nada que se interpusiera entre Hualvarn y Skarhaddoth, el campeón de lord Ebondrake.

Los ojos de la bestia se posaron sobre Hualvarn.

Como respuesta, el caballero gris levantó la espada y se puso en guardia. Jamás habría nada tan poderoso como el arma némesis que portaba cuando luchaba como caballero gris, pero cualquier arma era letal en manos de un marine espacial.

La multitud comenzó a corear el nombre de Skarhaddoth.

La bestia empezó a arrastrarse hacia Hualvarn. Skarhaddoth era enorme, mucho más alto que el caballero gris. Con las manos que le quedaban libres extrajo dos escudos que llevaba a la espalda. Eran de color negro con una serpiente tallada en blanco, probablemente el emblema de lord Ebondrake. Resultaba lógico que Venalitor hubiera cedido a uno de sus dos preciados caballeros grises para un combate contra el campeón de Ebondrake.

—¡Hermano! —gritó Alaric—. ¡Yo estoy a tu lado!

El juez trató de saltar sobre la barrera de estacas, pero estaban muy resbaladizas debido a la sangre de otros combatientes, y el metal dentado se le clavaba en las manos.

Inmediatamente, una nube de arena ensangrentada cayó sobre Alaric. El caballero gris se volvió para ver como una enorme jaula emergía del suelo. En su interior había un mutante tan corpulento que apenas cabía en aquel angosto receptáculo. La puerta de la jaula se abrió y, provocando una nueva ovación entre el público, el mutante salió lanzando un temible alarido de rabia.

El oponente de Alaric era un ser deforme con infinidad de miembros que se retorcían en el aire como serpientes, cabeza de equino y un único ojo amarillento que supuraba pus al mirar al caballero gris. También llevaba un arma que parecía una sierra circular de gran tamaño. La multitud bramó

con satisfacción, y de repente la sierra pareció cobrar vida y empezó a girar lanzando sangre seca y esquirlas de acero por toda la arena.

Alaric hincó una rodilla en el suelo mientras el mutante preparaba su ataque, haciendo que la sierra rechinara en la hilera de estacas que tenía detrás. Cuando la criatura se lanzó a la carga, Alaric rodó por el suelo y la sierra se hundió en el terreno levantando una nube de sangre y arena. Justo en aquel momento, el caballero gris se arriesgó a volver la vista atrás, Hualvarn y Skarhaddoth estaban enfrascados en su propio combate. La bestia no cesaba de replegarse y atacar como una cobra, mientras Hualvarn intentaba repeler con la espada cada nueva estocada.

Alaric se volvió de nuevo hacia el mutante, que justo en aquel momento extraía la enorme sierra del suelo y preparaba un nuevo ataque. El caballero gris intentó detenerlo con la espada, pero la fuerza del golpe hizo que la hoja se partiera cerca de la empuñadura. A la multitud le encantó aquel hecho, y aparentemente también al mutante, cuyo repugnante rostro esbozó una sonrisa mientras lanzaba una nueva estocada.

Alaric tuvo que arrodillarse para evitar el golpe, movimiento que aprovechó para hendir lo poco que quedaba de la espada en las costillas de su adversario. El caballero gris sintió como los restos afilados de la hoja atravesaban músculo y hueso, pero cuando el mutante retrocedió a causa del dolor, se llevó consigo el arma, que se quedó clavada en su torso. La bestia comenzó a agitar los brazos, unas extremidades inusualmente largas, y estuvo a punto de cortar en dos al caballero gris con un nuevo golpe de sierra.

Alaric no podría permanecer mucho tiempo desarmado, pues aquel mutante acabaría con él en cuanto tuviera la más mínima ocasión. El caballero gris se lanzó contra la criatura y se encaramó a su espalda, intentando hundir las manos en el único ojo de la bestia al mismo tiempo que la agarraba por el cuello para intentar seccionarle la médula.

El monstruo comenzó a tambalearse y a retroceder. Extendió una de las extremidades para intentar agarrar al caballero gris mientras trataba de alcanzarlo con la sierra que sostenía con el otro brazo. Alaric lo sujetó por el cuello con fuerza al tiempo que detenía la sierra con la mano que le quedaba

libre. El único ojo del mutante comenzó a palpitar y se volvió rojo de ira. Acto seguido, la criatura extrajo una enorme lengua con la que empezó a hostigar a Alaric como si fuera un pequeño látigo. El caballero gris se agarró con fuerza mientras seguía intentando aplastar los huesos del cuello de la bestia. Tuviera las mutaciones que tuviese, aquella criatura necesitaría respirar.

El mutante lanzó un alarido y se deshizo de Alaric con una fuerza sobrenatural. El caballero gris cayó al suelo e intentó ponerse en pie, pero antes de que pudiera moverse la bestia cayó sobre él. Entonces vio descender la hoja de la sierra sobre su rostro: el mutante estaba intentando cortarle la cabeza en dos. Durante un instante que se hizo eterno y terrible, ambos lucharon encarnizadamente, la fuerza sobrenatural de la bestia intentando superar el poder de la musculatura mejorada del marine espacial. Alaric no sabía si podría llegar a vencerla.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el caballero gris consiguió desviar la sierra hacia un lado, y el impulso del mutante hizo que se clavara en el suelo. La bestia trató de extraerla de nuevo, pero estaba profundamente hundida, el motor comenzó a echar humo y acto seguido se incendió. Finalmente, la sierra explotó en las manos del mutante y la hoja salió despedida para rebotar en una de las hileras de estacas y clavarse en el hombro de Alaric.

El caballero gris colocó la rodilla bajo el pecho del mutante y con un fuerte golpe consiguió quitárselo de encima. La bestia salió rodando por la arena ensangrentada; había perdido una mano de cuyo muñón salía un icor verdoso y repugnante. Alaric consiguió ponerse de rodillas intentando superar el dolor de su hombro. Era el mismo que se había dislocado en la jaula, y el dolor era tan fuerte que sintió como la visión se le volvía gris y difusa.

A la multitud le encantó ver tal cantidad de sangre. El resto de los combates estaban siendo igualmente horribles. Uno de los orkos había conseguido derrotar a su oponente, una bestia de piel rojiza, y ahora agitaba victorioso la pierna de su enemigo como si de un estandarte se tratara.

Gearth estaba arrodillado sobre una especie de ser humanoide con cabeza de cabra y se disponía a cortarle la cabeza con un enorme cuchillo dentado.

Alaric consiguió ponerse en pie. El mutante luchaba por hacer lo mismo mientras la sangre brotaba a borbotones por el muñón de la mano cercenada. Haciendo un tremendo esfuerzo, el caballero gris alargó la mano y se arrancó del hombro la hoja de la sierra. Aquel mutante aún podía acabar con él, pero a Alaric le quedaba un brazo intacto, estaba lleno de ira y ahora, además, tenía un arma.

El mutante cargó sobre él. Alaric replegó el brazo y lanzó con todas sus fuerzas la hoja circular de la sierra como si fuera un disco, ignorando el dolor punzante que le atravesó el hombro.

La hoja cercenó limpiamente la cabeza de la criatura. Aprovechando la inercia de la carga de la bestia, el caballero gris la levantó y la lanzó por encima de las estacas que había detrás de él. La multitud comenzó a abuchear al mutante muerto, que acababa de ser derrotado por el recién llegado.

Sin perder un segundo, Alaric se volvió para buscar a Hualvarn. Su hermano de batalla había luchado contra Skarhaddoth a lo largo de toda la arena del coliseo, dejando tras de sí un rastro de pisadas ensangrentadas. Hualvarn estaba cubierto de sangre que le manaba de un corte en la cara que se extendía desde la ceja hasta la barbilla. Estaba perdiendo.

Skarhaddoth se abalanzó sobre él. Hualvarn lanzaba estocada tras estocada a una velocidad endiablada, pero Skarhaddoth era igualmente rápido y conseguía detener cada uno de los golpes del marine espacial con los escudos. La batalla de Alaric había terminado, y ahora todos los ojos del coliseo se habían posado sobre el campeón de lord Ebondrake, que paso a paso estaba haciendo retroceder al caballero gris.

Alaric intentó trepar de nuevo por las estacas. Muchos otros habían tratado de hacer lo mismo, y los afilados postes de metal estaban repletos de restos de carne en descomposición. Alaric consiguió llegar hasta arriba e intentó avanzar sobre las puntas de metal oxidado.

Skarhaddoth cargó contra Hualvarn. El caballero gris dio un enorme salto y cayó sobre la espalda de la bestia. Skarhaddoth dejó caer uno de los

cuchillos y con la mano que le había quedado libre agarró a Hualvarn arrancándole la espada de las manos.

—¡Hermano! —gritó Alaric—. ¡Yo estoy contigo! ¡No estás solo! —El juez había conseguido atravesar la valla de estacas y caer al otro lado de la arena, las puntas oxidadas le habían hecho innumerables arañazos en el peto. En cuanto cayó al suelo se puso en pie y empezó a correr hacia donde Skarhaddoth y Hualvarn estaban luchando.

La bestia había levantado al caballero gris por encima de la cabeza como si fuera un trofeo. La multitud gritaba enfervorizada. Pedían sangre. Pedían crueldad. Alaric les había abierto el apetito y Skarhaddoth sabía muy bien cómo darles lo que querían. Sostuvo a Hualvarn del cuello con una mano mientras con la otra lo agarraba por las piernas. La bestia lo levantó aún más por encima de su cabeza y tiró con fuerza. Hualvarn dejó escapar un alarido.

Alaric dio un grito de impotencia y sintió que el corazón se le detenía dentro del pecho. El cuerpo de Hualvarn cayó al suelo destrozado por Skarhaddoth. La sangre del caballero gris caía como una catarata sobre el cuerpo de la bestia, que se regocijaba en la victoria con las fauces abiertas de par en par. Acto seguido, Skarhaddoth se arrastró hasta el muro que separaba la arena del graderío y lanzó las dos mitades del cuerpo de Hualvarn a la multitud. Los espectadores comenzaron a pisotearse los unos a los otros por conseguir un pedazo de carne. Skarhaddoth levantó las manos hacia el cielo para que todo el coliseo pudiera ver la sangre que goteaba de ellas. Después miró a Alaric fijamente y esbozó una sonrisa en el rostro manchado con la sangre de su amigo muerto.

Alaric comenzó a correr. Skarhaddoth estaba al otro lado de la arena y el juez se acercaba hacia él a toda velocidad.

Hualvarn estaba muerto. El enemigo se había cobrado la sangre de un caballero gris y Alaric había perdido a un amigo. El vacío que había crecido súbitamente en su interior sólo podría llenarse con la venganza. No había elección. Era simplemente una regla inviolable que debía cumplirse. Tenía que vengar la muerte de Hualvarn.

De pronto, una nueva hilera de estacas emergió de la arena. Alaric arremetió contra ellas intentando doblarlas o arrancarlas, pero eran

demasiado gruesas. Aclamado por la multitud, Skarhaddoth levantó las manos una última vez y desapareció tras las puertas de hueso. Las criaturas que habían bajado a la arena las cerraron de par en par tras el paso del campeón.

Decenas de esclavos y guerreros con armadura comenzaron a bajar a la arena para retirar los cadáveres y encadenar de nuevo a los supervivientes. Varios de ellos rodearon a Alaric. El caballero gris deseó despedazarlos, empalarlos en las estacas oxidadas y atravesar las puertas de hueso para atrapar a Skarhaddoth y descuartizarlo como él había descuartizado a Hualvarn, pero la visión de aquellas puertas cerrándose detrás de la bestia había hecho que toda su fuerza se desvaneciera. La rabia que sentía era como un enorme peso que tiraba de él, como una maldición por no haber vengado la muerte de su amigo.

De pronto sintió un latigazo en la espalda. Cayó de rodillas. Deseó que todo aquello acabara. Deseó hundirse en la oscuridad para no tener que recordar jamás la muerte de Hualvarn. Nunca se había sentido tan abatido.

El dolor alcanzó su punto álgido, y entonces Alaric dejó de sentir.

* * *

—Tú no deberías tener dos corazones.

—¿Qué?

—Tienes dos corazones, y tres pulmones, pero uno de ellos es biónico.

Alaric abrió los ojos. Vio un techo oxidado y enmugrecido por años de suciedad. Tenía todo el cuerpo dolorido, un dolor acentuado por un ligero balanceo que le indicó que estaba de vuelta en el *Hecatombe*. La luz era muy tenue, pero aun así hería los ojos del caballero gris.

—Soy un marine espacial —dijo como explicación.

—¿Qué? —exclamó la voz—. ¿En Drakaasi? Alabado sea el Trono, o más bien maldito… ¿Cómo has acabado aquí?

—Venalitor —respondió Alaric. El caballero gris se incorporó, ignorando el dolor que sentía en el hombro. Había sufrido heridas peores. Podría sobrevivir a aquélla.

Se encontraba en el extremo de una gran cámara en las entrañas del *Hecatombe*. A ambos lados, suspendidas en lo alto, había varias celdas conectadas por pasarelas. El suelo estaba muy sucio, cubierto de paja y de bultos harapientos que bien podrían ser cadáveres que yacían boca abajo. Había prisioneros por todas partes, discutiendo sobre juegos de azar, intentando dormir precariamente por los rincones o conspirando entre susurros. Casi todos ellos eran humanos, aunque también los acompañaban unos pocos alienígenas. En el otro extremo de la enorme cámara había un montón de basura que, evidentemente, era el hogar de un grupo de orkos. Uno de aquellos pielesverdes era el mismo orko de una sola oreja que Alaric había visto en el coliseo. También parecía haber media docena de criaturas correteando y peleándose entre las sombras. Alaric se dio cuenta de que las celdas de aislamiento en las que Hualvarn y él habían estado retenidos estarían probablemente debajo de aquella cubierta. La gran mayoría de esclavos vivía allí; el miedo que parecían tenerse los unos a los otros era más efectivo para mantenerlos aislados que las rejas de las celdas individuales.

Alaric estaba sentado sobre un larguísimo banco de metal. De pie, a su lado, había un hombre de mediana edad, una figura achaparrada y con barba que vestía un mugriento delantal completamente ennegrecido por la sangre reseca. Junto a él había unos cuantos instrumentos médicos oxidados.

—Elaggard —se presentó el cirujano—. Oficial médico de segunda clase.

—Juez Alaric —respondió el caballero gris—. ¿Estaba usted en la Guardia Imperial?

Haggard negó con la cabeza.

—Fuerzas de Defensa Planetaria de Agripina. La antigua y honorable Brigada de Fusileros del quincuagésimo primer gobernador. Los pocos supervivientes de mi escuadra nos rendimos en el monte de las Dagas. Se supone que deberíamos haber luchado hasta la muerte, pero el Ojo acababa de abrirse. No teníamos ni idea de a qué nos enfrentábamos.

Alaric se palpó el hombro. Parecía que resistiría.

—Te he extraído un buen puñado de metal —continuó Haggard—. Se suponía que no debías haber sobrevivido ahí fuera. Erais un sacrificio para conmemorar la última revuelta de esclavos.

—¿Es que ha habido una revuelta?

—Tan sólo duró un día y medio, los esclavos de Aelazadne se organizaron y se rebelaron. La Guardia Ophidiana acabó con ellos. Es el ejército personal de lord Ebondrake. ¿Lo has visto?

—¿Al lagarto?

—Exacto, al lagarto. Los juegos se organizaron para celebrar el aplastamiento de la revuelta. Por eso soltaron al campeón de Ebondrake. Fuiste enviado allí para morir.

—Mi hermano de batalla murió —dijo Alaric—. Skarhaddoth acabó con él.

—Eso he oído, y comprendo que quieras venganza. Yo también la quise en su día. Cuando el ejército de Ebondrake cayó sobre Agripina, lo perdí todo, a todos los que quería. Pero esto es Drakaasi, juez. Khorne es el dueño y señor de este mundo. Conseguir sobrevivir aquí ya supone toda una victoria. En este mundo únicamente puedes luchar, que es lo que Venalitor quiere que hagas, o por el contrario morir, es así de simple. La única razón por la que sigo con vida es porque soy más útil intentando recomponer gladiadores que como carnaza para las bestias del coliseo.

—De modo que eso es lo que somos —dijo Alaric, abatido—. Marionetas en manos del Dios de la Sangre.

—Algunos eligen morir —continuó Haggard—. El resto piensan que podrán salvarse, que conseguirán escapar. También los hay como yo, demasiado cobardes como para hacer nada, aunque también hay quien disfruta con los baños de sangre.

—Como Gearth.

Haggard esbozó una leve sonrisa.

—Gearth es un psicópata, y no es el único. Lo primero que ocurre cuando el Caos conquista un planeta es que las prisiones se quedan vacías. Para Gearth, Drakaasi no es muy diferente de la vida que llevaba antes. Pero

aquí también hay gente que tiene planes. Echa un vistazo ahí arriba, en el tercer nivel.

Haggard señaló hacia un grupo de celdas que colgaban del techo. Alaric levantó la vista y pudo ver una figura pálida acurrucada en una de ellas. Estaba lustrando pacientemente una armadura de color verde oscuro. A su lado, apoyada en la pared, había una espada.

—Eldar —dijo Alaric—. Más alienígenas.

—Ése es Kelhedros —continuó Haggard—. Créeme, mi madre me enseñó a odiar a los alienígenas tal y como los sacerdotes le enseñaron a ella, pero Kelhedros es uno de los mejores luchadores que jamás han pisado las cuadras de Venalitor. ¡Que la ira del Emperador caiga sobre mí si esa criatura no tiene un plan para escapar de aquí!

—¿Cuánto tiempo es capaz de sobrevivir aquí un hombre? —preguntó Alaric.

—Depende. Algunos llevan aquí más tiempo que yo, pero muchos no aguantan ni el primer combate. Si consigues llegar hasta aquí, significa que eres más duro que la mayoría de ellos. Venalitor retiene a los mejores esclavos en el *Hecatombe*, los lleva por todo Drakaasi para luchar contra los gladiadores de los demás señores. Este maldito planeta es un gigantesco templo creado en honor a la sangre y los coliseos son los altares. Aquí la muerte es una cuestión sagrada.

Alaric se deslizó sobre el banco y se puso en pie. Aún tenía puesta la armadura oxidada que le dieron antes de saltar a la arena del coliseo. En aquel momento deseó tener allí su equipo de caballero gris.

—Aquí dentro puedes hacer lo que te plazca —dijo Elaggard—, pero si intentas ir a cualquier otra parte de la nave, los escaefílidos lo sabrán. Venalitor te colgará del mascarón de proa o te usará como carnaza para los pielesverdes.

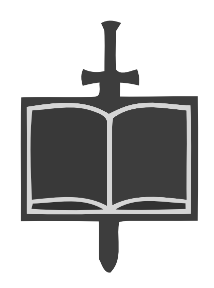
Hualvarn. El mejor soldado que jamás había luchado junto a Alaric. Más pronto que tarde Hualvarn habría sido ascendido a juez y puesto al mando de su propia escuadra. Podría haber llegado a ser mucho más grande que Alaric, podría haber sido hermano capitán o incluso uno de los grandes maestres, hombres que ostentaban los rangos más altos del Ordo Malleus y

que tenían ejércitos enteros a su cargo. Pero ahora Hualvarn había muerto, y Khorne debía pagar por ello.

—Yo de ti intentaría mejorar mi situación cuanto antes —le recomendó Haggard—. Hoy hay muchos esclavos que no regresarán jamás, y las buenas celdas escasean.

—Eso es lo que pienso hacer —contestó Alaric. El caballero gris vio un grupo de esclavos arrodillados junto a una de las celdas. Estaban rezando.

Alaric fue a unirse a ellos.



SIETE

El teniente Erkhar alzó lentamente las manos y dirigió la mirada hacia el suelo de la celda. Algún día los horrores de aquel mundo se convertirían en las maravillas más espléndidas que los ojos de aquellos fieles pudieran contemplar. Debían recordar eso pasara lo que pasase.

Erkhar apoyó las manos sobre el altar. Era una enorme cabeza de piedra que una vez perteneció a una estatua; aún podía percibirse la nobleza de aquel rostro, la nariz afilada y aristocrática y los bucles marmóreos del cabello. Probablemente sería algún paladín del Caos o uno de los muchos rostros de Khorne, pero hacía ya mucho que no servía para el propósito con el que fue creada. Era algo hermoso que destacaba sobre la fealdad de Drakaasi y que había sido olvidado por los señores de aquel planeta. Los creyentes habían depositado toda su fe en aquel altar. Era el rostro del Emperador de Drakaasi, un símbolo del pecado transformado en algo hermoso por la fuerza de la fe.

—Las penurias que nos asedian —comenzó Erkhar— son una prueba para medir nuestra fe. Pues la fe no significa nada sin sufrimiento. Por cada momento de dolor, Emperador, te damos las gracias. Por cada hermano y hermana que nos es arrebatado, te damos las gracias. Por cada victoria del enemigo, por cada horda del Dios de la Sangre, te damos las gracias, pues la

verdadera victoria enemiga no sería sino arrebatar la te de nuestros corazones.

Alrededor de Erkhar, los fieles escuchaban aquellas palabras pacientemente. Casi todos ellos vestían el mismo uniforme raído de color azul oscuro, algunos incluso conservaban la insignia de la Armada Imperial.

Unos pocos hombres y mujeres acababan de unirse al grupo, pero el corazón de aquella congregación lo formaban los miembros de la tripulación del *Pax Deinotatos*, que había sido abordado y cuya tripulación fue entregada a Venalitor como tributo.

—Este planeta acaba de celebrar la destrucción de nuestros hermanos en la revuelta —lo interrumpió Hoygens, un antiguo artillero que también había formado parte de la tripulación del *Pax*—. Esa revuelta nos ha hecho perder a muchos creyentes y ha supuesto la victoria del lagarto negro sobre todos ellos. ¿Cómo podemos dar las gracias por algo semejante? Siento que mi fe se resquebraja, teniente, como si hubiera un vacío en lo más profundo de mi corazón.

Erkhar se puso en pie. A pesar de que Drakaasi había hecho que su rostro se volviera adusto y sombrío, aún conservaba el porte característico de un oficial.

—¡El Emperador te ha arrebatado las muletas sobre las que te apoyas, Hoygens, da gracias por ello! ¡Piensa en cuánto podrá reconfortarte la visión de nuestra Tierra Prometida ahora que has perdido tanto! ¡Ojalá todos nosotros sintiéramos semejante abatimiento!

Erkhar se disponía a continuar cuando vio una enorme figura que permanecía a la entrada de la celda. No era un escaefílido, tampoco ninguno de los prisioneros más violentos del *Hecatombe*. Era un hombre alto y corpulento, mucho más alto que cualquiera de los fieles, y llevaba una armadura oxidada y llena de arañazos que apenas podía disimular su descomunal musculatura.

Muchos de los fieles retrocedieron asustados.

—¿Has venido a evocar junto a nosotros la Tierra Prometida, extraño? —preguntó Erkhar.

—Es el marine espacial —dijo Hoygens con una voz que sonó sólo un poco más alto que un suspiro. Hoygens había sido capitán de artillería en el *Pax*, pero a pesar de ser un hombre muy corpulento también se sintió intimidado ante la presencia del recién llegado—. Cuando dijeron que Venalitor había conseguido atraparte con vida, ninguno de nosotros lo creímos.

—Creo que todos aquí necesitamos rezar —replicó Alaric—. Me gustaría unirme a ustedes, padre.

—Soy el teniente Erkhar, del navío imperial *Pax Deinotatos* —contestó Erkhar—. No soy padre de nada ni de nadie. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Juez Alaric.

Erkhar sonrió.

—Aquí siempre hay sitio para un recién llegado con voluntad de creer. Después de todo, hemos sido enviados aquí como prueba de fe. Drakaasi es un tormento para todos nosotros, un tormento a través del cual el Emperador quiere probar la fe de sus hijos.

—Alguna vez habrá pensado en escapar, teniente.

—Han sido muchos los que lo han intentado, astartes —asintió Hoygens —. Créeme, yo mismo estuve cerca de probar suerte en los viejos tiempos, pero todos los que lo intentan acaban muertos. O bien mueren en el intento o terminan por dar con ellos y los llevan a morir en la arena, en este planeta eso no es más que un pasatiempo.

—El hermano Hoygens está en lo cierto —afirmó Erkhar—. Lo más cerca que alguien ha estado jamás fue hace poco más de un mes. Cientos de esclavos se rebelaron en el coliseo de Aelazadne. Algunos de nuestros hermanos se encontraban entre ellos, pero la Guardia Ophidiana de Ebondrake los estaba esperando. Los mataron a todos. Se dice que pasaron meses planeando esa revuelta, pero todo acabó en unas pocas horas.

—Khorne es el dueño y señor de esta planeta —declaró Alaric—. Estoy convencido de que escapar no resulta nada fácil, pero parece que ha hecho muy poco para minar vuestra determinación.

Erkhar negó con la cabeza.

—La huida no es más que un sueño, juez, me refiero a la huida física. Todo lo que he visto en Drakaasi me ha llevado a pensar que estamos aquí por una razón. El Emperador nos trajo aquí porque es el primer paso de nuestro viaje a la Tierra Prometida. Sólo si mantenemos la fe, conseguiremos llegar hasta allí. Por cada pecado que se comente contra nosotros, mayor será nuestra gloria cuando el Emperador nos libere.

—¿Acaso fue el Emperador quien creó Drakaasi? —preguntó Alaric con sorna.

—No, juez, Drakaasi fue creado por hombres malvados. El Emperador nos trajo aquí porque somos sus fieles sirvientes, y sólo a través del sufrimiento podremos purificarnos y ascender a la Tierra Prometida. Si te unes a nuestra fe, tú también podrás conseguirlo.

—En el Imperio, teniente, lo que usted acaba de decir sería una herejía.

—Pero ya no estamos en el Imperio.

—No, teniente, no lo estamos, ¿y dónde se supone que está esa Tierra Prometida?

—Es un lugar al que el Emperador nos enviará a todos nosotros, un lugar donde la paz sustituirá al sufrimiento. Respecto a si es un lugar físico o es algo que está en nuestro interior, eso depende de la fe de cada uno. Pero tengo la impresión de que un caballero gris no se conformaría con buscar el alivio en su interior, sino que desearía escapar y vengarse.

—Es posible —contestó Alaric.

—Para eso necesitarás aliados. Ni siquiera un marine espacial puede escapar solo de Drakaasi. ¿Pensabas que este puñado de pobres fanáticos religiosos te vería como una especie de enviado del Emperador? ¿Que estarían dispuestos a sacrificar sus vidas en tu beneficio? Todos somos iguales en Drakaasi, juez, incluso los marines espaciales. Si quieres salir de aquí, la Tierra Prometida es la única alternativa. La fe conquistará Drakaasi, no tú, y si quieres enfrentarte al duque Venalitor, es que no sabes lo suficiente sobre él.

—Él sólo consiguió doblegarme y hacerme prisionero —contestó Alaric con determinación—. No me queda ninguna duda respecto a lo que es capaz de hacer.

—Entonces sabrás por qué Ebondrake lo tiene en tan alta estima.

—¿Debo asumir que usted sí lo sabe?

—Bueno, uno oye cosas. —Erkhar se encogió de hombros—. Algunos de los esclavos que estaban aquí cuando nosotros llegamos, esclavos que ahora llevan mucho tiempo muertos pero que ya estaban aquí cuando Venalitor botó el *Hecatombe* y se hizo un hueco entre los señores de Drakaasi, decían que consiguió doblegar a un demonio. Los esclavos han transmitido la historia de generación en generación. Venalitor le dio caza y consiguió derrotarlo. Los demás señores lo odiaban, y fue precisamente ese odio lo que le dio tanto poder. En Drakaasi, odio y poder son una sola cosa. Así es el mundo en el que debemos sobrevivir.

—Parece que está usted decidido a quedarse sentado y aceptar cualquier cosa que el Caos le envíe.

—Cuando la Tierra Prometida esté cerca, juez, entonces te darás cuenta de que no hay nada más alejado de la verdad, y si quieres llegar a conocer esa verdad, será mejor que te unas a nosotros. Siempre serás bienvenido. De lo contrario sólo te quedará luchar y morir, pues en este planeta eso es lo único que les queda a los que no tienen esperanza.

Erkhar se dio la vuelta, posó una mano sobre la piedra agrietada que representaba a su Emperador y continuó rezando. Cuando aquella congregación terminó de suplicar al Emperador que los liberara, Alaric ya se había marchado.

¡Aelazadne!

Es la melodía la que hace que la ciudad cobre vida, y no al revés. ¡Un millón de voces que se alzan! ¡Un millón de voces dolientes! El coro del Caos, una melodía infinita a cuyo son bailan los demonios más abyectos de la disformidad.

Las agujas de la ciudad de cristal son una multitud que unge el mundo con la sangre de su Dios, una multitud que se alza sobre la arena para entonar un cántico divino. Los maestros del coro dirigen la melodía del Dios de la Sangre que emerge de las gargantas de los esclavos, los más magníficos aullidos de terror se mezclan con los himnos más hermosos al sufrimiento. ¿Hubo alguna vez algo tan terrible y hermoso como Aelazadne? ¿Alguna vez la gloria y el horror estuvieron tan unidos como en la gran catedral de cristal? ¿Alguna vez fue un dios tan ensalzado como Aelazadne ensalza al Señor de los Cráneos de Drakaasi?

Inquisidor Helmandar Oswain
Viajes de la mente de un santo hereje (censurado por decreto del Ordo Hereticus)

—Esa maldita melodía —dijo Gearth— se clava en lo más profundo del alma.

—Debes resistir —contestó Alaric.

—Para ti es fácil decirlo. A vosotros os lavan el cerebro para que seáis capaces de soportar toda esta porquería.

Gearth estaba sentado en un rincón de su minúscula jaula, que colgaba del techo sobre un sumidero de sangre y residuos. Alaric estaba en la celda de al lado, y a través de la oscuridad podía distinguir innumerables jaulas como la suya, cada una de ellas con uno de los muchos esclavos de Venalitor. Los prisioneros del *Hecatombe* habían sido separados y encerrados en ellas, y ahora se movían por las entrañas oscuras y vidriosas de la ciudad mediante un sistema de raíles. La melodía había comenzado cuando el *Hecatombe* comenzó a aproximarse a Aelazadne, y desde aquel momento ya no se detuvo, haciéndose más y más fuerte cada vez hasta incrustarse en los muros de las diferentes cámaras como un elemento arquitectónico más.

El coliseo de Aelazadne estaba sobre ellos, e incluso allí, en el laberinto cristalino y corrupto sobre el que se había construido la ciudad, la melodía llegaba a cada rincón. Los orkos también entonaban sus propios cánticos, un sonido horrendo, peor incluso que la melodía de Aelazadne. La idea de que cualquier ser viviente pudiera gozar de la vida en Drakaasi era algo incomprensible.

—¿Sabes contra qué lucharemos esta vez?

—Eso es imposible, nadie lo sabe, pero apostaría a que tienen algo especial preparado para ti.

—Seguro que alguna vez has pensado en salir de aquí —dijo Alaric.

—Sí, pienso en ello con mucha frecuencia, aunque también pienso en cómo sería ser despellejado y arrojado a los perros, porque eso es lo que ocurriría si me atraparan. Tal y como yo lo veo, no hay forma de escapar de este planeta. Lo mejor que puedes hacer es empañar su disfrute; antes o después siempre nos enfrentamos a algo que no quieren que matemos.

Cuando me lanzan a la arena a luchar contra algo así, me aseguro de acabar con ello. Eso les duele más que la fuga de cualquier esclavo.

—Pero todas estas matanzas se organizan para mayor gloria de Khorne. Cada vez que matas algo ahí fuera, estás cumpliendo la voluntad del Caos.

—Entonces déjate matar en la arena, astartes, a mí no me importa lo más mínimo —concluyó Gearth con aire despectivo—. He oído que han matado a tu amigo.

—Cierto.

—El Imperio mató a mi mejor amigo. Los arbitradores los arrastraron hasta el muro trasero y les dispararon en la nuca uno por uno. En este universo no hay nada bueno por lo que luchar, todo lo que hay en él acabará en el infierno. Si quieres morir ahí fuera, adelante, pero antes echa una buena mirada a tu alrededor, astartes, porque muy pronto toda la galaxia será como este planeta.

—Creo que a Venalitor no debió de resultarle muy difícil minar tu voluntad —dijo Alaric lánguidamente—. Tú ya eras un sirviente de Khorne mucho antes de que él te encontrara.

Gearth escupió en dirección a Alaric. El caballero gris ignoró aquel gesto. Hombres como él eran una consecuencia directa del Imperio. El Imperio era un lugar cruel porque la galaxia era cruel. Los ciudadanos debían vivir oprimidos; si tuvieran libertad para pensar y actuar a su libre albedrío, llevarían a cabo actos horribles que provocarían la destrucción de la raza humana. Gearth era uno más de los muchos que no encajaban en el molde que el Imperio había preparado para ellos.

A veces Alaric se preguntaba si llegaría un día en que el Emperador despertara para mostrarle al Imperio un modo de sobrevivir que no requiriera emplear tanta violencia con sus ciudadanos.

—¿De veras crees que Drakaasi podría existir sin gente como tú?

Alaric no pudo evitar decir aquellas palabras. Gearth le lanzó una mirada de odio, pero antes de que pudiera contestar, la jaula del caballero gris comenzó a ascender con un estruendo metálico. Estaba siendo arrastrada por un pasadizo estrecho y maloliente, iluminado por una luz tenue y rojiza que hacía resaltar los arañazos hechos por los muchos

prisioneros que habían pasado por allí antes que Alaric. El sonido de la multitud que esperaba en los graderíos del coliseo se mezcló con la melodía de Aelazadne, formando una armonía perfecta que habría hecho derrumbarse a un hombre más débil.

Una luz cegadora lo inundó todo repentinamente. Los barrotes de la jaula se vinieron abajo y Alaric quedó de pie en el centro de la arena de Aelazadne.

* * *

La luz entraba por una angosta abertura en el techo de roca. Alrededor de Alaric se abría un laberinto que se extendía en todas direcciones. Estaba en alguna zona subterránea de la ciudad, perdida entre los cimientos ruinosos de los edificios, por todas partes había infinidad de ventanas vacías y vigilantes como ojos negros, y puertas ruinosas que parecían los dientes medio podridos de una enorme boca. Hubo un tiempo en que Aelazadne fue una ciudad espléndida, pero ahora su magnífica decoración se había convertido en una parodia de todo lo que una vez fue hermoso. Una miríada de estatuas sin rostro yacía en el suelo entre fragmentos de enormes frontones derruidos hacía ya muchos años.

Alaric vio que entre los muros había infinidad de pequeños ojos que seguían todos sus movimientos. La ciudad lo estaba vigilando a través de aquellas retinas temblorosas. También podía oír los gritos de la multitud, muy atenta al nuevo aspirante que acababa de entrar en el juego.

Entonces vio que muy cerca de él había un cuerpo tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Parecía el cadáver de un ser humano, pero resultaba difícil saberlo con exactitud, pues estaba partido por la mitad. Alaric recogió la espada oxidada que aún tenía en la mano.

Algo aulló en la distancia, fue un sonido grave y lleno de ira. Acto seguido, alguien dejó escapar un grito provocando una ovación entre el público invisible.

La melodía de Aelazadne sonaba en un tono diferente allí abajo. Los estratos de la cuidad estaban filtrando el sonido, resaltando sus particularidades. Ahora, Alaric podía distinguir las voces que la entonaban, sonidos huecos y sofocados para mayor gloria de Khorne. También le fue posible distinguir algunas palabras.

Aquellas voces decían que debería estar agradecido, pues muy pocos tenían el honor de encontrar la muerte como él iba a hacerlo.

En aquel momento, Alaric sintió que algo se movía muy cerca de él. Entonces vio a otro esclavo amparado entre las sombras. Estaba armado con un garrote que llevaba atravesada una estaca metálica. Alaric se dio cuenta de que se trataba de un mutante; su rostro desfigurado estaba cubierto de filamentos ondeantes que también le cubrían el cuello y los brazos y sobresalían entre las placas oxidadas de su armadura.

—¿Dónde está? —preguntó el mutante.

—Dónde está ¿el qué?

—Lo que han enviado para cazarnos.

—No lo sé, no he visto nada.

—Claro que no lo has visto, ¿acabas de llegar de la superficie, no?

—Sí.

—¿Qué eres? —El mutante miró a Alaric de arriba abajo.

—Yo estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—Soy uno de los Elegidos —dijo el mutante con orgullo—. Un Elegido de la Sangre. —La sangre goteaba de los filamentos que le cubrían la piel—. Derramo mi sangre para su mayor gloria, el tributo a Khorne que…

De pronto, un sonido cercano hizo enmudecer al mutante. Un segundo después, otro cuerpo se estrelló contra el muro que Alaric tenía a su espalda haciendo saltar una fina nube de esquirlas de mármol.

Rápidamente, el caballero gris se echó a un lado y durante un breve instante alcanzó a ver el cadáver: otro mutante, una criatura con muchos brazos, con el pecho destrozado y una expresión de sorpresa en el rostro.

El mutante con el que había hablado lanzó un grito y cargó decidido contra la oscuridad. Entonces, una garra musculosa lo agarró y comenzó a arrastrarlo hasta hacerlo desaparecer entre los escombros. Acto seguido se

oyó un alarido que se prolongó en las tinieblas, dando a entender que el cazador había decidido acabar con su presa poco a poco.

Alaric corrió a esconderse, alejándose del campo de visión de aquella criatura. Aún no había podido verla, tan sólo había visto una enorme garra. Poco después sintió como se alejaba emitiendo un gruñido siniestro, al que siguió un crujido húmedo cuando aplastó el cuerpo del mutante contra el suelo.

Alaric contuvo la respiración. Aquel monstruo era enorme, y a juzgar por el alarido del mutante debía de tener más armas aparte la fuerza bruta de sus músculos. La criatura se alejó dejando tras de sí un olor que cayó como una losa sobre los sentidos del caballero gris: era una mezcla de sudor y productos químicos.

El juez llegó a una plaza ruinosa construida alrededor de una enorme fuente. Las estatuas que la decoraban estaban decapitadas y sus extremidades habían desaparecido; el agua que fluía por ella, si es que alguna vez la hubo, se había secado hacía ya mucho tiempo. Una basílica ruinosa se alzaba al otro lado de la plaza, destrozada y ennegrecida por las llamas. El hedor que dejaba aquella criatura le indicó a Alaric que había pasado por allí. El sonido de sus pasos resultaba amortiguado por el zumbido grave de la melodía de Aelazadne, pero estaba allí, Alaric podía oírlo.

Una cabeza de piedra lo miraba fijamente. Sus ojos eran iguales que los que había entre los muros del laberinto. Alaric le dio una patada, destrozando el rostro de piedra y haciendo añicos los ojos. Tenía la esperanza de que en algún lugar de Aelazadne los espectadores se hubieran quedado ciegos.

El interior de la basílica estaba arruinado por las llamas y por el paso del tiempo. Las columnas se doblaban bajo el peso del techo medio derruido. Entre los bloques de los muros había infinidad de esqueletos incrustados, petrificados como fósiles, que parecían extender los brazos, como si hubieran intentado escapar en el momento de convertirse en piedra.

Alaric se apoyó en uno de los pilares y examinó la espada que tenía en la mano. Era algo patético, poco más que un trozo de metal con una

empuñadura. Era casi peor que no tener nada. La dejó en el suelo, junto a él.

Se detuvo a escuchar la canción durante un momento; le decía que aceptara la muerte y corriera hacia la liberación de todo aquel sufrimiento. Alaric ignoró las voces. Aquella melodía podría haber penetrado en la mente resquebrajada de cualquier hombre, pero Alaric era mucho más fuerte. Escuchó la canción atentamente.

También podía oír el sonido de las gotas de agua que caían desde una abertura en el techo y el rugido enfervorizado de la ciudad. Los sentidos de un marine espacial estaban extremadamente potenciados, pero en muy pocas ocasiones Alaric se había visto obligado a exigirles tanto.

La criatura había pasado por la basílica, había salido por la montaña de escombros que se acumulaban al otro lado y se había dirigido hacia arriba.

Alaric abandonó su parapeto detrás de la columna y comenzó la cacería.

Empezó a arrastrase entre una columnata derruida que una vez debió de haber formado un pórtico enorme, pero que ahora no era más que un montón de escombros. Alaric siguió el rastro a través de los diferentes niveles, entre estatuas ruinosas y altares que lo observaban con los cientos de rostros malignos de Khorne.

Las huellas de la criatura lo llevaron hasta un jardín de árboles petrificados entre los cuales alguna vez debió de fluir una corriente, pero cuyo cauce estaba ahora lleno de sangre seca. Pasó junto a una pirámide de huesos y atravesó un enorme complejo de mataderos, donde vio muchos ganchos que aún colgaban del techo con algún que otro cráneo clavado.

Alaric supo entonces que la bestia que había estado siguiendo estaba cerca. No era sólo su instinto, sino también las pistas que dejaba: huellas aún húmedas de pezuñas de seis dedos, el rastro de esclavos muertos cuya sangre aún no había empezado a secarse, el olor a productos químicos y los salientes de mármol ensangrentados con los que la bestia había rozado al pasar. Alaric aminoró el paso, convirtiendo cada movimiento en un ejercicio de disciplina mientras cruzaba el umbral de uno de los mataderos y accedía a un gran puente.

En algún tiempo olvidado, un gran palacio se erigía al otro lado de aquel puente de piedra, y aunque hacía ya mucho que estaba en ruinas, el acceso

aún permanecía intacto. Alaric lo atravesó con cuidado, deteniéndose tras una estatua para ocultarse de la silueta que acababa de ver entre las rocas. Hileras de estatuas decoraban ambos lados del puente. Un adusto desfile en el que participaban todos los reyes de Aelazadne, vestidos con unos ropajes majestuosos que no hacían sino resaltar sus deformidades. Los ojos de aquellas figuras se posaron sobre Alaric, titilando de excitación mientras toda Aelazadne vigilaba los movimientos del caballero gris.

Escondido en su parapeto, Alaric por fin pudo ver a la criatura a la que debía cazar. Era un gigante jorobado recubierto de costras y jirones de piel y lleno de cicatrices y heridas supurantes. Estaba de espaldas a Alaric, y el caballero gris vio que una hilera de huesos puntiagudos le brotaba de la espina dorsal.

También distinguió algunos de los tatuajes de la bestia: un ojo, una brújula, una estrella. Había visto tatuajes como aquéllos en infinidad de ocasiones, lo cual le otorgaría una ventaja de la que no disponían ni siquiera los mejores cazadores de Drakaasi.

—Sé lo que eres —dijo Alaric en voz alta.

La bestia levantó la cabeza y apartó la vista de su festín, un cazador al que había seguido hasta el puente y descuartizado allí mismo. Alaric salió de detrás de la estatua. Aquella bestia tenía un rostro humanoide, aunque le quedaba muy poco de humano, pues estaba deformado por un enorme colmillo que le atravesaba la barbilla. Sus manos se habían desfigurado hasta convertirse en unas enormes tenazas similares a las de un cangrejo y cubiertas de músculos y tendones.

Sus ojos estaban hundidos en una maraña de cicatrices: aquella criatura estaba ciega. El tercer ojo que tenía en la frente permanecía cerrado.

—¿Dónde te capturaron? —preguntó Alaric—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí abajo?

La bestia no atacó. Un leve destello de reconocimiento pareció iluminarle el rostro.

—Recuerda lo que una vez fuiste, navegante.

Los navegantes eran una de las muchas paradojas del Imperio. Miembros de una estirpe que tenía una mutación muy estable en sus genes, todo

navegante tenía un tercer ojo con el que podía ver a través de la disformidad sin perder la cordura, como le ocurría a los demás hombres. Esa mutación hacía que sólo ellos fueran capaces de guiar las naves durante los saltos a la disformidad. Sin ellos, todos los transportes estelares se verían limitados a pequeños saltos con los que la civilización tardaría décadas en expandirse de sistema en sistema. Sin los navegantes, las fuerzas del Imperio llegarían a los puntos de conflicto con siglos de retraso, tropas especiales como los marines espaciales resultarían incapaces de lanzar operaciones relámpago, y el Imperio, asfixiado y hambriento, se derrumbaría sin remedio.

Los navegantes, según decían los hombres del espacio, eran capaces de matar a una persona sólo con mirarla con el tercer ojo.

Parecía razonable que aquella criatura que una vez fue un navegante resultara ser un duro oponente para Alaric.

Poco a poco, el caballero gris se aproximó al mutante. Quizá la exposición al Caos reinante en Drakaasi lo hubiera convertido en la criatura que era, o quizá había nacido así. Aunque sus mutaciones eran relativamente estables, Alaric había oído a muchos inquisidores contar historias sobre las aberraciones que las estirpes de navegantes mantenían ocultas en sus propiedades de Terra.

El navegante no atacó. Probablemente, Alaric era la primera persona que encontraba en Drakaasi que no intentaba matarlo.

—Sé por qué razón te han enviado aquí —dijo el Caballero Gris, tratando de convencer no sólo al mutante sino también a sí mismo—. Se supone que debes matarme.

De pronto, la canción de Aelazadne alcanzó un *crescendo* brutal. Toda la ciudad se estremeció, y las estatuas y los bloques de roca comenzaron a temblar bajo los arcos del puente. El navegante se irguió y dejó escapar un aullido mientras levantaba las tenazas en el aire. Alaric también se estremeció ante la fuerza del coro atonal que cayó como un yunque desde la ciudad que se alzaba sobre sus cabezas.

El navegante se puso a cuatro patas y lanzó un terrible alarido hacia Alaric mientras comenzaba a abrir el tercer ojo.

Alaric se echó al suelo. Un rayo de energía negra emergió del ojo del mutante haciendo pedazos las estatuas que había a su alrededor. El brazo de una de ellas cayó al suelo provocando un sonido que fue casi inaudible en medio del estruendo reinante.

Alaric corrió para ponerse a cubierto justo cuando el navegante lanzaba otro rayo sobre el puente. Entonces se lanzó hacia él, avanzando a gran velocidad con pasos decididos hasta golpearlo de costado. Saltó por encima del rayo de energía oscura y cayó sobre la espalda de la criatura.

El navegante se revolvió para quitarse de encima al caballero gris y extendió las extremidades para intentar agarrarlo. Alaric consiguió sujetar una de ellas con fuerza y tiró hasta sentir como los tendones se desgarraban. El grito de dolor del navegante se mezcló con la canción de Aelazadne. Alaric estaba tan aturdido por aquellos dolorosos armónicos que perdió el equilibrio y tuvo que soltarse de la espalda de la criatura.

Una vez en el suelo, extendió los brazos instintivamente y notó la masa carnosa y caliente del último cazador que había intentado matar a aquella bestia. Cuando abrió los ojos vio el destello de algo metálico: la empuñadura desvencijada de una lanza coronada por una hoja de metal oxidado. La sombra del navegante se abalanzó sobre él justo cuando intentaba llegar hasta el arma.

La silueta del mutante cayó sobre las piernas de Alaric. El rostro de la bestia estaba a muy pocos centímetros del caballero gris. El tercer ojo se abrió de nuevo y su ceño se frunció de ira y dolor.

La melodía había convertido al navegante en una criatura salvaje. Aelazadne no estaba dispuesta a defraudar a su público una vez más.

Alaric clavó la punta de la lanza en el rostro del mutante. Sintió como la hoja de hierro se astillaba al chocar contra la córnea del tercer ojo. El caballero gris la hundió hasta la empuñadura de madera, llenando de astillas la cuenca ocular.

El navegante rugió un alarido de dolor y retrocedió cubriéndose el rostro.

Alaric se puso en pie de un salto. El navegante no era una criatura nacida en Drakaasi, pero aquel mundo lo había deformado y corrompido hasta

convertirlo en un arma mortal. Drakaasi tenía el poder de convertir a gente buena en monstruos terribles. Ahora pretendía hacer lo mismo con Alaric, eso si el caballero gris no acababa antes con aquel mundo.

El navegante cargó de nuevo, casi a ciegas. Alaric saltó, no para abalanzarse sobre él sino para elevarse sobre la criatura y evitar la embestida.

El mutante siguió corriendo, pues había cargado con tal ímpetu que le resultó imposible detenerse.

Chocó contra la barandilla de roca del puente, la atravesó y cayó al vacío. La criatura extendió los miembros intentando agarrarse a algo mientras lanzaba un terrible alarido. El sonido se perdió en la oscuridad hasta culminar con un golpe seco contra la roca.

Alaric comenzó a caminar sobre el puente. Respiraba pesadamente. Miles de ojos lo contemplaban atónitos: había acabado con el navegante. Aquella posibilidad no estaba en el programa.

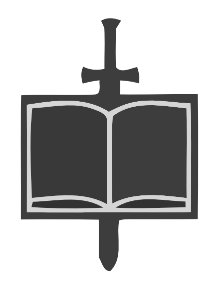
De pronto, una multitud de soldados apareció para rodear a Alaric. La caza había terminado y el público había tenido su ración de sangre. El caballero gris sabía que intentar librarse de las figuras con armadura que tenía a su alrededor no haría sino darle a la ciudad más carnaza para saborear. De modo que dejó que le pusieran las cadenas para llevarlo de vuelta al *Hecatombe*.

Los habitantes de la ciudad habían obtenido su ración de sangre, pero Alaric también había obtenido algo entre los muchos tatuajes que tenía el navegante, el caballero gris pudo reconocer uno que le era muy familiar: una mano con seis dedos.

El navegante podía haberlo matado con un solo rayo de su tercer ojo. Aquel enfrentamiento había sido organizado para acabar con el cazador. Por eso había sido arrojado Alaric al laberinto. El demonio Arguthrax quería asegurarse de que su mejor esclavo acabara con la nueva adquisición de Venalitor.

Los señores de Drakaasi tenían una debilidad, una debilidad camuflada bajo una apariencia de fuerza.

Se odiaban unos a otros. El odio era su debilidad.



OCHO

—Se oyen muchas cosas —dijo el eldar como si estuviera midiendo sus palabras con mucho cuidado—, y me gustaría saber si alguna de ellas es cierta.

—Aléjate de mí —contestó Alaric—. Ya me siento lo suficientemente sucio.

Kelhedros inclinó la cabeza y miró a Alaric con ojos alienígenas.

El caballero gris estaba en una celda de aislamiento. Parecía evidente que a Venalitor no le había gustado nada el hecho de que Arguthrax hubiera enviado al navegante para acabar con Alaric, y había volcado parte de su ira contra el propio caballero gris. Alaric había estaba encadenado al muro de la cubierta inferior, y allí se encontraba a gusto. Hasta que apareció Kelhedros había estado completamente solo.

—He intentado comprender a los de tu clase —continuó el eldar—. Es como estar delante de un animal que se guía por los instintos más bajos e incontrolables.

Hasta aquel momento, Alaric no había tenido oportunidad de ver al alienígena tan de cerca. Los eldar eran una figura familiar para muchos ciudadanos del Imperio, pues siempre se los solía representar como alienígenas desamparados aplastados bajo los pies de los conquistadores humanos en las vidrieras de los templos o en los márgenes de los libros de

plegarias, pero la verdad era que ningún artista había sido capaz de representarlos con fidelidad. A cierta distancia, un eldar podía pasar por un ser humano: dos brazos, dos piernas, dos ojos, una nariz y una boca, pero todo lo demás era diferente. Un eldar emanaba iniquidad, desde sus ojos vidriosos hasta sus muchos dedos, alargados como gusanos. Eran seres repugnantes y desconcertantes, y Alaric los odiaba con toda el alma. Kelhedros estaba sucio y lleno de cicatrices, como todos los demás esclavos, pero además desprendía esa típica arrogancia alienígena. Aún conservaba las placas de color verde jade de la armadura eldar con la que debió de haber sido apresado.

—Pues este animal no piensa inclinarse ante ningún alienígena.

—Por supuesto. Quieres ser libre. Es lo que todos quieren cuando llegan aquí.

—No pienso decirte ni una palabra.

—Tú quieres escapar, igual que yo. Te encuentro tan repugnante como tú a mí, humano, pero resulta innegable que ambos tenemos un objetivo común. Pienso que ninguno de los dos tendría muchas posibilidades si actuáramos solos, pero es evidente que tú y yo somos muy superiores al resto del ganado de Venalitor, y nuestras habilidades podrían complementarse mutuamente.

Alaric soltó una carcajada a pesar de que aún se sentía dolorido tras la pelea con el navegante.

—Sí, ya sé lo que ocurre cuando un humano hace un pacto con un alienígena. Yo estuve en Thorganel Quintus. La Inquisición firmó un pacto entre el Imperio y los eldar. Yo mismo vi como todos vosotros caíais sobre nuestras tropas en cuanto conseguimos tomar las montañas Daggerfall. Las asesinasteis como ganado porque no queríais que nadie supiera que habíais necesitado nuestra ayuda para destruir lo que encontrasteis allí. Jamás confiaré en vuestra raza. Seríais capaces de acabar con todos nosotros para salvar a uno solo de vuestra especie. Nos mataríais a todos sin ni siquiera pestañear.

Kelhedros desenfundó el arma que llevaba a la espalda; una espada sierra con dientes impolutos que refulgía en medio de la penumbra reinante

en la cubierta de aislamiento.

—Los eldar contra los que luchaste, ¿eran del Templo del Escorpión?

Alaric hizo una mueca. Todos le parecían iguales.

—Si lo hubieran sido, lo recordarías. No hay eldar más fuertes ni valerosos que los que siguen la Senda del Escorpión. El escorpión es implacable. Jamás fracasa, porque es capaz de morir antes que abrir las pinzas y liberar a su presa. Cuando tiene a un enemigo a su alcance, su picadura resulta mortal. Yo mismo recorrí la Senda del Escorpión antes de que el destino me arrojara a este agujero, humano. Dicen que eres un cazador de demonios, algo extraordinario para los de tu especie. Los eldar piensan lo mismo de mí. La Senda del Escorpión no es un camino fácil de recorrer. Yo no soy un alienígena cualquiera, caballero gris, ni siquiera para ti. Soy un escorpión asesino, y de todos los seres vivos que hay en este planeta soy el que más posibilidades tiene de salir de aquí con vida. Sin mí, morirás en este agujero después de sufrir como un esclavo hasta tus últimos días. Pero juntos podemos regresar a esas galaxias que llamamos hogar. Piensa en ello. No creo que tengas otra elección.

—Soy muy exigente con aquellos a los que concedo la oportunidad de traicionarme —replicó Alaric. Sabía que los insultos no tendrían ningún efecto sobre aquel alienígena, pero en aquellos momentos le resultaba inaceptable permanecer impasible ante tanta arrogancia—. Y me temo que tú no cumples los requisitos mínimos.

—Acabarás cambiando de opinión, caballero gris —afirmó Kelhedros. Resultaba poco probable que el eldar fuera capaz de comprender el odio humano, y si lo hacía, parecía no reaccionar ante tal sentimiento—. Yo estoy aquí fuera, tú estás ahí dentro, y si es eso lo que deseas, hay poco que pueda hacer para que cambies de opinión.

Kelhedros le lanzó a Alaric una última mirada con sus enormes ojos negros, y acto seguido volvió a desaparecer entre las sombras. Se había ido; ni siquiera el sonido de sus pasos delataba su presencia en la cubierta de aislamiento. Alaric se preguntó cómo un ser como Kelhedros habría acabado allí. Aquel alienígena parecía tener libertad de movimientos por toda la nave, y el hecho de que hubiera conseguido sobrevivir en Drakaasi

durante tanto tiempo daba una idea de sus habilidades, sobre todo teniendo en cuenta el odio a lo alienígena que todo humano tenía enraizado en lo más profundo del alma. Sin embargo, Alaric conocía muy bien lo que los eldar eran capaces de hacer. La palabra de un eldar valía menos que nada. Era como pedir ser traicionado.

Agazapado en las entrañas del *Hecatombe*, Alaric pensó durante mucho tiempo. La mayor parte de sus pensamientos los dedicó al Martillo de Demonios.

¡Ghaal!

¡Qué agujero rebosante de alimañas! ¡Qué repugnante sumidero de desesperación! Pero entre tanta degradación también hay pureza. Entre tanta fealdad también hay hermosura. Entre tanta muerte también hay vida. La vida es algo sagrado para Drakaasi, pues es la vida aquello que debe ser exterminado.

La miseria reinante en las cloacas de Ghaal cobija a infinidad de alimañas. Pues sus habitantes no son más que sabandijas que se retuercen formando una marea asesina. ¡Una marea que lucha por llegar a la superficie para gozar de unos breves instantes de júbilo! ¿Habrá alguna otra ciudad como Ghaal, donde riqueza y sabiduría son arrancadas para revelar los órganos sangrantes de la pobreza y el sufrimiento? Esa es la verdad de la condición humana, que la mente se deja envolver por la violencia animal y por la muerte. Ghaal es una ciudad de muerte en la que el asesinato es la única vía de escape, y en la que incluso los asesinos más despiadados encuentran un nuevo estrato de infrasociedad que despedazar en su ascenso hacia la superficie.

¡Qué caldera de odio! ¡Qué pozo de deformidad! ¡Qué atávica adoración a la muerte incrustada en los muros ruinosos de la ciudad! ¡Qué ríos de sangre discurren por las calles gobernados por los designios de Khorne!

Inquisidor HELMANDAR OSWAIN

Viajes de la mente de un santo hereje (censurado por decreto del Ordo Hereticus)

Lo primero que Alaric sintió de Ghaal fue el hedor. Una pestilencia que se extendió por toda la cubierta como la peste. Una mezcla de putrefacción y dolor, de sudor y residuos, el hedor de una pobreza indescriptible.

—Estamos en los Canales —dijo Haggard, que estaba encadenado al banco que había justo detrás de Alaric. Aunque los esclavos tenían prohibido hablar, los guardias parecían ignorar a Haggard—. Esto es Ghaal, un agujero inmundo.

—¿Literalmente? —preguntó Alaric, que aún tenía las imágenes de la ciudad viviente de Karnikhal muy presentes en la memoria.

—No del todo. Es mucho peor.

Alaric miró a través del ojo de buey que daba al exterior del casco. Era de noche, y bajo el verdor mortecino de la luna de Drakaasi pudo ver interminables hileras de edificios ruinosos amontonados a orillas de un canal por el que discurría un río de sangre. Aquélla no era más que una de las muchas corrientes de una enorme red que dividía la ciudad mediante numerosos canales, y de los que aparentemente el lugar había recibido su nombre. El *Hecatombe* avanzaba pesadamente con el casco casi rozando la orilla. De vez en cuando, un grito llegaba hasta la cubierta a través de la oscuridad de la noche, para acabar silenciado por el chapoteo del cuerpo que lo había emitido al ser arrojado a la corriente de sangre.

—Ésta es una ciudad de asesinos —dijo Haggard—. Antes o después toda la escoria de Drakaasi termina aquí. Dicen que es como un farol que atrae a las sabandijas.

—¿Cuál es el propósito de esta ciudad?

—¿Propósito? No tiene ningún propósito, juez, es simplemente una ciudad.

—Todo lo que hay en Drakaasi existe por alguna razón. Karnikhal es un depredador, y Aelazadne un altar erigido en honor al Dios de la Sangre. ¿Qué es lo que Ghaal le da Drakaasi?

Alaric miró de nuevo hacia la ciudad. Por todas partes, los habitantes de Ghaal se movían entre las sombras ocultándose de la luz de la luna, como seres primitivos con ropajes andrajosos que anduvieran sueltos por las calles. El caballero gris vio como un cuerpo sin vida se precipitaba al suelo desde una azotea. Cadáveres ensangrentados y aún calientes yacían amontonados por todas partes, y el miedo que emanaba de las ventanas negras hacía pensar que los miles de habitantes que se agazapaban tras ellas estaban paralizados por un indescriptible terror nocturno. Lo poco que Alaric había visto de Ghaal ponía de manifiesto que aquella ciudad estaba dominada por asesinos, para quienes el asesinato era la moneda de cambio.

—Es una granja —dijo Alaric con rotundidad—. Aquí es donde crían a sus sabandijas.

—¡Soltad anclas! —gritó uno de los escaefílidos con el acento tan peculiar que los caracterizaba.

Los miembros de la tripulación soltaron las anclas y las pesadas cadenas que las sostenían comenzaron a repiquetear a ambos lados del *Hecatombe*. Poco a poco, el navío se situó sobre un gigantesco muelle de piedra negra, en el que la masa de sabandijas de Ghaal corría de un lado a otro hostigada por las órdenes de los escaefílidos.

—¡Armaos! —volvió a gritar la misma criatura, alzando la voz sobre el estruendo provocado por el casco al posarse sobre el muelle.

El navío pareció emitir un gemido cuando las rampas fueron bajadas y las amarras quedaron aseguradas.

Alaric conocía de memoria aquel proceso. Empezaba a perder la cuenta de las veces que había tenido que entrar en las celdas para colocarse las armaduras oxidadas y manchadas con sangre seca de sus anteriores portadores. Esta vez, sin embargo, fue diferente. En una de las jaulas había un escaefílido montando guardia sobre una enorme armadura.

—Tú —dijo cuando Alaric se aproximaba—. Aquí.

Aquella armadura era mucho mejor que cualquier otra que los escaefílidos le hubieran dado antes. La placa pectoral parecía un murciélago con las alas extendidas, y en las hombreras había tallados dos rostros con la

mirada severa y llena de rabia. Los espacios entre las diferentes placas de la armadura estaban protegidos con cota de malla, y apoyada en aquella enorme silueta de metal había una espada a dos manos que parecía haber sido tallada a partir de un gigantesco colmillo.

—Parece que ahora eres famoso —comentó Gearth, que estaba examinando una colección de cuchillos oxidados en la jaula contigua—. Mira el lado bueno; habrá muchos que apuesten a tu favor. ¡Seguro que hasta tienes un club de seguidores! ¡Debes de ser el ídolo de muchos niños! —Gearth sonrió, dejando ver una hilera de dientes ennegrecidos—. Deberías aprovechar para decirles que hagan caso a sus madres y que no hablen con extraños.

Alaric miró al esclavo y a continuación dirigió la mirada hacia la armadura. Resultaba evidente que lo protegería mejor que el montón de chatarra oxidada que usaba normalmente, y que elegía sólo porque era la única armadura que se ajustaba a su enorme cuerpo. La espada también le resultaría muy útil.

El caballero gris recogió la armadura y comenzó a ponérsela mientras los demás esclavos rezaban o trataban de encontrar algún tipo de motivación para afrontar el combate que se avecinaba. Al otro lado de las jaulas estaban los orkos, separados de los esclavos por las espadas de los escaefílidos. El orko de una sola oreja gritaba órdenes para mantener a sus secuaces controlados.

Alaric se preguntó cuánto tiempo tardaría en ser como ellos, en vivir para luchar.

La nueva espada parecía estar bien equilibrada, nada en comparación con cualquier espada némesis, pero aun así sería suficiente. De pronto, las puertas se abrieron y los esclavos comenzaron a marchar para matar y morir por Khorne.

* * *

El coliseo de Ghaal, el Ojo Vacío, era un cilindro achaparrado de roca negra horadado por miles de cavernas en las que habitaban muchos de los seres infrahumanos que poblaban la ciudad. A los pies de los muros había apilados montones de cráneos blanquecinos, algunos cubrían casi totalmente la tapia que delimitaba la arena, como si se hubiera producido una avalancha. Los fuegos fatuos de las fosas de cadáveres que había por toda la circunferencia brillaban bajo la luz tenue y verdosa de la luna.

Alaric oyó el rugido de la multitud que llenaba los graderíos, miles de seres repugnantes que pedían a gritos su ración de sangre. Oyó el restallar de miles de látigos, y supuso que los guerreros del coliseo estaban hostigando a los asistentes para que ocuparan sus puestos antes de que diera comienzo el siniestro espectáculo. Mucha de la escoria que había acudido allí moriría aquella misma noche, pero al fin y al cabo ésa era la razón por la que estaban en Drakaasi. Vivir una vida efímera culminada por una muerte cruenta era la mejor manera de adorar al Dios de la Sangre.

Los esclavos entraron en la penumbra a través de unos enormes pontones. Los escaefílidos los cerraron tras ellos y los gladiadores quedaron prisioneros en las entrañas del coliseo, sumidos en una oscuridad casi total. Alaric podía ver entre las sombras, y percibió en los rostros de los esclavos de Venalitor una mezcla de confusión y miedo que le era muy familiar. Ni siquiera los orkos disfrutaban de aquellos momentos, y los humanos intentaban mantenerse tan alejados de los alienígenas como les fuera posible. Kelhedros, por el contrario, parecía muy concentrado. Nada perturbaba al eldar.

Alaric miró a su alrededor y pudo ver a un grupo de fieles que rezaban junto a Erkhar. El caballero gris se abrió paso entre ellos hasta situarse frente a su líder.

—Teniente —dijo—, sea lo que sea lo que nos espera ahí fuera, existen pocas posibilidades de que salga con vida.

—Tendré pocas posibilidades si el Emperador así lo desea —contestó Erkhar.

—Entonces puede que no tenga otra oportunidad para preguntárselo. —Alaric bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro y Erkhar tuvo que

aguzar el oído para poder oír sus palabras en medio de las oraciones y jadeos de los fieles—. ¿Qué sabe del Martillo de Demonios?

La expresión del rostro de Erkhar se endureció al oír la pregunta. El oficial miró a su alrededor para comprobar si alguno de los fieles podía verlos.

—¿El Martillo? ¿Dónde has oído hablar de él?

—No es más que un rumor —contestó Alaric—. Una leyenda local que habla de un arma oculta en algún lugar de Drakaasi.

—¿Acaso la estás buscando?

—Quizá.

—Jamás la encontrarás, juez.

—¿Por qué?

—Porque no es más que una idea.

De pronto, desde el otro lado de las enormes puertas decoradas con cráneos llegó un sonido grave y sordo, como un terremoto. Los cimientos del Ojo Vacío se estremecieron, haciendo que muchos de los cráneos que decoraban puertas y muros cayeran al suelo. Algunos de los esclavos se echaron a temblar de miedo y otros adoptaron una expresión tensa y expectante. Los orkos entonaron un cántico de muerte grave e insistente, una melodía ancestral y primitiva. A Alaric no le habría sorprendido que alguno de los asesinos humanos, los hombres de Gearth, se hubiera unido a aquella salmodia siniestra.

—Hable, Erkhar —susurró Alaric al oído del oficial.

—Algún día todos nosotros alcanzaremos la Tierra Prometida —dijo Erkhar—. No sabemos dónde está ni cómo conseguiremos llegar, únicamente sabemos que seremos llevados allí. Pero hay algo más. Tan sólo yo y unos pocos fieles somos capaces de comprenderlo. Los más… débiles rechazarían semejante idea si llegaran a comprenderla. Algún día sus mentes estarán preparadas, pero no ahora.

—¿Para el Martillo?

—El Martillo nos enseña que no hemos sido enviados a Drakaasi sólo para intentar escapar. Es un arma que puede usarse contra el enemigo. El Martillo de Demonios será empuñado por todos los fieles para castigar a los

sirvientes del Caos. ¿Comprende ahora, juez? ¿Comprende por qué es tan peligroso? ¿Por qué muchos perderían toda esperanza si lo supieran?

Alaric no pudo contestar. El rostro de Erkhar estaba dominado por el miedo. El Martillo representaba algo desconocido y poderoso dentro de las creencias de aquellos fieles.

—Lo único que sus fieles desean es salir de este planeta —dijo finalmente Alaric—. Pero usted sabe que no es tan simple.

Las puertas se entreabrieron y un hilo de luz polvorienta y purpúrea inundó la cámara. Un río de sangre comenzó a fluir por toda la estancia convirtiendo el suelo en un pantano rojizo y maloliente. Uno de los orkos empezó a aullar como un lobo, y pronto los demás se le unieron. Algunos humanos también alzaron la voz, pero sus gritos resultaron inaudibles en medio del estruendo enfervorizado procedente de los graderíos del coliseo.

—Exacto, juez —contestó Erkhar—. Algún día, el Martillo de Demonios nos será entregado y lo empuñaremos para aplastar al enemigo. Sólo entonces conseguiremos llegar a la Tierra Prometida. ¿Comprendes ahora lo que eso significa, juez?

—Significa que el Emperador no les salvará sin recibir nada a cambio.

—Significa que sobrevivir no es suficiente.

De pronto, las puertas se abrieron totalmente. Una marea de sangre comenzó a inundar la cámara, haciendo que algunos gladiadores perdieran el equilibrio. Alaric vio como Gearth hundía la mano en el líquido rojizo para tiznarse la cara con una huella ensangrentada. Kelhedros desenfundó la espada sierra.

Erkhar se volvió para hablarles a sus fieles.

—¡Elevad vuestros corazones. Estas puertas nos acercarán más a la morada del Emperador!

—¡Os acercarán más a la muerte, necios! —gritó Gearth a modo de respuesta. Los demás asesinos soltaron una sonora carcajada—. ¡La sangre humana no les resultará barata! ¡Demostrémosles lo que vale!

Al otro lado de las puertas se extendía un océano de sangre. Los canales de la ciudad debían de haberse quedado vacíos para llenar toda la arena del coliseo. Sobre la superficie de aquel mar rojizo flotaba una docena de

embarcaciones de madera oscura, de los mástiles colgaban velas decoradas con runas ensangrentadas. Había infinidad de cadáveres y miembros cercenados. En los graderíos, los palcos de los dignatarios estaban separados de la escoria, y Alaric creyó poder distinguir entre la multitud la silueta deforme y blanquecina de Arguthrax, sentado en su trono de sangre.

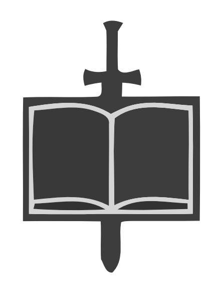
El barco que se encontraba más cerca de los esclavos comenzó a aproximarse. Los esclavos del coliseo que iban a bordo empezaron a arrojar cuerdas. Orkos y gladiadores treparon para subir a la cubierta.

La misma escena se repetía por toda la arena, pero en ocasiones eran demonios los que subían a bordo, criaturas de piel blanquecina que se encaramaban por las jarcias retorciendo sus siluetas deformes repletas de colmillos, tenazas y ojos múltiples.

Era una batalla naval. Los señores de Drakaasi habían decidido obsequiar a la escoria infrahumana de Ghaal con un baño de sangre diferente.

Cuando la cubierta del primer barco estuvo repleta, el segundo comenzó a aproximarse. Alaric siguió a Kelhedros, que empezó a ascender junto con varios de los asesinos de Gearth y con los fieles de Erkhar. La sangre se agitaba bajo el casco de la embarcación, que se dirigió hacia el centro de la arena para enfrentarse a los barcos tripulados por los demonios. La multitud gritaba enfervorizada.

Por lo menos, pensó Alaric sobre la cubierta del barco, la gente de Ghaal no quedaría defraudada.



NUEVE

El *Impío* se balanceaba mecido por los vientos que rugían entre los graderíos del Ojo Vacío. Alaric se agarró con fuerza a la barandilla de proa. En aquel mismo instante, dos esclavos cayeron al océano de sangre.

La batalla comenzó tan pronto como los esclavos estuvieron a bordo. El viento mecía a los barcos sobre las olas de sangre. Aquel mar escarlata estaba infestado de depredadores que devoraban a cualquier esclavo que se precipitara por la borda, y Alaric vio como muchos de los cuerpos destrozados eran lanzados a los graderíos para que los espectadores se lanzaran sobre ellos como si fueran carroña. El combate empezó tan pronto que los esclavos ni siquiera tuvieron tiempo para organizarse. Únicamente podían aferrarse con fuerza y esperar que el Dios de la Sangre no reclamara su vida. Los demás barcos, tripulados por demonios, zarparon del otro extremo del coliseo alentados por el clamor de la multitud.

—¡Van a atacar por babor! —gritó Gearth, que estaba armado con dos dagas oxidadas y se aferraba al palo mayor para no salir trastabillado y rodar por toda la cubierta.

—¿Dónde está babor? —preguntó uno de los asesinos de Gearth.

—¡Ahí! —contestó el gladiador, señalando con el dedo—. ¿Es que tu padre no te enseñó nada?

El *Impío* comenzó a moverse hacia el barco que se aproximaba. Según lo que podía leerse en la proa del otro navío, se trataba del *Descuartizador*. La cubierta bullía con las siluetas amenazantes de cientos de demonios de piel rojiza.

—¡Preparad los garfios! —gritó Gearth.

—¿Es que vamos a abordarlo? —preguntó Erkhar, que se aferraba con fuerza a la barandilla.

—Nos están llevando hacia ellos —contestó—. El que quiera morir que se quede quieto esperando a que lo descuarticen.

—¡Tiene razón! —gritó Alaric—. Si dejamos que nos aborden, moriremos todos. Erkhar, que sus fieles aseguren los cabos del *Descuartizador*. Gearth, preparados para el abordaje.

—Que traten de detenernos si se atreven —susurró Gearth, esbozando una sonrisa de maldad que destacó sobre la sangre que le cubría el rostro; el gladiador se sentía como en casa.

Los esclavos habían encontrado varios cabos con ganchos bajo la cubierta. Cuando el *Descuartizador* se aproximaba, los fieles de Erkhar se prepararon para lanzarlos mientras murmuraban oraciones desesperadas encomendándose al Emperador.

En otras zonas, la batalla naval también estaba siendo cruenta. Los orkos se recreaban en la matanza mientras su barco, el *Desalmado*, abordó al *Potro de Tortura*, una embarcación infestada de demonios. Resultaba imposible saber cuál de los dos bandos estaba ganando, pues tanto los pielesverdes como los demonios lanzaban alaridos de júbilo mientras masacraban a sus víctimas. El *Desalmado* estaba gobernado por una criatura enorme, una bestia de rostro canino armada con un gran hacha que manejaba el timón mientras decapitaba a todo ser que se aproximaba. Alaric reconoció una quemadura con la forma de una mano de seis dedos en el pecho de aquel demonio.

Otro de los barcos de esclavos, el *Malicia*, se hundía sin remedio mientras los tripulantes saltaban por la borda. Los demonios de la embarcación que lo había destruido, el *Sangre Sagrada*, habían saltado al

océano y ahora merodeaban alrededor del *Malicia* como tiburones en busca de sus presas.

La batalla entre el *Impío* y el *Descuartizador* decidiría cuál de los dos bandos se haría con la victoria en aquella orgía de sangre orquestada en honor a los ciudadanos de Ghaal.

Unos cuantos garfios de abordaje consiguieron engancharse en el casco del *Descuartizador*. Como respuesta, una nube de flechas lanzada desde el barco demoníaco comenzó a surcar el cielo. Alaric se puso a cubierto mientras una flecha se clavaba sobre la tablazón muy cerca de él, entonces pudo comprobar que no se trataba de flechas, sino de una especie de criaturas insectoides con forma de dardo cuyas mandíbulas habían comenzado a perforar el casco del *Impío*. De pronto, uno de los Heles de Erkhar lanzó un grito de dolor mientras caía al suelo con una de esas criaturas clavada en el pecho. Alaric recogió el cabo que aquel hombre había dejado caer y comenzó a tirar de él, haciendo que ambas embarcaciones se aproximaran más. El caballero gris sintió como sus músculos potenciados parecían arder bajo la piel por el tremendo esfuerzo, hasta que finalmente, haciendo crujir la madera del casco, ambas embarcaciones colisionaron.

En aquel instante, Gearth se puso en pie, levantó las dos hojas hacia el cielo y lanzó un grito de guerra. Seguido por sus asesinos, atravesó la cubierta hasta llegar a proa y saltó por encima de la barandilla. Cientos de flechas seguían cayendo sobre la cubierta del *Impío*, pero el abordaje ya había empezado. Los demonios dejaron caer los arcos hechos de hueso mientras se lanzaban al combate blandiendo unas terribles tenazas. Gearth cercenó un tentáculo de una estocada y acto seguido desgarró el vientre de otro demonio, del que salió una masa carnosa y brillante. Los demonios que tripulaban el *Descuartizador* eran criaturas despiadadas cubiertas de tendones, con dos pequeños ojos que brillaban sobre sus rostros repletos de colmillos. Cuando alguno de los gladiadores les seccionaba un miembro, éste volvía a crecer rápidamente, y eran criaturas capaces de combar las extremidades hasta convertirse en arañas gigantes que corrían por la cubierta o trepaban por los laterales del casco.

Alaric saltó desde la proa del *Impío*. En cuanto cayó sobre la cubierta del *Descuartizador*, un demonio se abalanzó sobre él. El caballero gris ni siquiera necesitó desenfundar la espada, pues agarró a la criatura con ambas manos y, levantándola sobre la cabeza, la partió en dos y la lanzó al océano de sangre caliente.

De pronto, Gearth apareció al lado de Alaric. Había perdido una de las dos dagas, que probablemente se habría quedado clavada en el cráneo de algún demonio. Estaba cubierto de carne y sangre humeante, pues los órganos de aquellas criaturas parecían arder como brasas.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Gearth—. ¡Me siento como en casa!

Alaric desenfundó la espada y trató de evaluar la situación. La carga lanzada por Gearth había conseguido hacerse con el control de casi la mitad del puente, pero aún había demonios por todas partes. Emergían a decenas desde las cubiertas inferiores. Sin embargo, aquellos demonios no eran guerreros, sino criaturas inmundas y huesudas recubiertas de piel que parecían revolotear como pájaros alrededor del nido.

—¡Hay algo en las cubiertas inferiores! —gritó Alaric, alzando la voz sobre el fragor del combate—. ¡Estos demonios defienden algo que hay ahí abajo!

—¡Estupendo! —contestó Gearth.

Infinidad de cadáveres de demonios llovían desde lo alto. Kelhedros había trepado por las jarcias y Alaric oyó las estocadas de la espada sierra al perforar la carne demoníaca.

El *Descuartizador* era una trampa y el *Impío* había caído en ella, pero Alaric no había podido hacer nada para evitarlo. Luchar hasta la muerte era la única manera de afrontar la situación.

La cubierta bullía de agitación. Hombres y demonios caían gritando al océano de sangre. De pronto, la popa del *Descuartizador* comenzó a astillarse hasta reventar provocando una lluvia de esquirlas ensangrentadas. Una figura enorme emergió del casco destrozado, era una serpiente marina mucho más larga que el propio navío, una criatura apresada en alguna fosa abisal de los océanos de Drakaasi y confinada en las entrañas del *Descuartizador* hasta hacer de ella un ser iracundo y vengativo.

La serpiente comenzó a retorcer su enorme cuerpo, enredándose en los mástiles y en el velamen. La cabeza, una protuberancia cubierta de tentáculos y colmillos enormes, se hundió de pronto en las entrañas del barco partiendo en dos el casco del *Descuartizador*. Casi al instante, la mitad de popa comenzó a hundirse. Por el contrario, la proa se mantenía a flote, seguía unida al *Impío* mediante los garfios lanzados por los fieles de Erkhar.

Alaric permanecía de pie en la proa del *Descuartizador*. Tenía la espada en la mano. Intentaba seguir con la mirada los movimientos del monstruo marino, que en aquel momento devoraba a un demonio engulléndolo hacia lo más profundo de sus entrañas. Acto seguido, uno de los asesinos de Gearth saltó para tratar de apuñalar el rostro de la criatura, pero casi al instante desapareció entre la masa informe de tentáculos y colmillos.

Unos sangrientos ojos verdes dominaban el rostro de aquel ser terrible. Uno de ellos se fijó en Alaric.

La serpiente replegó el cuello para preparar el ataque y se abalanzó sobre el caballero gris. Alaric se hizo a un lado y la cabeza de la criatura golpeó de lleno sobre la proa del *Descuartizador*. Los restos del barco se estremecieron con el impacto, y el *Impío* comenzó a escorarse. De pronto, un tentáculo se enredó en la pierna de Alaric, tratando de arrastrarlo hacia las fauces de la bestia.

El juez lanzó una patada que arrancó de cuajo uno de los dientes de la serpiente. Una sangre hedionda y repugnante comenzó a brotar de la herida. Desesperadamente, el caballero gris detuvo con los brazos las mandíbulas que se cerraban sobre él mientras intentaba resistir el hedor que emanaba de las entrañas de la criatura. Miles de filamentos se retorcían en la garganta de la serpiente, tratando de alcanzar los pies del caballero gris y arrastrarlo hacia la laringe.

Alaric lanzó un rugido mientras luchaba con todas sus fuerzas para evitar ser devorado. Podía oír los gritos de los demonios y esclavos que la serpiente se había tragado y que ahora se retorcían de dolor hundiéndose en los ácidos corrosivos de las entrañas de la bestia. Aún tenía la espada en una mano. Pero para usarla tendría que soltar la mandíbula de la serpiente, y en ese caso los enormes colmillos lo destrozarían sin piedad.

De pronto, una hoja dentada hizo enmudecer los chillidos de la criatura. Alaric vio como la punta de una espada sierra atravesaba la parte superior de las fauces de la bestia. El monstruo marino comenzó a retorcerse de dolor, y Alaric buscó un punto de apoyo en uno de los enormes colmillos y saltó al vacío.

El caballero gris rodó sobre la cubierta del *Descuartizador* mientras la serpiente se movía de un lado a otro. Sobre la cabeza de la bestia había una figura, una silueta que en aquel mismo instante saltó para ir a caer junto al caballero gris. La sangre fresca había convertido la cubierta en una superficie muy resbaladiza.

Era Kelhedros, el eldar.

—Xenos —dijo Alaric—, me has salvado la vida.

—Tu muerte no nos conviene a ninguno de los dos.

—No podemos vencer a esa criatura —dijo Alaric mientras veía como la serpiente daba cuenta de lo poco que quedaba de la popa del *Descuartizador*.

—No, no podemos, pero la batalla ha terminado. Los vientos han cambiado de dirección. Si conseguimos cortar los cabos del *Impío*, podremos regresar al muelle. La serpiente es lo que esta multitud quiere ver.

Alaric siguió la mirada que Kelhedros dirigió hacia los grádenos. Los espectadores contemplaban enfervorizados como la serpiente devoraba sin piedad a esclavos y demonios por igual. También clamaban de júbilo viendo como orkos y demonios se masacraban mutuamente sobre la cubierta del *Potro de Tortura*. El navío se aproximaba navegando a la deriva hacia los restos del *Descuartizador*. Alaric vio a Arguthrax entre la multitud que abarrotaba los graderíos. Estaba rodeado de esclavos y disfrutaba de la matanza desde su trono de sangre. El palco del demonio se encontraba muy cerca del muro que separaba los graderíos del falso océano en el que se estaba librando la batalla. Alaric también vio al duque Venalitor, que se alzaba digno y blanquecino sobre la multitud mientras contemplaba como sus esclavos morían para entretener a los fieles seguidores de Khorne.

—Corta los cabos del *Impío* —dijo Alaric—. Lleva el barco a lugar seguro.

—¿Y qué pasará contigo? —preguntó el alienígena.

—Sobrevivir no es suficiente para mí —contestó el caballero gris.

El *Potro de Tortura* estaba cada vez más cerca. En la popa del navío, Alaric vio como el demonio de rostro canino arrojaba a un orko al océano de sangre. En proa, el líder de los orkos, el ser de una sola oreja, estaba rodeado por una pila de demonios que él mismo había descuartizado con el martillo que blandía a dos manos.

Kelhedros decidió no quedarse a ver lo que el caballero gris planeaba hacer. El eldar saltó desde la proa del *Descuartizador* y cayó sobre la cubierta del *Impío*, e inmediatamente empezó a cortar los cabos.

El mástil de proa del *Descuartizador* quedó casi en horizontal a medida que lo poco que quedaba del casco se hundía más y más. La enorme arboladura quedó apuntando en dirección al *Potro de Tortura*. Alaric empezó a avanzar sobre el mástil intentando mantener el equilibrio mientras la madera se combaba bajo el peso del caballero gris.

El *Potro de Tortura* estaba muy cerca. El demonio que lo gobernaba arrancó la cabeza de un orko de un solo mordisco, y la sangre comenzó a correr por el pecho de la criatura. La multitud bramaba enfervorizada mientras Arguthrax hacía gestos de aprobación. Alaric comenzó a correr, y saltó con todas sus fuerzas justo cuando llegó al extremo del mástil.

La cubierta del *Potro de Tortura* pareció desaparecer ante los ojos del caballero gris. Aunque había dado un salto imposiblemente largo, estuvo a punto de no conseguirlo. Alaric golpeó con el pecho sobre la barandilla de proa e intentó agarrarse con una mano mientras sostenía la espada con la otra. Finalmente, realizando un terrible esfuerzo, consiguió subir hasta la cubierta del barco.

El orko de una sola oreja lo miró y emitió un gruñido. Aquel alienígena estaba disfrutando con la matanza. Además de él también quedaban unos cuantos orkos más. Aquellos pielesverdes se enfrentaban con excitación a los demonios, quienes trataban desesperadamente de descuartizarlos con las enormes tenazas que tenían por miembros.

Inmediatamente, el campeón demoníaco posó los ojos sobre el caballero gris. Era casi el doble de alto que Alaric. Estaba cubierto de músculos

fibrosos por los que resbalaba una saliva repugnante que caía de su boca. Estaba armado con unas enormes tenazas y agitaba de lado a lado una cola erizada de púas. Infinidad de miembros cercenados y de cadáveres descuartizados yacían junto a él. De pronto extendió dos grandes alas de piel correosa, emitió un grito de guerra en lengua demoníaca y se elevó en el aire.

La multitud enloqueció mientras el demonio cargaba en picado hacia la proa del barco. Tan sólo su peso le bastaría para aplastar a Alaric sobre la cubierta de madera. El caballero gris reaccionó más rápido de lo que jamás había hecho. Soltó la espada y agarró con fuerza el mástil de proa del *Potro de Tortura*. Realizando un tremendo esfuerzo, consiguió arrancarlo y dirigir la punta de madera directamente hacia el pecho de la criatura alada. El demonio intentó corregir la trayectoria, pero era demasiado tarde. Batió las alas frenéticamente para tratar de sobrevolar a Alaric, pero el caballero gris arremetió contra él clavándole la punta del mástil en el pecho. La inercia de la bestia hizo que la enorme arboladura le atravesara el cuerpo, deslizándose por la madera hasta llegar a la cubierta. Empalado en el mástil como un insecto sobre una plancha de corcho, el demonio soltó un alarido desesperado.

Inclinando el extremo que sostenía entre las manos, Alaric hizo caer de rodillas a la bestia agonizante. La multitud aplaudió el gesto mientras los orkos gritaban en señal de aprobación. En el graderío, Arguthrax frunció el ceño. La mano de seis dedos que tenía grabada en el pecho indicaba que aquel demonio le pertenecía. Sin duda, Arguthrax lo había enviado al Ojo Vacío para aplastar a los esclavos de Venalitor. Pero en lo que al demonio se refería, finalmente la batalla no se había desarrollado según lo previsto.

Alaric recogió la espada del suelo y de un único tajo cercenó la cabeza del campeón demoníaco. Un chorro de sangre humeante y multicolor comenzó a brotar del cuello de la criatura. Alaric soltó el mástil y el cuerpo sin vida de la bestia se desplomó sobre la madera ensangrentada. Acto seguido, el caballero gris recogió la cabeza del suelo.

El orko de una sola oreja dirigió a Alaric un gesto de aprobación. Los demonios que aún quedaban con vida en el *Potro de Tortura* intentaron huir

aterrorizados, pero los orkos se abalanzaron sobre ellos cercenándoles los miembros deformes y desgarrándoles las entrañas. La batalla naval del Ojo Vacío había llegado a su fin en un clímax de sangre y muerte.

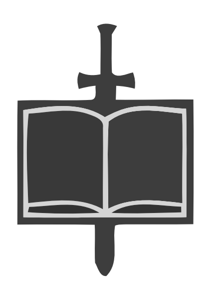
Sin embargo, Alaric aún debía perseguir una última victoria. El caballero gris saltó sobre la barandilla de proa y levantó los brazos. Sentía que le quedaban pocas fuerzas, de modo que tendría que ser muy preciso. No sabía si podría hacerlo. La muchedumbre lo aclamaba creyendo que se regodeaba en la victoria. Alaric dejó que el clamor de la multitud le diera la fuerza que necesitaba.

Acto seguido lanzó la cabeza tan lejos como fue capaz. El rostro del demonio aún se retorcía y miraba fijamente a Alaric mientras volaba sobre el océano de sangre. Con un sonido húmedo, la cabeza fue a caer a los pies del duque Venalitor.

Todos los ojos del coliseo lo vieron. E inmediatamente buscaron la mirada de odio en el rostro de Arguthrax.

El *Potro de Tortura* navegó penosamente hacia la entrada de la arena, donde los esclavos del *Impío* ya estaban desembarcando. Los orkos que había junto a Alaric celebraban la victoria arrojando restos de demonios muertos hacia los graderíos. Su líder, el orko de una sola oreja, comenzó a entonar un grito de guerra que los demás acompañaron inmediatamente.

Estaban entonando sus plegarias.



DIEZ

El Saqueador de Kolchadon, la Mano Sangrienta de Skerentis Minor, el Azote de los Imperios. Arguthrax el Magnífico descendió del trono y se dirigió hacia el pozo de vísceras que dominaba su santuario, enquistado en las entrañas de la ciudad de Ghaal.

Las emociones humanas no tenían ningún efecto sobre la mente de los demonios. Ningún mortal podría llegar a comprender lo que ocurría en la cabeza de un demonio sin perder la cordura, pues la psique demoníaca no se regía según las leyes de la lógica. Ninguna emoción humana podría ser adjudicada a aquellas criaturas, pero a pesar de todo, Arguthrax estaba furioso.

—¡Escoria! —espetó mientras se sumergía entre las vísceras que flotaban en la sangre—. ¡Perro inmundo! ¡Pagará por lo que ha hecho! ¡Él y sus esclavos, esos… nativos! ¡Esa escoria debe sufrir por lo que ha hecho!

—Mi señor —dijo Khuferan, el maestro del santuario de Arguthrax—. ¿Acaso algo os perturba?

Arguthrax lo miró fijamente. Hubo un tiempo en el que Khuferan había sido humano, antes de morir y de convertirse en un cadáver momificado, reclutado por los soldados de Arguthrax mientras marchaban triunfales sobre las ruinas de su mundo natal. Miles de años atrás, Khuferan llegó a ser

alguna clase de rey o de alto sacerdote, pero decidió abandonar aquello en lo que creía en vida para servir al Caos en la muerte.

—Ese advenedizo de Venalitor. Ese ser medio humano que se hace llamar duque. Ha osado humillarme… a mí… ¡A mí!

—Eso es algo inherente a Drakaasi, mi señor.

—Y también lo es la venganza —replicó Arguthrax—. ¿A quién tenemos en las calles y en las planicies? ¿Quién se mantiene fiel a la voluntad de Arguthrax?

Khuferan chasqueó sus dedos huesudos. Inmediatamente, decenas de demonios menores, masas informes de carne con miembros entumecidos, comenzaron a arrastrarse hacia los rincones más oscuros del santuario. El santuario de Arguthrax era un quiste esférico incrustado en la tierra, lleno de vísceras y sangre proveniente de miles de sacrificios. El altar estaba situado en un saliente de roca ennegrecida por la sangre de miles de generaciones de seres sacrificados, y constituía un punto elevado desde el que los sirvientes mortales de Arguthrax podían hablar con su maestro.

Uno de los demonios le entregó a Khuferan un enorme libro cuyas tapas las recubrían bandas de bronce oxidado. El sirviente comenzó a escudriñar las páginas en las que estaban escritos los nombres de los individuos y de las miles de organizaciones leales a Arguthrax. Todo señor de Drakaasi tenía seguidores a quienes podía movilizar en cualquier momento. Muchos de ellos se ocultaban latentes en las entrañas de las ciudades de Khorne, esperando a que su señor los reclamara.

—La llamada a las cruzadas de lord Ebondrake ha dado lugar a una gran movilización —dijo Khuferan—. Hemos invocado a la Legión de los No Consagrados para que marchen sobre la jungla bajo vuestros estandartes, mi señor.

—Salvajes —dijo despectivamente Arguthrax—. Primitivos pero muy útiles. ¿Qué más?

—La Decimotercera Mano aún no ha regresado, pero se mantiene a vuestras órdenes. La deformidad nos los devolverá en unos días. Están curtidos en mil batallas, mi señor, y por lo que sé han reclutado nuevos miembros.

—No está mal. —La Decimotercera Mano era un culto de fanáticos y asesinos cuyos líderes habían sido iniciados en la voluntad de Khorne por el propio Arguthrax—. ¿Cuál es la situación en la disformidad?

—Por el momento las relaciones se mantienen… tensas —contestó Khuferan—. Se han producido muchas bajas. A la disformidad no le gusta sufrir bajas en exceso. El despilfarro de nuestros coliseos nos ha dejado…

—¡Yo soy el Saqueador de Kolchadon! —rugió Arguthrax—. ¿Cuántos millones de litros de sangre han llovido sobre la disformidad gracias a mí? Los señores demoníacos deberían considerarme uno de los suyos. Quiero demonios cazadores por todas las calles que sigan el rastro de Venalitor. Quiero que las furias surquen el cielo y controlen todos los movimientos de sus sirvientes. ¡Y quiero que el *Hecatombe* sea atacado!

—Así se hará, mi señor. Pero la disformidad exigirá una gran recompensa por las pérdidas sufridas en el Ojo Vacío.

—Diles que este oprobio será vengado. Venalitor me ha insultado al permitir que su astartes acabara con mi campeón demoníaco. ¡Incluso se ha quedado su cabeza como trofeo! Es un insulto para todos los demonios, y la disformidad será recompensada con el sufrimiento de Venalitor. Primero lo degradaremos y luego acabaremos con él. Habla con la disformidad, ellos escucharán.

—Así lo haré, mi señor.

—E invoca también a los Cazadores de la Sombra Impenetrable, y a los cultistas mutantes que se esconden bajo Vel'Skan. Invócalos a todos.

—¿Y los informadores?

Arguthrax hizo una pausa. Los señores de Drakaasi se espiaban los unos a los otros. Era como un juego de estrategia en el que las piezas eran agentes infiltrados entre los círculos de los diferentes señores. Sin duda, los demás señores también tendrían ojos y oídos ocultos entre los seguidores de Arguthrax. Se trataba tanto de mortales como de demonios, pero todos tenían habilidades suficientes como para mantener oculta su verdadera identidad. Los agentes infiltrados eran considerados como plebeyos. La ley de Khorne despreciaba el subterfugio y las maquinaciones entre las sombras, de modo que los espías de Drakaasi eran una especie de raza marginada y

oculta que trabajaba para los estratos más elevados de la sociedad del planeta. Entre los informadores de Arguthrax había tanto humanos como demonios capaces de mutar de forma, y todos ellos estaban ligados a su señor por pactos de sangre.

—Llama a todos los que sean capaces de luchar —contestó Arguthrax—. Castigar a Venalitor es ahora nuestra prioridad. Los juegos, la cruzada de Ebondrake… todo eso puede esperar hasta que acabemos con él.

—Si es ése vuestro deseo, mi señor Arguthrax —asintió Khuferan. El sirviente inclinó su cabeza muerta y momificada ante Arguthrax, y acto seguido se volvió para abandonar el altar y empezar a organizar a los seguidores de su señor.

La luz del santuario se volvió más tenue. Solo y absorto en sus pensamientos, Arguthrax se sumergió en el aljibe de sangre y vísceras.

* * *

—Aún recuerdo el día en el que conocí la historia de la Caída —dijo Kelhedros.

La celda de Kelhedros estaba relativamente limpia. Los demás esclavos del *Hecatombe* tenían necesidades más apremiantes que la de ornamentar sus jaulas. El eldar había cubierto los muros de runas, complejas figuras dibujadas con una pintura hecha a base de arena y sangre, y ahora se afanaba en limpiar y recoger la sangre que había quedado entre los dientes de la espada sierra.

—¿La Caída? —preguntó Alaric.

—Por supuesto, humano. Había olvidado que los de tu raza no estáis muy versados en nuestra historia. Los biólogos de la Inquisición nos han estudiado; cuanto mejor nos conozcáis, más fácil os resultará matarnos, pero me temo que tú nunca has sido uno de ellos.

—Sé que sois alienígenas.

—Qué extraño, hubo un tiempo en el que eso era lo mismo que yo pensaba de vosotros.

El viaje de regreso del Ojo Vacío había sido particularmente tenso. Desde el timón del *Hecatombe*, Venalitor no había cesado de gritar a los esclavos mientras sostenía en el aire la cabeza del campeón demoníaco de Arguthrax. Aquella noche se habían perdido muchos esclavos, y Haggard era incapaz de ocuparse de todos los heridos. Los orkos habían sido los últimos en recibir tratamiento, pues solían recuperarse de sus heridas con extraordinaria rapidez. Ahora se increpaban los unos a los otros desde los barrotes de las jaulas. Fue Alaric quien había ido a buscar a Kelhedros. Desde el inicio de su andadura como caballero gris, el juez había aprendido que ser salvado por alguien merecía al menos unas palabras de agradecimiento. Por otro lado, la posibilidad de conseguir un aliado en Drakaasi, aunque fuera un alienígena, no podía dejarse escapar.

—Hace mucho tiempo mi raza gobernaba la galaxia —continuó Kelhedros—, tal y como la tuya intenta hacer ahora. Nosotros éramos artistas y pensadores, pero vosotros sois soldados. Nosotros llegábamos a un mundo y lo hacíamos más hermoso, no nos dedicábamos a invadirlo y a vivir en él como abejas en una colmena.

—¿Acaso intentas que me sienta ofendido?

Kelhedros le dirigió a Alaric una mirada sarcástica.

—Pero también éramos arrogantes y orgullosos. Mi raza debería de haber visto en sí misma lo que yo veo ahora en la tuya. Mis ancestros se dejaron llevar por los placeres, y la disformidad se aprovechó de ello. Del orgullo imperdonable de mi gente nació… uno de los más grandes poderes de la disformidad. No puedo decirte qué es. Es algo que nos asedia a nosotros y también a la humanidad.

—Supongo que no es algo que un alienígena pueda confesarle a un humano.

—Por supuesto que no. Muchos me tacharían de traidor por confesarlo, pero también me considerarían un traidor por intentar sobrevivir aquí, entre tanta… contaminación.

—Entonces, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque es algo que percibo en este mundo, y también en tu Imperio. —Kelhedros levantó la vista, fija en la espada sierra—. La Caída acabó casi con la totalidad de mi especie. Únicamente se salvaron aquellos que anticiparon su advenimiento y pudieron huir en sus mundos astronave. Toda mi raza, tan avanzada en comparación con la tuya, estuvo muy cerca de desaparecer. Piensa en lo que le ocurriría a tu raza si se produjera otra Caída. No pienses que podrás verla venir, o que aún no ha empezado. En este mismo momento estás contemplando la muerte de tu propia especie sin ni siquiera darte cuenta.

—No te creo —replicó Alaric—. Tiene que haber esperanza.

—¿Por qué tendría que haberla? —Kelhedros arqueó una ceja.

—Porque sin ella estaríamos perdidos.

—Estáis perdidos de todas maneras. Creer o no en la salvación es irrelevante. La muerte siempre será la muerte.

—Quizá tengas razón, puede que todo esto sea el canto del cisne de la raza humana, pero aunque sea verdad no pienso perder la fe. Pase lo que pase tiene que haber esperanza. Mi deber es luchar en nombre del Emperador, y aplastar a las fuerzas del Caos es el único camino.

—Eso es una locura.

—Te equivocas, eso es ser humano.

—¿Es por eso? ¿Es ésa la razón por la que tu raza ha conseguido expandirse por las estrellas y fundar su adorado Imperio a pesar de lo primitivo de vuestra mente?

—Exacto —contestó Alaric—. Porque nosotros podemos creer; ésa es la razón.

—Hay tantas cosas extrañas en la galaxia… —reflexionó Kelhedros.

—En eso sí estamos de acuerdo.

El eldar dejó a un lado la espada sierra y comenzó a limpiar la armadura. Estaba tan vieja y maltrecha como el arma, pero el eldar la mantenía bien cuidada. Bajo aquella armadura, el cuerpo de Kelhedros era esbelto pero muy musculado, justo lo contrario que la enorme silueta de Alaric. La piel del eldar también estaba cubierta de cicatrices, y al igual que pasaba con el caballero gris, no todas ellas eran heridas de guerra. Kelhedros tenía una

serie de runas marcadas a fuego en el torso. Se trataba de símbolos que al caballero gris le resultaban desconocidos: la mitad de un rostro sin boca y una mano y una espada que se entrelazaban formando una especie de nudo espinoso.

—Tengo la impresión, caballero gris, de que no has venido para discutir sobre la situación del universo —dijo Kelhedros.

—He venido para darte las gracias.

—Entonces puedes ahorrártelas. Perder a nuestro mejor luchador no nos beneficiaría a nadie.

—Pero tú también te arriesgaste.

—Es imposible sobrevivir en Drakaasi sin arriesgarse. Si intentamos huir de la muerte, sólo conseguiremos caer en sus brazos. Mis posibilidades de supervivencia son más si permaneces a mi lado, de modo que debo arriesgarme para evitar que mueras. Cualquiera en nuestra situación actuaría igual. Del mismo modo, tú estás corriendo un gran riesgo al venir a hablar con un alienígena, con alguien a quien tu raza desprecia tanto que lo único que desea es que desaparezcamos del Universo.

Alaric se inclinó sobre la barandilla y miró hacia la cámara principal. La celda de Kelhedros estaba en un nivel superior, lo que le proporcionaba una vista excelente de lo que hacían los demás esclavos del *Hecatombe*.

—Mira —dijo el caballero gris.

—Qué es lo que quieres que mire. —Kelhedros se situó junto a él.

—A los pielesverdes.

—¿A esos animales? Tengo por costumbre no ensuciarme los ojos contemplando a esas bestias inmundas.

—Trata de fijarte en ellos por una vez.

Los orkos, que habían conseguido sobrevivir al Ojo Vacío relativamente indemnes, peleaban unos con otros rodeados por la suciedad de la jaula en la que se encontraban. El orko de una sola oreja estaba un poco más alejado, gritando órdenes e insultos.

—Se entrenan los unos con los otros porque saben que si no lo hicieran, los humanos los aplastarían. No son más que unos cobardes —dijo despectivamente Kelhedros.

—Te equivocas —contestó Alaric—. Mira.

En aquel mismo momento, el orko de una sola oreja separaba a dos pielesverdes que estaban peleando. Agarró por el cuello al que había perdido y lo lanzó al suelo. Acto seguido le dirigió al vencedor un gesto de aprobación, exactamente el mismo que le hizo a Alaric cuando el caballero gris cercenó la cabeza del demonio. Después, la bestia se volvió para controlar las peleas de los demás orkos.

—Ése es el que está al mando —dijo Kelhedros.

—Exacto.

—Pero así es como se organizan los animales; es la ley del más fuerte.

—Y él se está aprovechando de ella para entrenarlos, para hacerlos mejores gladiadores.

—Sólo quiere sobrevivir.

—Todos queremos sobrevivir, eldar. Ese orko tiene un plan, que es más de lo que tienen todos esos humanos. Piénsalo, el mejor modo que los orkos tienen para sobrevivir es convertirse en algo importante para Venalitor, así se aseguran de que el duque no desperdiciará sus vidas. Cuanto mejor luchen, cuanto más espectáculo ofrezcan al público, más tiempo conseguirán sobrevivir.

—¿De modo que esa criatura tiene un plan?

—Un plan de supervivencia.

Kelhedros sonrió, algo verdaderamente desconcertante, pues los gestos faciales de los alienígenas constituían una visión muy extraña para el ojo humano.

—Tenía la idea de que os topasteis con los pielesverdes durante las primeras etapas de la exploración de la galaxia, y el odio mutuo que sentisteis inmediatamente jamás se ha desvanecido. Pero hablas como si admiraras a ese orko.

—Odio a los orkos tanto como cualquier ciudadano temeroso del Emperador, pero el hecho es que esa criatura ha sabido comprender la situación, y tiene un plan más sólido que cualquiera de los humanos. Yo también pensaba igual que tú, Kelhedros, y creía que un orko no era más que una máquina de luchar que ni siquiera era capaz de pensar por sí

misma, pero entonces dediqué un tiempo a observarlos y descubrí que estaba equivocado.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Kelhedros con un tono seco.

—Aún no lo tengo claro —contestó Alaric—. Pero no estoy dispuesto a esperar a que me llegue la muerte en este maldito barco, ni a luchar para servir a Khorne hasta caer muerto en el coliseo. Voy a salir de aquí.

—Y para eso me necesitas.

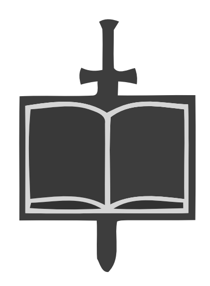
Esta vez fue Alaric quien sonrió.

—Disculpa que sea tan claro, eldar, pero no vine aquí para intentar mejorar las relaciones interraciales de la galaxia. Eres uno de los mejores luchadores del *Hecatombe*, y sabes cómo moverte por el barco. Puedes serme de mucha ayuda. Debes estar preparado, Kelhedros, mientras tanto, intenta evitar que te maten.

—Sea cuál sea tu plan, humano, ¿acaso crees que yo estaré de acuerdo? ¿Cómo sabes que no tengo un plan propio para escapar?

—Porque aún sigues aquí —contestó Alaric.

Y diciendo esto, el caballero gris se dio la vuelta y comenzó a alejarse.



ONCE

El duque Venalitor contemplaba desde el timón del *Hecatombe* cómo se perfilaba en el horizonte la silueta de Gorgath, la ciudad en guerra.

El *Hecatombe* era un navío achaparrado y con el casco bulboso. A Venalitor le gustaba la impresión que transmitía aquel barco; el casco redondeado hacía pensar que las bodegas estaban repletas de esclavos, o quizá de sangre, como si fuera un parásito. La tablazón de madera negra crujía mientras la nave avanzaba penosamente por el canal de sangre que fluía hacia Gorgath. Los mástiles hacían pensar en una gigantesca caja torácica de huesos negros, y el velamen era una mortaja hecha jirones. El amanecer de Drakaasi luchaba por ascender sobre el horizonte, pero la noche aún se resistía a marcharse.

Tal y como Venalitor esperaba, la primera sombra que el sol proyectó sobre la cubierta comenzó a deslizarse hacia el mástil de popa. Dos ojos centelleaban en aquel cuerpo negro. Acto seguido, otra sombra comenzó a moverse. Venalitor siempre mantenía en el puente a una guardia personal de escaefílidos, pero no aquella noche. Esta vez quería hacerlo solo.

La primera sombra se acercaba hacia el timón, donde se encontraba el duque. Se movía sigilosamente. Sin duda había percibido el olor de Venalitor. Seguramente, aquella criatura tendría miles de años. Era una sombra nacida de una pesadilla en la disformidad y arrojada al espacio real

para cazar a su presa. Resultaba extraño que después de todo fuera a morir allí mismo.

Poco a poco fueron apareciendo más sombras, que proyectaron sobre el puente unas fauces oscuras y unos ojos ávidos y amenazantes. Pensaban que Venalitor no se había percatado de su presencia.

El duque tenía la espada en la mano, y cuando el primer demonio se abalanzó sobre él, Venalitor reaccionó dando una estocada tan rápida que ni siquiera los ojos de aquel ser de la disformidad pudieron verla.

—Ese maldito sapo no conseguirá probar ni una sola gota de mi sangre —espetó. Y diciendo esto se volvió y cortó en dos al demonio que tenía detrás. La sombra se esparció por la cubierta como un charco de sangre negra.

Los demás demonios cazadores aullaron y cargaron contra él. Estaban en la barandilla de proa. El duque los recibió con la espada en la mano, cortó al primero de ellos por la mitad y cercenó la cabeza del que avanzaba justo detrás.

Fue todo un alarde de habilidad con la espada. Un movimiento tan rápido y efectivo que ni siquiera podía llamarse combate, más bien fue como tallar una obra de arte con el cuerpo de aquellos demonios cazadores. Venalitor les gritaba para que siguieran cargando, mientras él los descuartizaba tan pronto como se acercaban. Uno de ellos se lanzó desde el mástil con las fauces abiertas como si pretendiera engullir al duque. Venalitor dejó que cayera sobre él para atravesarlo con la espada y emerger de su cuerpo como un hombre que se libera de una camisa de fuerza. Sacudió la espada para limpiarla de la sangre negra que goteaba por la hoja y se dispuso a acabar con los demás demonios. No fue ni siquiera un duelo, tan sólo una muestra de lucimiento personal.

En cuanto hubo terminado, Venalitor regresó a su puesto tras el timón mientras la sangre negra de los demonios empapaba los tablones de madera de la cubierta.

Poco después, el amo de esclavos emergió de las entrañas del barco.

—¿Ha ocurrido, mi señor? —preguntó el escaefílido.

—Por supuesto —contestó Venalitor—. Arguthrax es un animal de costumbres. Se siente tan humillado por lo ocurrido en Ghaal que ahora sólo piensa en verme muerto, por eso ha enviado a los demonios cazadores. No me cabe la menor duda de que si siguiéramos el rastro de estas criaturas, nos llevaría a la corte de Arguthrax en la disformidad.

—Quizá una guerra abierta con Arguthrax no nos convenga demasiado en estos momentos, mi señor.

—Esas palabras son propias de un animal del espacio real, no de una criatura de la disformidad —replicó Venalitor con severidad—. La guerra es la guerra. Es algo que nos elige a nosotros. No debemos temerla como si fuera una plaga, debemos verla como una oportunidad que no puede desperdiciarse. Arguthrax ha decidido declararme la guerra. Todo señor de Drakaasi debe combatir contra sus semejantes, es una regla inquebrantable de este planeta. Como respuesta, estoy decidido a enfrentarme a él y a salir victorioso, de ese modo todas sus posesiones en Drakaasi pasarán a ser mías.

—¿Y Ebondrake?

—El dragón no se enterará de nada. Está demasiado ocupado con su cruzada como para prestarnos atención a nosotros. Arguthrax estará muerto mucho antes de que Ebondrake descubra que somos rivales. Prepara la cámara de reuniones, tengo que conocer la disposición de mis seguidores. Esta guerra requerirá un general.

—Así lo haré.

—¿Cuál es la situación entre los esclavos?

—Los esclavos conspiran, tal y como hacen siempre. Los religiosos rezan y los asesinos planean matarnos a todos.

—Bien. ¿Y el caballero gris?

—Se mantiene muy tranquilo. Ha ido a hablar con el eldar, pero aparte de eso no hace nada que levante sospechas.

—¿Un marine espacial y un eldar? El universo nos sorprende con algo nuevo cada día. Puedes retirarte, amo de esclavos.

El amo de esclavos hizo una reverencia sobre la cubierta ensangrentada y se retiró hacia el interior del barco.

El amanecer empezaba a teñir el horizonte de Gorgath, y la luz matinal cayó, como siempre hacía, sobre la ciudad en guerra.

Al igual que cada mañana, Venalitor contempló la salida del sol. A continuación hizo una reverencia pidiendo que cuando ese mismo sol se pusiera, el duque tuviera en su poder un poco más de Drakaasi.

¡Oh, Gorgath!

La ciudad que tan sólo es un nombre, pues nadie desearía vivir en ella. Un campo de batalla en todo su esplendor. Una bestia que devora hileras interminables de condenados que dan su vida para engrasar la máquina de guerra.

Nadie sabe cuándo comenzó la guerra, y son muchos los que aseguran que jamás hubo un principio. Es el eco de una batalla que aún está por llegar, o la sombra de otra que se luchó hace tiempo. O quizá sea el reflejo de toda la sangre derramada en la galaxia, un reflejo que se manifiesta de la más terrible de las maneras para teñir de sangre las planicies de Drakaasi.

El campo de batalla de Gorgath cambia a cada momento que pasa. Está salpicado de ruinas de ciudades y fortalezas erigidas únicamente para ser asediadas. ¡Es un arma diabólica concebida para quebrar espadas y despuntar flechas! La caballería, con traje de gala, es destrozada por las balas y abrasada por llamas mecánicas. No existe táctica que permita alcanzar la victoria, pues Gorgath detesta la victoria, y su campo de batalla rechaza cualquier artimaña por muy ingeniosa que ésta sea. Tan sólo el odio y la sed de sangre se alzan victoriosos sobre Gorgath, pero esa victoria durará tan sólo una noche, pues con el nuevo día la luz de la guerra volverá a iluminar las planicies sembradas de cadáveres.

¿Qué es Gorgath? ¿Una criatura con vida propia? ¿Una bestia que respira guerra y se alimenta de violencia? ¿Una máquina creada para despertar la sed de sangre en los ejércitos de Drakaasi, armadas que los señores usan para alimentar a sus sirvientes y dominar a los veteranos de guerra que se forjan entre sus ruinas? ¿O acaso no es más que otra manifestación del Caos, otra más de las muchas torturas nacidas de la disformidad para desangrar la carne gota a gota?

Ninguna de estas cuestiones perturba a los asesinos de Gorgath, pues ellos son sus hijos, vástagos fieles que la adoran y la odian por igual, que

estarán por siempre atrapados en la máquina de guerra, en la era de la matanza, en el único y verdadero campo de batalla que es Gorgath.

Inquisidor HELMANDAR OSWAIN
Viajes de la mente de un santo hereje
(censurado por decreto del Ordo Hereticus)

Los esclavos más fuertes estaban en cubierta, asegurando los cabos al casco abultado del *Hecatombe*, mientras patrullas de escaefílidos esperaban en la orilla para asegurar las amarras a los norays del muelle. Alaric, el más fuerte de todos los esclavos, estaba en popa. Era la primera vez que podía examinar con detenimiento el buque de Venalitor, y por el Emperador que era una nave verdaderamente horrenda.

—Juez —dijo una voz desde detrás del caballero gris. Alaric se volvió y vio a Hoygens, uno de los fieles de Erkhar con quien el marine espacial había hablado poco después de llegar a Drakaasi—. He oído que has hablado con Erkhar.

—¿Te refieres a antes de Ghaal?

—Sí, aunque sé que hablasteis de algo que no me está permitido escuchar.

—Únicamente intentaba comprender lo que ocurre en este mundo, yo sólo trato de sobrevivir.

—El teniente cree que mi fe no es lo suficientemente fuerte como para conocer la verdad tal y como él la percibe —continuó Hoygens—. Nunca me ha hablado del Martillo de Demonios. Soy la clase de hombre débil que perdería la fe si llegara a comprender.

—¿Acaso has perdido la fe?

Hoygens se encogió de hombros.

—No me queda mucho más que perder. Si perdiera la fe, ¿qué me quedaría?

—No mucho.

—Menos que nada. Sería igual que los hombres de Gearth. Me he rendido, estoy cansado de ser humano. Escucha, juez, yo sé más de lo que Erkhar piensa. Yo también estaba en el *Pax* y sé de dónde viene esa religión. Erkhar suele leernos fragmentos de un libro religioso. Muchas veces he sido incapaz de comprender el significado de sus palabras, yo no veo este lugar con los mismos ojos que Erkhar.

—¿Has podido ver ese texto?

—No lo he leído, pero sé que existe. Estoy seguro de que Erkhar no lo escribió, y tampoco creo que lo tuviera antes de llegar a Drakaasi.

—¿Quieres decir que lo encontró aquí?

—Quizá, no lo sé. Pero juez, si el Martillo de Demonios es algo más que una simple idea, puede que esté aquí, y si conseguimos encontrarlo, podríamos usarlo.

—Quizá eso pueda sacarnos de este planeta.

—Es posible. Si existiera la más mínima oportunidad, debes encontrarlo. El Emperador sabe que hay muy poco que un pecador como yo pueda hacer, pero un marine espacial… un marine espacial puede hacer cualquier cosa.

—No estés tan seguro, hermano Hoygens —dijo Alaric—. ¿Crees que podrías conseguir ese libro?

—No sin antes matar a Erkhar —contestó Hoygens—. Pero no puedo hacer eso, yo creo en él, juez. Tenga o no razón sobre el Martillo, Erkhar es el único que ha sido capaz de mantener con vida a la tripulación del *Pax*.

—El Martillo es real —afirmó Alaric—. Y si está en este planeta, lo encontraré.

—Si se trata de un arma, tú eres el único que podrá blandiría.

—Desearía más que nadie que así fuera, si eso pudiera sacarnos de aquí.

De pronto, uno de los escaefílidos le dio un latigazo a Hoygens, quien lanzó una mirada de odio a su captor y regresó a su puesto.

Sólo el Caos podría crear un lugar como Gorgath, pensó Alaric, y sólo los seguidores de Khorne podrían cultivar una brutalidad tan explícita. Columnas interminables de cultistas y mutantes encadenados marchaban por las orillas del río de sangre, siguiendo los pasos de los campeones demoníacos que tiraban de ellos, arrastrándolos hacia la batalla eterna de Gorgath. En la lejanía, Alaric podía sentir el fragor de la batalla, e incluso llegó a ver la silueta de un enorme titán que se movía y abría fuego indiscriminadamente. Por todas partes podían verse las marcas de la guerra, huesos que emergían de la tierra baldía, cimientos ruinosos de fortalezas olvidadas y fosas comunes que apestaban a muerte y putrefacción. En aquel mismo lugar fue donde se forjó el ejército que acabaría tomando Sarthis

Majoris. Aquel lugar era una fábrica de guerra, una fragua donde los despojos de Drakaasi se fundían y se transformaban en instrumentos del Caos.

Alaric vio cientos de miles de ellos. Gorgath era una aberración. Era la celebración de la guerra por la guerra misma, la muerte inútil, un matadero vacuo y atroz que se clavó como un puñal en el corazón del caballero gris. La nube de humo negro procedente de la batalla se hizo más y más visible. Envueltos en lenguas de fuego, los titanes se movían por un campo batalla delimitado por enormes estandartes hechos jirones. Justo en el corazón de aquella visión infernal se alzaba el coliseo de Gorgath.



Hace cientos de años, uno de los señores de la guerra más brutales y perspicaces de Drakaasi decidió llevar a cabo una matanza de tal escala que sería recordada eternamente. Para ello esclavizó a un ejército entero y lo puso a horadar infinidad de grutas en las entrañas del planeta, y el ejército excavó entre fosas comunes y máquinas de guerra enterradas hasta llegar al epicentro de lo que sería la más feroz de todas las batallas.

Entonces, los esclavos de aquel señor de la guerra llenaron de explosivos los túneles que habían excavado esperando a que la batalla que se libraba en la superficie alcanzara su punto álgido. Los soldados envolvieron los explosivos en plegarias de fuego y destrucción, para que cuando llegara el momento hicieran explosión desatando el fuego sagrado de Khorne, que se extendería por toda la superficie de Drakaasi.

La explosión pudo oírse en todo el planeta. Las torres de Aelazadne se estremecieron, las barriadas inmundas de Ghaal se vinieron abajo, cientos de miles de seres desaparecieron en un instante. Las cenizas y los fragmentos de roca llovieron sobre Gorgath durante semanas. Los escombros y los muertos volatilizados formaron una nube oscura que, según se dice, aún no ha desaparecido.

Nadie recuerda el nombre de aquel señor de la guerra, pues lo único que quedó de él fue el enorme cráter que dejó la explosión, y que por órdenes de lord Ebondrake se vació y se convirtió en el gran coliseo de Gorgath.

* * *

El olor y el sabor del aire de Gorgath se enquistaron en lo más profundo del alma de Alaric. Fue una sensación que cayó sobre él como una losa, mientras los esclavos de Venalitor atravesaban encadenados las ruinas de dos fortalezas gigantescas que desembocaban en el coliseo. Era el sabor del miedo, de la sangre, de las vísceras esparcidas por la arena. El olor de los cuerpos chamuscados y del polvo de los edificios derruidos, un miasma aceitoso que se veía acentuado por el humo que expulsaban los gigantescos titanes. Alaric había estado en cientos de batallas, pero en Gorgath sentía como si todas y cada una de ellas se hubieran combinado en una única experiencia.

Los graderíos estaban saturados. Había cientos de miles de espectadores que habían acudido a celebrar la inminente cruzada de lord Ebondrake. Desde arriba, el público lanzaba rocas e inmundicias a los esclavos, que marchaban cabizbajos por los túneles bajo la atenta mirada de los guardias de Venalitor.

—¿A qué nos enfrentaremos esta vez? —preguntó Gearth. El hombre había buscado a Alaric y se había asegurado de entrar en el coliseo junto al caballero gris.

—No lo sé —contestó Alaric.

—Venga ya —protestó Gearth—. Sé que tienes un plan. ¿Acaso crees que nadie vio lo que hiciste en Ghaal? Eres hábil, caballero gris, y a algunos de nosotros nos gustaría formar parte de ese plan.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Alaric.

—¿Qué hice? ¿Cuándo?

—Eso son tatuajes carcelarios. Tú me has hecho una pregunta, ahora yo te hago otra. ¿Qué hiciste para acabar en prisión antes de que Venalitor te capturara?

—Regla número uno —replicó Gearth—, jamás le preguntes eso a nadie.

—Entonces no mereces formar parte de mi plan, sea cual sea.

—No, espera… no quería decir eso.

Justo en ese momento, delante de los esclavos se abrieron dos gigantescas puertas hechas a base de retales de placas y trozos de metal. Frente a ellos aparecieron dos enormes tanques de los que salían sendas columnas de humo, dispuestos a abrir fuego a bocajarro en cuando los esclavos saltaran a la arena. Alaric se dio cuenta de que eran tanques Leman Russ ligeramente modificados que, sin duda, habrían acabado en Drakaasi después de haber sido capturados durante alguna incursión en busca de esclavos.

—Asesinato —dijo Gearth súbitamente—. Ya está. ¿Contento?

—¿A quién mataste?

Gearth tragó saliva. Alaric jamás había visto a aquel esclavo perder la confianza en sí mismo, pero resultaba evidente que Gearth se sentía intimidado por la pregunta.

—A varias mujeres —dijo.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué hace uno las cosas? —El rostro de Gearth adoptó una expresión de ira—. ¡No tengo por qué darte explicaciones!

—¿De modo que no sabes por qué lo hiciste? —insistió Alaric—. Bueno, me pondré en contacto contigo cuando llegue el momento.

Intentando a toda costa alejarse de Alaric, Gearth salió de la fila y se perdió entre los esclavos que avanzaban detrás.

Uno de ellos, alguien a quien Alaric no conocía, emergió de pronto de entre la lluvia de desperdicios.

—Astartes —susurró casi sin separar los labios.

Alaric tuvo que buscar el rostro de aquel hombre entre los pliegues de la capucha andrajosa que le cubría la cabeza. Era un rostro desfigurado por

alguna clase de enfermedad cutánea, de manera que los únicos rasgos reconocibles eran unos ojos pequeños y acuosos.

—¿Me conoces? —preguntó el caballero gris.

—La fama que te precede es cada vez mayor.

—¿Quién eres?

—Te vi en Ghaal. Escapé de allí sólo para venir a verte.

Alaric lo miró con desdén. En todos los mundos del Imperio había algún tipo de entretenimiento para las masas, y legiones de seguidores que acompañaban a las figuras más famosas allí donde fueran. Los coliseos de Drakaasi cumplían la misma función a una escala mucho mayor. La idea de que Alaric pudiera tener una legión de admiradores le pareció tan patética como la apariencia de aquel esclavo.

—Entonces vuélvete a Ghaal, regresa a tu hogar.

—Yo ya no tengo hogar. Te he traído un regalo.

El esclavo extrajo un hacha que llevaba oculta bajo los ropajes. Las dimensiones del arma indicaban que había sido fabricada para un guerrero del tamaño de un marine espacial, pues la empuñadura resultaría demasiado gruesa y pesada para las manos de cualquier hombre normal. La hoja era brillante y tenía forma de media luna, el filo estaba tan aguzado que parecía casi transparente.

—Es de la forja —dijo el esclavo.

Alaric examinó el hacha con detenimiento. Estaba muy bien equilibrada. En muy pocas ocasiones había tenido entre las manos un arma forjada con tanta destreza, parecía incluso mejor que las que fabricaban los armeros de Titán.

—¿Quién la ha forjado? —preguntó el caballero gris.

—La forja se halla en el cruce de caminos —contestó el esclavo—, oculta entre los muros de las fortalezas gemelas. Eso es todo lo que me ha dicho que te diga.

—¿Quién? ¿Quién te lo ha dicho?

De pronto, el extremo de un látigo se enredó alrededor del cuello del esclavo, tirando de él y haciéndolo retroceder. El hombre fue arrastrado por un grupo de soldados de Gorgath, y Alaric comprendió que en pocos

instantes caería muerto bajo el peso de las botas y los golpes de las mazas. Los esclavos que había alrededor de Alaric le bloquearon el campo de visión y el caballero gris lo perdió de vista.

Acto seguido miró el hacha, probablemente era el primer objeto hermoso que veía en Drakaasi.

Justo delante de él, los tanques abrieron fuego y las puertas de metal saltaron por los aires.

Los esclavos que saltaron a la arena se encontraron de pronto con dos enormes ejércitos perfectamente formados que enarbolaban estandartes que ondeaban al viento. El terreno que los separaba de los esclavos estaba patrullado por numerosos desangradores, que se acercaban amenazantes hacia las primeras líneas de gladiadores para mantenerlos a raya. De pronto, un grupo de demonios comenzó a hostigar a los esclavos de Venalitor para que avanzaran, dividiéndolos en dos grupos y empujándolos hacia los ejércitos.

Una batalla, por supuesto. El único modo que había en Gorgath para alabar a Khorne.

* * *

—Es algo magnífico —dijo Venalitor mientras ocupaba su asiento junto al trono de lord Ebondrake.

Todos los coliseos de Drakaasi tenían un lugar reservado para que los señores del planeta pudieran contemplar el espectáculo, y en Gorgath ese palco era una amplia zona rodeada por demonios encadenados cuya obligación era servir a la clase dominante del planeta. Aquellas criaturas se postraban y se encogían como perros bajo los pies de Ebondrake. Ambos señores los ignoraron; estaban en Gorgath para admirar los juegos, no para recibir agasajos.

—Sí que lo es —contestó Ebondrake mientras recostaba su gigantesco cuerpo de reptil en el trono que había hecho instalar en el graderío—. Parece

que esta vez los señores de Drakaasi se han superado. Khorne quedará muy complacido.

—Y no sólo será un baño de sangre —dijo Venalitor—. Aunque se podría haber pensado que lo más apropiado sería una matanza, creo que este espectáculo complacerá mucho más al Señor de la Batalla.

Ebondrake giró la cabeza para mirar fijamente a Venalitor con ojos amenazantes.

—Tus halagos me decepcionan, joven duque —dijo mientras mostraba su lengua viperina entre las hileras de dientes afilados—. Esperaba otra cosa de ti. Te creía con más imaginación.

—Pero… no lo habéis comprendido, mi señor —se apresuró a contestar Venalitor—. No creáis que me he dejado llevar por la modestia. Mis mejores luchadores están ahí abajo.

—¿También tu caballero gris?

—Por supuesto.

—¿Acaso piensas arriesgarlo hoy aquí?

—El Dios de la Sangre no me tendría en tan alta estima si no arriesgara todo lo que aprecio para complacerlo —contestó Venalitor, haciendo gala de sus buenos reflejos—. A ninguno de los dos nos beneficiaría que mi caballero gris permaneciera recluido en el *Hecatombe*.

—¿Debo entender entonces que albergas grandes planes para él?

—Al igual que vos, mi señor.

Ebondrake sonrió, dejando ver varias hileras de dientes afilados.

—Sin embargo, a buen seguro intentará escapar, tratará de buscar venganza.

—Ése sería un espectáculo digno de ser admirado.

El palco de Ebondrake estaba protegido por toda una unidad de la Guardia Ophidiana, aunque en aquellos momentos el público no constituía peligro alguno, pues todos los ojos del coliseo miraban expectantes hacia la arena. Los esclavos fueron divididos en dos grupos que se mantenían separados por una línea de desangradores. Unos enormes estandartes ondeaban sobre las primeras hileras de gladiadores, y las runas con las que estaban decorados dejaban caer gotas ensangrentadas sobre la arena. Cada

uno de los dos ejércitos estaba formado por decenas de miles de hombres, desde cultistas encolerizados salidos de los suburbios de Ghaal hasta salvajes de los bosques de Drakaasi. También había gladiadores de otros señores como Venalitor. Muy pronto, la multitud reconoció la posesión más preciada del duque, el caballero gris, aquel que muchos ya conocían como Alaric el Traicionado, el gladiador destinado a luchar en Vel'Skan por la corona de campeón de Drakaasi. Aunque para eso, por supuesto, tendría que salir con vida de Gorgath.

Había mutantes gigantescos, tres veces más grandes que cualquier hombre normal; seres infrahumanos recubiertos de tentáculos y psíquicos encadenados en las primeras filas para asegurarse de que fueran los primeros en morir. También había cultos enteros del Dios de la Sangre, vestidos con ropajes ceremoniales y ansiosos por encontrar la muerte bajo la atenta mirada de su dios.

A la señal de lord Ebondrake, un guardia ophidiano levantó un enorme cuerno y lo hizo sonar produciendo una única nota discordante. Los estandartes fueron retirados y los desangradores desaparecieron bajo la superficie del cráter. Los ejércitos comenzaron a avanzar.

El gentío estalló de júbilo. Ellos mismos habían sido parte de la maquinaria infernal de Gorgath durante mucho tiempo, y ahora eran ellos quienes estaban en los graderíos contemplando con placer la muerte de otros, como si fueran el mismísimo Khorne regodeándose en un baño de sangre. Aquélla era la visión más gloriosa que habían contemplado jamás.

Las líneas de vanguardia entraron en contacto, produciendo un estruendo similar al de un millar de truenos. Cuerpos sin vida comenzaron a volar por el aire, algunos arrancados de sus cabezas, otros con el torso completamente destrozado. Un grupo de hombres se abalanzó contra uno de los mutantes gigantes, lo derribaron y comenzaron a descuartizarlo sin piedad. Pronto, los cadáveres comenzaron a cubrir el campo de batalla, y los ejércitos se vieron luchando sobre un lecho de muerte.

Alaric el Traicionado era el centro de todas las miradas. El destello plateado del hacha y la silueta de la armadura lo convertían en una figura que destacaba por encima de todos los demás gladiadores. El caballero gris

avanzaba quitándose de en medio a amigos y enemigos por igual. Otros esclavos de Venalitor comenzaron a seguirle los pasos: un eldar que destrozaba sin piedad con una espada sierra a cualquiera que se aproximara, seguido por un grupo de carniceros humanos que avanzaban dejando tras de sí un rastro de enemigos muertos. Era como si Alaric finalmente hubiera perdido la cabeza y se hubiera sometido a la voluntad del Dios de la Sangre. Un caballero gris, un cazador de demonios, la joya más preciada del Emperador, luchaba ahora para mayor gloria de Khorne.

Poco a poco, Alaric consiguió acercarse hasta uno de los límites más próximos de la arena. Un monstruo recubierto de tentáculos se abalanzó sobre él, pero el caballero gris le aplastó el torso antes de cercenarle varios tentáculos con un solo golpe de hacha. Justo en aquel mismo instante una bruja cayó sobre él lanzando rayos por los ojos. Alaric dejó que el primer relámpago de energía impactara sobre la armadura. Dio un único paso y quedó cara a cara con la bruja, y con un movimiento certero hundió la hoja del hacha en el cráneo de la criatura. No había nada que gustara más a los espectadores de Gorgath que ver como los débiles cuerpos de los psíquicos caían al suelo sin vida. Algunos de ellos empezaron a corear el nombre de Alaric.

De pronto, Alaric se dio cuenta de que uno de los soldados que portaban los estandartes estaba luchando muy cerca de él. Llevaba la armadura de la guardia personal de alguno de los señores de Drakaasi. Estaba gravemente herido. Un chorro de sangre salía a borbotones por la junta de una de las hombreras, también tenía una brecha enorme en el yelmo ensangrentado. Dándole un único golpe, el caballero gris lo hizo caer al suelo y recogió el estandarte. Inmediatamente lo alzó en el aire para que todo el coliseo pudiera contemplar las calaveras que blasonaban la enseña. Alaric comenzó a correr hacia uno de los enormes graderíos que se alzaban sobre él por encima de la pared del cráter.

Cuando llegó al límite de la arena, lanzó el estandarte hacia el graderío. Decenas de soldados se apresuraron a recogerlo.

—¿A qué estáis esperando? —gritó Alaric.

Las decenas de miles de espectadores del coliseo respondieron coreando su nombre aún más alto, mientras comenzaban a abandonar los graderíos para saltar a la arena.

Aquello era la guerra, y de pronto mirar dejó de ser suficiente.

* * *

—Un tipo listo —dijo Ebondrake mientras contemplaba cómo la multitud saltaba a la arena.

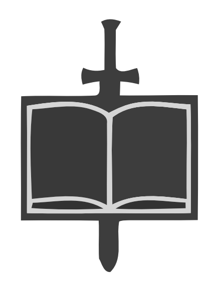
—Mi señor… —balbució Venalitor—. Esto… esta blasfemia es…

—Creo que ya has hablado bastante, joven duque —lo interrumpió Ebondrake—. ¿Comandante?

Inmediatamente, un comandante de la Guardia Ophidiana, con el rostro oculto tras el visor negro del casco, avanzó hasta colocarse en posición de firme delante de Ebondrake.

—¿Sí, mi señor?

—Acabad con el caballero gris.



DOCE

Alaric luchó contra aquella marea con toda su alma. Sintió como se hundía bajo al mar de cuerpos e intentó encontrar desesperadamente una brizna de aire. Su propio nombre coreado una y otra vez era como el sonido grave y repetitivo del océano.

El suyo no era un plan excesivamente complejo. Seguramente, el propio Khorne lo hubiera aprobado. La sed de sangre de los habitantes de Gorgath, arraigada en lo más profundo de su ser a lo largo de generaciones y generaciones de matanzas, tan sólo necesitaba la dosis justa de motivación para espolearlos y hacerlos saltar a la arena.

Todo lo que Alaric tenía que hacer era salir de allí. Justo antes de saltar a la arena había recibido un mensaje, y para averiguar su significado tenía que escapar del coliseo y llegar a la forja.

Alaric comenzó a abrirse paso entre la multitud. Trepando sobre la masa de soldados, espectadores y gladiadores consiguió llegar hasta el muro que delimitaba la arena. Tras saltar por encima de la pared de roca se vio de pie en los graderíos erigidos en las laderas del cráter. Detrás de él, la batidla llegaba a su apogeo; todas las formaciones de combate se habían disuelto en una espiral de violencia.

Los señores de Drakaasi estarían furiosos. Por supuesto, aquello era todo un baño de sangre, y Khorne estaría complacido, pero una batalla todos

contra todos no era lo que los señores de aquel planeta habían planeado. La revuelta desencadenada por Alaric era un insulto directo a la clase dominante de Drakaasi.

De pronto, Alaric vio a lord Ebondrake delante de él. Avanzaba protegido por una línea de la Guardia Ophidiana.

El corazón del marine espacial dio un salto. Ebondrake no formaba parte del plan.

—¡Caballero Gris! —gritó Ebondrake—. ¡Abandonado por el emperador cadáver! ¡Marioneta de Khorne! ¿Es ésta la venganza que tanto anhelas? ¿Enfrentarte a mí e intentar acabar conmigo en mis propios dominios?

La Guardia Ophidiana avanzaba hacia el caballero gris con las espadas negras en la mano.

Alaric no obtendría la venganza que buscaba. Ebondrake no estaba dispuesto a dejarse matar, pero el caballero gris era humano, y eso significaba que lucharía hasta el final.

Ebondrake hinchó el pecho y extendió las enormes alas.

Alaric cayó al suelo. Ebondrake exhaló una llamarada negra que cayó sobre el caballero gris como un maremoto de agua oscura. Sintió como el fuego lo abrasaba y rodó sobre sí mismo para alejarse de allí, tratando de apagar las llamas antes de que le quemaran la piel. Lo único que oía era el rugido de un huracán de fuego que giraba a su alrededor. Los soldados de la Guardia Ophidiana seguían avanzando entre la lengua de fuego, protegidos de las llamas por sus armaduras.

Alaric no podría enfrentarse directamente a Ebondrake sin que una lengua de fuego negro cayera de nuevo sobre él.

El caballero gris iba a morir.

Realizando un tremendo esfuerzo consiguió ponerse en pie. La Guardia Ophidiana cargó de nuevo y Alaric respondió destrozando un casco negro sin rostro con un golpe de hacha. Inmediatamente después otro soldado saltó para intentar derribarlo, pero Alaric lo golpeó con la rodilla en el casco y lo echó a un lado de un empujón.

—¿Qué clase de victoria esperas alcanzar, criatura insignificante? —gritó Ebondrake con llamaradas negras centelleando entre los colmillos. La capa

que le cubría la espalda se desgarró a causa de la envergadura de las alas cuando las desplegó completamente—. ¿Qué esperas obtener de mí?

Los soldados de la Guardia Ophidiana cerraron el círculo rodeando a Alaric, y levantaron las espadas como verdugos a la espera de la orden de ejecución.

—Mátame y matarás a Drakaasi, ¿no es eso lo que piensas? —La sonrisa de Ebondrake era maligna y estaba llena de ira. Los ojos del dragón eran dos fisuras de fuego amarillo—. ¿Es eso todo lo que tu imaginación es capaz de concebir?

De pronto, la mirada de Ebondrake pasó sobre Alaric y se posó en la arena, justo detrás del caballero gris. El rugido se elevó hasta extenderse por todo el coliseo. Alaric se aventuró a darse la vuelta.

Decenas de miles de soldados de Gorgath ascendían por el graderío, entre aquella masa podía verse el estandarte que Alaric les había arrojado al desencadenar la revuelta. Querían luchar, quizá incluso querían morir, y para eso necesitaban enfrentarse a los mejores luchadores del coliseo. Con los gladiadores más fieros perdidos en la confusión que reinaba en la arena, lo único que les quedaba era la Guardia Ophidiana.

—¡Matadlo! —gritó Ebondrake justo cuando el ejército improvisado empezaba a cargar—. ¡Y cerrad filas!

Una espada silbó en el aire.

Alaric fue más rápido.

El caballero gris atravesó con el hacha el visor del casco que se cernía sobre él al tiempo que clavaba el codo en la garganta del soldado que tenía detrás. El verdugo frustrado cayó al suelo con la cabeza ensangrentada, mientras que el otro guardia ophidiano se derrumbó cuando Alaric le seccionó una pierna.

Ebondrake tomó aire de nuevo. La lengua de fuego negro pasó por encima de Alaric y cayó sobre los primeros soldados que se aproximaban. La línea de vanguardia desapareció entre los remolinos de fuego negro.

Alaric apenas se dio cuenta de que estaba siendo arrastrado sobre los hombros de aquellos soldados, mientras los hombres que había a su alrededor ardían o desaparecían bajo las espadas ophidianas. Entonces vio el

estandarte que ondeaba en el aire, y se dio cuenta de que él, al igual que la enseña, era un símbolo de rebeldía para aquella gente. Aquellos seres atormentados no querían otra cosa que seguir al caballero gris hasta la muerte, pues sabían que nadie en Drakaasi moriría como lo haría un marine espacial.

En algún lugar entre aquella matanza, Ebondrake saciaba su ira engullendo a un grupo de soldados de Gorgath. Los señores de Drakaasi habían perdido totalmente el control del coliseo. Lord Ebondrake se dio la vuelta disgustado, los soldados rebeldes de Gorgath eran una presa demasiado inmunda para él. Alaric había desaparecido entre la contusión y ya no quedaba nada ni nadie que mereciera la pena matar.

Alaric contempló como las hogueras empezaban a arder y los cadáveres se apilaban a los pies de los muros. Poco después, la marea de soldados rebeldes se introdujo en un pasadizo abovedado y lo llevó a hombros hacia las calles de la ciudad en guerra de Gorgath.



La noche en Gorgath era fría. La oscuridad acabó con los muchos heridos del día anterior, de manera que sólo los más hábiles y fuertes pudieron seguir luchando por la mañana.

Alaric no sentía el frío como los demás hombres. Sabía que aquella noche podría matar a alguien débil sin que supusiera un problema para él. Por un momento deseó sentir ese frío, e incluso temerlo, pues al menos sería algo que comprendería. Como un enemigo al que podía derrotar, podría buscar cobijo, encender una hoguera. Drakaasi era un enemigo al que no podía enfrentarse de esa manera. La solución no sería tan simple. Si pudiera sentir el frío, al menos tendría algo que lo haría sentirse vivo.

Si Ebondrake estaba muerto, ¿qué habría conseguido el caballero gris? El propio Ebondrake fue capaz de descubrir sus intenciones. Si el dragón había desaparecido, algo o alguien ocuparía su lugar, puede que Venalitor, o

Arguthrax, o quizá algún otro horror ancestral de Drakaasi del que Alaric ni siquiera había oído hablar.

El caballero gris consiguió llegar a la forja pocas horas después de que el ejército rebelde saliera del coliseo de Gorgath y comenzara a extender la matanza por las calles de la ciudad. Alaric se separó de los rebeldes para ir hacia las fortalezas gemelas. No le importaba lo más mínimo lo que pudiera ocurrirle a los insurgentes. Probablemente serían ejecutados por su blasfemia contra los juegos de Gorgath.

Alaric caminaba con cuidado por una trinchera. Aquella zanja debió de haber sido excavada hacía decenios, cuando las dos fortalezas estuvieron en guerra y sus señores ordenaron abrir trincheras para intentar tomar el bastión enemigo. Los dos bandos se habían asediado mutuamente hasta crear una red de túneles y trincheras interconectadas en las que aún quedaban restos de la contienda: huesos sucios que sobresalían entre la tierra oscura y cartuchos vacíos que se descomponían en el centro de círculos de óxido rojizo.

Cada una de las dos fortalezas era un gigantesco cilindro erizado de cañones oxidados y rodeado de armas de asedio que se pudrían, decrépitas, junto a los muros. Alaric casi podía oír los disparos de los cañones y los gritos de los soldados agonizantes. Durante un instante se preguntó cuántos habrían muerto en la revuelta de la que acababa de escapar, una guerra en miniatura desatada en los albores de la batalla más decisiva para Drakaasi, pero parecía que en aquella ciudad ya no había sitio para más muerte.

Un templo se alzaba delante del caballero gris, erigido justo en el punto en el que las líneas de asedio se cruzaron por primera vez. Los muros estaban hechos de casquillos vacíos, las columnas eran enormes proyectiles de artillería y balas de pequeño calibre formaban los colmillos de las gárgolas que observaban desde lo alto.

A través de los ventanales rotos, Alaric pudo ver fraguas y yunques sobre los que se apoyaban montones de espadas oxidadas. Empujó la puerta de la forja y accedió al interior, sintiendo el frío y la oscuridad que dominaban el lugar. El altar había sido usado como yunque y estaba marcado por infinidad de golpes. Alaric empezó a caminar. Sentía el humo y el olor a metal

fundido, y casi podía oír los golpes de un martillo que forjaba una nueva hoja.

Aquel lugar estaba abandonado, y lo estaba desde hacía tiempo. Desde que posó las manos sobre la empuñadura de aquella hacha, Alaric había albergado la esperanza, en lo más profundo de su interior, de que el herrero con el que había hablado en Karnikhal estuviera intentando enviarle un mensaje. Ni siquiera sabría decir si aquel hombre era un aliado o un enemigo, quizá incluso fuera un producto de su imaginación. Sin embargo, era cierto que se trataba de un aliado potencial, y Alaric sabía que necesitaría uno fuera del *Hecatombe*.

¿Cómo había podido pensar que encontraría a alguien allí? Seguramente por la misma razón por la que pensó que podría derrotar a lord Ebondrake él solo.

De pronto, algo brilló en medio de la penumbra. Alaric echó a un lado un montón de espadas sin terminar y vio un martillo apoyado sobre el altar. La cabeza era de plata y estaba decorada con una talla que representaba un asteroide a punto de impactar sobre un planeta. También se veía el guantelete de una armadura agarrando un relámpago y un dragón cuyo pecho estaba atravesado por una espada. Alaric cogió el arma. Era muy pesada. Había sido forjada con tanta destreza como el hacha que le había dado el esclavo. En aquel momento pensó en cuánto disfrutaría el hermano Dvorn si pudiera empuñar un arma con un aspecto tan brutal. Se preguntó si Dvorn y sus demás hermanos de batalla habrían conseguido salir con vida de Sarthis Majoris.

Uno de los extremos del martillo, el que estaba pensado para golpear al enemigo, era un cráneo de acero. Uno de los ojos era liso mientras que del otro salían unas llamas talladas en el metal. Alaric examinó la imagen detenidamente, tratando de encontrarle algún significado.

Tenía que ser un mensaje. El caballero gris había arriesgado la vida para escapar del coliseo y llegar hasta aquel lugar, y tenía que haber alguna razón. Aquel cráneo tuerto tenía que significar algo, aunque ese significado estuviera en su interior.

Quizá la calavera representara a Alaric. Cuando tenía el Collar de Khorne alrededor del cuello, se sentía impedido, como si le faltara un ojo.

—El Martillo de Demonios no existe —dijo en voz alta—. No hay ningún arma sagrada esperando a que yo la encuentre. Se trata de mí, yo soy quien debe acabar con este planeta. Yo soy el Martillo.

Pero ¿y si el Martillo de Demonios era otra de las artimañas del Caos? No resultaría extraño que los seguidores del Caos idearan una estratagema como aquélla, sólo por el placer de dar a los humanos un hilo de esperanza que poder arrancarles de las manos.

Alaric deseaba tener fe en algo, aunque sólo sirviera para morir con dignidad en Drakaasi, pero ya no le quedaba nada en lo que creer.

Un ruido arrancó a Alaric de aquellos pensamientos. Algo se movía en el exterior: oyó pisadas y el crujido de los escombros al aplastarse bajo el peso de alguien. Alaric cogió el hacha con una mano y el martillo con la otra, convencido de que ambas armas habían sido forjadas por el mismo maestro herrero.

Oyó más pasos, voces, el siseo de las espadas al ser desenfundadas.

Alaric se puso alerta. Estaba frente a la puerta, con el altar justo detrás de él. Estaba convencido de que podría cubrir aquella distancia en unas pocas zancadas, aplastar con el martillo el primer visor oscuro que apareciera por la puerta y seccionar con el hacha las piernas del soldado que apareciera justo detrás. Estaba preparado.

De pronto, uno de los muros laterales se derrumbó con un gruñido metálico, e inmediatamente después un enorme transporte blindado Rhino apareció entre la nube de polvo y escombros. La escotilla lateral se abrió de repente dando paso a dos guardias ophidianos. No llevaban la armadura de la guardia personal de Ebondrake, sino cotas de malla, corazas y yelmos de cuero que les cubrían el rostro. En las manos portaban látigos que refulgían como la plata. Con un rápido movimiento, ambos los lanzaron hacia el caballero gris. Alaric dejó que el primero de ellos se enrollara alrededor de la empuñadura del hacha, acto seguido dio un tirón seco y arrancó el látigo de las manos del soldado. Sin embargo, la otra correa lo alcanzó en el hombro, provocándole un dolor insoportable que se extendió por todo el cuerpo.

Alaric cayó de rodillas lanzando desesperadamente golpes de martillo. Sintió como el metal de su arma aplastaba algún hueso, pero era incapaz de ver lo que había golpeado.

Los guardias ophidianos irrumpieron en el interior del templo a través de las puertas y de los ventanales. Había docenas de ellos. Muchos más salieron también del Rhino blandiendo los temibles látigos. Alaric se puso en pie para repeler el ataque. Cargó con toda su rabia y consiguió abatir a los primeros guardias que se abalanzaron sobre él. Pero eran demasiados.

Volvió a caer de rodillas. El dolor se apoderó de él como un relámpago. Consiguió alcanzar con el martillo a uno de los soldados que blandían un látigo, y en cuanto cayó al suelo, le cercenó la cabeza con el hacha. Justo después atravesó el torso de otro y consiguió ponerse en pie, pero los soldados que lo rodeaban portaban unos enormes escudos decorados con dragones blancos, y los emplearon para reducir a Alaric cuando el caballero gris intentó escapar.

Alaric cayó al suelo. Su cuerpo seguía luchando, pero algo en lo más profundo de su ser le decía que se rindiera. Era la parte de él que el Collar de Khorne había despertado, un resquicio mental oculto y cobarde que había salido a la superficie para decirle que iba a fracasar.

El caballero gris hizo un último acopio de fuerzas, silenciando la cobarde voz interior y lanzando un terrible alarido.

Sintió como algo pesado y frío se le clavaba en la espalda, y a continuación notó un tremendo calor que le oprimía el pecho. Bajó la vista y vio la punta de una espada negra que le salía del torso. Cuando levantó los ojos de nuevo miró por un instante al guardia ophidiano que se la había clavado. Alaric intentó mover la hoja, pero le resultó imposible. Finalmente, el dolor se apoderó de él. El mundo se volvió gris.

El guardia arrancó la espada y Alaric se desplomó. Aún sentía la hoja atravesándole el pecho.

Ya no importaba si se rendía o no. El dolor lo había vencido. Alaric perdió el conocimiento.

* * *

—Veo que has estado pensando en lo que te dije.

La voz de Durendin era grave y tranquila, muy distinta del tono estridente que empleaba cuando subía al púlpito para arengar a los caballeros grises.

—Así es —contestó Alaric.

A su alrededor se alzaba majestuosa la capilla de Mandulis. Construidas en piedra oscura, las columnas sostenían una bóveda decorada con tallas que representaban a los grandes maestres que habían perecido luchando contra los demonios. Sin embargo, en lugar de estar rodeada por muros de granito tallados con los nombres de notables caballeros grises, aquella capilla estaba abierta al exterior, y a través de las columnas podía verse un enorme desierto dorado que se extendía bajo la luz azulada del crepúsculo. Unas estrellas parpadeaban extrañamente en el cielo, las mismas constelaciones sangrantes que brillaban sobre el Ojo del Terror.

Alaric estaba sentado en uno de los bancos de piedra. Durendin lo hacía un par de filas por delante. Era evidente que estaba rezando, pues no llevaba puesta la servoarmadura negra característica de la capellanía. El caballero gris reparó en que él tampoco llevaba armadura. Portaba una coraza abollada con la forma de dos alas extendidas y de su pecho sobresalía la punta de una espada.

—¿Y bien? —preguntó Durendin.

—Estaba equivocado.

—¿De veras?

—Hay cosas contra las que no se puede luchar.

—Interesante. ¿Acaso crees que todos estos grandes maestres pensaron lo mismo que tú? ¿Crees que cuando Mandulis se enfrentó a su peor enemigo pensó que no podría luchar contra él?

Alaric miró en dirección a la columna que representaba a Mandulis. La empuñadura de la espada del gran maestre tenía la forma de un relámpago. Una vez, el propio Alaric también sostuvo aquella espada entre las manos, y

trató de emular las hazañas de Mandulis desterrando al príncipe demoníaco Ghargatuloth. Pero ahora sentía como si todo aquello hubiera ocurrido en otra vida.

—Yo no soy uno de esos grandes maestres —dijo Alaric.

—No, no lo eres, y jamás lo serás si te rindes tan fácilmente.

—No me he rendido, capellán.

—Entonces, Alaric, ¿qué cualidad posees que te permita hacerte con la victoria si no luchas con la determinación de un caballero gris?

—Imaginación.

Durendin se rio. Resultaba extraño ver a aquel viejo capellán riendo a carcajadas.

—¿De veras? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que ahora entiendo que no sólo hay una única manera de luchar.

—Comprendo. ¿De modo que piensas que el bólter y la espada no son suficientes y quieres encontrar otro camino?

—Sí. Eso es lo que he aprendido luchando contra Ebondrake. No puedo luchar contra ellos como si fueran un enemigo cualquiera, debo luchar contra todo este planeta. Incluso si gano, cada gota de sangre que derrame sería una victoria para ellos. Tiene que haber otro modo.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. —Alaric se reclinó sobre el respaldo. Sentía como la fuerza se le escapaba del cuerpo, como si se estuviera desangrando.

—¿Y piensas que yo puedo darte la respuesta?

—Ni siquiera sé lo que pienso.

Durendin se puso en pie y se alisó los ropajes ceremoniales. Caminó hasta el altar de la capilla y cogió un candelabro que había en un banco de piedra. Una efigie del Emperador miraba fijamente al capellán mientras éste iba encendiendo las velas una a una. Era un antiguo ritual que rendía homenaje a las almas de todos los caballeros grises caídos desde la fundación del capítulo. Y les recordaba a los que aún vivían que las luces de las almas de sus hermanos de batalla se reunirían para luchar junto al Emperador en el final de los tiempos.

Alaric imaginó todas aquellas almas revoloteando como luciérnagas alrededor de una pira, ansiosas por empezar la batalla, y no pudo evitar sentir lástima por ellas. Por primera vez pensó que aquel sacrificio podría no servir para nada.

—Yo no puedo responder a esa pregunta, Alaric —dijo Durendin—. Has venido a mí buscando esperanza, no resolución, y me temo que voy a decepcionarte. Fui ordenado capellán precisamente porque soy lo contrario de lo que tú eres. Yo sólo comprendo la razón de ser de los Caballeros Grises, la eterna batalla contra el Caos. Todo lo demás debe contemplarse bajo un prisma diferente. No puede haber duda en los ojos de un capellán. Estás solo, juez, al igual que todos nosotros.

—Entonces me temo que no lo conseguiré —replicó Alaric—. Mi deber en Drakaasi está claro: el Caos debe ser castigado; la justicia del Emperador debe cumplirse. Pero yo no soy más que un hombre. Los señores de Drakaasi son muchos y muy poderosos. Es tal y como dijo Venalitor, puedo morir aquí sin conseguir nada o luchar por hacerme un nombre ante los ojos del Dios de la Sangre. La victoria es imposible.

—Entonces ése es tu destino, Alaric. Un gran maestre jamás diría esas palabras, pero como tú mismo has dicho, no eres uno de ellos. Y ahora debo pedirte que te marches. Estás manchando de sangre el suelo de mi capilla, y eso es un mal augurio.

Alaric se miró el pecho. La herida estaba abierta. Cada latido del corazón lanzaba un chorro de sangre. Un reguero rojizo descendía por el banco hasta formar un charco a los pies del caballero gris.

—¿Voy a morir?

Durendin lo miró, pero Alaric fue incapaz de leer la expresión que tenía en el rostro.

—Si te dijera que sí, ¿cómo te sentirías?

—Aliviado —contestó Alaric—. Alguien ya habría tomado la decisión por mí.

—Pero Drakaasi seguiría existiendo tal y como tú lo has visto, de modo que te sugiero que vivas.

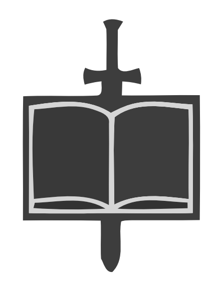
—Veré qué puedo hacer.

—Buena suerte, juez. Quizá vuelvas a verme algún día, a mi yo real, quiero decir, si es que consigues regresar a Titán. Supongo que estas conversaciones me resultarían sumamente interesantes.

—Adiós, capellán.

Durendin levantó la vista. Mientras se daba la vuelta, los rasgos del capellán se convirtieron en una figura sin rostro. Los grandes maestres también comenzaron a disolverse, dejando tras de sí unas columnas de piedra desnuda. Las estrellas del cielo se fueron apagando una a una. La capilla de Mandulis se hundió en el desierto.

Alaric dio una dolorosa bocanada de aire y la oscuridad se desvaneció.



TRECE

Fue la luz lo que despertó a Alaric. Estaba tumbado de espaldas, mirando hacia arriba. Parpadeó un par de veces mientras sus ojos se adaptaban al brillo. Desde que llegó a Drakaasi, aquélla no era la primera vez que se preguntó si estaría muerto.

La luz provenía de una enorme lámpara de araña que colgaba de un techo decorado con frescos de escenas bélicas. Las víctimas yacían apiladas bajo los pies de enormes guerreros, todos ellos con los símbolos de Khorne sobre las armaduras. El cielo sobre sus cabezas estaba cubierto de nubes ensangrentadas, y demonios carroñeros se afanaban en descuartizar a vivos y a muertos por igual. En la distancia, ejércitos enteros luchaban encarnizadamente.

Aquélla era la obra de un genio. En cualquier mundo imperial, aquel artista habría sido uno de los mejores de su generación, quizá lo suficientemente bueno como para adquirir fama en todo un sector de la galaxia. Pero la mente que creó aquello había sido esclavizada por el Caos, y hundida en la locura hasta que lo único que quedó de ella fue aquella obra maestra impía y blasfema.

Alaric se preguntó quién habría sido aquel artista. ¿Habría estado loco desde el principio? ¿Sería una mente torturada y brillante que escuchó las voces de la disformidad en busca de consuelo? ¿O quizá no fue más que uno

de los millones de ciudadanos esclavizados por los ejércitos de Drakaasi? Alaric se imaginó al artista anónimo agazapado entre una multitud de ciudadanos aterrorizados esperando a que la muerte llegara para llevárselos. Quizá suplicando clemencia o tratando de encontrar algún consuelo para sus seres queridos. Fue entonces cuando llegó la muerte, pero no fue a buscarlo a él. Los sirvientes de Drakaasi descubrieron sus habilidades y decidieron dejar que viviera, y así aquella mente fue esclavizada hasta que lo único que pudo crear fueron imágenes de sangre y destrucción. A buen seguro desearía haber muerto. Quizá siguiera con vida en algún lugar de Drakaasi, concibiendo las más terribles visiones en nombre de Khorne.

Alaric permaneció tumbado durante un largo rato. La gracia del Emperador era lo único que lo mantenía con vida y sin perder la cabeza. Se preguntó cuánto tardaría en derrumbarse. A buen seguro les llevaría más tiempo corromper a Alaric que pervertir al artista que había pintado aquellos frescos. Pero ¿cuánto más? Tal y como discurría el tiempo en la galaxia, probablemente no mucho.

El caballero gris trató de incorporarse. Pero el dolor era como una lanza al rojo vivo que le oprimía el pecho. Reprimiendo un grito, volvió a reclinarse de nuevo. Estaba sobre una superficie rígida y lisa. Alaric se preguntó si habría muerto y estaría sobre la cubierta de un sarcófago en el interior de una catedral erigida en honor al Dios de la Sangre.

El caballero gris giró la cabeza. Estaba tumbado sobre una enorme mesa de madera dispuesta para albergar un banquete. Los platos de bronce y los cálices dorados habían sido retirados para hacer sitio a su enorme figura. La mesa sobre la que yacía era una más de las muchas que llenaban una gigantesca cámara, mucho más lujosa que cualquier otra que Alaric hubiera visto en Drakaasi. Los muros estaban cubiertos con tapices de seda negra y escarlata, y unas enormes columnas de mármol negro se elevaban hasta el techo. A primera vista, el suelo parecía de mármol, pero cuando miró detenidamente, Alaric se dio cuenta de que, en realidad, eran lápidas. El suelo de aquella cámara estaba hecho con losas de tantos tipos que tenían que haber sido robadas de infinidad de mundos diferentes. Miles de

inscripciones en alto gótico desfilaron ante los ojos de Alaric: eran los nombres de quienes habían yacido bajo las lápidas profanadas.

En uno de los extremos de la cámara se alzaba un altar en honor a Khorne. Era un enorme bloque de piedra irregular y ennegrecida cubierto de marcas que el paso del tiempo había ido suavizando. Era un altar para realizar sacrificios. Justo detrás se alzaba el símbolo de Khorne, tallado en bronce y lacado en rojo. Era un cráneo, pero se trataba de un cráneo tan estilizado que apenas era más que un triángulo coronado por una cruz. Sin embargo, la maldad que irradiaba era tal que el mero hecho de contemplarlo producía un dolor insoportable. El suelo que se extendía frente al altar estaba horadado para canalizar la sangre. Aún seguía usándose con el propósito para el que fue concebido.

Alaric se examinó el cuerpo en busca de heridas. Fue algo reconfortante, pues aquel ritual formaba parte de su entrenamiento. Aún le quedaba lo suficiente de caballero gris como para poder actuar como un soldado. Sintió la cacofonía familiar del dolor producido por decenas de heridas menores. Sin embargo, la herida del pecho parecía seria. Le costaba mucho respirar y uno de sus corazones había resultado afectado. Aún podía moverse, y luchar si fuera necesario, pero era una herida de mucha consideración. En Titán, los apotecarios lo habrían enviado al apotecarión hasta que se hubiera recuperado. Pero en Drakaasi no le quedaría más remedio que seguir luchando.

Uno de los tapices que cubrían los muros se apartó. Durante un momento, Alaric vislumbró una cámara tan opulenta como la de las lápidas, una estancia que se extendía en torno a una gran escalinata decorada con estatuas de bronce.

Haggard entró en la cámara principal. Su aspecto, mugriento y desaliñado como el de cualquier esclavo, desentonaba en medio de tanto lujo. Llevaba puesto un delantal de cirujano sucio y andrajoso, y durante un instante Alaric se preguntó si realmente estaría allí.

—Por fin te has despertado —dijo el cirujano.

—Eso creo.

—¿Cómo te encuentras?

—Sobreviviré.

—Tenías las entrañas hechas un desastre —continuó Haggard—. Uno de tus pulmones no funciona. Y uno de tus corazones no tiene buena pinta. La espina dorsal está bien, ésa es la buena noticia. Tenías esquirlas de metal del tamaño de un dedo. La gracia del Emperador ha sido lo único que ha impedido que te seccionaran la médula.

—Gracias, Haggard —dijo Alaric—. No sé si habría podido sobrevivir sin tu ayuda.

—No me des las gracias, por favor, no lo hagas. No tengo ni idea de qué ocurrirá ahora.

Alaric intentó sentarse de nuevo. Esta vez consiguió vencer al dolor. Varios de los puntos con los que Haggard había intentado cerrarle la herida se soltaron. Un reguero de sangre comenzó a correr por el pecho del caballero gris. Entonces se percató de que aún tenía puesta la armadura con la que había luchado en Gorgath, pero el peto había desaparecido. La herida que tenía en el pecho era enorme. Sólo un caballero gris podría haber sobrevivido a algo semejante.

—Pase lo que pase, Haggard, siempre será mejor poder enfrentarme a ello estando con vida.

—Tenías esto clavado en el pecho. —El hombre le mostró un fragmento de la espada con que el guardia ophidiano lo había atravesado. Vista de cerca, era del tamaño de una daga, y la empuñadura era de pequeño tamaño. La hoja estaba lo suficientemente afilada como para brillar bajo la luz de las velas—. ¿De veras pensabas que podrías acabar con Ebondrake tú solo?

—Toparme con él no entraba en mis planes —contestó Alaric—. Me pregunto si habrá alguien en este planeta capaz de acabar con ese dragón. —El caballero gris miró la espada que Haggard tenía en la mano—. ¿Crees que podrías esconder eso entre tu instrumental quirúrgico?

—No creo que me resulte muy complicado —contestó Haggard mientras deslizaba el arma en uno de los bolsillos del delantal.

—Guárdalo para cuando regrese al *Hecatombe*. Lo que me recuerda una cosa: ¿dónde estoy?

—Aún sigues a bordo —contestó Haggard—. Éstos son los aposentos de Venalitor.

—¿Esto? Imposible, el barco no es lo suficientemente grande.

Haggard se encogió de hombros.

—Aquí la física sólo funciona por conveniencia. Si Venalitor quiere saltarse las leyes físicas para construir un lugar que esté a la altura de un duque, no hay nada que se lo impida. Escucha, juez, Venalitor fue quien me trajo aquí arriba para que me ocupara de ti. Sea lo que sea lo que piensa hacer, necesita que estés vivo y consciente. Piensa castigarte.

—Pero no sabe que estoy despierto.

Haggard bajó la cabeza y miró al suelo.

—Te equivocas. Sí que lo sabe.



El sonido de las patas de escaefílido al pisar sobre las lápidas de piedra era inconfundible, al igual que el sonido de una armadura que descendía por la escalinata de mármol. De pronto, la guardia de honor de Venalitor irrumpió en la estancia apartando a Haggard a un lado.

Inmediatamente después de ellos entró Venalitor, rodeado de escaefílidos armados con aturdidores. Con un solo gesto, el duque les ordenó que se retiraran. Tras la figura de Venalitor, Alaric pudo ver como los escaefílidos se llevaban a Haggard por la escalinata.

—¿Y bien, juez? —dijo Venalitor.

El duque encajaba a la perfección en la opulencia que lo rodeaba. La oscura magnificencia de aquellas cámaras estaba a la altura de la de Venalitor, que portaba su armadura roja y negra con varias espadas envainadas a la espalda. Todo aquel lugar, al igual que el propio duque, era un reflejo de la arrogancia en estado puro.

Alaric no contestó. Deliberadamente, Venalitor había decidido mostrarse vulnerable, por eso había ordenado a los escaefílidos que se

retiraran. Pero Alaric estaba herido y desarmado. Si Alaric decidía luchar, Venalitor acabaría con él, y eso era algo que el duque quería que el caballero gris tuviera claro.

Venalitor pasó junto a Alaric y se arrodilló frente al altar, musitando una oración en honor a Khorne.

—El Dios de la Sangre —dijo por fin mientras se volvía hacia Alaric— siempre escucha. Pero para eso debes ganarte su respeto, tal y como yo he hecho. Cuando le pido que me de fuerza para luchar, él me la concede; cuando le pido más soldados, él hace que ejércitos enteros marchen bajo mi bandera. A ti te llaman Alaric el Traicionado porque tu Emperador te ha abandonado. Tú le pediste que te protegiera del Caos, que te permitiera salir de Drakaasi, y él te ha ignorado. No es más que un cadáver que ni siquiera puede oír tus plegarias, caballero gris. Ésa es la traición más grave de todas. Pero mi señor te dará todo lo que le pidas si consigues ganarte su respeto.

Alaric descendió de la mesa y se puso en pie. Le costaba mantener el equilibrio, pero hacía todo lo que podía para que el duque no lo notara.

Podría luchar allí y ahora, y morir. Así, al menos, todo terminaría pronto y no tendría que oír las blasfemias de Venalitor nunca más.

—Aún tienes una última oportunidad, Alaric —continuó el duque.

—¿Estás pidiéndome que me una a ti? —preguntó el Caballero Gris—. Esa idea únicamente puede ser producto de la desesperación.

—Tú mismo has visto la escoria de las ciudades de Drakaasi —respondió impasible Venalitor—. Te has mezclado con los desechos más indeseables del *Hecatombe*: esos asesinos, esa basura, esos despojos de tu Imperio. Así son la gran mayoría de esclavos que acaban aquí. Khorne los desprecia, y casi todos ellos acaban pudriéndose o muriendo para ayudar a saciar la sed de sangre de mi dios. Los más afortunados se convierten en sacrificios.

»Pero tú, tú eres diferente. Tú no eres como esa escoria. Aún no has vislumbrado lo que podrías llegar a ser en Drakaasi. El Dios de la Sangre está dispuesto a escucharte si tú así lo quieres. —Venalitor señaló hacia el altar—. Es muy fácil, caballero gris, y es la única opción que te queda. No importa lo que hagas o la determinación con la que lo intentes, acabarás

muriendo en nombre del Dios de la Sangre. La única manera de evitarlo es inclinándote por una vez en tu vida ante un verdadero dios.

—Entonces prefiero morir —contestó Alaric.

—Sólo unas gotas de sangre —insistió Venalitor—. Eso es todo lo que reclama.

—Si eso es lo que desea, que venga a arrancármelas él mismo.

Venalitor negó con la cabeza.

—Intentas humillarme, caballero gris. Incluso trataste de cruzar tu espada con lord Ebondrake. El Dios de la Sangre contempla tu audacia y sonríe. El hecho de que creas que puedes vencerme demuestra que posees la entereza mental propia de un paladín del Caos, y si sigues vivo en este planeta, es porque eres fuerte. Tú podrías gobernar Drakaasi, Alaric. Entonces podrías hacer lo que quisieras con Ebondrake. Podrías tumbarme a mí mismo sobre este altar y abrirme de la cabeza a los pies, con tal de que lo hicieras en nombre de Khorne.

—¡Nunca! —exclamó Alaric—. Jamás. Tendréis que sacrificarme como al resto de vuestra escoria.

Venalitor sonrió.

—Todavía queda algo de nobleza en ti. Los lacayos del Emperador te han enseñado bien, debo admitirlo. La victoria lo es todo para ti, y crees en ella incluso en las situaciones más sombrías. Para ti, morir aquí es una victoria.

—Mi deber no contempla el fracaso —dijo Alaric—. Y no termina con la muerte. Jamás podrás vencer a eso, duque Venalitor.

—También tenías que cumplir tu deber en Sarthis Majoris, ¿no es así?

Alaric fue incapaz de responder.

—¿Acaso sabes lo que le hicimos a aquel planeta?

Alaric buscó desesperadamente algo que decir, algo demoledor que silenciara a Venalitor, pero nada acudió a su mente.

—Separamos a los hombres de las mujeres —continuó el duque, esbozando una sonrisa llena de maldad—, y asesinamos a las mujeres delante de los hombres. Las asesinamos con crueldad, de todas las maneras que seas capaz de imaginar, e incluso de algunas que ni siquiera podrías concebir. Después dejamos que los hombres nos atacaran. La mitad de ellos

quería venganza, la otra mitad simplemente quería morir. El dolor que les ensombrecía el rostro era como un himno al Dios de la Sangre. Fue una demencia gloriosa. Muchos de ellos acabaron implorando al Dios de la Sangre que los convirtiera en sus súbditos. Me suplicaron que formara un nuevo ejército con ellos y que les permitiera marchar bajo mi estandarte para destruir todo su mundo. Tú deber era evitar que aquello ocurriera, juez, y resulta evidente que fracasaste.

—Vuestras atrocidades no son nada nuevo —replicó Alaric, intentando que sus palabras ocultaran la ira que se había apoderado de él—. No podemos salvar todos los mundos. Únicamente podemos luchar.

—¿Hasta la muerte?

—Hasta la muerte.

—Pero tú no has muerto. Estás aquí. Sarthis Majoris ha muerto, pero tú has sobrevivido. Y ahora dime, ¿verdaderamente crees que has cumplido con tu deber?

—Tus palabras no significan nada para mí, Venalitor. Yo soy un caballero gris.

—Ya no lo eres. En el mismo momento en que te hice prisionero te convertiste en algo diferente, en algo más ruin. Al menos, tu amigo tuvo la elegancia de morir pronto. Pero tú te has enquistado como un parásito, creyendo que hay algo de victoria en tu fracaso e ignorando la única posibilidad de redención que te queda, una posibilidad que sólo Khorne te ha ofrecido.

Alaric miró alrededor buscando algún arma. No había nada. Tendría que hacerlo con sus propias manos.

—Pienso ser redimido, Venalitor. Seré redimido aquí y ahora. —Alaric cargó contra el duque. Parecía que Venalitor se había relajado mientras hablaba desde el altar, pero aun así seguía alerta.

Agarró a Alaric por la garganta. Con el brazo que tenía libre detuvo el puño del caballero gris. Acto seguido, levantó a Alaric y lo lanzó contra la mesa de madera, haciendo que los platos y cálices de plata volaran en todas direcciones. Alaric sintió que la herida del pecho se abría de nuevo, y por un instante quedó cegado por el dolor.

—¿De verdad quieres morir? —preguntó Venalitor.

Tambaleándose, Alaric se puso en pie. La herida del pecho sangraba profusamente. Venalitor hizo un movimiento con la mano y la sangre que discurría por el pecho del caballero gris se convirtió en unos tendones que comenzaron a rodearle la garganta. Cuando consiguió arrancárselos, ya era demasiado tarde, Venalitor estaba justo detrás de él. El duque lo agarró por el cuello y por el hombro, y con un rápido movimiento lo empujó hacia adelante, contra el altar de los sacrificios. La cabeza de Alaric chocó contra la roca y el olor a sangre seca lo golpeó como un puño.

Venalitor desenfundó una de las espadas que llevaba a la espalda. Era una hoja pequeña y curva cuyo filo brillaba bajo la tenue luz de las velas. La hundió en la espalda de Alaric.

Venalitor sabía cómo hacer sufrir al cuerpo humano. La punta de la hoja se clavó en el sitio adecuado y las terminaciones nerviosas del astartes comenzaron a arder de dolor. Alaric no podía moverse, permanecía inmóvil, convulsionándose sobre el altar mientras sentía como el dolor se extendía por todo su cuerpo.

Trató de sobreponerse a él. Venalitor extrajo la hoja y el caballero gris se deslizó hasta caer al suelo. El duque dejó que la sangre de Alaric resbalara por el filo de la espada y goteara sobre el altar. El emblema de Khorne pareció iluminarse como muestra de agradecimiento.

—No voy a matarte, juez —dijo Venalitor—. Eres demasiado valioso, te necesito en el coliseo. El Dios de la Sangre aún puede sacar mucho provecho de ti. El hecho de que te obstines en negar su voluntad no significa que la rechaces. Primero tendré que hacer que te derrumbes. A largo plazo no habrá ninguna diferencia.

Los escaefílidos irrumpieron en la cámara. Durante unos instantes, el caballero gris luchó contra ellos, revolviéndose y devolviendo los golpes con las manos desnudas. Hasta que poco a poco los aturdidores hicieron efecto. Alaric se postró de rodillas sin dejar de luchar.

Venalitor contemplaba la escena con atención. Siempre habría más escaefílidos que esclavizar, y no había necesidad de comprometer a su gladiador más valioso. Alaric estaba de rodillas, con las manos apoyadas en

el suelo. Finalmente, uno de los aturdidores impactó justo por encima del collar de acero y el rostro del caballero gris quedó inmovilizado sobre el suelo de lápidas.

—Sé quién eres, caballero gris. Sé lo que hiciste con Ghargatuloth, y lo que pasó en Chaeroneia. Sé quién fue Valinov y lo que hiciste en Thorganel Quintus. Conozco bien lo que eres capaz de hacer, pero nada de eso te ayudará ahora.

Los escaefílidos se abalanzaron sobre él como hormigas alrededor de un cadáver. Lo ataron de pies y manos y lo levantaron del suelo.

—Llevadlo a la cubierta de proa —ordenó Venalitor.

Uno de los escaefílidos, una criatura particularmente vieja y deforme que se había mantenido al margen durante la refriega, se volvió hacia su dueño mientras Alaric era arrastrado hacia el exterior de la cámara.

—¿A la cubierta de proa, mi señor? —preguntó. Aquella criatura había practicado el lenguaje de los humanos durante tanto tiempo que era capaz de pronunciar cada sílaba prácticamente a la perfección.

—Ya me has oído, amo de esclavos.

—Os referís a…

—Me refiero exactamente a lo que acabo de decir —espetó Venalitor—. Abrid la puerta, arrojadlo dentro y cerrarla de nuevo. Esas son mis órdenes.

—Por supuesto, mi señor. Pero aún hay otra cuestión.

—¿Cuál?

—La guerra.

* * *

La guerra había comenzado con el ataque de los demonios cazadores en el puente del *Hecatombe*. Fue un primer golpe verdaderamente audaz, un intento del enemigo de mostrar su superioridad. Seguramente no tenían intención de matar a Venalitor, sino más bien demostrar que podían llegar

hasta él en cualquier momento y en cualquier lugar. El *Hecatombe* no era un lugar seguro, no con un enemigo como Arguthrax.

Venalitor había convocado a la Ira del Tiempo, un culto guerrero dedicado a la automutilación y a la disciplina castrense, para que asediaran el baluarte de la Decimotercera Mano. Ésta, tras fracasar como fuerza de apoyo en Sarthis Majoris, se había refugiado en una red de túneles y cloacas inmundas perdidas entre la maraña de vísceras cavernosas y putrefactas que se extendía por las entrañas de la ciudad monstruo de Kharnikal. Los fanáticos de la Ira del Tiempo los asediaron, luchando noche tras noche en aquellos túneles infestados de podredumbre y de órganos en descomposición, mientras aquella escoria se defendía con flechas envenenadas y con todo tipo de argucias diabólicas.

Finalmente, la Ira alcanzó el corazón de la fortaleza, y los cultistas llevaron a cabo un ritual que devolvió la vida a los cientos de miles de órganos muertos que a lo largo de los siglos habían ido enquistándose en la geografía inmunda de Karnikhal. Unos pocos de aquellos cultistas consiguieron salir, mientras que todos los adeptos de la Decimotercera Mano perecieron aplastados bajo los túneles carnosos o disueltos en ácido digestivo. Finalmente, los despojos sin vida de la Decimotercera Mano fueron expulsados por los canales de sangre hasta el río que unía Karnikhal con Aelazadne. Una muerte inútil propia de un culto tan execrable.

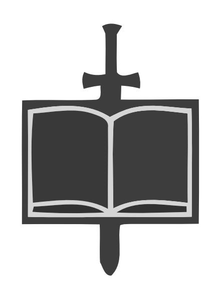
Una cruenta batalla tuvo lugar en las planicies que se extendían entre Ghaal y Gorgath, una tierra baldía y carente de vida. Allí, una alianza de cultos fieles a Arguthrax se enfrentó a un ejército de escaefílidos, todos ellos pertenecientes a clanes que esperaban ascender en la sociedad de Drakaasi sirviendo a Venalitor. Para ellos el duque era un mesías, un profeta del Caos que les permitiría dejar de ser considerados como animales.

Arguthrax se alzó con la victoria. Los escaefílidos fueron masacrados y los diferentes cultos les arrancaron cabezas y miembros como símbolos de su devoción. Los cultistas marcharon por las calles de Ghaal para presentar aquellos trofeos ante Arguthrax, quien los bendijo con desdén haciendo un movimiento con sus manos húmedas.

Drakaasi había vivido muchas guerras como aquélla. En cierto modo eran parte del culto que se profesaba en aquel planeta, pues los contendientes luchaban en última instancia por ganarse el reconocimiento de Khorne. Eran guerras que no se luchaban en los coliseos ni en los altares, guerras que tenían lugar fuera de la vista de los demás señores de Drakaasi. Eran guerras sucias en las que prevalecían los asesinatos entre las sombras. Todos los señores de Drakaasi habían ganado sus posiciones de poder gracias a guerras como aquélla, y todos habían tenido que sobrevivir a los ataques de rivales celosos. Así era como se alcanzaba el poder: mediante la agresión y la destrucción. Y la voluntad de Khorne aseguraba que en Drakaasi ambos recursos se tradujeran en una violencia abierta y despiadada.

Pero los tiempos habían cambiado. En los albores de la Decimotercera Cruzada Negra, lord Ebondrake había ordenado que todos los señores de Drakaasi se unieran para formar un gran ejército capaz de conquistar mundos enteros en nombre de Khorne. Eso cerraba la posibilidad de cualquier conflicto interno entre ellos. Y cuando Ebondrake decidía castigar a los señores de Drakaasi, el resultado era más sangriento que cualquiera de los enfrentamientos que pudieran mantener entre sí.

Aquélla era la esencia de la guerra.



CATORCE

La oscuridad era tan intensa que ni siquiera la visión aumentada de Alaric podía distinguir nada. Aquello no era natural. Algo estaba absorbiendo toda la luz.

Alaric avanzó a tientas en las tinieblas. Extendió la mano y sintió el tacto del metal pulido. Era la primera superficie limpia que Alaric tocaba en las entrañas del *Hecatombe*.

Una música comenzó a sonar como respuesta a aquel movimiento.

Era un sonido tranquilo y cadencioso, triste pero al mismo tiempo hermoso. La última música que Alaric había oído hasta aquel momento fueron los cánticos de Aelazadne. Pero esta melodía era diferente. Sonaba como un millar de voces que cantaran en la distancia. Por un instante pensó que estaba ante algo ancestral y sagrado, y sintió vergüenza por encontrarse herido y sucio.

Pero estaba en el *Hecatombe*. Aún seguía en Drakaasi. Nada hermoso podía haber en aquel planeta. Alaric trató insistentemente de convencerse de ello, hasta que de pronto las luces comenzaron a encenderse sobre él.

Estaba en una cámara cubierta de oro y plata. Constelaciones de gemas y piedras preciosas palpitaban tímidamente por todas partes. Era una estancia gigantesca. Debía de ocupar toda la eslora del *Hecatombe*, quizá incluso más. Otra de las manipulaciones del tiempo y el espacio propias del Caos. Varias

columnas asimétricas y retorcidas como troncos viejos ascendían por los muros para sostener el techo, una bóveda que se combaba como un cielo dorado y que amenazaba con precipitarse en cualquier momento. Los muros, también dorados, estaban salpicados de paneles de color azul oscuro decorados con símbolos que parecían brillar como pequeñas gotas de energía que refulgían ante la mirada de Alaric. Era como si toda la cámara palpitara débilmente al ritmo de un corazón ancestral.

Alaric se puso en pie. Sintió un gran dolor en el pecho y expectoró unas gotas de sangre que cayeron sobre el suelo dorado. Los diamantes y los zafiros engarzados contemplaron al caballero gris a través del líquido rojizo.

Jamás había visto un lugar como aquél. Era como si tuviera vida; las bases de las columnas eran como raíces de árboles gigantescos. Las formas biológicas de los muros y del techo hacían que aquella cámara pareciera una enorme garganta dorada.

La música provenía de uno de los extremos de la cámara, y Alaric dio un par de pasos hacia adelante. El suelo se hundió de manera casi imperceptible bajo sus pies y las columnas se combaron a su alrededor. Era como si estuviera en el interior de una criatura que estaba reaccionando ante su presencia.

De pronto, la cámara se transformó convirtiéndose en un enorme espacio esférico dominado por una pirámide escalonada. En la cima se alzaba un gran cubo de cristal del que emanaba la música. Los muros también estaban cubiertos de cristales que resonaban al compás de la melodía al tiempo que iluminaban la estancia. En la parte de arriba de la pirámide se levantaba un magnífico trono, tallado a partir de un bloque de mármol de color azul oscuro y decorado con unas complejas inscripciones doradas. Una figura encapuchada vestida con una túnica azulada tejida con hilos de oro se alzaba en lo alto. Unos enormes candelabros brillaban con llamas plateadas. El volumen de la melodía se elevó ante la presencia de Alaric y la luz alcanzó un *crescendo* casi cegador.

La figura levantó la cabeza. Unas llamas plateadas ardían en el interior de la capucha.

—¿Quién eres? —preguntó con una voz seca como el siseo de una serpiente.

—Soy el juez Alaric, de los Caballeros Grises —respondió él.

—Comprendo. Arrodíllate.

Alaric permaneció en pie, sin moverse.

—¿No? Muy bien. Muy pocos se arrodillan al principio, pero al final todos acababan haciéndolo.

—¿Qué quieres decir con todos?

—Todos vosotros, por supuesto. Los esclavos, mi alimento. Como si debiera estar agradecido, como si fuerais una compensación por lo precario de la situación en la que me encuentro. —La criatura extendió una mano para indicar que se refería al lujo dorado de la cámara de la pirámide—. Tú mismo puedes comprobar las condiciones que hay aquí.

Alaric deseó con todas sus fuerzas poder librarse de Collar de Khorne que le oprimía el cuello, para que su mente pudiera comprender a qué se enfrentaba. Pero resultaba imposible quitárselo con las manos desnudas, no sin romperse el cuello.

—Y bien, ¿qué es lo que deseas?

—¿Lo que deseo? —Alaric hizo una pausa. Había muchas cosas que el caballero gris deseaba. Albergaba tanta ira y tanto sufrimiento que no era capaz de pensar en una sola cosa—. Deseo escapar —dijo por fin.

—No, ése es un deseo tremendamente primitivo, la necesidad básica de libertad no es más elegante que el hambre o la sed. ¿Qué es lo que de verdad deseas? —La figura se puso en pie y descendió un par de escalones—. ¿Venganza? ¿Gloria? ¿Redención? Yo solía conceder grandes deseos, juez Alaric de los Caballeros Grises. Dicen que las viejas costumbres nunca mueren. Siempre me piden algo tan pronto como se dan cuenta de ello, pero por supuesto aquí no se puede cumplir ningún deseo, a no ser que quieras que tu alma sea despellejada. Algo que supongo que no deseas.

—Son muchos los que lo han intentado —dijo Alaric.

—Es fácil darse cuenta viendo el aspecto que tienes.

—¿De modo que es así como terminará todo? —preguntó Alaric.

—Sí.

El astartes cerró los puños con fuerza. No estaba en condiciones de luchar. Se sentía muy débil después del encuentro con Venalitor y de haberse enfrentado inútilmente con los escaefílidos. Pero ningún caballero gris se había rendido jamás, y estaba decidido a no suplicar clemencia.

—Te lo advierto —dijo—. No soy un hombre fácil de matar.

—¿Matar? Pensé que tendrías algo más de cerebro en esa cabeza. Tú y yo somos parecidos. Venalitor tiene pensado para nosotros algo más que apilar nuestros cráneos junto al trono del Dios de la Sangre. No, Venalitor no te quiere muerto.

La figura se quitó la capucha. Debajo apareció un rostro humano desprovisto de piel cuyos músculos eran hilos de plata. Unas llamas argentadas se alzaban sobre él. Los ojos eran dos pequeños puntos ardientes de color azulado. Alrededor de toda su cabeza se abrían y cerraban pequeñas bocas que no cesaban de musitar oraciones, creando una aureola que se alzaba sobre aquel ser extraño.

—Quiere que te posea —dijo Raezazel el Malicioso.

* * *

El duque Venalitor contemplaba la batalla desde sus aposentos. El juego sangriento resplandecía desde la gran pantalla de cristal que dominaba una de las paredes de la cámara.

—Mostradme el *Azote* —ordenó Venalitor.

La imagen pasó a mostrar la ciudad más reciente de Drakaasi. El *Azote* no era sino una colección de barcos y plataformas flotantes unidas para crear una gigantesca amalgama de desechos que flotaba en el océano sur de aquel planeta. Allí vivían millones de herejes y renegados. Había rumores que aseguraban que el propio *Hecatombe* había formado parte del *Azote*, e incluso que fue aquel mismo navío el que dio origen a semejante conglomerado. Pero ahora el *Hecatombe* surcaba los mares como el corazón

arrancado de una ciudad muerta. Venalitor jamás había desmentido esos rumores.

El *Azote* era el nexo de unión entre la superficie de Drakaasi y las civilizaciones más tenebrosas de las profundidades del planeta. Allí, criaturas evolucionadas a partir de escaefílidos convivían con algunos de los señores de Drakaasi. Como Thurgull, el Ser de los Mil Tentáculos, quien había decidido forjar su propio reino alejado de la mirada de tierra firme.

Unos mutantes anfibios estaban emergiendo del océano para ahogar a los tripulantes de un gran templo flotante situado en uno de los extremos del *Azote*. Aquel templo estaba dedicado a Arguthrax y regido por el sacerdocio demoníaco del Saqueador de Kolchadon. Los mutantes eran seres con agallas y manos palmípedas que habían respondido a la llamada de Venalitor emergiendo de las profundidades.

Los sacerdotes de Arguthrax, todos ellos con seis dedos en cada mano, eran arrojados al océano y asesinados sin piedad. Poco a poco, el templo se fue yendo a pique, hasta que empezó a desaparecer en las profundidades del océano llevándose consigo la morada de miles de renegados de Drakaasi. Finalmente, aquel símbolo de la disformidad desapareció en medio de las aguas hediondas.

La imagen cambió de nuevo. En la pantalla apareció el campo de entrenamiento de uno de los cultos leales a Venalitor. Se trataba de la Mano de Ébano, un grupo de piratas corrompidos que fueron convertidos a la disciplina de Khorne por los agentes del duque. Ahora se habían refugiado en las montañas, donde habían anclado naves y dirigibles antes de unirse a la cruzada estelar de lord Ebondrake.

Cuando el sol comenzaba a brillar sobre las cimas de las montañas, los centinelas de la Mano de Ébano dieron la luz de alarma. En el mástil que se alzaba en el centro del campo de instrucción, donde antes hondeaba una bandera bendecida por el propio Venalitor, ahora colgaba el cadáver del líder del culto, Gargyan Mano Roja. Le habían arrancado la piel del rostro y una mandíbula ensangrentada mostraba los dientes desde lo alto. También le habían cortado las manos que, sin duda, se habían convertido en trofeos para los asesinos que Arguthrax había enviado.

—La guerra sigue su curso, mi señor —dijo el amo de esclavos. El viejo escaefílido esperaba pacientemente al fondo de la estancia. Se trataba de una criatura astuta que había conseguido sobrevivir en Drakaasi sometiéndose a los señores del planeta y ofreciéndoles servidumbre absoluta.

—Así es —asintió Venalitor—. Y no terminará hasta que uno de los dos esté muerto.

—¿Y cómo pensáis salir victorioso?

Venalitor lo miró fijamente.

—Pienso sacrificar todo lo que tengo, nada más.

—Lord Ebondrake ya estará al corriente de la situación, mi señor.

—Eso es lo que pensaría una mente poco brillante, amo de esclavos, pero lo cierto es que Ebondrake venera la fuerza tanto como cualquiera de nosotros. Cuando haya acabado con Arguthrax, estaré más cerca del puesto de Ebondrake, no más alejado.

—Entonces, ¿cuáles son vuestros planes, mi señor? —El maestro esclavista dobló las patas. Aquel movimiento era el equivalente de una reverencia, algo que los escaefílidos no podían hacer debido a lo encorvado de sus cuerpos.

—Por el momento intentar no llamar la atención —contestó Venalitor—. Recurrid a soldados de los que podamos decir que actuaban por voluntad propia y que no echemos en taita. Primero acabaremos con los círculos cercanos a Arguthrax, sus aliados, los puntales sobre los que descansa su poder. Es un ser de ira y odio en estado puro. Intentará atacarme tan directamente como le sea posible, pero así sólo conseguirá desatar la ira de Ebondrake, y cuando eso ocurra, estará a punto para recibir el golpe definitivo.

—Así será, mi señor.

—Mantenedme al corriente de lo que ocurra con el caballero gris —continuó Venalitor—. Cuando Raezazel termine con él, será el encargado de matar a Arguthrax.

—Por supuesto, mi señor.

El amo de esclavos abandonó la cámara para encargarse de las numerosas tareas que le habían sido encomendadas. Venalitor se quedó a

solas contemplando cómo la sombra de la guerra comenzaba a extenderse por todo el planeta.

* * *

Alaric se estrelló contra el muro que había detrás de él. Pequeñas esquirlas doradas llovieron a su alrededor mientras se deslizaba aturdido hacia el suelo. Sintió como su mente se estremecía. Imágenes de demonios caían sobre ella como si fueran fuego de artillería.

Tuvo que esforzarse mucho para poder respirar y acallar el instinto humano que lo incitaba a huir.

Raezazel el Malicioso flotaba en el aire por encima de él. Unas alas plateadas habían emergido a través de sus ropajes. El fuego rodeaba toda la silueta de aquel ser mientras cientos de pequeñas bocas incrustadas en la piel brillante cantaban al unísono.

—Sabes que yo puedo cumplir tu deseo —dijo Raezazel con sus cien voces a la vez—. Tú eres mucho más fuerte que todos los demás. Crees que puedes ver a través de la mentira. Quizá tengas razón.

Alaric consiguió ponerse en pie. Se sentía débil e insignificante. Jamás había estado tan a merced de otra criatura.

—¿Es la muerte lo que deseas, caballero gris? —preguntó Raezazel—. Yo pudo concedértela.

Alaric tomó una bocanada de aire. Él era un caballero gris. Se había enfrentado a las mentiras del Caos en infinidad de ocasiones, y había conseguido enviarlas a todas ellas de vuelta a las tinieblas gracias a la fuerza de la verdad. Muchos demonios habían intentado poseerlo, pero ni uno solo había conseguido abrir una grieta en su mente.

Sin embargo, ningún demonio lo había atacado estando tan desprotegido.

—Deseo ser liberado.

—Entonces pronto lo conseguirás.

—Liberado de ti.

Raezazel ladeó la cabeza. Los ojos ardientes de aquel ser miraron a Alaric inquisitivamente, como si escudriñaran a una criatura particularmente lunática.

—Eso —dijo— tendrás que conseguirlo tú solo.

Una mano de energía dorada levantó a Alaric y lo aplastó contra el muro. La energía que emanaba de Raezazel estaba convirtiendo los muros en láminas de luz líquida. Alaric luchó con todas sus fuerzas mientras sentía como aquella mano se cerraba alrededor de su mente. Un dolor insoportable se apoderó del interior del caballero gris.

—Pienso vestir tu propia piel y abandonar esta prisión, juez Alaric. Escaparé de este mundo para reunirme con mi dios, eso es lo que deseo. Eso es lo que Venalitor me ha ofrecido al enviarte aquí, así, incluso los sirvientes del Dios de la Sangre tendrán que perpetuar la mentira.

Alaric luchó haciendo acopio de toda su fuerza. El mero hecho de respirar ya le costaba un tremendo esfuerzo, pero estaba decidido a no dejar que Raezazel penetrara en su mente. ¡Jamás! Estaba dispuesto a morir antes de dejar que eso ocurriera. Aquél sería su último servicio al Emperador. El enemigo jamás conseguiría poseer a un caballero gris y hacer que marchara a la cabeza de sus ejércitos. Nunca… a no ser que Raezazel fuera más fuerte.

El rostro del demonio, envuelto en llamas, levitó hasta colocarse justo delante del de Alaric. Una mano plateada se posó sobre la cabeza del caballero gris.

Un dolor frío e intenso se apoderó de él.

Raezazel le estaba mostrando lo que era capaz de hacer con él: sumirlo en una agonía insoportable durante un millar de años. Le estaba diciendo a Alaric que se rindiera.

—No conseguirás penetrar en esta mente —consiguió decir Alaric entre dientes—. No hay mayor sufrimiento que el fuego del fracaso. No hay mayor tortura que el deber no cumplido. Mi Emperador me reclama, y nada ni nadie podrá evitarlo.

Raezazel soltó al caballero gris.

—Tu fuerza mental no importa —dijo—. Te despellejaré la mente si es necesario.

Alaric intentó ponerse en pie, y Raezazel lanzó contra él toda clase de horrores.

Cadáveres putrefactos comenzaron a emerger del suelo y de los muros. Alaric había visto miles de cuerpos sin vida. Ninguno de ellos conseguiría hacer que se arrodillara.

De pronto, los cadáveres comenzaron a adoptar el aspecto de amigos. Se convirtieron en hermanos de batalla y en todos aquellos en quien Alaric había confiado.

El caballero gris había perdido a innumerables amigos. Parecía como si el precio a pagar por contar con la confianza de Alaric fuera la muerte.

Y en aquellos momentos, el marine espacial sentía que la suya estaba muy cerca, pero luchó por mantenerse firme.

Mundos enteros eran consumidos por las llamas. La galaxia sufría, las estrellas se apagaban. Una carcajada vacía se extendió por el universo.

Alaric luchó con todas sus fuerzas.

Las victorias comenzaron a cobrar forma. El caballero gris sabía que el Caos podía ser derrotado. Quizá se necesitara todo el tiempo de la galaxia, pero la victoria final llegaría algún día. A cada visión que Raezazel lanzaba contra él, Alaric respondía con una imagen gloriosa: la aniquilación del la flota del Caos en la batalla de Getsemaní, la visión del comandante general Solar Macharius reconquistando un millar de mundos y rescatándolos de las tinieblas, el destierro de Angron en la primera guerra de Armageddon. Alaric intentó recordar las victorias que se narraban en todos los libros y sermones que había leído.

«Somos necios de carne débil —pensó Alaric con fuerza—. Somos jóvenes y ciegos. Quizá algún día desaparezcamos, pero ahora brillamos con tal fuerza que la galaxia, que tantas cosas ha olvidado, nos recordará siempre».

Raezazel dejó escapar un gruñido de frustración. Las visiones de sufrimiento desaparecieron. Alaric se desplomó sobre el muro de la cámara sonriendo como un loco.

—Jamás conseguirás que me rinda mediante el terror, demonio. Soy un marine espacial. No conocemos el miedo.

—Entonces —replicó Raezazel—, parece que voy a tener que mostrártelo.

La mente del demonio levantó a Alaric del suelo. El caballero gris luchó con todas sus fuerzas mientras Raezazel se situaba frente a él, apoyado sobre unas alas de energía plateada, y colocaba una mano en la frente del caballero gris.

Hilos de plata y oro rodearon la cabeza de Alaric y comenzaron a introducirse por los poros de su piel. El astartes lanzó un alarido y trató de arrancárselos, pero ya estaban dentro de él.

Podía sentir como se retorcían abriéndose paso entre el cráneo hasta llegar al cerebro. Las sinapsis comenzaron a fallar. Sensaciones extremas de frío y calor se apoderaron de Alaric. Náuseas, dolor, confusión… El mundo giraba a su alrededor mientras el sentido del equilibrio desaparecía por completo.

Alaric golpeó el cuerpo de Raezazel con la mano que le quedaba libre. Las costillas de plata crepitaron. No sería suficiente.

Un millar de bocas se reían de él.

La consciencia de Alaric se fundió como si fuera oro.

* * *

Raezazel el Malicioso ya concedía deseos cuando Arguthrax aún era joven.

La imagen de él que Alaric tenía en la mente era la de algo enorme y deforme, un borrón de materia física perdida en la disformidad. El caballero gris sabía que se trataba de una imagen simplificada, algo distorsionado para poder entrar en una mente humana. La escala de la disformidad aún martilleaba en la mente de Alaric.

El joven demonio, poco más que una larva que nadaba a ciegas en medio de la disformidad, bebió de la miseria y el odio de las razas que poblaban el

universo. De ellas aprendió el engaño y la maldad, y comprendió que los destellos esporádicos de alegría y afecto no eran más que sensaciones vacías. Los seres vivientes de la galaxia eran manojos de mentiras tejidas para ocultar lo odioso de su naturaleza.

La mentira era el tejido del que se componía la mente. Para las razas mortales, la mentira era la realidad. El poder de la mentira era capaz de crear imperios y de convertirlos en ruinas. La mentira era capaz de hacer que hombres, pielesverdes, eldar y toda clase de seres llevaran a cabo actos de heroísmo y devoción… así como de odio, vileza y maldad. La mentira era el poder. El engaño era la realidad.

En la disformidad existía un dios de la mentira. No había poder más absoluto. Nacido a partir del engaño del universo y más viejo que la propia realidad, Raezazel no pudo sino pasar a formar parte de él. Se trataba de Tzeentch. Pero al mismo tiempo no era nada, pues la manifestación más pura del Caos era tan mutable que jamás llegaba a ser algo fijo. Su mera existencia era una mentira, porque Tzeentch no podía existir. Tal era el poder que emanaba de aquella paradoja que el universo sólo podía tener un único y verdadero gobernante, y ése era Tzeentch.

El mero concepto de Tzeentch era una noción aterradora, una idea que a Alaric le resultaba repugnante. Pero la devoción que Raezazel profesaba hacia aquel ser, mezclada con la repugnancia que Alaric sentía, creaban una emoción completamente ajena a la mente del caballero gris. La perversión de todo lo que significaba ser humano.

Y el conocimiento de Raezazel se amplió. Tzeentch deseaba poder, pero al mismo tiempo también deseaba la ausencia de él. Deseaba la anarquía y la confusión, porque para Tzeentch desear algo significaba negar su existencia.

También había otros dioses en la disformidad. Uno de ellos era Khorne, el Dios de la Sangre. Pero Raezazel sabía que sólo Tzeentch podía obtener poder de una parte tan fundamental del universo como era la mentira. De modo que fue Tzeentch a quien Raezazel decidió servir.

Raezazel encontró maneras de llegar al espacio real, donde habitaban las razas más jóvenes del universo. Y encontró el modo de penetrar en las mentes desprotegidas, en las almas desnudas de psíquicos cuyo resplandor

era tan intenso que Raezazel podía atravesar el puente que separaba ambas dimensiones y poseer sus cuerpos. Y así fue como hizo el trabajo de Tzeentch, expandiendo el culto al Dios de la Mentira y construyendo la que sería la base de su poder. Al mismo tiempo, también derribaba otras estructuras de poder allí donde las encontrara, desatando así el caos y la anarquía, pues sólo Tzeentch podía ambicionar caos y sometimiento por igual. Algunas veces llegó incluso a luchar contra otros seguidores de Tzeentch para perpetuar la paradoja sagrada.

El tiempo comenzó a rugir como un huracán en la mente de Alaric. El caballero gris luchó con todas sus fuerzas para evitar que la memoria de Raezazel lo despedazara. Si eso llegaba a ocurrir, Alaric desaparecería por completo y pasaría a existir como una creación en la mente del demonio.

Los cultos de Tzeentch suplicaban ayuda. En ocasiones, Tzeentch se la concedía. Otras veces enviaba a Raezazel. Había cultos que invocaban a los sirvientes de Tzeentch y abrían puertas que Raezazel podía atravesar, mostrándose en el espacio real en toda su aterradora y argentada magnificencia. Todo aquel que adoraba a Tzeentch también debía sufrir, pues Tzeentch prometía liberación y auxilio, de manera que resultaba inevitable que eso siempre fuera una mentira. Con frecuencia, Raezazel era el origen de aquel sufrimiento. En ocasiones actuaba como asesino, otras veces se convertía en un titiritero que orquestaba derrumbamientos con una precisión inconcebible para la mente humana. Manejaba a su antojo imperios enteros sólo para corromper una única alma. Y con los movimientos más sutiles era capaz de hacer que el individuo más ruin destruyera la civilización que lo había visto nacer.

Raezazel mentía. Hacía promesas. Se convirtió en un experto en escuchar los deseos de aquellos que invocaban a Tzeentch, y en concedérselos de la manera más maliciosa posible. Todos ellos descubrían la mentira cuando el final ya estaba demasiado cerca, y se daban cuenta de que no había sido Tzeentch, sino ellos mismos, los que se habían condenado. Una paradoja más. Raezazel era muy bueno en lo que hacía.

Los milenios pasaron. Muchas razas nacieron y desaparecieron, y de todas ellas la raza humana jamás fue la que tuvo mayor potencial. Una raza

se hacía con el poder sobre la galaxia, y poco después otra se lo arrebataba, ignorante de que el verdadero poder no residía en el espacio real.

Y así llegó el tiempo en el que la humanidad se alzó para dominar la galaxia, durante lo que se conoció como Era Oscura de la Tecnología, para caer poco después en las guerras de la Era de los Conflictos. No fue aquél el hundimiento más dramático, aunque permitió a Tzeentch avivar el fuego argentado con infinidad de nuevas almas. Sin embargo, sí que resultó ser un hundimiento diferente, porque los hombres regresaron. Uno de aquellos seres se alzó en Terra, el lugar de nacimiento de la humanidad, y empezó a unir bajo su luz a lo poco que quedaba de aquella especie. El Emperador estuvo muy cerca de tener éxito. Pero su poder no era más que una mentira vacía en comparación con la gran mentira de la disformidad. Los poderes de la disformidad comenzaron a mover los hilos para hacerse con el control de aquella nueva humanidad unida, sabiendo que así también podrían controlar la galaxia material.

Tzeentch también desempeñó su papel. El Emperador era una mentira, y supuso un gran placer para Tzeentch hacérselo ver a todos aquellos que se rebelaron contra Él. Raezazel estuvo allí, en Próspero y en Istvaan V. También estuvo en Terra cuando la última farsa fue representada, cuando la victoria del Emperador condenó a la humanidad a más de diez mil años de sufrimiento en las tinieblas. Raezazel observó la Herejía de Horus, informando a los príncipes demoníacos de Tzeentch y susurrando promesas de poder y de salvación, tal y como siempre había hecho. Cuando las fuerzas traidoras se refugiaron en el Ojo del Terror, Raezazel sabía que no era más que otra mentira. El Caos jamás había abandonado la galaxia, pero cuando consiguiera gobernar el universo, la Era del Imperio quedaría reducida a un débil parpadeo en la inmensidad de la historia. Pero entonces ocurrió algo.

La herejía era tal que casi se apoderó de Alaric. El caballero gris tuvo que repetirse una y otra vez que Raezazel no era más que un demonio, y que todo cuanto había en él era una mentira.

Alaric reconoció en seguida el mundo ensangrentado al que Raezazel llegó después. Una enorme cicatriz con forma de estrella de ocho puntas cubría la superficie del planeta, formando grandes ríos de sangre y

conectando las ciudades más importantes de aquel mundo: una corona de agujas de cristal, un enorme parásito y una aglomeración de suburbios interminable.

Raezazel llegó al mundo de Drakaasi, donde convergían muchos de los hilos del destino. En el pasado, los demonios titánicos lucharon sobre la superficie de aquel mismo planeta, ensuciándolo con una sangre que aún empapaba la tierra. Finalmente, Khorne se hizo con la victoria, y por primera vez Raezazel el Malicioso quedó atrapado.

Khorne odiaba la mentira, odiaba el destino y la magia, así como todo aquello que Tzeentch era capaz de hacer. Raezazel fue desterrado de la disformidad. Vivió en Drakaasi durante más de mil años, urdiendo tragedias para los ensangrentados sirvientes de Khorne, prometiéndoles más sangre y despellejándoles la mente. Los propios demonios de Khorne intentaron darle caza, pero todos ellos acababan devorándose los unos a los otros cegados por su sed de sangre, convertidos en enemigos mutuos por las maquinaciones de Raezazel. Raezazel el Malicioso era la criatura más odiada de Drakaasi, el mundo rebosante de odio.

Fue entonces cuando surgió el duque Venalitor. Aspirante a paladín del Dios de la Sangre, Venalitor era un general tremendamente ambicioso y muy hábil con la espada. El duque fue a buscar a Raezazel, como tantos otros señores habían hecho, y al igual que a todos ellos, el demonio le preguntó a Venalitor cuál era su deseo.

Éste respondió que deseaba un digno oponente. Veneraba a su dios a través del arte de la espada, y necesitaba un contrincante que le permitiera mejorar su destreza. Raezazel le ofreció los mejores luchadores de Drakaasi, sabiendo que luchando contra ellos, Venalitor moriría o perdería la cordura obsesionado con la victoria o con la derrota. Sin embargo, Venalitor acabó con todo aquel que el demonio le puso delante. Finalmente, Raezazel, sabiendo que la mentira debía ser perpetuada a toda costa, se ofreció a sí mismo como adversario, convencido de que el fuego plateado de Tzeentch ardía con fuerza en su interior y de que ningún mortal podría vencerlo jamás.

Venalitor hundió la espada con tal fuerza en el cuerpo de Raezazel que el demonio experimentó el terror durante un brevísimo instante. En aquel momento pudo ver de nuevo la disformidad y los muchos rostros de su señor Tzeentch burlándose de él. Raezazel también había sido engañado. Todo era parte de la misma paradoja divina. Raezazel se derrumbó, derrotado. Pero Venalitor no acabó con él. El duque llevó al demonio al *Hecatombe*, lo encerró en una cámara en cuyas puertas se tallaron los protectores antimagia más poderosos, y lanzó contra él los juramentos demoníacos más ancestrales, decidido a hacer que Raezazel lo aceptara como su señor.

Después, muchos siglos después, el juez Alaric de los Caballeros Grises fue arrojado a aquella celda.

Toda esta información centelleó ante la mente de Alaric en menos de un segundo.

* * *

Estaba cayendo al vacío. Un universo creado por Raezazel se deslizaba ante sus ojos, infinito y oscuro. Un hombre más débil habría perdido la cordura en aquel mismo instante, abrumado por la realidad de su insignificancia frente a la magnitud del universo. Alaric se convenció de que en algún lugar había un Emperador, y de que el caballero gris le debía algo. Aquella idea fue suficiente.

Un mundo emergió de las tinieblas que se extendían bajo sus pies. Una esfera de roca desnuda, repleta de cráteres, creció hasta convertirse en un planeta sobre el que el caballero gris se precipitaba sin remedio.

Alaric cayó al suelo. La superficie del planeta se combó como si fuera una criatura con vida que reaccionaba ante su presencia. El suelo se elevó y se cerró sobre él, cálido y asfixiante. Alaric luchó con fuerza para poder respirar. Acto seguido, el planeta lo escupió de nuevo.

El caballero gris trató desesperadamente de encontrar algo real. Estaba en un mundo creado por Raezazel. El demonio estaba en su mente, y movía los hilos de su imaginación y de su memoria para dar forma a aquel lugar.

Raezazel había conseguido entrar. Aquello jamás le había ocurrido a ningún caballero gris, nunca. Raezazel el Malicioso había dicho que lo poseería, y ahora estaba muy cerca de conseguirlo. Con el Collar de Khorne anulando el escudo psíquico del caballero gris, Alaric dependía únicamente de su entereza mental.

La hierba comenzó a crecer. Alaric se puso en pie mientras el manto verdoso se extendía a su alrededor. En la lejanía, el horizonte se elevó formando colinas y montañas. Unas profundas cicatrices se abrieron sobre la tierra, llenándose de agua y dando de beber a los frondosos bosques que surgieron en las orillas de los ríos. Los árboles emergían como manos que intentaban tocar el cielo, rodeando a Alaric hasta sumirlo en lo más profundo de un bosque impenetrable. Las enredaderas se extendieron sobre los troncos de árboles caídos y ennegrecidos por el musgo. El suelo pareció reblandecerse súbitamente, como cubierto por siglos de materia vegetal que había crecido y muerto en aquel mismo lugar. En aquel mundo en la mente del caballero gris, las primeras criaturas empezaron a cobrar vida: insectos brillantes que revoloteaban en el aire, depredadores oscuros como la noche que acechaban entre las ramas, y pájaros de múltiples y vivos colores. El sonido reinante en aquel lugar descendió sobre Alaric como un manto, el viento soplaba entre los árboles trayendo consigo los aullidos lejanos de los depredadores.

El cielo estaba salpicado de nubes. En la lejanía, las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve. El sonido de una cascada cercana llegó hasta los oídos de Alaric.

Se hallaba en un claro del bosque. Aún llevaba puestos los restos de la armadura con la que había huido del coliseo de Gorgath. Seguía siendo la misma persona. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, Alaric seguía existiendo. Aquello era lo único de lo que el caballero gris podía estar seguro.

—¡Raezazel! —gritó Alaric—. ¡Demonio! ¡Jamás un caballero gris se ha postrado ante la hechicería, y yo no seré el primero!

La única respuesta que obtuvo fue el débil murmullo del bosque. Alaric miró a su alrededor, notando como el bosque se oscurecía a medida que se volvía más y más denso. Podría quedarse allí eternamente, escondiéndose aterrorizado de aquel demonio, o podía ir a buscarlo y luchar contra él.

Alaric comenzó a avanzar arrancando las ramas que se interponían en su camino. En aquellos momentos deseó haber tenido un arma, pero ya se ocuparía de eso más adelante. Por el momento siguió caminando.

* * *

Llegó hasta la cascada. Era un salto de agua que se precipitaba desde el cráneo de una criatura gigantesca, una calavera que parecía llevar allí miles de años, fosilizada y devorada por la maleza. El agua era limpia y cristalina, y en ella nadaban decenas de peces plateados.

El cráneo era enorme. Sin embargo, aquella criatura tenía muchas, muchas más calaveras que se extendían a lo largo de la espina dorsal, formando una cresta ósea que se perdía en la distancia. Cada una de ellas era diferente, algunas sonreían maliciosamente mientras que otras estaban horadadas por decenas de cuencas oculares vacías. En vida, aquella criatura había sido una gigantesca columna de varios kilómetros de altura, tallada con infinidad de rostros imposibles.

—Ghargatuloth —dijo Alaric.

El príncipe demoníaco que renació en la senda de San Evissier. Un ser que fue capaz de urdir una sucesión de acontecimientos de tal complejidad que el propio Alaric no pudo evitar verse envuelto en ella. Toda la red de sucesos fue tejida con el único fin de traer de vuelta a Ghargatuloth en el mismo lugar en el que fue desterrado. Sólo Alaric y la inquisidora Ligeia consiguieron acabar con el demonio tan pronto como se manifestó en el espacio real.

—¿Es esto lo mejor que puedes hacer? —gritó el caballero gris mientras miraba hacia el cielo sabiendo que Raezazel oiría aquellas palabras—. ¿Recordarme viejas victorias? ¿Es esto todo lo que me ofreces, Raezazel? ¡Saborear las glorias pasadas no significa nada para un caballero gris, no mientras los de tu clase sigáis existiendo! ¡Si Ghargatuloth existió, fue sólo por culpa de mi capítulo! ¿Es así como piensas poseerme?

No hubo respuesta.

Alaric fabricó una lanza con la rama de un árbol y con un guijarro afilado. Al menos ahora estaría armado. Sosteniendo aquella arma entre las manos se sentía más como un caballero gris y menos como un hombre que deambulaba por los confines de su propia mente, moviéndose a merced de un demonio. Ascendió hasta la espina dorsal de Ghargatuloth. Desde allí arriba pudo ver las montañas que se alzaban en el horizonte, mientras que en el lado opuesto vio un río que serpenteaba brillante abriéndose paso hasta el océano.

De pronto, el pico nevado de una de las montañas comenzó a estremecerse. Acto seguido explotó generando una gigantesca columna de humo negro. Unos minutos después, el estruendo llegó hasta Alaric. Fue como un aullido furioso proveniente de las entrañas de la tierra. El suelo comenzó a temblar. El cielo se volvió negro.

—De modo que es así como va a ser —dijo Alaric.

Unas olas gigantescas comenzaron a azotar el océano. Una lluvia torrencial empezó a martillear el suelo.



Raezazel hostigó a Alaric durante horas. Los torrentes de agua emergían de la profundidad del bosque empujando al caballero gris contra rocas y troncos caídos. Infinidad de terremotos hicieron añicos la tierra, y Alaric estuvo a punto de precipitarse hacia las entrañas ardientes de aquel planeta en varias ocasiones. Los depredadores acechaban entre la maleza. Alaric

tuvo que atravesar con la lanza la garganta de un gigantesco lagarto, y luchar contra un monstruo felino hasta conseguir derribarlo y romperle el cuello. Aves de presa caían en picado desde el cielo. Alaric las agarraba por las alas y las lanzaba contra la roca. Serpientes venenosas se deslizaban entre la maleza para terminar con la espina dorsal destrozada a manos del caballero gris, quien las golpeaba contra el suelo como si fueran látigos.

La noche cayó sobre el bosque. Meteoritos en llamas comenzaron a llover del cielo dejando tras de sí enormes nubes de ceniza. El propio bosque también mutó a su alrededor, cerrándose en torno al caballero gris e intentando alcanzarlo con sus miembros espinosos. Alaric luchó contra todo aquello mientras avanzaba desafiante por el mundo que Raezazel había creado.

Sin embargo, llegó un momento en el que comenzó a sentirse exhausto. Supuestamente, su cuerpo no era real, no era más que una proyección de su propia consciencia, pero aún así estaba lleno de heridas y golpes. La herida del pecho seguía sangrando. Las quemaduras que le había causado el oro fundido aún palpitaban de dolor. Estaba exhausto y herido, y supo que le quedaban muy pocas fuerzas.

De pronto comenzó a ver cosas, rostros proyectados en el cielo. También oía voces que le hablaban, frases reales que parecían haber sido extraídas de su propio pasado. Quizá las personas que le hablaban también estuvieran allí, confabuladas con Raezazel para atormentarlo.

Alaric comenzó a tambalearse, casi ciego a causa de la fatiga. Unas tenazas emergieron de la oscuridad para intentar arrancarle la piel. Un meteorito cayó lo suficientemente cerca como para hacerle perder el equilibrio. El caballero gris comenzó a arrastrarse por el barro. La lluvia caía punzante sobre él, y Alaric ya ni siquiera sabía hacia dónde se dirigía.

De pronto palpó con la mano una roca pulida. Alaric consiguió levantarse del barro y apoyarse jadeante sobre la piedra. Podía haberse quedado allí, dejando que la escasa energía que aún le quedaba desapareciera poco a poco hasta hacerle perder el conocimiento. Pero algo que apenas recordaba le dijo que debía continuar.

Delante de él podía ver una escalinata de piedra. Sobre ella se alzaba un templo rodeado de columnas que sostenían un frontón donde estaba tallada la representación de una batalla. Delante de las columnas, en el último escalón, se alzaba una gigantesca estatua que representaba a un hombre con una armadura muy ornamentada. El rostro de aquel caballero era fuerte y de rasgos nobles. Su armadura era magnífica, con infinidad de textos devotos tallados sobre ella. En una de las manos sostenía una alabarda.

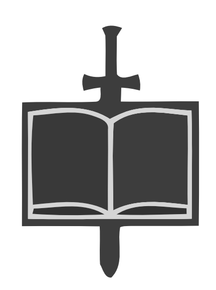
Era una estatua de Alaric. Aquél era su templo, erigido en la disformidad para honrarlo por todos los cráneos que había ofrecido a Drakaasi, y quizá también por todas las criaturas y demonios que había matado a lo largo de su vida.

Alaric comenzó a ascender por la escalinata. Los relámpagos rompían la oscuridad de la noche y la lluvia torrencial caía insistentemente sobre el templo. Al menos, allí encontraría cobijo.

Había alguien de pie entre las columnas. La luz tenue de un candelabro oscilaba detrás de aquella figura, iluminando con una luz dorada las ofrendas para Alaric el Traicionado. Cuando llegó al último escalón, Alaric pudo reconocerlo.

El juez Tancred, cuya silueta se alzaba enorme en su armadura de exterminador, le tendió la mano. Alaric sonrió.

—Coge mi mano, Alaric —dijo—. Todo ha terminado.



QUINCE

Cuando Alaric despertó estaba en un farallón de roca que se alzaba sobre un océano encolerizado. No reconocía aquel mundo. Quizá fuera otra zona del mismo planeta que Raezazel había creado en la mente del caballero gris.

—¿Ves lo que te han hecho? —dijo Raezazel. El demonio estaba junto a Alaric. El caballero gris se levantó y Raezazel empezó a levitar frente a él—. ¿Alguna vez has dejado de matar el tiempo suficiente como para pararte a pensar en ello?

—¡Pon fin a este hechizo! —gritó Alaric. El viento soplaba a su alrededor, trayendo consigo el sabor del mar y haciendo que las palabras del marine espacial se perdieran en la lejanía.

—¿Qué es un hombre si no significa nada para sus semejantes? —preguntó Raezazel—. ¿Qué clase de existencia es vivir en una isla, Alaric? Todo aquel en quien confías y todos los que confían en ti acaban muriendo. Eres una sentencia de muerte. Mira lo que te han hecho.

Alaric miró sobre el borde del precipicio. Una pared de roca lisa caía hasta la orilla, que se perdía en la distancia azotada por el oleaje. Estaba en la cima de un altísimo peñón rocoso y yermo, desprovisto totalmente de vida. Alaric estaba completamente solo.

—Lo que te ofrezco es una vida humana —dijo Raezazel—. Una vida real.

—¡Lo único que necesito saber es que he cumplido mi deber!

—¿Y cuándo ocurrirá eso? ¿Cuando el Caos haya desaparecido y la disformidad deje de existir? Eso es imposible, y tú lo sabes tan bien como yo. ¿Qué sentido tiene luchar una guerra que no terminará jamás y que hace que el sacrificio sea lo único que te hace humano? Una vida humana, Alaric, felicidad, satisfacción… Te estoy mostrando lo que eres. Ahora te voy a mostrar lo que podrías ser. Libre del yugo de tu Imperio, libre de un deber que no podrás cumplir jamás. Voy a mostrarte lo que significa la libertad.

—¡Arde demonio! ¡Vuelve al infierno!

—¿Hubo alguna vez un prisionero que amara con tal fervor los barrotes que lo mantienen cautivo? Abandona, Alaric, reniega de todo lo que te aísla y te convierte en algo diferente. Ningún hombre puede tratar de ser algo más que un ser humano. Deja de soñar y vive.

Raezazel tenía razón. Alaric estaba completamente solo, separado de una raza humana a la que había jurado defender.

Reflexionó y comprendió que después de todo aquél sería un pequeño precio a pagar. Todo hombre debía hacer un sacrificio, y aquél era el de Alaric.

El caballero gris levantó la vista y miró a Raezazel. Acto seguido saltó al vacío.

* * *

Cayó al océano, y el océano se convirtió en aire. Era un vacío sin luz ni materia. Lo único que sentía era el sonido del viento.

—Coge lo que deseas —dijo Raezazel, susurrando en el interior de su cabeza—. ¡Cógelo! ¿Qué clase de existencia vivirás si no lo haces?

El vacío gélido arañaba al caballero gris. Tenía unos dedos tan fríos como el hielo y parecía estar a punto de despellejarlo. Alaric deseaba llegar al suelo y encontrar a Raezazel para averiguar cuál sería el próximo truco.

De pronto, la tierra apareció bajo sus pies. Alaric cayó en un desierto seco y arenoso que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Deseó saber dónde se encontraba.

Un sol brillaba en el cielo como una flor blanca. Alaric miró a su alrededor. La llanura se extendía en todas direcciones. Buscó algún punto de referencia que le permitiera orientarse.

En la distancia alcanzó a ver la silueta de una ciudad. Parecía una metrópoli imperial, coronada por decenas de pináculos y águilas de piedra similares a las de las fortalezas de Titán. De pronto, Alaric se encontró allí, en las puertas de la ciudad.

—Coge lo que deseas —repitió Raezazel.

«Poder —pensó Alaric—. Poder para cumplir con mi deber. Poder para destruir el mal».

Alaric era el rey de aquella ciudad. Su trono estaba rodeado por toda una corte de hombres y mujeres, cientos de nobles imperiales y representantes de todos los Adeptus. Tenía un sello inquisitorial en una mano, con la otra sostenía un documento firmado con la letra «I» escrita sobre una gota de sangre. Era un documento que le otorgaba poder sobre aquel mundo, y sobre todos los mundos que la imaginación de Alaric pudiera concebir.

—Deseo acabar contigo —respondió Alaric—. Contigo y con todos los de tu raza.

Al momento estaba a la cabeza del ejército de la ciudad, pero ya no era una ciudad, sino todo un reino, uno de los muchos de aquel mundo que le debían fidelidad. Llevaba una armadura tan majestuosa como la de un primarca, y estaba rodeado de marines espaciales, legiones enteras, millones de ellos, y todos lo honraban como rey y como hermano. No había nada que aquel ejército no pudiera conseguir.

—Puedes tener cualquier cosa que desees —continuó Raezazel—. No hay nada en tu imaginación que yo no pueda concederte.

—¿Es fuerza lo que me ofreces? —preguntó Alaric—. ¿Acaso crees que me traicionaría a mí mismo por eso?

—No puedes negar tus deseos, caballero gris. Mira a tu alrededor. Tienes todo aquello que deseas, y podrás tenerlo para siempre.

Alaric deseó sostener un relámpago entre las manos con el que abrasar al demonio. Lo tuvo. Deseó tener a Raezazel frente a él, de rodillas y esperando a ser ejecutado. El demonio se postró ante Alaric. Todo lo que tenía que hacer era coger lo que deseaba.

—Es cierto —asintió Alaric—, todo aquello que deseo se presenta ante mí. Pero hay una cosa que deseo más que nada, un anhelo irresistible que jamás podrás concederme.

—Pídemelo —replicó Raezazel.

—Deseo un universo en el que no existan los demonios —dijo Alaric.

Las muchas bocas de Raezazel comenzaron a abrirse y cerrarse confundidas; el demonio estaba aturdido.

La fuerza de aquella paradoja era demasiada, incluso para un sirviente de Tzeentch.

Las legiones de Alaric desaparecieron. La ciudad se desintegró en una ola de ceniza, y el mundo implosionó.

* * *

Alaric estaba en el fin de los tiempos.

Delante de él había un campo de batalla que se extendía hasta el infinito, pero de alguna manera podía percibir cada centímetro cuadrado de aquella llanura.

La humanidad se había reunido, todos los hombres y mujeres justos que habían muerto a lo largo de la historia. Allí estaban los primarcas: Sanguinius volando majestuoso con sus alas de plumas de plata; Leman Russ avanzando solemne a la cabeza de una jauría de lobos; Jaghatai Khan en un carruaje hecho de estrellas. Las grandes leyendas del Imperio estaban allí, y justo detrás avanzaban los Caballeros Grises y la Guardia Imperial, seguidos por todos los ciudadanos imperiales y por los pecadores redimidos. Todos ellos se habían congregado, en el epílogo de los tiempos, para enfrentarse al mal.

El Emperador marchaba a la cabeza en su armadura de oro reluciente. Era la visión más magnífica que la mente de Alaric jamás había contemplado. Un halo de majestuosidad emanaba de su figura. No había duda de que él era el señor de la humanidad, un verdadero dios, el futuro hecho hombre.

Los hermanos de batalla que Alaric había visto morir marchaban junto a la silueta dorada del Emperador. El caballero gris pudo reconocer a Thane, que había muerto en Sarthis Majoris; a Lykkos y a Cardios, que cayeron en Chaeroneia; a la canonesa Ludmilla, asesinada por Valinov en Volcanis Ultor; al juez Tancred y a la inquisidora Ligeia.

—Juez Alaric —lo saludó Tancred, esbozando una sonrisa. Tancred era un hombre descomunal incluso para tratarse de un marine espacial, y portaba una armadura de exterminador que se ajustaba a la perfección a su poderosa musculatura. El caballero gris se acercó y le dio a Alaric una palmada en la espalda—. ¡Por fin has decidido unirte a nosotros! ¡Ahora ya estamos todos!

—¿Es esto la batalla final?

—¡Por supuesto! Los hijos de Russ lo llaman la hora del lobo. Para los hombres de Khan es la caza de la gran presa. Para un caballero gris es la batalla final contra el enemigo. ¡Mira! ¡Allí están todos, esperando para morir!

Alaric siguió la mirada de Tancred sobre el campo de batalla. La masa informe del enemigo esperaba en la lejanía la carga imperial. Cuatro generales estaban en la vanguardia. Uno de ellos llevaba una corona de cuernos, otro era un mago vestido con una túnica que ondeaba al viento, el tercero era una serpiente que se retorcía y el cuarto era una silueta abultada y putrefacta. Eran poderosos y temibles, pero iban a morir. No podrían resistir a la fuerza del Emperador y de sus súbditos.

—No puede ser —dijo Alaric—. Yo no merezco esto.

Entonces sintió que una pequeña mano lo cogía del brazo. Era la inquisidora Ligeia. Una mujer mayor pero muy hermosa que se veía radiante con una túnica azul repleta de joyas. Alaric la admiraba tanto como a los

grandes maestres de su propia orden. La inquisidora le dirigió una sonrisa llena de tristeza.

—¿Por qué reniegas de ti mismo, Alaric? —preguntó—. Es mucho todo lo que has hecho. ¿Quién puede decir que no te has ganado un puesto junto al Emperador? Mira, allí está el Castigador, el demonio que destruiste en Chaeroneia. —Entre las sombras del enemigo, Alaric pudo distinguir al demonio, que se alzaba bajo la forma de un gigantesco titán—. Y allí está Ghargatuloth, el príncipe demoníaco al que matamos juntos. Piensa en todos los enemigos que has enviado a morir a este lugar, piensa en los hombres y mujeres que has salvado. Tú me redimiste, Alaric. Gracias a ti mi muerte no fue en vano. Y como yo hay muchos otros. ¿Es que no valen nada? —Ligeia volvió a cogerle la mano—. Éste es tu sitio, te lo mereces. Has cumplido con tu deber.

—¿Raezazel también está aquí? —preguntó Alaric.

—Eso no importa —contestó Tancred—. Él es uno más entre muchos otros. No es nada comparado con otros demonios a los que has vencido. Sólo eres un hombre, no puedes esperar acabar con todos los demonios del universo.

—Esas palabras no son propias de un caballero gris —repuso Alaric—. Mientras quede uno solo de ellos en el espacio real o arrastrándose por la disformidad, nuestro deber no habrá terminado. No me quedaré aquí a menos que vea a Raezazel con mis propios ojos. ¿Está aquí? ¿Podéis verlo?

—Me decepcionas, juez —dijo Ligeia—. Pensaba que comprenderías mejor tu papel en la galaxia.

—La inquisidora Ligeia jamás pronunciaría semejantes palabras —espetó Alaric. El caballero gris se volvió para mirar a la imponente figura del Emperador. Era como mirar directamente al sol—. ¡Y vos, mi Emperador! ¿Veis en mí a alguien que merece estar en este lugar? ¿Merecería estar aquí alguien que deja que su consciencia se desvanezca mientras un demonio baila a su antojo en el interior de su mente? ¿Alguien que cuando se enfrenta al enemigo le da la espalda al deber?

El Emperador bajó la mirada. Un centenar de bocas se abrieron en su rostro dorado.

—¿Es esto todo lo que puedes hacer, Raezazel? ¿Es todo lo que puedes ofrecerme? ¿Una falsa victoria sobre la disformidad? ¿Es esto lo que pensabas representar en mi mente una y otra vez como recompensa?

—Ya estoy muy cerca, caballero gris —dijo Raezazel—. Es sólo cuestión de tiempo.

El hermano Tancred y la inquisidora Ligeia se disolvieron en una corriente de oro fundido que inundó todo el campo de batalla, atrapando a Alaric en un torrente dorado y abrasador. Los primarcas y el Emperador también desaparecieron. Alaric luchó por encontrar una brizna de aire.

No iba a morir; todavía no. Raezazel aún tendría que jugar con él.

* * *

Alaric dio una bocanada desesperada. Tentando a ciegas encontró algo a lo que aferrarse y consiguió salir a la superficie del océano dorado.

Una torre de sangre helada se elevó delante de él.

Alaric posó una mano sobre la sangre. El calor que emanaba del caballero gris derritió el hielo formando un pequeño entrante al pudo que asirse. Movido por un impulso inevitable, empezó a subir.

De pronto, varias fortalezas ruinosas comenzaron a emerger de la superficie del océano. Su instinto le dijo que cada una de ellas representaba a uno de los paladines de la disformidad a los que Alaric había vencido. Poco a poco, todas fueron desapareciendo hasta que únicamente quedó una.

Alaric se acercaba a la cima de la torre, la sangre derretida le goteaba por todo el cuerpo y podía sentir el olor y el sabor del líquido rojizo. Todo aquel mundo parecía hecho de sangre. Finalmente, consiguió llegar hasta las almenas.

El caballero gris saltó por encima de ellas y se puso en pie. El duque Venalitor estaba frente a él.

Una espada apareció en la mano de Alaric. Todo lo que tenía que hacer era atravesar con ella el pecho del duque, o cercenarle la cabeza, o abrirle las

entrañas y contemplar como su vida se desvanecía.

Entonces, todo habría terminado y la muerte de Hualvarn sería vengada.

Venalitor se disolvió en el aire. La armadura del duque se deshizo placa por placa y se perdió en el cielo gris dibujando una espiral en el aire. Finalmente, la enorme espada cayó al suelo convirtiéndose en un charco de mercurio.

Debajo de la armadura no había nada. Venalitor, al igual que todo aquel mundo, era una mentira.

—¿Acaso creías que podrías encontrarlo aquí? ¿Creíste que podrías descuartizarlo y acabar con él? Todo esto está en tu mente, Alaric —lo hostigó Raezazel. El demonio descendió del cielo sobre unas alas plateadas —. Venalitor está muy lejos de aquí. Sabes que si intentas encontrarlo sin mí, jamás lo conseguirás, Alaric. Es demasiado fuerte e inteligente para ti. Yo soy el único camino.

Alaric sabía que Raezazel tenía razón, y sentía aquella verdad como un peso que le impedía moverse. No podía negarlo, pero sabía que sería como traicionarse a sí mismo. Venalitor ya lo había vencido una vez, y en Drakaasi contaba con la protección de todos los que lo servían como señor del Caos, tenía todo un planeta que lo protegía. Pero con la ayuda de Raezazel, Alaric podría acabar con Venalitor.

—No —se negó la pequeña parte de Alaric que aún recordaba que era un Caballero Gris—. Nada de esto es verdad. Tú eres un demonio, una mentira, todo lo que dices es falso. Hay otro camino.

—¿De veras? —preguntó Raezazel—. Di cual es.

—Yo he leído las páginas del *Líber Daemonicum* —respondió Alaric titubeando—. He contemplado la disformidad y he sentido como la locura me tocaba. He escuchado los susurros de los demonios en lo más profundo de mi mente. He visto… he visto a un mundo que estaba muerto volver a la vida, he visto un mundo caníbal que se consumía a sí mismo para sobrevivir. He visto a hombres buenos matarse unos a otros por los designios de un loco. He luchado en un mundo maldito para deleite de los Dioses Oscuros. He visto tantas cosas aparentemente imposibles… —Alaric miró a Raezazel. Aquel demonio era algo hermoso, pero la esencia que le daba forma era pura

mentira—. Yo no soy un caballero gris. ¿Cómo podría alguien ver lo que yo he contemplado y no perder la cordura?

Con el último hálito de disciplina mental que le quedaba, Alaric reunió todo lo que había visto: cuerpos destrozados a manos de demonios, imágenes de la disformidad, el reino del Caos al otro lado de la realidad, héroes convertidos en dementes, planetas enteros aniquilados y el recuerdo psíquico de millones de muertes.

A ello le añadió la certeza absoluta de que la galaxia de los hombres estaba condenada, y que el caos era el estado inevitable de todas las cosas.

—Yo soy el martillo —recitó el caballero gris—. ¡Soy el guante que protege su puño! ¡Soy la hoja de su lanza! ¡Soy el escudo que protege su vida! ¡Soy la punta de su flecha!

Raezazel se dio cuenta demasiado tarde de lo que Alaric estaba haciendo. El escudo psíquico del caballero gris hacía imposible que todos aquellos horrores lo afectaran como harían con un hombre normal. Pero con el Collar de Khorne anulando ese escudo, la mente de Alaric no sólo era vulnerable a criaturas como Raezazel, sino que también era vulnerable a sí mismo.

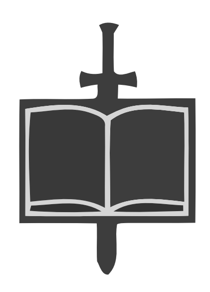
Tenía algo a lo que aferrarse. Él era el martillo, era un caballero gris. Se asió a aquella idea con sus dos corazones. Era todo lo que le quedaba, y tendría que ser suficiente.

—¡Yo soy el martillo! ¡Yo soy la espada! ¡Yo soy el escudo! ¡Soy un soldado en la batalla del fin de los tiempos!

Alaric dejó que todo aquel horror cayera sobre él: todo lo que había visto, todo lo que había hecho, los amigos que había perdido y las vidas que había quitado.

—¡No! —gritó Raezazel con las cien bocas que le cubrían el rostro.

La mente de Alaric se derrumbó.



DIECISÉIS

La sala de control del *Hecatombe* estaba específicamente concebida para dirigir desde su interior las piezas del juego de la guerra. Una enorme mesa táctica dominaba la estancia, y sobre ella brillaba un mapa de Drakaasi tallado en oro y marfil. El resto de la cámara estaba sumido en la oscuridad para que Venalitor pudiera concentrarse en la campaña contra Arguthrax. El duque iba vestido con el hábito sacerdotal de Khorne. La enorme espada a dos manos estaba apoyada sobre la mesa. Venalitor jamás se separaba de su arma más preciada.

—Nos ocuparemos del demonio a su debido tiempo —dijo Venalitor—. Por el momento dadme un informe de bajas.

El maestro escaefílido desenrolló con la mandíbula un pergamino que sostenía entre las patas delanteras.

—La Mano ha atacado de nuevo —informó—. Los líderes del ejército del Odio Escarlata han sido asesinados durante la noche.

—¿Es que no habíamos acabado con todos ellos? —exclamó Venalitor—. ¡Maldición! Son una escoria de la peor calaña. —Las marcas que representaban a las fuerzas de Venalitor y a las de Arguthrax estaban diseminadas por todo el mapa, como las piezas de un juego de estrategia—. ¿El Odio Escarlata aún está capacitado para luchar?

—Parece que los supervivientes se enfrentan entre sí para decidir quiénes serán los nuevos generales —contestó el escaefílido.

Venalitor extendió la mano y cogió la pieza que representaba al ejército del Odio Escarlata. No podía permitirse el lujo de perderlos, sobre todo si tenía en cuenta los sacrificios que había hecho para asegurarse su lealtad. Lanzó la pequeña pieza contra el muro de la cámara, rebotó contra una columna de obsidiana y fue a perderse detrás de un altar en el que se veía una estatuilla de Khorne en la que estaba representado como el Caballero Rojo.

—¿Qué más?

—Arguthrax también ha atacado a las células latentes —continuó el escaefílido—. Nuestro agente en la Caza Salvaje de Tiresia ha sido asesinado hace poco más de una hora.

—¿Cómo ha podido encontrarlo? —gruñó Venalitor, contrariado. El espía de Venalitor en la corte de Tiresia era un agente sutil y astuto que ni siquiera tenía nombre, no era más que un rostro, un semblante tan anodino que no dejaba en la memoria el más mínimo recuerdo.

—No lo sabemos —contestó el esclavo—. Pero el táctico del ejército de Scathach, que también trabajaba para nosotros, ha sido descubierto y delatado. Scathach lo ha ejecutado.

—Eso no me sorprende tanto; el señor de la guerra Thorgellin no es tan sutil. Al menos ha sido una ejecución de verdad. Habría sido digna de ver, Scathach tiene mucha imaginación. ¿Qué progresos hemos hecho?

—La campaña contra la tribu del Quinto Ojo está siendo todo un éxito, los Discípulos del Asesinato los han hecho retroceder hasta la costa, la ofensiva final ya ha dado comienzo.

—Bien, ¿y qué hay de los agentes de Arguthrax?

—Están muy bien escondidos, mi señor, los escaefílidos los buscan con ahínco. Hemos ejecutado a todos los sospechosos, pero no se ha confirmado la presencia de espías entre nosotros.

—Tu raza hizo bien al decidir servirme —dijo Venalitor—. Sin mí, antes o después, todos vosotros habríais sido exterminados. Es difícil corromper a aquellos que le deben la existencia a su maestro.

—Así es, mi señor —contestó el escaefílido en un gótico imperial que hizo imposible saber si se había tomado las palabras de Venalitor como un insulto.

Venalitor se recostó en el trono, una evocación tallada en roca negra del Trono de las Calaveras sobre el que Khorne contemplaba los asesinatos que se perpetraban en su nombre. A buen seguro Khorne sabría cómo enfrentarse a un enemigo como Arguthrax.

Venalitor no sabía cómo funcionaba la mente de su dios, pero estaba seguro de que si se enfrentara a alguien como Arguthrax, Khorne no tendría piedad.

—Sacadlos de donde sea que estén. Llamad a todo aquel que nos haya jurado lealtad. Inspeccionad los pergaminos en busca de cualquier tributo o súplica. ¿Cuántas criaturas de este planeta me habrán jurado lealtad confiando en que su poder o su astucia los libraría de sus obligaciones? ¡Encontradlos y demostradles que estaban equivocados! —Venalitor se puso en pie—. Recurrid al ejército del Odio Escarlata para que los busque a plena luz del día, y a nuestros agentes secretos para que actúen en las sombras.

—Pero así desvelarán su presencia, mi señor.

Venalitor miró directamente a los muchos ojos del escaefílido.

—La victoria siempre es para aquel que va un paso más allá. Arguthrax es un ser ancestral, sus contactos se remontan miles de años en el pasado, no los desperdiciará en una guerra como ésta. Yo en cambio soy joven, no tengo aliados ni seguidores de los que no pueda prescindir. Si yo soy el único que queda, si todo aquel que se ha postrado ante mí acaba muerto, aun así habré vencido a Arguthrax. Ésa es mi mayor ventaja. Haced lo que os digo, amo de esclavos, y no descanséis hasta que todos nuestros aliados estén activos.

El escaefílido hizo una reverencia, volvió a doblar el pergamino y abandonó la cámara.

Venalitor se sentó de nuevo y miró el mapa que se extendía delante de él. Comenzó a mover las piezas sobre la superficie, cada una de ellas era una pequeña figura que representaba a un demonio o a un guerrero del Caos. Algunos de ellos eran espías, agentes de élite ocultos en las cortes de los señores de Drakaasi. Pero a pesar de ser tremendamente valiosos, Venalitor

estaba dispuesto a usarlos como soldados de a pie si fuera necesario. Las demás figuras representaban cultos inútiles, creados tan sólo para ser sacrificados e integrados por dementes dispuestos a todo con tal de morir por su señor.

Sin embargo, tan sólo había una pieza que Venalitor no podía mover por el tablero a su antojo, un pequeño dragón de obsidiana con los ojos tallados en ámbar. Representaba a lord Ebondrake, que vigilaba Drakaasi desde su palacio de Vel'Skan.

Ebondrake seguía teniendo poder absoluto sobre Drakaasi, y había prohibido expresamente la guerra entre Venalitor y Arguthrax. Pero la verdad era que, aunque Ebondrake jamás lo admitiera, ni siquiera la Guardia Ophidiana podría enfrentarse a ambos señores al mismo tiempo. Así de frágil era el equilibrio del poder en Drakaasi.

Venalitor dejó la pieza de Ebondrake donde estaba. Pensaba ocuparse del lagarto cuando llegara el momento.



Alaric aún seguía allí. Era una pequeña parte de él, un fragmento de lucidez, y estaba atrapado. El resto de la mente del caballero gris era un océano oscuro, y Alaric estaba hundido en las tinieblas de la fosa abisal más profunda. A su alrededor, como depredadores marinos o como asesinos salvajes de la disformidad, unos seres repugnantes surgían de entre las sombras. Destellos de odio y miseria, lamentos y recuerdos de una violencia pasada que revoloteaban por su mente en busca de una consciencia que devorar.

Él era el Martillo. Aquella oración era lo único que lo mantenía intacto. Era una plegaria que representaba el deber que debía cumplir, y era precisamente ese deber la única razón de su existencia. Alaric tenía que seguir luchando, debía ser el martillo que enarbolaba la mano del

Emperador, porque si él no lo hacía, nadie más ocuparía su lugar. Alaric era un caballero gris, y sin hombres como él la raza humana no podría existir.

Poco a poco empezó a recomponerse, pieza a pieza, imagen a imagen. Veía la figura de un hombre casi olvidado, una silueta con una armadura gigantesca y una alabarda en la mano. Destellos de dolor y violencia llovían sobre él, acosándolo amenazantes con colmillos ensangrentados. Alaric había liberado todos los horrores de su memoria, y ahora éstos caían sobre él convirtiéndolo en un ser humano insignificante y perdido en las tinieblas.

* * *

En ocasiones, los recuerdos de Raezazel también pasaban ante él.

Había algo que el demonio no quería que el caballero gris descubriera, algo escondido entre toda aquella locura, algún secreto vergonzoso que incluso un demonio deseaba ocultar.

La primera imagen que el demonio tuvo de Drakaasi irrumpió en la mente de Alaric. Una estrella de ocho puntas que conectaba ocho ciudades mediante ríos de sangre. Sentimientos de miedo, ira y frustración se filtraban a través de una mente impía y desconocida.

Alaric trataba de comprender con todo su empeño. Había una clave que lo llevaría al Martillo de Demonios y al cráneo con el ojo en llamas. Pero fuera lo que fuese estaba oculto en la mente de un demonio, y eso era algo a lo que ni siquiera un caballero gris podría sobrevivir.

Siguió luchando. La oración continuaba sonando mientras el caballero gris se precipitaba en el vacío de su mente.

Entonces, poco a poco, trepando por aquella plegaria como si fuera una soga, Alaric consiguió llegar a la superficie.



Alaric despertó tosiendo sangre y luchando por respirar. Estuvo a punto de asfixiarse. El olor de los cadáveres en descomposición le resultó tan familiar que por un momento se preguntó en qué clase de ser horrible se habría convertido.

Era el juez Alaric. Era un caballero gris. Sabía que aquello era cierto, pero aun así aquellos pensamientos le resultaban extraños, como si fueran intrusos en su propia mente.

Entonces apareció el dolor. Un alarido que provenía de sus propias manos y hombros. Era como una tortura punzante que lo golpeaba por oleadas, cada una más fuerte que la anterior. Una tortura que lo llevaba hacia el vértigo y las náuseas. Jamás se había sentido tan extenuado psíquicamente, ni siquiera durante aquellas feroces batallas que emergían silenciosas en su memoria.

Dio dos grandes bocanadas de aire. Las costillas le dolieron, comprimidas por la fuerza de los pulmones al llenarse de oxígeno. Se sintió un poco menos mareado y recordó que aún le quedaban dos pulmones funcionales.

Se arriesgó a abrir los ojos. El sol dorado brillaba sobre un cielo inmaculado. El desierto estaba salpicado de huesos descomunales. En vida, las criaturas a las que pertenecieron debieron de ser colosales, pero ahora habían sucumbido ante el desierto, su vida se había evaporado y no había quedado nada de ellas excepto aquellos gigantescos armazones. Quizá esos huesos llevaran allí miles de años, protegidos de la erosión por la sequedad del desierto. Alaric vio un cráneo que sobresalía entre la arena, y una enorme caja torácica sobre cuyas costillas alguien había extendido grandes lonas para protegerse del sol. Varios cobertizos y carromatos se agrupaban en torno al gigantesco esqueleto. Incluso allí, Drakaasi albergaba vida. No había ni un solo rincón de aquel planeta que no diera cobijo a algún ser repugnante.

Alaric trató de volver la cabeza. Debía llevar allí colgado bastante tiempo. Sentía los músculos entumecidos. Al ver que le resultaba imposible, decidió mirar hacia abajo.

Una corriente de sangre fluía debajo de él, abriéndose paso entre las dunas del desierto. Era un río de sangre por el que el *Hecatombe* navegaba. Alaric colgaba encadenado de la proa del barco por las muñecas y los tobillos. Cuando comprendió dónde estaba tuvo que coger aire con todas sus fuerzas.

Estaba vivo. Raezazel había sido algo real. Ahora comenzaría el verdadero sufrimiento. Se había resistido a ser poseído y Venalitor se lo haría pagar.

Infinidad de pequeños insectos revoloteaban a su alrededor, Alaric sacudió la cabeza para quitárselos de encima. Aquellos parásitos provenían de la cuenca ocular de un cadáver resecado por el sol que estaba colgado junto a él. Habían formado una colonia en la cavidad vacía. Alrededor de Alaric pendían decenas de cadáveres en diversos estados de descomposición. Muchos no eran más que esqueletos despellejados por los parásitos y las aves de rapiña, otros eran lo suficientemente recientes como para estar hinchados y descoloridos, repletos de gases que los deformaban como si fueran globos carnosos.

Uno de ellos, asolado por los parásitos y deshidratado por el sol del desierto, no era más que la parte superior de un cuerpo. La caja torácica era enorme y las costillas se fusionaban formando una placa pectoral. El rostro, cuando aún conservaba sus rasgos, debió de haber tenido una expresión severa y una mandíbula prominente.

Aquello era todo lo que quedaba del hermano Hualvarn.

El desierto se volvió oscuro, y Alaric perdió el conocimiento.



Aquella vez fue la sangre lo que lo despertó.

Había perdido la noción del tiempo. Podían haber pasado décadas desde que vio lo poco que quedaba del rostro descompuesto de Hualvarn, o quizá no había transcurrido más de una hora. De cualquier modo, había sido

tiempo suficiente como para que Alaric quedara completamente cubierto de sangre.

Estaba por todas partes, coagulándose sobre su cuerpo, espesa e incómoda. Alaric apartó la sangre que le cubría los ojos para intentar comprender dónde estaba.

Todo daba vueltas. Un ruido confuso le llegaba hasta los oídos, como el crepitar furioso de una enorme hoguera. Era el clamor de cientos de miles de espectadores que abarrotaban unos graderíos que se alzaban imponentes alrededor del caballero gris. Estaba en un coliseo. No sabía en cuál. Unos enormes arcos de granito se alzaban a gran altura, como si aquel lugar hubiera sido construido bajo el esqueleto de una gigantesca catedral ruinosa.

Alaric estaba sobre una montaña de cadáveres y tenía los brazos levantados hacia el cielo en señal de victoria. Sentía que el cuerpo le dolía como si hubiera estado luchando durante horas. Los dos corazones del interior de su pecho le bombeaban adrenalina por todo el cuerpo.

Los cadáveres sobre los que se encontraba eran de salvajes y de mutantes, mezclados con esclavos del coliseo. Alaric los miró, intentando comprender lo que había hecho. Alguien los había matado con sus propias manos: cráneos aplastados, miembros arrancados y cuellos rotos. Entre todos ellos, Alaric pudo distinguir varios uniformes de la Guardia Imperial, la caballería acorazada de Hathran.

Sobre la arena había más gladiadores, luchando contra los pocos esclavos y mutantes que aún quedaban. Alaric no pudo reconocerlos, pero parecían estar bien entrenados y pertrechados: los mejores esclavos de los señores de Drakaasi. Uno de ellos era un mutante de dos cabezas, una de las cuales se afanaba en arrancar con los dientes la carne de los huesos de un esclavo mientras la otra gritaba victoriosa hacia la multitud. También había un gigantesco guerrero con armadura. En aquel momento se estaba quitando el casco para dejar que la sangre de sus adversarios le corriera por el rostro. A Alaric se le hizo un nudo en el estómago cuando se percató de que aquel guerrero era una mujer.

Entonces, la mujer se acercó hasta él y le dio una palmada en la espalda. Alaric la miró. Tenía un rostro sólido y un parche en uno de los ojos. La

armadura que portaba era muy vieja y estaba repleta de arañazos.

—Eres bueno derramando sangre —le dijo a Alaric con un tono de aprobación.

El caballero gris sintió el sabor de la sangre en la boca. Rezó para que fuera suya.

—¿Hay alguien que quiera desafiar al Traicionado? —gritó la mujer, dirigiéndose hacia el graderío.

La multitud clamó enfervorizada. Alaric se había convertido en la estrella de aquel coliseo. Los espectadores tardarían mucho en olvidar su nombre.

El caballero gris sintió que ya había visto suficiente. En aquel coliseo no podía haber nada bueno. Estaría mejor sumido en el olvido. Dejó que la oscuridad emergiera de lo más profundo de su mente hasta apoderarse de él y arrastrarlo hacia el desfallecimiento.

* * *

Sabía que a su alrededor se extendía un enorme espacio, bañado por el eco del cincel al golpear sobre la roca.

Alaric se encontraba en una estancia cavernosa. Parecía que en algún tiempo remoto había sido un lugar de reunión. Unas enormes vidrieras decoraban el techo, pero tenían tantos paneles rotos que resultaba imposible saber qué pretendían representar. Aquel lugar estaba prácticamente en ruinas, los rayos de sol se filtraban por los agujeros de unos muros repletos de tallas destruidas. Una gran escalinata parecía elevarse hasta ninguna parte, y las raíces y la maleza comenzaban a abrirse paso entre las grietas del suelo.

Había restos de tallas deformes, estatuas sin terminar diseminadas por todas partes.

Delante de Alaric, un hombre esquelético trabajaba sobre un bloque de mármol con un cincel y un martillo. Una figura comenzaba a emerger de la

fría roca, enorme y amenazante.

Aquella figura era Alaric.

—¿Qué armadura deseáis que le ponga, mi señor? —preguntó el escultor.

—Nada de armadura. —Alaric oyó la voz de Venalitor a su espalda—. Pero quiero que reproduzcas todas y cada una de las cicatrices.

—Me gustan las cicatrices —afirmó el escultor—. Son muchos los que desean ser perfectos, pero ¿qué perfección hay en una forma inmaculada? La imperfección es lo que hace que algo sea hermoso. La fealdad es la verdad. El modelo es verdaderamente feo, ¡ése es el desafío!

Alaric trató de darse la vuelta, pero tenía las manos encadenadas a una argolla de metal clavada en el suelo.

—¡Y la fuerza! —continuó el escultor—. Ninguna armadura podría encerrar tanta fuerza.

El rostro de la estatua era el de Alaric, pero el caballero gris no reconocía la expresión tallada en el mármol: arrogancia, seguridad, crueldad. Aquel escultor era un genio, pero la persona que estaba tallando sobre el mármol no era Alaric.

Esa estatua no era un caballero gris, era Alaric el Traicionado.

Venalitor apareció delante de él acompañado por la guardia de escaefílidos, quienes formaron un cordón a su alrededor.

—Así es como serás recordado —dijo el duque—. Pase lo que pase siempre tendrás un lugar en los anales de la historia de Drakaasi. ¿Sabes acaso a cuántos has matado?

—No a los suficientes —contestó Alaric mientras tiraba de las cadenas que lo retenían. Estaban tan ceñidas como el collar que le aprisionaba el cuello.

Los escaefílidos se prepararon para usar los aturdidores.

—¡No a los suficientes! —gritó el escultor extasiado—. ¡Semejante violencia es algo maravilloso! Jamás había visto tanta ira encarnada bajo una forma humana. Esta estatua será una obra maestra, mi señor.

Venalitor miró al escultor con desdén.

—No pienso aceptar nada que no lo sea.

—Yo mismo debería estar aterrado, mi señor. La mente de los hombres se derrumbará ante la mirada pétrea del Traicionado.

El escultor estaba trabajando sobre el rostro de roca. Se afanaba en cincelar unos enormes ojos tremendamente expresivos, dotándolos de una mirada de desprecio que hizo que Alaric se estremeciera al contemplarla.

Así era Alaric. Así lo veía Drakaasi: Alaric el Traicionado, un monstruo que se había forjado un lugar entre los campeones más grandes de Khorne.

El caballero gris tuvo que reprimir las ganas de vomitar. Aquella imagen le resultaba repugnante. Había sacrificado tanto en Drakaasi que se había perdido a sí mismo.

Le resultaba imposible mirarla fijamente. Se sentía como un animal luchando contra las cadenas que le impedían moverse. Su mente se hundió de nuevo. El oscuro océano del olvido volvió a apoderarse de él. El mundo que había a su alrededor se diluyó en una oscuridad impenetrable.

Había ocasiones en que las tinieblas se disipaban y Alaric podía ver con sus propios ojos.

Luchó innumerables combates. Recordaba algunos rostros, los de los asesinos de Gearth, que lo llevaban a hombros celebrando alguna gran victoria. Estaba junto a ellos, en el *Hecatombe*, aullando cánticos de guerra con el cuerpo cubierto de huellas de manos ensangrentadas.

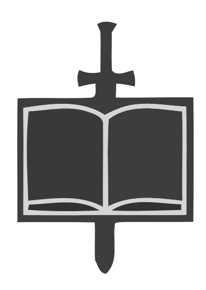
Estaba encadenado a un muro. La gente discutía. Apenas era consciente de que el tema de discusión era él, el derecho de a quién honraría la sangre que él mismo había derramado. Una de las voces pertenecía a Venalitor.

Vio ciudades que no pudo reconocer, atisbos de la monstruosa arquitectura de Drakaasi: pirámides de cráneos, montañas de miembros cercenados, miles de cuerpos ardiendo en una caldera de sangre. Vio altares erigidos en honor a Khorne, hombres que gritaban al ser descuartizados. Vio a los señores de Drakaasi. Vio una gigantesca montaña de huesos y un marine traidor con dos cabezas, una amalgama de carne roja y ardiente que miraba a Alaric con ojos llenos de envidia.

Vio campeones que caían descuartizados, y vio a la multitud que se abalanzaba sobre sus restos.

En ocasiones sentía el olor y el sabor de la sangre en la boca, entonces una parte de su mente rezaba para que fuera la suya.

Vio muchos coliseos, millones de víctimas, y horrores que jamás podría haber imaginado. Pero la mayor parte del tiempo no vio más que oscuridad y frío.



DIECISIETE

Venalitor contemplaba con atención el aterrizaje de la nave. El desierto era una llanura rocosa y fría, uno de los rincones más inhóspitos de Drakaasi. Era un lugar tan desolado que Venalitor albergaba serias dudas respecto a si Ebondrake accedería a reunirse con él allí. Muy alejado de cualquiera de las grandes ciudades, y sin ni siquiera un canal de sangre que discurriera entre las rocas, aquel desierto era uno de los lugares más inhóspitos de Drakaasi, y resultaba una incógnita saber si Ebondrake se dignaría honrarlo con su presencia.

Lord Ebondrake descendió por la pasarela. La Guardia Ophidiana que lo rodeaba quedaba empequeñecida ante la majestuosidad del dragón. Aquella nave formaba parte de una pequeña flota que constituía una verdadera reliquia de tiempos pasados, y que Ebondrake poseía en su totalidad. Parecía un enorme galeón sacado de las aguas del océano, con el velamen dispuesto de manera horizontal como las alas de una gigantesca libélula.

—Es un verdadero honor que hayáis accedido a reuniros aquí conmigo, mi señor.

—Tengo entendido que deseas mostrarme algo —dijo Ebondrake, dejando que un tono de amenaza tiñera aquellas palabras.

Venalitor había acudido a aquel encuentro solo. La armadura roja y negra le daba un aspecto completamente fuera de lugar en medio de aquel

paisaje baldío.

—En efecto, mi señor —contestó.

—Únicamente tengo tiempo para los juegos y para la cruzada. Mi paciencia tiene un límite, Venalitor, no pienso aguantar ni uno más de tus insulsos halagos.

—Vuestra cruzada es ahora mismo lo que más me preocupa, mi señor —le aseguró Venalitor—. Este mundo es demasiado pequeño para dar cobijo a todos nosotros. Si no expandimos las fronteras de Drakaasi, acabaremos por marchitarnos en este planeta, y el Dios de la Sangre no verá muchos de los sacrificios que podríamos haberle ofrecido.

—¿Y bien? —preguntó Ebondrake.

—Observad, mi señor, pronto lo veréis todo claro.

Una tormenta empezaba a formarse en el horizonte. Las nubes oscuras se amontonaban unas sobre otras cargadas de sangre. Un viento frío empezó a soplar sobre el desierto, levantando nubes de polvo de la tierra agrietada.

Venalitor desenfundó su enorme espada a dos manos. El cielo se oscureció aún más y la hoja comenzó a refulgir como un relámpago enjaulado. El duque la sostuvo con fuerza.

Unas figuras negras comenzaron a emerger de una hendidura del terreno, como hormigas que abandonaban el hormiguero. Cada vez había más y más. Todo el desierto comenzaba a teñirse de negro. Las criaturas brotaban de cada grieta y cada recodo.

Después de todo, parecía que aquel desierto sí que albergaba vida. Escaefílidos, miles de ellos, muchos más de los que jamás se habían visto en todo Drakaasi. Aquellos seres estaban saliendo de sus cuevas subterráneas para llenar el desierto con sus formas insectoides. Los rayos de la gran tormenta que se había desatado en el cielo centelleaban reflejados sobre los miles de caparazones negros.

Los escaefílidos comenzaron a organizarse en batallones. Los estandartes se elevaron hacia el cielo, cada uno de ellos con un símbolo de las tribus más ancestrales de Drakaasi: un ave de presa, un ser gigantesco y extinto que una vez fue el terror de los cielos del desierto; un árbol de cuyas ramas colgaban cabezas y manos cercenadas; unas garras de bronce que emergían entre un

cielo rojizo; un ojo con el párpado cerrado; un hacha y un cráneo de escaefílido envuelto en llamas negras.

Cuando todos ellos hubieron salido a la superficie, los escaefílidos formaron un ejército mucho más numeroso que cualquiera de los que jamás hubieran luchado en Gorgath. Era la fuerza más grande que Drakaasi había visto en siglos. Debía de haber un millón de ellos, y seguían saliendo sin cesar.

—¿De modo que esto es lo que piensas aportar a mi cruzada? —preguntó Ebondrake mientras escudriñaba el horizonte, tratando de calcular el tamaño del ejército que acaba de aparecer frente a él.

—Y todos ellos me han jurado lealtad —contestó Venalitor—. Estas tribus nativas de Drakaasi han esperado mucho tiempo para poder tomar parte en la gran matanza de Khorne.

—Comprendo —asintió Ebondrake—. Me resulta fascinante que hayas recurrido a la raza más baja de este planeta, más despreciable incluso que la escoria de Ghaal, y hayas creado con ella un ejército con la esperanza de ganarte un sitio junto a mí: desde las entrañas más hediondas de Drakaasi hasta el corazón que da vida a este planeta. —Ebondrake se volvió hacia el duque y lo miró fijamente—. El Dios de la Mentira estaría orgulloso de un paladín como tú.

Venalitor sonrió.

—Él nunca me valoraría, mi señor. Puede que yo manipule a otros para conseguir lo que deseo, pero jamás permitiría que se me mintiera. Nunca podríamos ser aliados.

Ebondrake también esbozó una sonrisa.

—¿Y cuántas de estas criaturas piensas sacrificar en tu guerra contra Arguthrax?

Aquella pregunta estaba destinada a sorprender a Venalitor con la guardia baja, pero el duque ya la había previsto. Ningún subterfugio podría mantener esa guerra silenciosa oculta ante los ojos de Ebondrake. Aquel viejo lagarto debía de tener miles de espías ocultos en cada rincón de Drakaasi.

—Ese asunto, mi señor —le aseguró Venalitor—, ya está zanjado. Hemos alcanzado un punto muerto. Pronto se pactará una tregua. Yo no tengo intención de desperdiciar más tropas, y Arguthrax no se arriesgará a despertar la ira de la disformidad sacrificando más demonios para intentar acabar conmigo. No se lo confesaría a nadie más que a vos, mi señor, pero la contienda ha terminado.

—¿Acaso esperas que te crea? Cuando alguien como tú cruza el acero con un demonio como Arguthrax, el enfrentamiento no termina hasta que uno de los dos resulta destruido. A no ser que un poder superior decida ponerle fin antes.

—¿Debo entender que ese poder sois vos?

—Por supuesto, y pienso poner fin a esa guerra, joven duque. Si tú y Arguthrax continuáis malgastando los recursos de Drakaasi en ese enfrentamiento inútil, tendré que acabar el trabajo por vosotros. No dudaré en mataros a los dos. No eres tan valioso como para evitar que te despelleje y te cuelgue de lo alto de un estandarte, y Arguthrax no es tan poderoso como para evitar ser desterrado a los rincones más fríos de la disformidad.

—Nada de esto me sorprende, mi señor —contestó Venalitor con tranquilidad—. Esa es la razón por la que he permitido que la guerra se apague progresivamente. Ahora esta contienda no es más un puñado de refriegas entre pequeñas bandas de cultistas que nadie echará en falta. Y estoy convencido de que Arguthrax piensa lo mismo. Ninguno de nosotros tiene intención de ceder ante los ojos de los demás señores de Drakaasi, pero tampoco somos tan insensatos como para desafiaros, mi señor.

—Veo que no cesas en tu empeño de intentar adularme —dijo Ebondrake con desdén.

—También es la verdad, mi señor.

Uno de los escaefílidos se aproximaba. Se trataba de un espécimen muy antiguo y particularmente grande, casi del tamaño de un tanque. Tenía el caparazón abultado y deforme. Estaba cubierto de parásitos que se amontonaban sobre la corteza formando colonias. A medida que había ido envejeciendo le habían crecido más y más ojos en el rostro, hasta que su cabeza no era más que unas mandíbulas astilladas rodeadas por un centenar

de cuencas oculares. Cada uno de sus múltiples ojos se movía de forma independiente; algunos de ellos se posaron sobre Venalitor mientras que otros se fijaron en Ebondrake. Hacía mucho que no se veía ningún espécimen de aquella clase en la superficie de Drakaasi. Estaba equipado con el arma tradicional de los escaefílidos: dos hojas unidas por una bisagra que operaba con dos de sus miembros, hecho que indicaba el rango de aquella criatura.

—General —lo saludó Venalitor—. Puedo ver todas las tribus han respondido a mi llamada.

—Por supuesto, duque —contestó el general con un acento tan marcado que sus palabras resultaron apenas inteligibles. Las mandíbulas de aquella criatura debían deformarse dolorosamente para emitir los sonidos del idioma humano—. No podría ser de otra manera.

—Exponed vuestra situación a lord Ebondrake —lo instó Venalitor.

La práctica totalidad de los ojos de aquella criatura se giraron para mirar al dragón. El general posó el tórax sobre la arena a modo de reverencia al tiempo que depositaba el arma en el suelo a los pies de lord Ebondrake.

—Señor de Drakaasi —comenzó—, el duque Venalitor es nuestra salvación y nuestra gloria. Él nos ha mostrado el camino del Dios de la Sangre cuando todos los demás nos han despreciado. Él nos ha enseñado que incluso nosotros, las criaturas más despreciables de Drakaasi, podemos servir a Khorne. Él nos ha dado la oportunidad de servirle con la promesa de que nuestra vida y nuestra muerte servirán para adorar al Dios de la Sangre.

—Ya veo —asintió Ebondrake—. ¿Y ahora qué?

—Ahora hemos demostrado nuestra valía —continuó el general—. Y todos nosotros tendremos oportunidad de servir. Este ejército ha esperado bajo tierra durante siglos a que el paladín del Dios de la Sangre reclamara nuestra presencia en la superficie. Ahora debo dar las gracias por haber vivido lo suficiente como para ver a la nación escaefílida ocupar su lugar entre los ejércitos de Drakaasi.

Ebondrake miró al general con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo has mantenido escondido a este ejército, joven duque?

—Primero empleé a un cierto número de ellos —contestó Venalitor—, después todos vinieron a mí suplicándome que les permitiera servirme. ¿No es eso cierto?

—Suplicamos —admitió el general—. Y también maduramos. Los escaefílidos no somos una raza orgullosa, sólo buscamos nuestro lugar en el universo.

—¿Y deseáis uniros a mi cruzada? —preguntó Ebondrake.

—Es el mayor deseo de todo escaefílido —contestó el general—. Los disidentes han sido ejecutados. Todos los que quedan están dispuestos a luchar hasta la muerte.

—¿Y tú?

—No concibo mayor honor que morir por el Dios de la Sangre —dijo el general al tiempo que levantaba el arma que había dejado en el suelo a modo de saludo.

—Muy bien —concluyó Ebondrake—. Vuelve a tu… a tus criaturas, asegúrate de que están preparadas. La cruzada dará comienzo muy pronto.

—¿Es ése vuestro deseo, mi duque y señor?

—Sí, lo es —asintió Venalitor.

—Entonces, así será.

El general levantó el tórax del suelo y regresó a las filas del ejército de escaefílidos.

—Parecen muy fieles.

—Verdaderamente lo son, mi señor.

—Fieles a ti, Venalitor.

—A su dios, mi señor. Son tropas destinadas a morir bajo el fuego enemigo. No las echaremos en falta y siempre podremos reclutar más. A una orden mía los ancianos de las tribus darán comienzo al ciclo de reproducción, y miles de nuevos escaefílidos empezarán a ser incubados. Si lo que necesitamos es carne de cañón, al poco tiempo de nacer, estas criaturas ya estarán en condiciones de luchar.

—¿Es ésta la aportación con la que deseas contribuir a la cruzada, Venalitor? ¿Acaso deseas convertirte en el señor de la escoria? Para muchos, el mayor honor reside en combatir junto a los guerreros de élite, entre aquellos que ganan o pierden el combate, no entre la masa que muere antes de que la verdadera batalla dé comienzo.

—La sangre siempre será sangre, mi señor —contestó Venalitor.

Ebondrake esbozó una sonrisa.

—Así es, joven duque, así es. Pero, en otro orden de cosas, últimamente se oye hablar mucho de ese caballero gris.

—Su obra sagrada no ha hecho más que comenzar —afirmó Venalitor con un tono de orgullo—. Verdaderamente se ha convertido en una pieza indispensable para la gran maquinaria de nuestro culto.

—Teniendo en cuenta todo aquello por lo que debe de haber pasado, parece que ha tardado poco tiempo en aceptar los designios de Khorne. Su fama crece de forma imparable, y también las conjeturas sobre cómo hemos conseguido dominarlo. ¿Acaso has sido tú mismo quien ha hecho que se derrumbe? ¿Qué clase de artimañas lo han llevado a perder la cordura?

—Soy un hombre muy persuasivo, mi señor.

—Aun así tiene que haber algo más que eso. Si se tratara de un simple marine espacial, aún sería posible, pero ¿un caballero gris? Es imposible que una simple tortura o una débil tentación hayan sido suficientes para hundir a semejante criatura.

—Le presenté a un antiguo aliado de la disformidad. Su mente no sobrevivió al encuentro.

—¿Cómo es que la disformidad no me ha informado? Aplastar la mente de un cazador es una proeza digna de ser celebrada por los demonios de Khorne.

—Me vi obligado a requerir los servicios de un viejo amigo.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro escamoso de Ebondrake.

—¿Raezazel? ¿De modo que esa historia es cierta?

—De hecho, mi señor, fue Raezazel el que aplastó la mente de Alaric.

—¿El vástago del Mentiroso sigue vivo?

—En cierto modo, mi señor. La vida de un demonio es una cuestión que puede interpretarse desde diversas perspectivas.

—Comprendo. ¡Uno de los vástagos del Dios de la Mentira entre nosotros! Jamás hubiera creído que algo semejante fuera posible. ¿Hay algún otro secreto más que desees revelar, Venalitor?

—Los escaefílidos y Raezazel son todo lo que he mantenido entre las sombras, mi señor. Ahora lo sabéis todo.

—Ahora confío en que Raezazel no viva lo suficiente como para causarnos algún problema. Lo último que necesito es que un ser de su calaña comprometa esta cruzada.

—Lo he retenido como prisionero desde que conseguí derrotarlo, mi señor. No es más que una sombra de lo que era. Nunca conseguirá volver a ser libre, y jamás se opondrá a la voluntad del Dios de la Sangre. Ahora es a mí a quien sirve.

—Lo quiero muerto antes de que la cruzada dé comienzo —exigió Ebondrake.

—Yo mismo prepararé la ejecución.

—Bien. Creo que ya ha sido postergada lo suficiente. —Ebondrake volvió la vista para mirar al ejército de escaefílidos, que aún ocupaba la inmensa llanura. El desierto se había convertido en un océano negro del que emanaba un resplandor oscuro, tiñendo de púrpura y gris un cielo amenazante—. Después de Vel'Skan, duque, quiero que esta cruzada sea tu única preocupación.

—Así será, mi señor —asintió Venalitor.

Ebondrake se dio la vuelta y comenzó a andar con paso decidido hacia la nave, rodeado por la Guardia Ophidiana. Venalitor contempló como el dragón se alejaba.

Quizá Ebondrake le había creído. Después de todo, casi la totalidad de lo que había dicho era cierto. O puede que aquella criatura jamás llegara a confiar en él. De todos modos, eso no importaba. Cuando la cruzara estuviera en marcha, todo cambiaría, y Venalitor estaba ansioso por que diera comienzo.

* * *

Alaric estaba allí, en el lugar de Raezazel. Los rostros de sus seguidores lo miraban fijamente, hipnotizados por su hermosura. Tuvo que luchar con toda su fuerza para evitar que la personalidad de Raezazel se apoderara de la suya. Se sentía inmundo en ese cuerpo; aquellos fieles estaban condenados. Raezazel se resistía. La aversión que sentía Alaric lo obligó a abandonar el cuerpo del demonio.

Estaba fuera de Raezazel, observando. Vio un hombre tan hermoso que iluminaba los muros que había a su alrededor. Alaric apartó la vista. Justo debajo vio al demonio.

Volvió a mirar a su alrededor. Todo era azul oscuro con incrustaciones doradas; se oían sirenas y gritos de pánico. Algo había ido mal. Alaric sintió la ira de Raezazel ante aquella intrusión. De pronto todo el lugar se volvió oscuro, la imagen del planeta con la estrella de ocho puntas comenzó a brillar en lo alto. Raezazel montó en cólera, y la fuerza de aquella emoción casi hizo que Alaric perdiera el conocimiento.

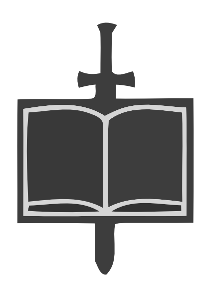
El caballero gris sabía dónde estaba. Así fue como Raezazel llegó a Drakaasi.

La mentira se deshizo. Finalmente, Alaric pudo ver todo lo que el demonio había intentado ocultar.

Al intentar poseer a Alaric, Raezazel no pudo evitar que su propia mente entrara en contacto con la del caballero gris. Y era en el interior de aquella psique donde se ocultaba el secreto de Raezazel, de Drakaasi y del Martillo de Demonios. Ahora Alaric lo veía todo. Estaba allí, frente a él, pasando ante sus ojos como una crónica ancestral.

Era algo terrible, aterrador, pero era la verdad.

Finalmente, Alaric comprendió.



DIECIOCHO

Aquella vez fue el dolor.

La consciencia volvió a la mente de Alaric con tanta fuerza que casi perdió el conocimiento de nuevo. Un dolor frío y punzante le ascendió por la espina dorsal, aprisionándole el cerebro tan intensamente que le resultaba imposible dar forma a cualquier pensamiento. Sentía el frío que le oprimía la espalda, se sentía atrapado, encarcelado.

Había un fuerte olor a sudor y a sangre.

Realizando un tremendo esfuerzo, Alaric abrió los ojos. Una luz blanca y brillante le inundó las retinas haciendo que se estremeciera. Algo repiqueteaba contra el suelo, un sonido muy débil apenas perceptible envuelto en el ruido de fondo de aquella agonía.

Alaric se resistió a perder el conocimiento de nuevo. Era un acto que requería una tremenda fuerza de voluntad, y al caballero gris ya no le quedaba demasiada.

Los recuerdos del demonio aún ardían en lo más profundo de su mente. Trató de ahogarlos inundándola con una marea de fe. Sentía un tremendo dolor en el pecho, estuvo a punto de hundirse de nuevo.

Poco después, por fin consiguió respirar.

Ahora conocía la verdad. Necesitaba contársela a alguien, pero antes tenía que asegurarse de que su mente estaba intacta.

La visión aumentada del caballero gris se adaptó con rapidez a la luz. Aquella cámara estaba muy débilmente iluminada, pero cuando despertó, le pareció terriblemente brillante, de manera que debió de haber estado sumido en las tinieblas durante mucho tiempo. Era una estancia pequeña, caliente y sucia. Estaba perdida en las entrañas de acero ensangrentado del *Hecatombe*, una prisión que ya le resultaba tremendamente familiar. Supuso que se encontraría en algún punto bajo la cubierta de prisioneros.

Kelhedros estaba frente a él. Se había quitado la parte superior de su armadura verde. El pecho blanquecino del eldar estaba cubierto de sangre. Aparentemente, el alienígena no estaba herido, de modo que Alaric supuso que aquella sangre era suya. Era la misma sangre que goteaba de la aguja de metal oxidado que Kelhedros tenía en la mano.

Alaric se miró el brazo, el origen de las oleadas de dolor. Su consciencia segregaba endorfinas directamente sobre el cerebro ayudando a atenuar el sufrimiento. Era una reacción característica de todo marine espacial, aunque a pesar de eso el dolor resultaba casi insoportable. La piel del brazo le había sido arrancada desde la muñeca hasta el codo. Varias agujas atravesaban los músculos desnudos, perforando las terminaciones nerviosas con tanta precisión que simplemente eran incapaces de transmitir más dolor.

El astartes intentó hablar. Trató de coger aire. Su sistema nervioso no respondía como debería. En medio de la confusión alcanzó a pensar que un cuerpo sin tantas modificaciones como el suyo ya habría sucumbido. Sabía que únicamente seguía vivo porque era un marine espacial.

Kelhedros extrajo un par de agujas más del brazo de Alaric. Este pudo pensar de nuevo, y respiró profundamente para llenar el pecho de oxígeno. En aquel momento se percató de que estaba encadenado al muro, con el brazo inmovilizado sobre la pared de roca para que Kelhedros pudiera trabajar con precisión.

—Bienvenido… —dijo Kelhedros.

—¿Qué… qué estoy haciendo aquí?

—Estabas delirando. Has estado así durante bastante tiempo. He intentado devolverte a un estado de consciencia que pudieras soportar. ¿Crees que he tenido éxito?

—Sí —contestó Alaric con la esperanza de que fuera cierto—. ¿Dónde estoy?

—En el *Hecatombe*.

—Lo sé, pero ¿estamos en Drakaasi?

—Salimos del *Azote* hace una semana —respondió Kelhedros.

Alaric se miró el brazo una vez más. Teniendo en cuenta la cantidad de agujas que tenía clavadas, había muy poca sangre.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? ¿En el Templo del Escorpión? —preguntó el caballero gris.

Los ojos acuosos y alienígenas de Kelhedros miraron a Alaric con curiosidad.

—Nosotros caminamos por muchas sendas —se limitó a decir.

—¿Tienes pensado liberarme?

—Cuando la herida se haya cerrado —contestó Kelhedros—. La actividad prematura puede hacer que el daño sea irreversible.

—Y eso no es lo que deseas.

Una vez más se produjo una mirada de curiosidad; evidentemente, Kelhedros no había tenido suficiente contacto con humanos como para reconocer el sarcasmo cuando lo escuchaba.

—No. Tenerte incapacitado no nos beneficia.

—¿Por qué me has despertado?

—Pronto llegaremos a Vel'Skan. Hay muchos que creen que nuestra supervivencia en los juegos depende únicamente de tu liderazgo. Según tengo entendido se ha producido un arduo debate. Gearth quería dejarte tal y como estabas. Muchos de los hombres de Gearth te idolatran, Alaric. Te han seguido desde los primeros pasos.

—¿Los primeros pasos de qué?

—Los primeros pasos de tu delirio, caballero gris. Te ven como un ejemplo de cómo un hombre puede perder la cordura hasta convertirse en un asesino nato. Da la impresión de que hablan de ello con el mismo fervor con el que Erkhar habla de la Tierra Prometida. Esta vez Gearth no se salió con la suya, así que me ofrecí para devolverte la consciencia. —Kelhedros

extrajo las agujas que aún quedaban en el brazo de Alaric—. Tengo entendido que te recuperas con rapidez.

—Así es.

—Entonces, los puntos no serán demasiado pequeños. —Kelhedros extrajo otra aguja, la enhebró con un hilo y comenzó a coser el brazo de Alaric. El caballero gris agradeció poder sentir aquel dolor. Al menos era algo real, algo que podía experimentar sin tener que preguntarse si sería un paso más de la degradación que lo estaba convirtiendo en un ser terrible.

—¿Qué he hecho mientras estaba… mientras no era yo mismo? —preguntó.

—Has matado a muchos adversarios —contestó Kelhedros—. Incluyendo a Lucetia la Envenenada, el sabueso del vacío de Tremulon y Denias, hijo de Kianon. Con algunos de ellos diste un verdadero espectáculo, aunque, por supuesto, también has matado a muchos esclavos menores.

—Ese no era yo —dijo Alaric—. Yo no era el que luchaba. —Alaric observaba como Kelhedros le cosía la herida.

—Es bueno saberlo —contestó el eldar—. En ese estado no estabas en condiciones de escapar.

—¿Por eso has decidido traerme de vuelta?

—Por supuesto. Lo único que deseo es escapar de este mundo, caballero gris. De todos los prisioneros tú eres el que más desea la libertad, y el que más opciones tiene de alcanzarla. Y me atrevería a decir que Vel'Skan es nuestra última oportunidad.

Kelhedros terminó de coser el brazo de Alaric. Teniendo en cuenta que el eldar había tenido que improvisar todos los instrumentos médicos, parecía que había realizado un buen trabajo. Alaric se preguntó qué sendas habría seguido aquel alienígena, y cuál de ellas fue la que lo llevó hasta Drakaasi.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a Vel'Skan? —preguntó.

—Un par de días —respondió Kelhedros—. Los juegos serán grandiosos. Los mejores gladiadores lucharán por hacerse con el título de campeón de Drakaasi.

—Comprendo.

—Y tú serás uno de ellos.

Alaric esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que lo seré, el pueblo me adora.

—En efecto, juez. Para ellos yo no soy más que Kelhedros el Intruso, o el Fantasma Verde, aunque parece que ese nombre no ha calado entre la multitud. Por el contrario, tú eres Alaric el Traicionado, el Juez Escarlata, la Mano Ensangrentada del Dios Cadáver. Cuando mueras, se erigirán estatuas en tu honor. Se contarán historias de cómo el Emperador envió a su mejor guerrero para que acabara con la disformidad, y cómo éste llegó a convertirse en una leyenda de los coliseos. Servirás de inspiración para los grandes campeones del futuro. La escoria de Ghaal se abrirá paso hasta hacerse un hueco entre los gladiadores de élite sólo porque un caballero gris hizo lo mismo una vez. Este planeta jamás te olvidará, juez.

—Hablas como si fueras uno de mis más fervientes admiradores, eldar —rezongó Alaric con un tono sombrío.

—La fama es una de las sendas que llevan a la supervivencia en este planeta —contestó Kelhedros mientras soltaba las cadenas que sujetaban a Alaric—. Aunque yo jamás la seguiría, pues convertirme en algo que no soy sería traicionar a mi propia senda. Sin embargo, eso no quiere decir que no sea un modo efectivo para sobrevivir. Lo cierto es que tú eres el único esclavo que tiene una cierta esperanza de vida. Quizá algún día te conviertas en algo más que un simple esclavo, aunque esa libertad te costará tu propia personalidad, y aun así será una libertad limitada.

—Estoy dispuesto a morir antes que convertirme en un campeón de la disformidad —afirmó Alaric.

—Eso es lo que pensaba, aunque puede que no llegues a tener la oportunidad de elegir.

—Eso sólo lo sabremos después de Vel'Skan.

Alaric quedó libre de las cadenas. Tuvo que luchar para no derrumbarse. Sentía entumecidos todos y cada uno de los músculos. Debía de haber permanecido encadenado frente a Kelhedros durante mucho tiempo. Tenía el torso desnudo e innumerables cicatrices le cubrían el pecho y los brazos.

También tenía una marca, una cicatriz hecha a fuego con la forma del cráneo de Khorne.

—¿Cuándo me han hecho esto? —preguntó.

—Después de los sacrificios —contestó Kelhedros sin darle mucha importancia—. Así es como fuiste recompensado.

Aquel símbolo despreciable miraba fijamente a Alaric.

—De modo que he sido marcado —reflexionó.

—Te lo tomaste como un gran honor. Ahora Gearth y sus hombres sólo piensan en obtener uno igual.

Alaric se tocó la cicatriz. Aún no había sanado completamente y todavía le dolía. Ver aquel símbolo sobre su propia piel lo hacía sentirse repugnante. Tan pronto como regresara a Titán haría que se lo borraran.

Jamás había sentido que Titán estaba tan lejos.

—El viento ha amainado —anunció Kelhedros mientras depositaba los escalpelos y las agujas sobre un fragmento de tela. El eldar trataba los instrumentos de tortura con sumo cuidado. Alaric se sorprendió de que hubiera conseguido ocultárselos a los escaefílidos durante tanto tiempo. Aquel alienígena tenía más libertad que cualquier otro esclavo a bordo del *Hecatombe*, podía actuar en secreto y moverse por todo el barco. Lo que mantenía prisionero a Kelhedros eran los peligros de Drakaasi, no las celdas del *Hecatombe*.

—Pronto, los escaefílidos nos reunirán en la cubierta superior. Si no te ven allí, empezarán a sospechar.

Alaric movió los brazos, calibrando la fuerza que tenía en los hombros y en la espalda. Sentía dolor en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Tenía la sensación de que alguien lo había estado golpeando durante horas, y recordó los enfrentamientos que mantenía con su amigo Tancred durante los larguísimos entrenamientos. El origen de aquella sensación no estaba en las cadenas. Había luchado sin cesar durante días enteros. Debía de haber engrandecido la gloria de Khorne hasta límites desconocidos. Parecía haber ofrecido docenas de cráneos al trono del Dios de la Sangre.

—Entonces será mejor que me prepare —dijo—. Llegar tarde no es propio de Alaric el Traicionado.

¡Vel’Skan!

¿Acaso algún dios ancestral reclamó la gloria infinita haciendo que Vel’Skan se alzara como respuesta? ¿Acaso algún Titán deseó erigir un altar de sangre y creó Vel’Skan como monumento a su locura? ¿Acaso se produjo una batalla entre los dioses de la disformidad que cubrió la superficie de Drakaasi con una lluvia de acero y dejó que la vida brotara entre las montañas de armas?

La imagen de Vel’Skan alzándose en el horizonte es suficiente para que los hombres pierdan la cordura. Espadas, escudos, yelmos y lanzas, todo aquello que los hombres emplean para aniquilarse los unos a los otros se alza en proporciones gigantescas en la orilla ensangrentada. ¡Un templo es el guantelete de una armadura! ¡El muelle es la hoja de una espada! Sobre el cielo se alza un enorme estribo teñido con la sangre de mil sacrificios. Todo en Vel’Skan es un monumento descomunal erigido en honor a la locura. Y hay una pregunta que arde en lo más profundo del alma: ¿Qué clase de matanza requiere semejantes instrumentos de muerte?

¿Qué majestuosidad infinita reside en la capital de Drakaasi, hogar de los más poderosos señores? ¿Qué clase de triunfo del Dios de la Sangre, qué juramento de muerte, qué símbolo del martirio y del infierno que lo acompaña habita en Vel’Skan, la ciudad que nació de la guerra?

Inquisidor Helmandar Oswain
Viajes de la mente de un santo hereje (censurado por decreto del Ordo Hereticus)

Desde la cubierta del *Hecatombe*, Alaric contempló Vel'Skan por primera vez. El barco se adentraba majestuoso en la ciudad, saludado por los guerreros que se agrupaban a orillas del río de sangre.

A bordo, los esclavos se mantenían con la cabeza gacha, intentando seguir el ritmo marcado por el tambor del maestro escaefílido. Alaric, por el contrario, sólo deseaba ver lo que les aguardaba en aquella ciudad.

—Juez —lo llamó una voz desde detrás de él.

Alaric se volvió y vio a Haggard sentado junto a él. Parecía que aquel viejo matasanos había sufrido mucho últimamente. Tanto los ojos como la piel de aquel hombre tenían un color inusualmente pálido. Era evidente que también había luchado, pues mostraba varias cicatrices y heridas que él mismo se había tenido que curar. Venalitor estaba dispuesto a aprovechar a todos sus esclavos en la víspera de los grandes juegos de Vel'Skan.

—Es agradable tenerte de vuelta —dijo el cirujano.

—Gracias, Haggard.

—Porque… has vuelto, ¿verdad?

Alaric sonrió.

—Últimamente no he sido yo mismo. Venalitor envió a uno de sus demonios para que me poseyera. Intenté resistirme con todas mis fuerzas, pero esa resistencia me ha costado la cordura durante algún tiempo.

—Has hecho cosas terribles —dijo Haggard.

—Lo sé. Pero ya las hacía mucho antes de acabar en Drakaasi.

—Ahora dicen que eres un aspirante al título.

—¿Quién lo dice?

—Los hombres de Gearth. Esa gente ya no es de los nuestros. Venalitor les ha prometido una recompensa si luchan bien, y los escaefílidos han hecho lo mismo. Nosotros… Erkhar y yo… y algunos más, planeábamos matarte, pero los escaefílidos lo descubrieron y fueron muy claros respecto a lo que nos ocurriría si le pasaba algo al luchador más valioso de Venalitor.

—Entonces debo alegrarme de que la razón haya prevalecido.

Haggard esbozó una leve sonrisa.

—Supongo que ya te traicioné una vez, hacerlo dos sería demasiado.

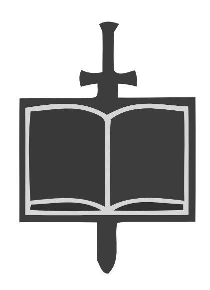
—No, Haggard, tú sólo pretendías sobrevivir. No puedo culpar a nadie por eso, especialmente después de todo lo que he hecho en este planeta. Al menos queda el consuelo de que todo terminará pronto.

Alaric miró de nuevo a la ciudad que desfilaba ante sus ojos. Pudo ver el palacio de lord Ebondrake, un gigantesco cráneo humano atravesado por una daga oxidada incrustada en una de las cuencas oculares. Aquella calavera era lo poco que quedaba de uno de los monstruosos guerreros que una vez lucharon sobre Drakaasi, y ahora miraba amenazante mientras dominaba la ciudad desde las alturas.

—Aquí es donde vamos a rebelarnos —dijo Alaric.

—¿Por qué aquí? —preguntó Haggard desconcertado—. ¿Qué hay en Vel'Skan?

—El Martillo de Demonios —contestó Alaric.



DIECINUEVE

Diez mil soldados de Vel'Skan murieron a espada en la plaza de armas más grande de la ciudad. El interior del gigantesco escudo comenzó a llenarse de sangre a medida que los cuerpos se deslizaban sobre las hojas de acero intentando contener el sufrimiento para no gritar de dolor. Ni uno solo de ellos lo hizo, y en medio de un silencio perfecto y disciplinado, diez mil vidas se apagaron para ungir con sangre el espectáculo más grandioso de Vel'Skan.

Finalmente, el último cuerpo dejó de moverse. Los hábitos de los sacerdotes de Khorne se fueron empapando de sangre mientras los diáconos se movían entre los miles de sacrificados. Avanzaban por aquel mar de sangre sosteniendo entre las manos las hojas ceremoniales y examinando con detenimiento las entrañas expuestas de los cuerpos sin vida. Calculaban el ángulo en el que la espada había perforado la carne. Levantaban los visores de los cascos para ver la expresión que había quedado grabada en los rostros de los mutantes en el momento de morir. Debatieron durante largas horas, hasta que las nubes de insectos cayeron sobre los cadáveres y la sangre comenzó a coagularse formando extrañas figuras sobre la superficie del gigantesco escudo de bronce.

Finalmente, los sacerdotes se reunieron al borde del broquel, donde debatieron durante horas. Algunas veces discutían, otras, los más venerables

se dirigían a los demás mientras algunos lamían ociosamente la sangre que aún goteaba de las hojas ceremoniales.

Después de mucho tiempo llegaron a una conclusión. Uno de ellos, el más anciano, fue el encargado de llevar la noticia al palacio de lord Ebondrake, el gigantesco cráneo atravesado por una enorme daga que se alzaba imponente sobre la ciudad.

Los augurios se habían mostrado favorables. La marea de sangre que se avecinaba sería tal que ni siquiera lord Ebondrake y todos los ejércitos de Drakaasi podrían detenerla. Todos y cada uno de aquellos diez mil cuerpos vaticinaban sangre y muerte en una escala inconcebible.

Khorne había sonreído sobre la ciudad que nació de la guerra. Los juegos de Vel'Skan podían dar comienzo.

* * *

Les quedaba poco tiempo. Calculaban que en menos de una hora los llevarían al coliseo de la capital de Drakaasi, y entonces sería demasiado tarde. Por esa razón se reunieron en una de las celdas vacías del *Hecatombe*, con varios hombres montando guardia en caso de que los escaefílidos fueran a buscarlos armados con sus temibles látigos. El hecho de que tantos esclavos se reunieran en un mismo lugar era motivo más que suficiente para ser encerrados en celdas de aislamiento.

—Tú —dijo el cabo Dorvas.

—Sí —contestó Alaric—. Yo.

Dorvas era el superviviente de más alto rango de la caballería acorazada de Hathran, cuyos pocos supervivientes también habían sido llevados a Drakaasi. Aquellos soldados habían sido arrastrados de coliseo en coliseo, hostigados y maltratados hasta que sólo sobrevivieron los más curtidos, los que lord Ebondrake consideraba aptos para la arena. Dorvas era un hombre delgado y de rasgos finos. El único ojo que le quedaba se mostraba velado y abatido. Aún vestía lo poco que le quedaba de la ropa reglamentaria, lo que

contrastaba con los cuchillos improvisados que portaba en una cinta atada alrededor del pecho.

—Tú nos mataste —dijo Dorvas—. Aniquilaste a muchos de nosotros en el *Azote*.

—Lo hice —asintió Alaric—. Estuve a punto de sucumbir ante Khorne, pero ahora he vuelto.

—Muchos de nosotros perdimos la fe al ver como un marine espacial se convertía en nuestro enemigo. Primero abandonaste tu puesto en la Colina Blanca, y después te convertiste en nuestro verdugo en el coliseo. —Dorvas hablaba con un tono sincero, pero albergaba tanta ira en su interior que aquellas palabras casi lo hacían temblar.

—Puedes odiarme si lo deseas, cabo. O puedes dejar de lado ese odio durante unas horas y cooperar con nosotros. Si lo haces, te garantizo que tendrás una oportunidad de salir de este planeta.

Dorvas se sentó de nuevo y contempló como el resto de esclavos se iban reuniendo en el interior de la celda. Erkhar, el antiguo capitán de la Armada, convertido ahora en un fervoroso creyente, se sentaba junto a Alaric. Al otro lado estaba Gearth, quien incluso ante los ojos de un extraño parecería un verdadero psicópata, un asesino cruel y despiadado. Haggard, el cirujano, y Kelhedros, el eldar, completaban el grupo que pretendía liderar la huida de los esclavos del *Hecatombe*. Alaric no podía imaginar lo que sentiría un extraño al contemplar un clan tan variopinto. El mero hecho de que un marine espacial y un eldar compartieran una celda sin tratar de matarse mutuamente ya era un hecho más que destacable.

—¿Qué posibilidades tenemos? —preguntó Dorvas, intentando dar a entender que no estaba impresionado.

—No te habría arrastrado hasta aquí si esto fuera una misión imposible —intervino Kelhedros.

—Tienes suerte de que no te matara en cuanto posaste tus repugnantes manos alienígenas sobre mí —le espetó Dorvas.

—Entonces comprenderás por qué me he visto obligado a recurrir a métodos tan poco ortodoxos.

Kelhedros era el único en quien Alaric confiaba para entrar y salir del *Hecatombe* sin ser detectado, por eso le había ordenado arrastrar a Dorvas, con los ojos vendados, hasta la cubierta inferior del barco.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó el soldado.

—Matarlos a todos —contestó Gearth con una sonrisa burlona.

—¿Eso es todo? —preguntó de nuevo el cabo.

—Es un poco más complejo que eso —matizó Alaric—. Pero básicamente sí. Con la ayuda de los esclavos del coliseo de Vel'Skan podemos desencadenar una revuelta. Si conseguimos hacerlo durante los combates, la confusión será tal que la multitud puede convertirse en un arma invencible, pero debemos saber cómo usarla en nuestro beneficio.

—Ya he oído algo parecido —dijo Dorvas—. Dicen que fue un marine espacial quien desató el levantamiento de Gorgath, y dado que no hay muchos astartes en este planeta, eso me lleva a pensar que el hostigador fuiste tú. Pero incluso aunque estés en lo cierto, muchos de los esclavos del coliseo aún recordarán esa revuelta. Todos lo que tomaron parte en ella acabaron muertos. Aunque consigamos rebelarnos no podremos hacer nada contra la Guardia Ophidiana.

—El pez gordo asegura que tiene un plan para eso —interrumpió Gearth —. Aunque parece que no quiere revelar muchos detalles.

—El temor a que una revuelta sea sofocada es lo que nos mantiene prisioneros aquí —intervino Erkhar—. A nosotros y a todos los demás esclavos de Drakaasi. Si queremos superar ese miedo, Alaric, necesitamos saber que al menos tendremos una oportunidad de sobrevivir después de escapar.

—Exacto —recalcó Gearth—. A nuestro guerrero de oro no le importaría morir por el Emperador llevándose consigo a unos cuantos señores de Drakaasi, pero a algunos de nosotros nos gustaría disfrutar de nuestra merecida libertad al menos durante un tiempo.

Todos los ojos se posaron sobre Alaric. Gearth tenía razón. El caballero gris era quien había orquestado aquella revuelta, y había llegado el momento de decir la verdad.

—¿Quién de vosotros ha oído hablar de Raezazel el Malicioso? —preguntó.

* * *

Raezazel ya era un ser ancestral mucho antes de que los hilos del destino tejidos por Tzeentch lo atraparan entre sus redes.

El demonio pasó miles de años al servicio de Tzeentch, aunque por supuesto jamás llegó a servirle completamente, pues el Dios de la Mentira no recurría a cosas tan mundanas como dar órdenes. Raezazel manipulaba, vertía medias verdades en la mente de amigos y enemigos con el fin de que convergieran en algún punto del espacio y del tiempo que Tzeentch había previsto con milenios de antelación.

En ocasiones, el Tejedor de Destinos se dignaba comunicarse con la mente de sus sirvientes. Aquello suponía un gran honor, aunque también era algo muy temido, pues aquel dios siempre mentía. También significaba que Tzeentch estaba tan disgustado como para degradarse hasta el punto de hablar con sus seguidores.

Tzeentch requería almas, nuevos sirvientes, quizá, o puede que más bien fueran carnaza. Marionetas a las que encerrar en el laberinto de la disformidad para así poder contemplar su sufrimiento mientras sonreía con mil bocas. Fuera como fuese, Tzeentch anhelaba almas, y cuanto más justas fueran, mejor. Cuanto más férrea fuera la fe que aquellos hombres tenían en el emperador cadáver, el falso dios inhumado en Terra, más dulce serían el terror y la locura.

Raezazel el Malicioso era el encargado de encontrar esas almas y entregárselas a Tzeentch. Las razones por las que las reclamaba no eran incumbencia del demonio. Posiblemente, Tzeentch ni siquiera las necesitara. Aunque quizá el mero hecho de abducirlas iniciara alguna sucesión de eventos inconcebiblemente compleja que Tzeentch había decidido poner en marcha. La razón de aquel anhelo no importaba. Tzeentch se manifestaba

ante Raezazel en sueños, y le hablaba con mil voces diferentes acerca de la necesidad de encontrar más almas inocentes. Eso era todo lo que importaba.

En el pasado, Raezazel había adoptado infinidad de formas. Resultaba impropio de una criatura como él mantener el mismo aspecto durante demasiado tiempo. Pero por Tzeentch decidió adoptar un rostro lleno de mediocridad. Raezazel se convirtió en humano. Hizo que aquella nueva apariencia rebosara hermosura y carisma. Y haciendo gala de la ironía que tanto complacía al Dios de la Mentira, Raezazel hizo que aquella figura se rodeara de un halo de verdad. Así, el demonio descendió a un conjunto de mundos olvidados donde se autoproclamó como profeta. Durante años revoloteó entre mundos perdidos seduciendo a los hombres que allí habitaban. No fue tarea fácil. Muchos de aquellos humanos eran misioneros del Culto Imperial, y tacharon de hereje a Raezazel el Profeta, instando a la población a tomar las armas y a quemarlo en la hoguera. Hubo incluso quien aseguró que el profeta era en realidad un demonio de la disformidad, enviado al espacio real para tentar a los hombres. Para Raezazel fue motivo de sumo placer ver que algunos de ellos, cegados por el odio y la ira, se habían topado de lleno con la verdad.

Raezazel era demasiado grandioso para sucumbir ante las llamas y la cólera que la multitud atizó en su contra. Por cada ciudadano temeroso del Emperador que quería acabar con él, había dos o tres que miraban directamente al vacío del universo intentando encontrar algo más profundo en las promesas del demonio. Y así, el culto de Raezazel el Profeta creció y se hizo fuerte. Sin responder a ninguna orden suya, cientos de predicadores comenzaron a difundir su palabra. Pronto, nobles y gobernadores empezaron a caer bajo la fuerza del hechizo, pues ellos conocían mejor que nadie la futilidad de la existencia humana y anhelaban obtener algo más de aquella realidad vacía.

Fue entonces cuando Raezazel ideó la Tierra Prometida. Allí, los fieles que lo siguieran quedarían libres de todo sufrimiento y de todo odio. No habría más recaudadores de diezmos, nadie se vería amenazado por la sombra de la pobreza. No habría predicadores convirtiendo en pecado los

pensamientos más inocentes. No habría leyes basadas en el miedo. En la Tierra Prometida, todos serían libres.

Así, los cultistas se hicieron con una nave, y emplearon todos los recursos del culto con el único fin de adaptarla para viajar a través de la disformidad, convirtiéndola en el hogar de miles de fieles. En sus entrañas se erigió un altar en honor a Raezazel. También se construyeron infinidad de templos y basílicas dedicadas a santos y a espíritus sagrados nacidos en las mentes de los cultistas, sin que el propio demonio los hubiera ideado. Y aquella nave se convirtió en una tierra sagrada, en un arca celestial que era a la vez un símbolo de salvación y un medio para alcanzarla.

Un día, cuando la nave estaba a punto de ser bendecida, Raezazel les contó a sus seguidores cómo llegar a la Tierra Prometida. Su destino sería la gran tormenta disforme del Ojo del Terror, una herida supurante en medio de la oscuridad de la noche espacial. Allí, escondida entre los mundos corruptos del Ojo, había una grieta abierta en medio de la crueldad del universo a través de la cual llegarían a su destino. El Ojo del Terror era una prueba de fe, un símbolo del miedo que los fieles tendrían que sufrir para probar que sus almas eran lo suficientemente decididas como para ganarse la entrada en la Tierra Prometida. Si conseguían pasar aquella prueba, el Emperador los estaría esperando al otro lado, y podrían llevar una vida de dicha y felicidad durante toda la eternidad.

La nave despegó. Raezazel iba a bordo, regodeándose en la gloria del altar erigido en su honor y burlándose de aquella congregación con cada nueva promesa que les hacía. Cuando llegaron al Ojo del Terror, quizá por casualidad o quizá por la inescrutable voluntad de Tzeentch, las tormentas que asolaban la disformidad amainaron. Así, la nave pudo navegar por el espacio hasta llegar a un corte brillante que desgarraba la realidad, una abertura detrás de la cual Tzeentch esperaba para torturar y atormentar las almas de los miles de peregrinos que adoraban a Raezazel.

Sin embargo, aquellos peregrinos eran humanos, seres propensos al error. El sistema de navegación de la nave no detectó uno de los muchos mundos que flotaban a la deriva por el Ojo del Terror, moviéndose a merced de las tormentas de la disformidad. Cuando la nave salió de la disformidad,

uno de aquellos planetas se cruzó en su trayectoria, y quedó atrapada por la inmensa fuerza del campo gravitacional que la atrajo indefectiblemente hacia la superficie.

Los peregrinos gritaban despavoridos. Raezazel montó en cólera. Jamás había estado tan cerca de cumplir la voluntad de Tzeentch. Si hubiera conseguido entregar todas aquellas almas a su dios, a buen seguro habría sido recompensado con un puesto privilegiado que le habría permitido comprender mejor el gran misterio del universo. Pero ahora aquel plan se había visto truncado por una cuestión técnica, imprevista y mundana. Raezazel permaneció en la nave y recurrió a la hechicería para intentar retomar el rumbo, pero los poderes del demonio resultaban inútiles contra la gravedad de todo un planeta.

A través de la ventana de observación, los peregrinos contemplaron la enorme estrella de ocho puntas horadada de la superficie del planeta, una gigantesca cicatriz de ríos y canales llenos de sangre. En aquel momento, muy pocos se dieron cuenta del terrible destino al que el profeta los había condenado.

Finalmente, la nave se estrelló sobre una de las ciudades. El navío resultó ser muy resistente, de modo que la estructura se mantuvo prácticamente intacta, aunque no pudo decirse lo mismo de las miles de almas que viajaban en el interior. La locura y el baño de sangre que se desencadenó a continuación fueron de tal magnitud que el eco de la muerte se extendió por todo el planeta. Raezazel consiguió escapar de la nave y esconderse entre los callejones ensangrentados de una de las ciudades. Poco después sería desafiado y derrotado por el joven campeón Venalitor.

Ésa era la verdad que Alaric consiguió extraer de la memoria iracunda del demonio.

El nombre de aquel planeta era Drakaasi.

El nombre de la nave era *Martillo de Demonios*.

Poco después de que el conciliábulo de esclavos se disolviera, Alaric encontró al teniente Erkhar en el pequeño templo oculto en las entrañas del *Hecatombe*. Erkhar se encontraba solo. El resto de fieles permanecían en algún otro lugar, rezando en silencio y suplicando misericordia ante la

crueldad que estaba a punto de desatarse en los juegos de Vel'Skan. El teniente estaba de rodillas, con la cabeza inclinada frente a la cabeza de piedra que los fieles utilizaban como altar.

—Sé cómo te sientes —dijo Alaric después de un largo silencio—. Intentas escuchar la voz del Emperador y distinguir sus palabras entre la confusión de tus propios pensamientos. Él está ahí dentro, en algún lugar, pero es la disformidad la que debe encontrarlo.

Erkhar levantó la cabeza. Parecía no haberse percatado de que Alaric estaba allí.

El caballero gris se acercó. Se dio cuenta de que el rostro de Erkhar estaba pálido y tenía una expresión adusta.

—¿Acaso no me crees?

—Ya no sé qué creer. Aún conservo mi fe, pero es una fe que ha cambiado.

—Sabes muy bien que lo que les he contado a los demás es cierto, Erkhar. El libro del que has sacado todos tus sermones lo encontraste en este planeta, ¿no es cierto? Creo que fue escrito por uno de los seguidores de Raezazel el Profeta. Cuando la mente del demonio entró en contacto con la mía pude verlo todo, y comprendí en qué consistía realmente el Martillo de Demonios. Después de todo no es ningún arma milagrosa, ni tampoco una metáfora de vuestro sufrimiento. Se trata de una nave, una nave que aún está ahí.

—¿De modo que todo aquello en lo que creemos no es más que el producto de la corrupción y de las mentiras urdidas por un demonio? —inquirió Erkhar. El teniente extrajo un libro de oraciones de la chaqueta del uniforme, un volumen ajado y envejecido por el paso del tiempo. Se lo entregó a Alaric.

El caballero gris comenzó a leerlo. Erkhar permaneció sentado, mirándolo. Alaric no podía imaginar cómo debía de sentirse después de ver como todo aquello en lo que creía se derrumbaba.

Aquel libro era el diario de bitácora de la nave, escrito por un capitán cuya mente estaba gobernada por el fervor religioso. La entrada de cada día estaba escrita como una parábola. El capitán describía la nave como una

metáfora de la fe, y el periplo hacia la Tierra Prometida como un viaje del alma, lodos los pensamientos estaban descritos bajo la apariencia de sermones o himnos. Cualquiera que no supiera de la existencia de aquella nave habría pensado que el *Martillo de Demonios* no era más que una metáfora entre muchas otras.

—La fe no es una mentira —replicó Alaric—. ¿Cuántos de tus fieles habrían sobrevivido sin ella? ¿Cuántos habrían sido corrompidos?

—¿Qué te importa a ti eso? —le espetó Erkhar—. Tú nunca has creído. Jamás. Nosotros éramos un recurso de fe inagotable, esperando para ser explotado. ¿Y ahora ese demonio asegura que fue él quien trajo el *Martillo* hasta aquí?

—Yo mismo lo vi en el interior de su mente —afirmó Alaric—. Estaba tan claro como el sol de la mañana.

—¿Y cómo sabes que no es más que otra mentira? —Erkhar se puso en pie. Alaric acababa de decirle a aquel hombre que todo aquello en lo que creía no era más que una invención, y su incredulidad empezaba a convertirse en ira—. Puede que esto no sea más que otro truco del demonio para intentar acabar con nosotros, o quizá sea otra de las argucias urdidas por el Dios de la Mentira.

—Dudo mucho que el plan de Raezazel contemplara la posibilidad de no poseerme —dijo Alaric.

—Para ser alguien que se dedica a luchar contra los demonios parece que confías mucho en ellos. ¿Qué pruebas tienes de que el *Martillo* aún sigue aquí?

—¡Ninguna! —gritó Alaric, dejándose llevar por la frustración—. ¡No hay ninguna prueba! Pero esto es todo lo que tenemos. Creo saber qué es el *Martillo*, dónde se oculta y cómo puede sacarnos de este planeta. ¿Alguna vez has estado tan cerca de salir de aquí? Quizá todo esto sea una mentira, puede que el *Martillo* jamás haya estado aquí. O puede que esa maldita nave no esté en condiciones de volar, pero aun así es la mejor oportunidad que tendremos jamás. ¿Cuánto tiempo piensas esperar por tu Tierra Prometida, Erkhar? ¿Hasta que el último de vosotros esté loco o muerto?

Erkhar negó con la cabeza.

—Incluso ahora sigues intentando utilizarnos. Necesitas una tripulación, y mis fieles y yo somos lo más parecido a eso que has podido encontrar. Si no te sirviéramos para nada, dejarías que nos pudriéramos en este agujero.

—No —replicó Alaric—. Todos nosotros vamos a salir de aquí. Os necesito para pilotar el *Martillo*, es cierto, pero más que eso, os necesito para herir de muerte a Drakaasi. Piénsalo, teniente, si los mejores esclavos de este planeta desaparecieran delante de las narices de sus señores, y además en pleno apogeo de los grandes juegos, ¿cuáles serían las consecuencias? Piensa en el agravio que supondría para su dios. Piensa en las purgas que se producirían. Y si todo esto no te sirve, piensa en la expresión de sus rostros cuando se den cuenta de que hemos huido. Antes o después acabarás muriendo en este planeta, y tu cráneo será uno más de los muchos que yacen junto al trono de Khorne. Si tuvieras la más mínima oportunidad de evitar que eso ocurriera, ¿no sería tu deber intentar aprovecharla?

—Sobrevivir no es suficiente.

—Pero conseguirías derrotar a Khorne, ¿no sería eso más que suficiente?

Erkhar se derrumbó sobre el altar improvisado. Levantó la vista para mirar a Alaric mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo único que deseo es abandonar este lugar… lo deseo con toda mi alma… y ahora esa oportunidad por fin ha llegado… Pero ¿qué pasará si no fuera más que otra mentira? Ya ha habido muchas, juez, muchas mentiras sobre el Imperio, mentiras sobre el Emperador. Ahora descubro que han sido las mentiras de un demonio y la desesperación de un puñado de peregrinos condenados lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Qué verdad puede haber en todo eso?

—Piénsalo de este modo —insistió Alaric mientras se agachaba para evitar que Erkhar se sintiera intimidado ante su imponente figura—. Si fracasamos, moriremos en este planeta. Pero yo siempre he creído que cuando muramos, el Emperador nos reclamará en el fin de los tiempos para luchar junto a él contra la oscuridad del universo. Pensándolo detenidamente no es un destino tan malo. Morir intentando herir el orgullo del Dios de la Sangre… En fin, por lo menos es una buena historia que contar a los otros fantasmas.

—Que el Emperador me perdone. Deseo salir de aquí. Deseo… deseo morir. No puedo ver sufrir a mis fieles ni un minuto más. No soy más que un hombre. Un santo resistiría. Un santo estaría dispuesto a convertirse en mártir con el único fin de demostrar a la galaxia lo que el Emperador y la fuerza de la fe son capaces de hacer.

—Un santo sacaría a sus seguidores de Drakaasi, los devolvería a la luz del Imperio y predicaría por toda la galaxia lo que hubiera aprendido —dijo Alaric—. Puede que no seas más que un hombre, Erkhar, pero todos nosotros lo somos. Si sobrevives, te convertirás en algo más. Si no conseguimos escapar, moriremos con honor, que es más de lo que muchos ciudadanos consiguen en toda su vida.

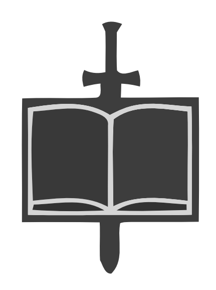
—Este planeta quedará herido de muerte —manifestó Erkhar—. ¿Lo juras?

—Lo juro, teniente. Si eres capaz de pilotar el *Martillo de Demonios* y sacarnos de aquí, este planeta jamás olvidará semejante humillación.

—Y nos iremos todos. Todo el que tenga sitio en la nave.

—Todos.

—Entonces cuenta conmigo.



Veinte

Los escaefílidos soltaron los amarres del *Hecatombe* y comenzaron a tirar de ellos, haciendo que el barco avanzara por la gorguera de una gigantesca armadura dispuesta boca abajo. En el interior de aquella enorme estructura, la oscuridad era total, rota tan sólo por los destellos rojizos de los ojos de miles de demonios alados que revoloteaban de lado a lado. El barco avanzaba penosamente por el sumidero de sangre que se extendía bajo Vel'Skan, donde confluían los desechos de los miles de sacrificios que se llevaban a cabo en los altares de la ciudad. Durante las temporadas de mayor fervor, el número de sacrificios era tal que la sangre llegaba a inundar las zonas más antiguas de la ciudad. Para los habitantes de Vel'Skan no había mejor presagio que el hecho de que la sangre de los sacrificados alcanzara las marcas talladas en la armería de la ciudad, y en los albores de la batalla por el título de campeón de Drakaasi la marea de sangre había cubierto esas marcas por completo.

El *Hecatombe* llegó hasta la prisión, una gigantesca maraña de puntas de bronce y hojas de acero que una vez fue un descomunal instrumento de tortura. Estaba situada justo debajo del coliseo de Vel'Skan y albergaba a todos los esclavos de la ciudad, entre los que se encontraban muchos de los supervivientes de la caballería acorazada de Elathran.

El navío de Venalitor quedó amarrado en los muelles para evitar que los esclavos del duque se mezclaran con los del coliseo de Vel'Skan. El propio Venalitor abandonó la nave acompañado por su guardia de honor de escaefílidos, elegidos de entre los más valerosos guerreros de aquel pueblo insectoide del que Drakaasi apenas sabía nada.

Muchos de los esclavos se afanaban llevando a cabo entrenamientos de última hora, o seleccionando las armas que usarían en la arena. Otros rezaban. Algunos incluso lloraban desconsolados convencidos de que el final estaba cerca, y de que se disponían a encontrar la muerte bajo la ávida mirada de los espectadores del coliseo. Los orkos estaban inusualmente tranquilos. Su líder, el orko de una sola oreja, los había estado arengando durante horas en la lengua primitiva de aquellos seres repugnantes. Pocos esclavos sabían que Alaric tenía planeado escapar, y muy pocos eran conscientes de la locura que los esperaba cuando consiguieran huir del coliseo. Pero lo que sí sabían es que a Venalitor no le importaría verlos a todos muertos, siempre y cuando eso ocurriera sobre la arena de Vel'Skan.

* * *

—Estoy preparado, juez —dijo Haggard—. Yo también lucharé.

—Sabía que lo harías —contestó Alaric—. Al igual que sé que no hay nada que pueda hacer para evitarlo, ¿no es así?

—¿Acaso no quieres contar con otro aliado más?

—Nos ayudaría mucho que siguieras con vida —afirmó el caballero gris —. Nadie sabe lo que ocurrirá ahí fuera, pero me atrevería a decir que cuando todo haya terminado, necesitaremos un buen matasanos.

—Nada de lo que ocurra ahí fuera importará si no lo conseguimos —contestó Haggard—. Yo también fui un soldado, y puedo luchar, aunque me sería de mucha ayuda si en algún momento pudieras conseguirme un arma de fuego; nunca he sido muy bueno con la espada.

—Veré qué puedo hacer.

Haggard ya había escogido las armas con las que saltaría a la arena: una espada y un escudo que estaban apoyados sobre el banco que el cirujano normalmente usaba para operar.

—Nunca volveré a intentar remendar a nadie sobre esta losa —declaró —. He estado encadenado a este maldito bloque durante años. Resulta difícil pensar que jamás volveré a tener a nadie desangrándose sobre este banco.

—En el *Martillo de Demonios* hay una cubierta médica —lo informó Alaric al recordar las imágenes de la nave que había visto en la mente de Raezazel—: autocirujanos, tejedores de sinteticarne, puede que incluso haya servidores médicos.

Haggard esbozó una leve sonrisa.

—No intentes convencerme, juez. Antes tenemos que llegar hasta allí.

—Y estoy seguro de que lo conseguiremos. Sólo te pediré una última cosa. La hoja que me extrajiste, ¿aún la conservas?

—¿La espada? Sí, aún la tengo.

—Entonces voy a necesitarla.

—Como arma no te será muy útil, juez, es poco más grande que una daga.

—No la necesito para luchar.

—Muy bien.

Haggard metió la mano en uno de los bolsillos del delantal y extrajo un objeto cuidadosamente envuelto en uno de los fragmentos de tela que empleaba como vendas. El cirujano se lo entregó a Alaric.

—Tengo la impresión de que está envenenado —le advirtió Haggard—. Supongo que tu cuerpo de marine espacial será inmune, pero me temo que yo no habría tenido tanta suerte.

Alaric deshizo la envoltura. Dentro estaba la hoja de metal que Haggard le había extraído del pecho después de la revuelta de Gorgath. El caballero gris recordó que la herida que aquella hoja le había infligido aún no había sanado por completo, y cuando lo hiciera, quedaría una cicatriz bien visible. Era un fragmento de metal de color negro verdoso del que aún goteaba el veneno. Haggard tenía razón, sin el metabolismo modificado de un marine espacial aquella sustancia tóxica habría acabado con él. Alaric podía haber

muerto una docena de veces en Drakaasi, pero acabar con un marine espacial no era tarea sencilla.

—¿Qué es lo que tienes pensado hacer con ella?

—Ese secreto me lo guardaré para mí mismo, si no te importa —contestó Alaric.

—Comprendo, eso no es asunto mío. —Haggard comprobó la distribución del peso de la espada que había escogido. No era una mala elección para tratarse de un guerrero con poca experiencia: un arma corta y de hoja ancha, pensada para dar estocadas rápidas. No le serviría de nada si tenía que enfrentarse cuerpo a cuerpo contra alguien mejor entrenado, pero era perfecta para atravesar el estómago de un enemigo desprevenido—. Cuando llegue el momento, Alaric, ¿me buscarás entre la multitud?

—Es imposible saber si podré hacerlo —contestó el caballero gris—. Lo intentaré, pero todo va a ser demasiado caótico como para prometer nada.

—Al menos no os vayáis de este planeta sin mí.

—Todos saldremos de aquí, Haggard, y si alguien cree que tú no debes estar entre nosotros, tendrá que enfrentarse a mí.

—Lo sé… Pero ya me abandonaron una vez, en Agripina. Si eso vuelve a ocurrir, será el fin. Yo mismo me quitaré la vida con esta espada.

—Eso no será necesario. Al menos, eso sí te lo puedo prometer. Ahora yo también tengo que buscar un arma, mi hacha se quedó clavada en un guardia ophidiano en Gorgath.

—Elige sabiamente, Alaric. Te harán luchar contra los mejores. Ahora eres una estrella y quieren ver espectáculo.

—Puedes estar seguro de que vamos a dar espectáculo —afirmó Alaric—, pero no será el que ellos esperan ver.

* * *

Con unos ojos que parecían echar llamas y una piel ardiente, los carceleros eran el terror de la prisión de Vel'Skan. Seres crueles y calculadores que

trataban a los prisioneros como objetos a los que moldear mediante el miedo y la brutalidad hasta convertirlos en carnaza para los coliseos. El líder de los guardias, un ser enorme llamado Kruulskan, con un rostro deforme que recordaba al hocico de un cerdo, dio orden de llevar a los prisioneros a las cámaras de preparación.

El eco de la multitud que aguardaba en el coliseo llegaba hasta los oídos de los gladiadores. Cientos de miles de voces se alzaron entonando un himno de sangre y violencia. En aquel mismo momento, la sangre empezó a gotear por los muros, empapando el suelo de arena; era el resultado de los sacrificios previos al gran combate. Los gritos de los sacerdotes se elevaban sobre el fervor de la multitud. Estaban interpretando las palabras de Khorne mediante las figuras que la sangre dibujaba sobre la arena y comunicando a los graderíos los designios del Dios de la Sangre. Aquél era un sonido muy familiar para la escoria que llenaba el coliseo de Vel'Skan, pero jamás aquellas criaturas lo habían oído elevarse con tanta nitidez, la sangre jamás había goteado por los muros de bronce y por las hojas de acero como aquel día.

Las cámaras de preparación contenían la colección de armas de la prisión, de entre las que los látigos y las hojas curvas eran la elección preferida. Los soldados de Hathran escogieron las espadas que más se parecían a aquellas con las que habían luchado sus predecesores, las tribus guerreras de un mundo que jamás les había parecido tan lejano. El resto de los esclavos, muchos de ellos ciudadanos imperiales apresados en incursiones llevadas a cabo a través del Ojo del Terror, intentaban equiparse con cualquier cosa que pareciera útil.

Muchos de esos esclavos jamás volverían a atravesar las puertas de aquellas cámaras, nunca más volverían a sufrir la ira del látigo de Kruulskan. O bien conseguían escapar o bien morirían sobre la arena. No les quedaba más remedio que confiar en el marine espacial, aunque muchos culpaban a los caballeros grises del desastre de Sarthis Majoris. Sin embargo, Alaric era el mejor aliado que podrían encontrar en todo Drakaasi. Era su única oportunidad.

—¡Ahora vais a morir! —gritó Kruulskan al tiempo que hacía restallar el látigo—. ¡Los más afortunados de entre todos vosotros morirán aquí y ahora! ¡Regocijaos, pues la muerte es vuestro sirviente! ¡Dadle la bienvenida! ¡Adorar a Khorne, vuestro señor, y preparaos para morir por él!

Kruulskan estaba exultante. Contemplar a aquellos hombres y mujeres condenados mientras se preparaban para entretener a los más poderosos habitantes de Drakaasi parecía causarle una enorme satisfacción.

Sin embargo, algunos de aquellos esclavos, los pocos que sabían lo que se avecinaba, se limitaban a esperar pacientemente a que el verdadero espectáculo diera comienzo.

* * *

Uno de los escaefílidos se acercó hasta Alaric y le ordenó que descendiera a la cubierta inferior. El caballero gris no tuvo más remedio que seguir a aquella criatura, pues sabía que aquél no era el mejor momento para levantar ningún tipo de sospecha. Fue llevado hasta la armería que había bajo la cubierta de los esclavos y recibió la orden de prepararse.

Alaric era famoso, y alguien como él tenía que tener un aspecto que lo diferenciara de los demás. Había perdido todo su equipo en Gorgath, pero no iba a sustituirlo con la armadura oxidada de un esclavo. En el coliseo de Vel'Skan portaría la nueva armadura del Traicionado.

—En este momento se me ocurren muchísimas preguntas —dijo Alaric.

—Sin embargo, te queda muy poco tiempo —contestó el herrero.

Exactamente igual que cuando Alaric lo vio en Kharnikal por primera vez, el herrero estaba trabajando sobre un yunque, engarzando los eslabones de una cota de malla con un par de tenazas que refulgían al rojo vivo. La forja se encontraba en una de las muchas cámaras ocultas en las entrañas del casco del *Hecatombe*. La silueta del herrero se perfilaba sobre la luz rojiza. Justo al lado tenía el peto de una magnífica armadura, con decenas de placas móviles entrelazadas como el caparazón de un insecto. Por el tamaño de

aquella armadura, resultaba obvio que sólo podía haber sido concebida para Alaric.

—¿Quién eres?

—Soy tú —contestó el herrero—. Si llega el día en que te rindas. El hombre se dio la vuelta y Alaric reconoció al instante las cicatrices quirúrgicas y el caparazón negro bajo la piel del pecho.

—Eres un astartes.

—No —contestó el herrero mientras sonreía, dejando entrever unos dientes blanquecinos—. Hace tanto que dejé de ser un marine espacial que el tiempo ya ha perdido todo significado. Pero aun así soy como tú. Yo también fui capturado hace tiempo por uno de los señores de este planeta. Ahora ese señor está muerto, pero sigo siendo un sirviente. —El herrero se miró las manos, destrozadas tras años de trabajo en el yunque—. Estas mismas manos forjaron las armas que mataron a tus camaradas en Sarthis Majoris. Yo soy tu enemigo. Me mantienen con vida porque mis habilidades son demasiado valiosas. Soy un sirviente del Caos que no se diferencia en nada de cualquiera de los sacerdotes de Khorne. Ya no soy un astartes.

—¿A qué capítulo pertenecías?

El herrero levantó la vista para mirar a Alaric. En aquel viejo rostro abrasado aún quedaba algo de espacio para la compasión, aunque parecía que durante mucho tiempo no había reflejado nada más que desesperación. La humanidad de aquel rostro se había ido erosionando hasta que sólo quedó un leve atisbo de ella en lo más profundo de los ojos.

—No lo recuerdo —contestó—. Pero el Martillo, ¿es real?

—Sí, lo que me dijiste en Gorgath era verdad. El Martillo está en este planeta, y es una nave.

El rostro del herrero pareció descomponerse. Era como si hubiera perdido la capacidad para mostrar cualquier expresión de satisfacción.

—¡Una nave! ¡Claro! ¡No es ningún artefacto mágico, es una nave! De todas las armas que podían permanecer escondidas en Drakaasi ésa es la que más daño podría hacerle a este planeta. —Los ojos del herrero se habían iluminado—. Hasta ahora no había oído más que leyendas, pero esto es diferente. ¿Aún conservas el arma que te di en Gorgath?

—No. Intenté escapar, pero fui capturado de nuevo y la perdí.

—Es una pena, estaba realmente orgulloso de ella.

—Si te sirve de consuelo, me ayudó a matar a un buen número de hombres.

—En ese caso, al menos no fue un trabajo inútil. —El herrero señaló hacia la armadura que había junto a él—. Te han enviado aquí para que te la entregue.

—Hay mucha gente ansiosa por saber si conseguiré sobrevivir ahí fuera, supongo que así les resultará más fácil reconocerme entre la multitud.

—Éste ha sido mi mejor trabajo —afirmó el herrero—. He esperado durante mucho tiempo a que llegara alguien como tú. No se trata de proteger al guerrero, cualquier trozo de metal oxidado puede cumplir esa función, la maestría reside en reproducir a la perfección la forma del soldado que la porta, en crear una segunda piel de metal que sea una proyección del propio guerrero, el rostro con el que se mostrará ante el mundo. Forjar una armadura es un arte, caballero gris, y ese arte es lo único que me ha ayudado a no caer en el olvido.

—¿Fue Venalitor quien te ordenó que la hicieras? —preguntó Alaric mientras comprobaba cómo las placas de la armadura se deslizaban unas sobre otras como las escamas de una serpiente.

—No —contestó el herrero—. Él tan sólo me ordenó que hiciera una armadura para ti, pero esto es mucho más que una simple armadura.

—¿Vendrás con nosotros?

—No, caballero gris, no puedo. Estoy obligado a servir aquí eternamente. Ya ni siquiera recuerdo lo que es la rebeldía. La servidumbre es precisamente lo que me ha permitido ayudarte al forjar esta armadura.

—¿Eres consciente de lo que le ocurrirá a este mundo cuando encontremos el *Martillo*?

—Por supuesto —contestó el herrero—. Y estoy ansioso por que llegue el momento.

Alaric comenzó a ponerse la armadura. Se ajustaba a la perfección a todos y cada uno de los músculos del marine espacial, como si fuera una parte de él con la que se había reunido después de mucho tiempo.

—En ese caso, me temo que ésta será la última vez que nos veamos —dijo Alaric mientras terminaba de ajustarse el peto.

—Sí, así es.

—Tu ayuda ha sido algo inestimable.

—Yo no he hecho nada, caballero gris, después de todo tú eres el martillo, no yo.

Alaric terminó de colocarse la armadura. Era como tener una segunda piel. Después de haberse ajustado las grebas de las piernas, el caballero gris levantó la vista y vio a varios de los escaefílidos de Venalitor. Lo esperaban para escoltarlo de vuelta a la cubierta de prisioneros.

—¿Crees que te servirá de algo, astartes? —preguntó una de aquellas criaturas.

—Estoy seguro de ello —contestó Alaric.

—Entonces ha llegado la hora.

Alaric se volvió, pero el herrero ya se había dado la vuelta. Ahora martilleaba afanosamente la hoja de una espada sin terminar.

Justo en aquel momento, uno de los escaefílidos empujó a Alaric. El herrero desapareció.

* * *

—Ya ha comenzado —dijo Alaric.

Los esclavos de Venalitor aguardaban en una enorme cámara bajo los graderíos del coliseo, vigilados por los escaefílidos y por soldados de la Guardia Ophidiana. Casi con toda seguridad los habían destinado allí para asegurarse de que Alaric no iniciaba otra revuelta.

—Eso parece —asintió Kelhedros. El eldar llevaba su característica armadura verde y tenía dos espadas enfundadas a la espalda para recurrir a ellas en caso de que la espada sierra no fuera suficiente.

—Entonces deberías ponerte en marcha.

Los esclavos habían sido llevados desde la cubierta superior del *Hecatombe* directamente a las entrañas del coliseo. Aquella construcción, incrustada en el bosque de espadas y lanzas de Vel'Skan, era una esfera gigantesca erizada de hojas afiladas. Los escaefílidos se situaban a ambos lados del pasaje que llevaba hasta la arena, hostigando a los prisioneros para que siguieran avanzando.

—¿Sigues creyendo que es mejor que vaya solo?

—Eres experto en colarte en lugares en los que no deberías estar —dijo Alaric—. Eres el único que puede hacerlo.

—Muy bien —asintió Kelhedros—. Pero no puedo prometerte nada, humano.

—No espero que lo hagas, eldar, pero aún hay una última cosa.

—Sea lo que sea, que sea rápido.

—Usa esto. —Alaric le entregó a Kelhedros la hoja oscura que estuvo a punto de acabar con él.

—¿Esto? —preguntó el eldar, mirando con desprecio aquel fragmento de metal poco más grande que una daga—. Creo que la espada sierra será mucho más efectiva.

—Esta hoja está envenenada —dijo Alaric—. Créeme, la necesitarás, pero asegúrate de dejarla en la herida para que el efecto sea mortal.

Kelhedros no respondió. Miró a su alrededor para estudiar los movimientos de los escaefílidos. Acto seguido cogió la hoja envenenada y desapareció saltando al canal que discurría junto a los pies de los esclavos. Ningún escaefílido se percató. Sea lo que fuere lo que enseñaban a los eldar en la Senda del Escorpión, resultaba evidente que una parte importante del entrenamiento consistía en moverse sigilosamente sin ser descubierto. Alaric ni siquiera oyó el ruido de Kelhedros al caer sobre el canal de sangre. El eldar había desaparecido sin dejar rastro.

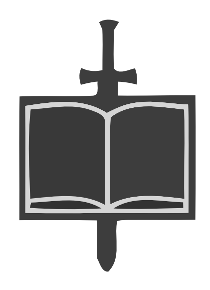
Alaric se movía en medio de la marea de esclavos que avanzaba por los pasadizos horadados en las entrañas del coliseo. El estruendo de la multitud se hacía cada vez más y más fuerte. Estaban cantando, dedicando himnos a Khorne o gritando insultos a las facciones contrarias, aclamando a los señores del planeta y reclamando su dosis de sangre con impaciencia. Alaric

agarró con fuerza la empuñadura de la espada con la que había decidido luchar. No tenía ni la más mínima idea de qué les estaría esperando en la arena, pero sabía que cualquier esclavo que quisiera escapar de Drakaasi iba a tener que sobrevivir a ello.

De pronto, la luz apareció al final del pasadizo. Después de la oscuridad reinante en el *Hecatombe*, aquella claridad resultaba cegadora. Los esclavos que avanzaban delante comenzaron a saltar a la arena, deslumbrados y aturdidos.

Alaric los siguió hacia el exterior. El clamor de la multitud se elevó enfervorizado cuando el caballero gris saltó al coliseo de Vel'Skan.

La multitud clamaba enloquecida. Llevaban mucho tiempo esperando aquel momento. Habían acudido allí sólo para ver a Alaric el Traicionado. Y ahora, por fin, iban a tener el privilegio de verlo morir.



VEINTIUNO

El palacio de lord Ebondrake estaba conectado directamente con el coliseo mediante una espléndida galería de mármol y bloques de sangre congelada. Unos enormes candelabros iluminaban las estatuas y los retratos de los grandes campeones de Drakaasi. El general Sarcathoth destacaba por encima de todos ellos, una enorme y musculosa figura tallada en mármol a la que parecía envolver un halo de odio en estado puro. También había un gigantesco retrato de la Dama de la Malicia, una maestra torturadora que sirvió a los señores de Drakaasi durante siglos, y cuya imagen apenas podía contener la despiadada hermosura de su rostro y la gran cantidad de instrumentos de tortura que colgaban de un muro a sus espaldas. También estaba Kerberian, el Señor de las Tres Cabezas, junto a Rajah, el Demonio de Aelazadne, y Morken Kruul, el heraldo del mismísimo Khorne. Cada uno de ellos era un recordatorio de lo que todo señor de Drakaasi aspiraba a ser. También había un pedestal vacío esperando para recibir la estatua de Ebondrake, pues cuando la cruzada de Drakaasi le asestara el golpe definitivo a un Imperio que agonizaba, el dragón por fin se habría ganado el derecho de colocar su efigie en aquella galería.

—He de reconocer que me gusta tenerte cerca, joven duque —dijo Ebondrake mientras caminaba majestuoso por el corredor.

—Eso supone todo un honor para mí, mi señor —contestó Venalitor mientras avanzaba junto al dragón. Por una vez, ambos estaban solos, sin la compañía de los escaefílidos ni de la Guardia Ophidiana.

—Así me resultará más fácil reconocer la traición —continuó Ebondrake —, y devorarte sin contemplaciones al más mínimo atisbo de ella.

—¿Devorarme? Había oído que así era como acababais con vuestros enemigos en el pasado, pero desconocía que esas leyendas fueran ciertas.

—Por supuesto que lo son. He devorado infinidad de enemigos. Resulta difícil tener un cuerpo como el mío y no ceder ante la fuerza de su apetito. Muchos espías y enemigos, y también algún que otro psicópata, han bajado por esta garganta escamosa. Con los más débiles suelo mostrar misericordia y los mastico antes de engullirlos, pero los que realmente despiertan mi ira mueren de una sola pieza. Sentir cómo se retuercen de dolor mientras se disuelven en los jugos gástricos es una sensación verdaderamente placentera.

—Tal y como están las cosas, lord Ebondrake, ésa me parece una forma de morir bastante civilizada.

—Y también necesaria, Venalitor. Tú tienes un gran potencial, pero nada más. Eres ambicioso, y no cabe duda de que te beneficiaría que mi propia cruzada acabara conmigo muerto. Así los conspiradores podríais repartiros este mundo. —Ebondrake se detuvo para mirar hacia las estatuas y los retratos que decoraban las paredes—. Todos estos señores llegaron al poder en periodos tan convulsos como éste, y acabaron su reinado de la misma manera. Así son los designios del Caos, y los designios de Drakaasi. Mi deber es postergar ese destino tanto como me sea posible. Es probable que tanto el Señor de los Huesos como Scathach ya se hayan acercado a ti para proponerte una alianza, con la esperanza de poder acabar conmigo durante la cruzada y así poder repartiros este mundo. Te aconsejo que no los escuches, Venalitor. Para llegar hasta donde estoy he tenido que acabar con conspiradores infinitamente más ambiciosos e inteligentes que tú.

Venalitor reflexionó durante unos instantes.

—Esa idea ya ha cruzado por mi mente, mi señor. Codicio el poder que vos ostentáis, ningún seguidor de Khorne estaría en su sano juicio si no lo hiciera, pero os aseguro que yo prefiero estar donde está el poder. Y eso

significa que ahora mismo estoy a vuestro lado. Resulta más probable que alcance el poder con vuestra bendición que con vuestra oposición. Soy joven, mi señor, y a buen seguro viviré más tiempo que vos, y aunque es cierto que soy ambicioso, también puedo ser muy paciente.

Ebondrake esbozó una de sus sonrisas más peligrosas.

—Eso es exactamente lo que quería oír. Llegarás lejos, joven Venalitor.

Duque y dragón continuaron avanzando por la galería, al final de la cual se abría un enorme balcón tapizado de seda escarlata reservado para los señores más poderosos del planeta.

—Tengo entendido —el tono de Ebondrake se volvió de pronto mucho más duro— que el embajador de la disformidad en el feudo de Arguthrax ha sido asesinado, y que su cuerpo ahora cuelga de lo más alto de un altar de Ghaal. Creí que mi opinión sobre este asunto había quedado clara.

—Sé exactamente lo mismo que vos, mi señor —contestó Venalitor.

—Esa guerra ha terminado, Venalitor, yo mismo te lo ordené personalmente.

—Ya no existe tal guerra, mi señor —contestó Venalitor con tranquilidad —. Arguthrax y yo albergamos un odio mutuo e irreconciliable, pero ninguno de los dos estamos dispuestos a desperdiciar más sangre.

Al igual que mucho de lo que Venalitor había dicho durante aquel paseo hacia el coliseo de Vel'Skan, esas últimas palabras también eran una mentira. Venalitor había ordenado a los cazadores escaefílidos más cualificados que acabaran con los heraldos y emisarios que componían el nexo de Arguthrax con la disformidad. Quizá aquel demonio se viera incluso obligado a retirarse allí o quedaría aislado de sus semejantes, y entonces Venalitor habría vencido.

—Si descubro que lo que acabas de decir no es cierto, Venalitor, es probable que se me despierte el apetito.

—Dudo mucho que el sabor de Arguthrax sea agradable, mi señor.

—En ese caso te reservaré para que mi paladar se deleite después de engullir al demonio, Venalitor —lo amenazó Ebondrake—. Pero ya basta, no es momento de discutir sobre política. El coliseo nos espera.

Ebondrake y Venalitor salieron al balcón. Se trataba de un mirador hecho a partir de la celada de un gigantesco yelmo que se alzaba majestuoso sobre la arena del coliseo. La Guardia Ophidiana saludó a Ebondrake cuando el señor de Drakaasi apareció entre las almenas desatando una ovación de júbilo entre la multitud. Como respuesta, el dragón gruñó con fuerza y dejó salir una lengua de fuego negro desde lo más profundo de su garganta. Venalitor también saludó levantando la espada hacia el cielo. No había ninguna duda de que el pueblo de Vel'Skan adoraba a su gobernante. Los juegos no podían dar comienzo sin la presencia del dragón.

El coliseo de Vel'Skan se alzaba sobre la masa de armas y piezas de armadura de la ciudad sostenido por docenas de enormes guanteletes, que elevaban el anfiteatro como si fuera un gigantesco cáliz. Aquella copa estaba formada por la empuñadura de un estoque descomunal incrustado en la roca. La guarda de la gigantesca espada formaba los graderíos, alzándose sobre la arena como una majestuosa espiral de acero.

El interior del coliseo brillaba esplendoroso; allí dentro, la muerte se mezclaba con la opulencia. La multitud gritaba enfervorizada desde los enormes graderíos tallados en mármol y obsidiana. Enormes hojas de acero se alzaban en los límites superiores de las gradas, donde permanecían empalados los restos de los muertos más recientes. De vez en cuando, fragmentos de carne putrefacta caían sobre la multitud haciendo que los espectadores lucharan por conseguir hacerse con ellos.

En el coliseo de Vel'Skan, los demonios también eran bienvenidos. Toda una sección del graderío estaba reservada para ellos. En aquellas zonas, las galerías de mármol habían sido sustituidas por enormes depósitos de sangre, donde las criaturas de la disformidad se sumergían en los restos de los últimos sacrificios. Había demonios de toda clase: desangradores, mastines de Khorne, criaturas sin piel sedientas de sangre, y bestias aún más extrañas que se regocijaban retorciéndose sobre las vísceras. Arguthrax también se encontraba allí, rodeado de una guardia de esclavos y vestido para la ocasión. Junto a él también había varios de los señores demoníacos de Drakaasi: la silueta deforme del Señor de los Huesos; Harrowful el

Magnífico, el enorme monstruo canino; y la Niebla Escarlata, cuya sombra rojiza se retorcía en torno a tres ojos amenazantes.

Todo el público había acudido al coliseo vistiendo sus mejores galas. Había innumerables sacerdotes, que se movían orgullosos entre la multitud vistiendo los hábitos de las diferentes órdenes de Khorne. También había soldados, dispuestos a contemplar el espectáculo vestidos con armaduras o uniformes. Muchos de los espectadores pertenecían a las clases altas de Drakaasi, y se afanaban en demostrar su estatus dejándose ver con los ropajes más lujosos y rodeados de esclavos.

Entre ellos también estaban los señores mortales de Drakaasi, desde Ebondrake, que contemplaba el espectáculo recostado en su palco personal, hasta Scathach, sentado muy cerca de la arena y acompañado por un escriba dispuesto a anotar todos los pormenores de la batalla. El Caballero Bermellón vestía una imponente armadura carmesí y estaba rodeado por su guardia personal de guerreros con yelmos plateados. Golgur, el Señor de la Maza, se entretenía lanzando a los esclavos más desobedientes a la jauría de perros mutantes que tenía a sus pies. Incluso Tiresia la Cazadora estaba allí, sobrevolando majestuosa el coliseo a lomos de una ballena voladora negra.

Todos y cada uno de los señores de Drakaasi estaban en el coliseo. A algunos de ellos no se los había visto desde hacía décadas. Pero aquel día todos deseaban mostrar lealtad a lord Ebondrake y al Dios de la Sangre, así como disfrutar del baño de sangre que se había organizado en honor a ambos.

Toda la arena estaba teñida de negro, empapada con la sangre de los sacrificios matinales. Justo en el centro, donde la empuñadura del estoque se unía con la hoja, se alzaba una enorme pirámide escalonada hecha con bloques de mármol. Cada nivel de aquella gigantesca estructura era como un campo de batalla independiente, manchado con la sangre de cientos de generaciones de gladiadores y astillado por miles de estocadas perdidas.

Entre los bloques de mármol aún había algunos huesos incrustados, restos mudos de las ejecuciones más crueles. La cúspide de la pirámide estaba rematada por un enorme zócalo en el que se veía un gran cáliz de bronce. El gladiador que bebiera la sangre de su último oponente en aquella

copa sería coronado como campeón de Drakaasi. Muchos de los señores que estaban en las gradas habían tenido el privilegio de escuchar las ovaciones de la multitud mientras bebían de aquel mismo cáliz, pues aquél era el primer paso para convertirse en paladín del Caos. Aunque también había antiguos campeones que seguían luchando, convertidos en monstruos infrahumanos por la brutalidad infinita de Drakaasi.

—A mucha gente le encantaría poder ver a tu caballero gris en lo más alto de esa pirámide —dijo lord Ebondrake. La voz del dragón casi se perdía en medio del creciente estruendo de la multitud—. Aunque también los hay que han apostado muchos cráneos a que lo verán morir ahí abajo. Este espectáculo tendría el colofón perfecto si culminara con la sangre de tu astartes derramada por la arena.

—Desde que ha llegado a Drakaasi ha aprendido mucho —contestó Venalitor—. Es imposible saber si morirá o no. Pero creedme, luchará encarnizadamente contra cualquier cosa que lancemos sobre él.

—Una vez más, joven Venalitor —dijo Ebondrake—, eso es justo lo que quería oír.

De pronto, las gigantescas puertas de la arena se abrieron de par en par. La multitud clamó enfervorizada mientras los gladiadores salían al exterior, confusos y cegados por el resplandor del coliseo. El público adoraba contemplar el miedo de los esclavos, adoraba aquella inocencia, pues ni siquiera los más pecadores sabían lo que estaba a punto de ocurrirles. Entre la masa de esclavos, los pielesverdes dirigieron sus gruñidos hacia los graderíos. El orko de una sola oreja era uno de los blancos de la multitud, y numerosos espectadores se agolparon en las primeras filas para insultarlo en su propia lengua alienígena. El clamor se elevó aún más cuando una enorme figura cruzó el umbral. Era Alaric el Traicionado, el cazador de demonios, la marioneta del Dios de la Sangre. Muchos de aquellos espectadores lo habían visto luchar recientemente, y disfrutaron viendo cómo había perdido la cordura ante la rabia infinita de Khorne. Pero ahora parecía más tranquilo. Su rostro dejaba ver una expresión adusta mientras esperaba a que el baño de sangre diera comienzo.

La multitud empezó a corear su nombre. Alaric permaneció inmutable.

Todas las puertas que daban a la arena comenzaron a abrirse. Muchos de los señores de Drakaasi habían cedido a sus mejores esclavos para los juegos de Vel'Skan. Pero incluso los mejores gladiadores tendrían que ganarse un sitio en los primeros peldaños de la pirámide, pues en la arena del coliseo había infinidad de esclavos, hombres desesperados que sabían que sólo luchando conseguirían salir de Vel'Skan con vida.

Lord Ebondrake gruñó desde el palco y levantó una de sus garras para reclamar la atención del coliseo. Acto seguido cerró el puño escamoso y lo dejó caer con fuerza sobre las almenas que tenía delante.

A latigazos, los guardias hostigaron a los esclavos para que se alejaran de las puertas. Los gladiadores más valerosos saludaron a la multitud, levantaron las espadas hacia el cielo y comenzaron la carga. Los demás sólo tuvieron tiempo para musitar una breve oración antes de seguirlos.

* * *

—Intentad manteneros con vida —dijo Alaric a medida que los esclavos de Venalitor se iban reuniendo en el centro de la arena.

Todos ellos miraban a su alrededor abrumados por el tamaño descomunal del coliseo.

—Nos matarán si no atacamos —dijo Gearth. Tenía todo el cuerpo decorado con pintura de guerra, y se parecía más a uno de los orkos que a un esclavo humano.

—No, no lo harán —contestó Alaric—. Todos los ojos me estarán mirando a mí. Concentraos tan sólo en manteneros con vida. Cuando hayan acabado conmigo, la caballería de Hathran ya estará aquí.

—Eso espero —dijo Erkhar. Los esclavos de los demás señores ya avanzaban por la arena. Entre todas aquellas figuras humanas y mutantes había algunos gladiadores con un aspecto tan brutal como el del propio Alaric—. Aunque no parece que sobrevivir aquí vaya a resultar nada fácil.

—Confiad en mí —dijo Alaric—. Y en la caballería de Hathran. —Acto seguido, el caballero gris se volvió hacia Erkhar—. Tú y Gearth estaréis al mando de los esclavos.

—¿Cómo? ¿Es que no piensas luchar con nosotros?

—Yo estaré ahí arriba —respondió Alaric mientras señalaba a la gigantesca pirámide que se alzaba en el centro de la arena—. Eso es lo que quieren. Nadie os prestará atención mientras yo les dé el espectáculo que quieren ver.

Los demás esclavos ya corrían en dirección a la pirámide. Algunos de ellos se dirigían hacia los hombres de Venalitor, dispuestos a acabar con tantos oponentes como les fuera posible durante las primeras etapas de la batalla.

Justo cuando se disponía a echar a correr, alguien agarró a Alaric por el brazo. El caballero gris bajó la vista y vio el rostro de Haggard.

—Sé lo que intentas hacer —afirmó el cirujano.

—Entonces sabrás por qué lo hago.

—Quédate con nosotros. No es razón suficiente para morir.

—Si caigo, manteneos junto a Erkhar —dijo Alaric—. Todos conocéis el plan, quedaos junto a él y no os pasará nada.

Alaric dejó atrás a Haggard y echó a correr hacia la pirámide. De pronto, dos mutantes se cruzaron en su camino, pero la espada que Alaric había escogido para la batalla resultó ser sumamente rápida. El caballero gris cortó en dos al primero de ellos y hundió la espada en la garganta del segundo, extrayendo la hoja de la masa carnosa sin ni siquiera aminorar el paso.

Los niveles inferiores de la pirámide estaban repletos de asesinos.

Hombres y demonios caían al suelo cubiertos de sangre y con el cuerpo destrozado. Entonces, Alaric se percató de que algo o alguien corría detrás de él. Era Gearth. El rostro del asesino, pintado para la guerra, tenía una expresión feroz y decidida. En aquellos momentos no había ningún otro lugar en Drakaasi donde Gearth deseara estar.

—¡No pienso perderte de vista, tipo duro! —gritó.

Alaric no contestó. El caballero gris saltó al primer escalón de la pirámide, la superficie de mármol estaba a la altura de la cabeza de un

hombre, pero Alaric llegó hasta ella con un solo impulso.

La multitud bramaba enfervorizada. Alaric el Traicionado iba a morir, y muchos de aquellos espectadores ganarían sus apuestas. Pero el caballero gris estaba decidido a defraudarlos a todos.

* * *

Kelhedros se deslizó entre el muro de espadas que daba acceso al bloque principal de la prisión. Aquel complejo era una estructura aterradora, había sido construida como una máquina de tortura verdaderamente diabólica, dominada por unas hojas tan afiladas que podrían desgarrar todos y cada uno de los tendones de cualquier ser vivo. Sin embargo, había algo admirable en la pureza del propósito con el que había sido construida. Había nacido de un amor incondicional por el sufrimiento. Algún torturador ancestral había vertido en aquella máquina todo su genio.

Kelhedros se arriesgó a echar un vistazo hacia el interior del bloque de celdas. Infinidad de jaulas colgaban de unas enormes hojas de acero que brotaban de la parte superior de los muros. Una compleja red de grúas y pasarelas hacía pensar que aquel lugar había sido concebido para torturar a miles de esclavos. Y, de hecho, aquélla era su finalidad principal.

El eldar se movía sigilosamente por el corredor de acero rodeado de jaulas mientras se deslizaba entre las sombras que dominaban el lugar. En medio de aquella oscuridad, los guardias de la prisión resultaban muy fáciles de detectar; dos ojos ardientes que brillaban sobre un rostro deforme. Aquellos seres no eran más que cascarones de huesos y carne que albergaban a los demonios que los controlaban.

Kelhedros no estaba dispuesto a enfrentarse a ellos. Tratar de matarlos únicamente le haría perder un tiempo muy valioso del que no disponía. Pasó justo por debajo de uno de ellos, que montaba guardia sobre una pasarela elevada. Ni los demonios ni los pocos humanos que había en las jaulas sabían que el eldar estaba allí. Parecía como si Kelhedros pudiera

desaparecer de la realidad cuando no deseaba que nada ni nadie se percatara de su presencia.

Tras la galería de celdas se abrían las cámaras de tortura. El olor era repugnante, parecía convertir el aire en una neblina hedionda. Allí dentro había cientos de máquinas de tortura, complejos artefactos que colgaban de los muros repletos de hojas y de cadenas, como un eco de la propia estructura de la prisión. Muchos de los seguidores de Khorne consideraban que las empulgueras y los hierros candentes no eran suficiente para torturar a un prisionero, de manera que los señores de Drakaasi enviaban allí a muchos de sus esclavos para que aquellas máquinas de precisión les arrancaran la piel a tiras hasta conseguir que confesaran. En aquel terrible lugar, una persona podía ser totalmente diseccionada mientras aún se mantenía viva y consciente. Algunos de los esclavos más rebeldes del coliseo también habían pasado por aquel lugar.

En el centro de la estancia había un bloque de metal del que salían varias correas de cuero. Justo delante, de espaldas a Kelhedros, estaba Kruulskan. El cuerpo del humano que aquella criatura había ocupado era enorme. La piel de la cabeza estaba ennegrecida a causa del fuego que le brotaba de las cuencas oculares, que hacía que la silueta del carcelero brillara sobre la tenue luz mientras Kelhedros se aproximaba. Kruulskan estaba limpiando una selección de hojas, pinzas y otros extraños instrumentos que había junto al bloque de acero.

—¿Qué eres? —preguntó Kruulskan con una voz aguda y chirriante.

Kelhedros se detuvo en seco. Acto seguido retrocedió intentando perderse de nuevo entre las tinieblas.

—Debes de ser sumamente hábil para haber conseguido llegar hasta el corazón de este lugar. ¿Acaso eres un demonio? No… No hueles como tal. ¡Un asesino! He vivido milenios en la disformidad y un siglo en el espacio real; no eres el primero que viene hasta aquí para intentar matarme.

Kruulskan se volvió hacia Kelhedros. Las bolas de fuego incrustadas en el rostro del guardia escudriñaron la estancia, pero no consiguieron encontrar al eldar. Sin duda, la penumbra fue de mucha ayuda, aunque las oleadas de dolor y de sufrimiento lo fueron aún más. Eran tantos los

tormentos que había albergado aquella cámara de tortura que Kelhedros casi podía ocultarse entre ellos como si fueran una mortaja.

Kruulskan cogió una espada que tenía justo a su lado y comenzó a caminar lentamente.

—Yo soy capaz de ver cosas que ningún humano podrá ver jamás —dijo el carcelero—. No podrás esconderte de mí. Un terrible demonio habita en el interior de esta cabeza. Y está hambriento. Hace mucho que no prueba el dulce sabor de la sangre. Su última víctima fue un pobre esclavo. Pero tú eres diferente. Tú sabor es mucho mejor. La sangre de los alienígenas es dulce. Sí, puedo oler el vacío que crece en tu interior. Estás muy lejos de tu hogar, eldar.

Kelhedros se deslizaba sigilosamente por la cámara, abriéndose paso entre las sombras e intentando mantenerse alejado de la mirada ardiente de Kruulskan.

—Ya entiendo —continuó el guardia—, estás hecho de sombras.

Súbitamente, Kelhedros emergió de las tinieblas y saltó sobre el bloque de piedra, justo detrás de Kruulskan. El carcelero se volvió con la espada preparada para seccionar la cabeza del alienígena.

Kelhedros cogió un pequeño cuchillo que había sobre el bloque de acero, una pequeña hoja curvada que parecía una hoz en miniatura, y la lanzó directamente contra Kruulskan. La hoja se clavó en el ojo del guardia. Las llamaradas comenzaron a brotar de la cuenca ocular como sangre saliendo a borbotones de una arteria seccionada. Kruulskan empezó a tambalearse mientras soltaba un alarido de dolor.

Kelhedros recogió otra hoja de acero y la lanzó también. El arma comenzó a arder en cuanto se clavó en el hombro del carcelero. Inmediatamente después, otra hoja voladora cercenó los tendones de la muñeca de aquel cuerpo poseído, haciendo que soltara la espada que tenía en la mano. Un cuarto cuchillo se le clavó en la garganta.

Con la mano que aún le quedaba útil, Kruulskan se arrancó la hoja que Kelhedros le había clavado en el ojo. La mitad de lo poco que le quedaba del rostro había desaparecido consumida por las llamas. Perdida entre los restos

chamuscados del cráneo, Kelhedros pudo ver la luz del demonio que habitaba en el interior.

Kruulskan lanzó una carga desesperada, tratando de aplastar al eldar contra el bloque de acero. Kelhedros saltó elevándose sobre el demonio. El carcelero chocó contra el bloque y los instrumentos de tortura cayeron al suelo con un estruendo metálico. El eldar cayó justo detrás del demonio. Kruulskan se dio la vuelta, tragó una bocanada de aire y lanzó una lengua de bilis ardiente directamente sobre Kelhedros. El eldar saltó de nuevo, pero esta vez se agarró a una de las muchas máquinas de tortura que colgaban del muro, moviéndose con agilidad entre las hojas y las puntas afiladas mientras el líquido inflamado se desparramaba por el suelo de la cámara.

Con la única mano que le quedaba, Kruulskan arrancó el bloque de acero y lo lanzó contra Kelhedros. El eldar dio un enorme salto mientras el acero chocaba contra el muro destrozando uno de los instrumentos de tortura. El suelo aún estaba inundado de líquido ardiente, de manera que Kelhedros siguió ascendiendo hasta agarrarse con una mano a una de las vigas del techo. Justo debajo del eldar, Kruulskan tomó impulso.

Con la mano que le quedaba libre, Kelhedros extrajo la daga negra. En aquel momento se sintió agradecido de que Alaric se la hubiera entregado. Era evidente que una hoja de acero convencional jamás habría sido suficiente para acabar con Kruulskan, pero el veneno de aquella daga podría terminar el trabajo.

Kelhedros se soltó de la viga y cayó sobre la espalda del demonio. Hundió la daga directamente entre las costillas. El eldar sintió como la hoja atravesaba la carne y se clavaba en el corazón. Kruulskan dio un alarido y comenzó a revolverse, intentando librarse del peso de Kelhedros. El eldar saltó de nuevo, cayó delante del demonio y lanzó un pie contra su cuello humeante. Acto seguido hundió la hoja directamente en el pecho de la criatura.

El corazón de Kruulskan se partió en dos. Unas llamas verdosas comenzaron a brotar de la boca y de la herida que le había infligido la daga envenenada. Kelhedros retorció la hoja negra para asegurarse de que el veneno hacía el máximo efecto posible. El fuego verde se volvió más intenso.

El eldar se apartó y el cuerpo humano que había sido poseído por aquel demonio comenzó a deshacerse. La daga seguía clavada en el pecho de Kruulskan. El fuego verde la cubrió por completo.

—¡Te encontraré! —musitó Kruulskan. Aquellas palabras se perdieron entre el torrente de llamas—. ¡Regresaré de la disformidad y no descansaré hasta encontrarte, maldita sombra!

Kelhedros arrancó del cuello del demonio una cadena con una enorme llave de bronce. Acto seguido abandonó la cámara justo cuando el cuerpo que el carcelero había poseído explotaba en medio de una nube de fuego verde.

* * *

Regimaiah Corazón de Acero acabó con dos asesinos gemelos conocidos como la Melodía de Sangre. Aethelian, el Martillo Implacable, sostenía un garrote en cada una de sus tres manos mientras aplastaba el cráneo del comandante Thaall, un antiguo oficial del ejército de Scathach caído en desgracia y castigado a luchar en los coliseos. El suplicio del comandante terminó súbitamente cuando su masa cerebral quedó esparcida por el mármol del primer nivel de la pirámide.

Junto a él también murió Sokramanthios el Erudito, un mutante que echaba fuego por la boca y que acababa de ser derrotado por una alianza espontánea entre Murkrellos el Venenoso, campeón de Thurgull, y el Cazador de Pieles. Xian'thal, que vestía una compleja armadura y luchaba con dos espadas unidas por una cadena, estaba rodeado por un grupo de mutantes rabiosos que intentaba hacerlo caer al suelo para descuartizarlo. Xian'thal consiguió decapitar a seis de ellos en pocos segundos, pero no pudo evitar ser empalado por Crukellen, quien le atravesó el cuerpo con una lanza de hueso.

Gearth acabó con Furanka, el Sabueso Rojo, clavando un par de espadas cortas en la espalda de la bestia mutante. La multitud no sabía el nombre de

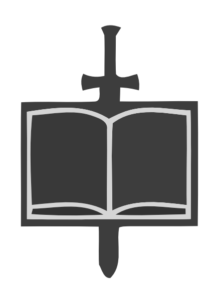
aquel gladiador, pero adoraban la expresión de felicidad salvaje que le teñía el rostro.

Alaric acabó sin piedad con un esclavo humano y esquelético que se abalanzó sobre él con una daga en la mano. El caballero gris golpeó con la bota en el cráneo de su enemigo con tanta fuerza que le destrozó el rostro. Ya estaba muerto antes de tocar el suelo. Alaric se detuvo un momento, mirando fijamente aquel cadáver mientras los demás campeones se masacraban los unos a los otros. En las gradas hubo quien pensó que Alaric el Traicionado se había ido, que su espíritu se había hundido, pero justo en aquel momento, Lethlos, el hijo de Khouros, saltó sobre él. El caballero gris aplastó la cabeza del campeón contra el mármol, apretándola con fuerza hasta que tres de sus ojos se salieron de las cuencas oculares.

En los primeros minutos de la batalla, docenas de combates empezaron y murieron sobre la arena del coliseo. Las carreras de muchos gladiadores terminaron súbitamente pocos instantes después de haber comenzado. Algunos murieron con honor, otros encontraron una muerte vergonzosa a causa de una distracción o de una estocada por la espalda. Había quien mataba con el poder de la fuerza bruta, y quien lo hacía con destellos de habilidad, aunque también los había que mataban con golpes de suerte.

Los esclavos menores luchaban a los pies de la pirámide por ganarse el derecho de seguir a los verdaderos asesinos en el ascenso hacia la cima. Los esclavos de Venalitor estaban rodeados por un grupo de guerreros tribales con una mano de seis dedos marcada a fuego en el pecho. Erkhar y el orko de una sola oreja lideraban a los esclavos formando una extraña alianza. Luchaban para ganar tiempo, una lucha alternativa que estaba teniendo lugar a la sombra del combate principal.

La multitud comenzó a entonar una serie de himnos ancestrales que se elevaron sobre la arena. Los juegos de Vel'Skan no habían hecho más que empezar y ya se había derramado sangre suficiente como para inundar con ella los más majestuosos altares de Khorne. El baño de sangre al que estaban teniendo el privilegio de asistir ocuparía un puesto destacado en los anales de la historia de Drakaasi.



Veintidós

—¡Otra vez tú! —exclamó Dorvas.

La puerta acababa de abrirse de pronto y Kelhedros había aparecido entre las sombras con la llave de Kruulskan en la mano.

—Por supuesto.

La prisión que había bajo el coliseo era un lugar sombrío y nauseabundo. Cada una de las celdas estaba ocupada por dos o tres soldados de Hathran. Los cuerpos poseídos de los carceleros patrullaban por todo el complejo.

—¿Cómo has conseguido evitar al cara de cerdo?

—Matándolo.

Dorvas golpeó la palma de su mano con el puño cerrado. Los demás soldados de Hathran que había en la celda esbozaron una mueca de alivio. Kruulskan estaba muerto. Muchas veces habían soñado con oír esas palabras.

—Rápido, tenemos que movernos —dijo Dorvas.

Kelhedros avanzaba por el corredor abriendo las puertas de las celdas una por una. En el suelo, el cadáver poseído de uno de los carceleros daba los últimos estertores. Dorvas y los demás soldados se abalanzaron sobre él para coger cualquier cosa que pudiera servirles como arma. Cada vez había más soldados reuniéndose en el exterior de las celdas. Un sentimiento de

excitación se mezclaba con el miedo. Los hombres se movían entre las sombras sabiendo que más pronto que tarde se descubriría la fuga.

—Ya conocéis el plan —les habló Dorvas—. Tenemos que llegar hasta la armería, y después hasta la cámara en la que marcan a los esclavos. Si alguien cae herido, no nos quedará más remedio que dejarlo atrás.

Los chillidos comenzaron a inundar el corredor de las celdas. Las hojas de las espadas que formaban la estructura de la prisión reflejaban decenas de ojos rojizos llameantes de ira.

—¡Ahora! —gritó Dorvas.

Los prisioneros se abalanzaron sobre los guardias que se aproximaban. Los soldados de Hathran cayeron sobre ellos como una multitud enfervorizada.

Los poseídos basaban toda su fuerza en el miedo. Los demonios que los controlaban eran seres terribles y crueles, pero los soldados de Hathran cayeron sobre ellos movidos por algo más fuerte que el miedo, más fuerte incluso que el anhelo de libertad.

Por fin tenían ocasión de luchar. Por fin podían buscar la venganza en lugar de agazaparse en sus celdas. Por fin, la caballería acorazada de Hathran cargaba de nuevo.

* * *

Alaric rodeó con una cadena el cuello de Vladamasca, la Portadora de Ira, y tiró con fuerza hasta que la vida comenzó a desaparecer del cuerpo de la mutante. Las serpientes carnosas que tenía por cabello se retorcían mientras Vladamasca luchaba por respirar. Alaric le golpeó la pierna para obligarla a arrodillarse mientras la cadena bloqueaba el flujo de sangre que le regaba el cerebro.

Durante un instante, el caballero gris se preguntó cuántos espectadores del coliseo habrían apostado por ella. El astartes odiaba Drakaasi con toda su alma.

Alaric se deshizo del cuerpo de la mutante con una patada. El cadáver comenzó a deslizarse sobre el mármol ensangrentado. Justo en aquel momento, el caballero gris vio a los esclavos de Venalitor luchando espalda contra espalda. Los orkos no habían perdido la oportunidad de dar su propio espectáculo, y masacraban sin piedad a cualquiera que se les acercara. Gearth estaba en algún lugar a los pies de la pirámide, luchando por ascender. Alaric no sabía si el asesino lo conseguiría, pero esperó que no fuera así.

En aquel momento dirigió una mirada a la multitud. Los espectadores coreaban los nombres de sus campeones favoritos. En medio de la confusión pudo oír el suyo: el Traicionado, el Caballero Caído, el Perro de Caza del Emperador. Otros gritaban expresando consternación por la muerte de Vladamasca. Los señores de Drakaasi estaban tan extasiados como el resto de la multitud, pues los que estaban luchando y muriendo en la arena eran sus propios esclavos. El palco de Ebondrake estaba envuelto en fuego negro y, por un momento, Alaric creyó ver la armadura roja y las hojas brillantes de las espadas de Venalitor.

Aquella visión lo llenó de odio. Jamás pensó que podría llegar a odiar algo tanto como odiaba a Drakaasi en aquel momento. El odio era un sentimiento sagrado para un caballero gris, pero nunca lo había sentido con tanta fuerza como cuando contempló la escoria que llenaba los grádenos del coliseo. Alaric dejó que ese sentimiento fluyera a lo largo de su cuerpo, y deseó con toda el alma que no lo convirtiera en uno de ellos.

El astartes alcanzó el penúltimo peldaño de la pirámide. Una criatura con las pezuñas ensangrentadas estaba arrodillada sobre el mármol, sosteniéndose las entrañas para que no se le salieran del vientre. Alaric apenas se detuvo un instante para romperle el cuello. Aquella bestia había luchado con una lanza de punta dentada que yacía a su lado. Sería un arma más útil que la cadena de púas que Alaric le había quitado a uno de sus primeros enemigos al principio de la batalla, un demonio de piel roja que intentó verter sobre él varios litros de sangre cáustica. Alaric recogió la lanza y subió al último escalón.

La mitad de la multitud que llenaba los graderíos comenzó a vitorear a Alaric el Traicionado, que justo en aquel momento ascendía hasta el pedestal de mármol que coronaba la pirámide. El caballero gris trató de recordar a cuántos campeones de los Dioses Oscuros había aniquilado, pero rostros y mutaciones se le mezclaban en la mente.

Podría haber dejado que el clamor de la multitud le diera la fuerza que necesitaba, pero entonces no sería Alaric, el caballero gris. No era un gladiador que luchara persiguiendo la gloria, era un sirviente del Emperador que luchaba por sobrevivir, y por hacer justicia. En aquella ocasión, la multitud de Drakaasi no sería su fuente de energía.

Tenía un arma en la mano y un enemigo al que matar. Eso era lo único que un ciudadano del Imperio necesitaba, eso y el odio.

La multitud bramaba de excitación. Aquel baño de sangre no había sido más que un prolegómeno. El verdadero espectáculo estaba a punto de comenzar. El campeón debía ganarse la corona.

Mucho antes de que pudiera verlo, Alaric ya sabía qué era lo que subiría arrastrándose hasta la cima de la pirámide: unos ojos pequeños y brillantes sobre unas fauces burlonas y una lengua bífida, un collar de manos cercenadas sobre un torso con cuatro brazos. El sonido del reptil que ascendía deslizándose por el mármol fue una confirmación que Alaric no necesitaba.

—Me alegro de que finalmente hayas sido tú —dijo Skarhaddoth, el campeón de lord Ebondrake—. Últimamente he desarrollado un gusto muy exquisito por los de tu clase.

Visto de cerca, Skarhaddoth era mucho más grande de lo que parecía. Tenía nuevos trofeos que colgaban sobre su pecho escamoso. Seguramente, una de aquellas manos sería la de Hualvarn. En aquella ocasión, Skarhaddoth no llevaba los escudos, y en cada uno de sus cuatro brazos sostenía una cimitarra manchada de sangre.

—Tengo por costumbre provocar digestiones muy pesadas —dijo Alaric.

Los dos contrincantes se movían en círculos, calculando sus movimientos. En aquellos momentos, el aspecto de Alaric no parecía el de un digno oponente. Caminaba pesadamente y le costaba respirar. Su

magnífica armadura estaba tremendamente sucia y abollada. Daba la impresión de que el baño de sangre que se extendió por la pirámide peldaño a peldaño no había sido más que un calentamiento para Skarhaddoth. El campeón de lord Ebondrake estaba cubierto por una capa de sudor hediondo y brillante, y su rostro estaba dominado por una expresión de maldad. Llevaba tiempo esperando aquel momento. Desde que acabó con Elualvarn había deseado acabar el trabajo.

—Dos caballeros grises… —dijo Alaric mientras preparaba sus músculos para el combate que se avecinaba—. Es un buen botín. ¿Qué es lo que te han prometido? ¿La libertad?

—¿Quién necesita libertad? —siseó Skarhaddoth—. ¿Qué tiene esa mentira para que le resulte tan atractiva a la mente humana? ¿Qué más hay en el universo aparte de la muerte y el sonido del acero al atravesar la carne? Y eso es precisamente lo que obtendré: ¡más sangre!

—Si me matas, Ebondrake te dará todo lo que pidas durante la cruzada —dijo Alaric.

—Atacaré en primera línea —contestó Skarhaddoth—. Seré el primero en la vanguardia. Derramaré litros de sangre sobre tierra virgen. ¡El sonido de mi espada se escuchará en toda la disformidad, Traicionado! ¡Khorne se bañará en la sangre que yo derrame!

Alaric sonrió. Aquel sentimiento le resultaba extraño; en medio de aquella vorágine de blasfemia y muerte aún podía experimentar el humor y la alegría. Porque Alaric era humano, y ser humano significaba encontrar esperanza en la más adversa de las situaciones.

—No habrá ninguna cruzada —continuó Alaric—. Sé lo que Ebondrake quiere. También sé lo que tú quieres. Y sé que ninguno de los dos lo tendréis. Quiero que sepáis eso antes de…

—¿Antes de qué, Traicionado?

Aquella pausa duró tan sólo una fracción de segundo, pero durante aquel breve instante fue tanto lo que pasó por la mente de Alaric que el caballero gris no pudo ver nada más que la imagen de Skarhaddoth. El coliseo, la multitud, los juegos, los demonios, los señores de Drakaasi… todo se convirtió en una nebulosa rojiza. Ángulos de ataque y puntos débiles en la

anatomía de Skarhaddoth, el peso de la lanza en sus manos, la sangre que goteaba sobre el mármol… todo aquello fue lo que pasó por la mente del caballero gris. Entonces se acabó. No hubo tiempo para más conjeturas.

Alaric lanzó la estocada. Estaba lo suficientemente cerca como para que la punta de la lanza atravesara el pecho de Skarhaddoth y saliera por la espalda.

El monstruo dio un grito ahogado. Por primera vez, la sonrisa burlona desapareció de su rostro. Bajó la vista para mirar la lanza que le había atravesado el pecho. Acto seguido miró a Alaric.

—Tu posición de defensa es demasiado baja —dijo Alaric. Skarhaddoth se inclinó hacia adelante, deslizándose sobre la lanza mientras luchaba por dar una última bocanada de aire. El rostro de la criatura estaba muy próximo al de Alaric, tanto que el caballero gris sólo tuvo que susurrar—: Me di cuenta cuando mataste a mi amigo. Una cosa así no se olvida.

Skarhaddoth se desplomó sobre el mármol. La mirada de sorpresa aún no había desaparecido de su rostro.

La multitud se quedó en silencio. Alaric había conseguido lo que nadie había podido hacer jamás. Había hecho enmudecer al coliseo de Vel'Skan.

De pronto, el silencio fue roto por una fuerte explosión que abrió un enorme cráter en la arena. Alaric perdió el equilibrio golpeado por la onda expansiva. Una nube de arena ensangrentada cayó sobre él.

El griterío se apoderó del coliseo. Los espectadores furiosos comenzaron a saltar a la arena. La Guardia Ophidiana se movilizó rápidamente para intentar mantener el orden. Los señores de Drakaasi querían saber quién había osado mancillar el espectáculo de Khorne.

En aquel momento, una figura emergió de la nube de polvo y arena. Una silueta alta y delgada que se movía a una velocidad endiablada. Era Kelhedros.

Justo detrás de él aparecieron cuatro mil esclavos con los uniformes de la caballería acorazada de Hathran.

* * *

Alaric sabía que la única manera posible de escapar del coliseo de Vel'Skan era a través de la arena.

Cruzando aquel campo de batalla los esclavos y los soldados de Hathran conseguirían llegar hasta los graderíos, mezclados entre la confusión desatada por la victoria de Alaric y por la irrupción de Kelhedros. Había muchas puertas que daban a la arena, pero Alaric tan sólo estaba interesado en una de ellas, la única que lo llevaría a él y a los esclavos hasta su objetivo final.

No se trataba de un plan perfecto. Los hermanos capitanes y los grandes maestres de los Caballeros Grises jamás aprobarían el caos que Alaric había desatado. Pero era la única oportunidad que tenían de llegar hasta el *Martillo de Demonios*. También era la única oportunidad que les quedaba para escapar de aquel planeta. Pero si Alaric era sincero consigo mismo, verdaderamente sincero, tenía que aceptar que la huida era un objetivo secundario para él.

Muchos de ellos iban a morir. Alaric sabía que los iba a sacrificar para su propio beneficio, pero así era como funcionaba la galaxia. El universo era un lugar muy cruel, lo que significaba que, en ocasiones, Alaric tenía que serlo aún más.

* * *

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor? —preguntó el capitán de la Guardia Ophidiana.

—¿Qué demonios crees que voy a ordenaros? —gritó Ebondrake entre los remolinos de luego negro—. ¡Matadlos a todos!

—Sí, mi señor —contestó el capitán. Acto seguido levantó la espada hacia el cielo y abandonó el palco para unirse al resto de la Guardia, que se

agrupaba en la arena.

Ebondrake se volvió hacia Venalitor.

—Esto es una blasfemia imperdonable, y tu caballero gris es el culpable. Tendrás que responder por esto, Venalitor.

—No tengo ninguna duda al respecto —contestó el duque inmediatamente—. Pero puede que esta catástrofe no sea tan grave como parece. Puede que sea una oportunidad para…

—¡Menos palabras y más muerte! —gritó Ebondrake encolerizado—. ¡Por las puertas del infierno, Venalitor, desenfunda tu espada y empieza a matar a esa escoria!

Inmediatamente, Venalitor desenvainó la gigantesca espada a dos manos que portaba a la espalda y saltó sobre las almenas del palco, cayendo con decisión sobre el graderío que llevaba hasta la arena.

El público se había convertido en un animal rabioso. La victoria de Alaric y la forma en que se había producido fue suficiente como para que los espectadores empezaran su propia revuelta. El campeón de Ebondrake había caído. ¡Y sin dar ni una sola estocada! Había sido una muerte indigna, y no había nada que despertara más odio en Drakaasi que una muerte infame. Y luego vino la explosión, y el torrente de esclavos que habían irrumpido en la arena. Aquello era más que suficiente como para despertar en ellos una ira incontenible. Los espectadores se atacaban los unos a los otros, culpándose mutuamente por mancillar la celebración de sangre de Khorne.

Uno de ellos comenzó a correr hacia Venalitor, un cultista que llevaba un hábito andrajoso y tenía unas tenazas rituales de bronce en lugar de brazos. Venalitor hizo que el charco de sangre que tenía delante se elevara como una lanza afilada para seccionar la espina dorsal de aquella criatura.

—Mi duque —lo llamó la voz anónima de un escaefílido. El amo de esclavos de Venalitor se abrió paso entre los heridos y muertos que yacían en los asientos—. Los escaefílidos están listos y esperan vuestras órdenes. ¿Deseáis que descendamos a la arena?

Venalitor lanzó una mirada a la arena del coliseo. Los esclavos se dirigían hacia la cara norte. Algunos ya avanzaban por los graderíos luchando contra todo aquel que se cruzaba en su camino. Muchos esclavos

de los otros señores también se habían unido a la revuelta. Alaric estaba en lo alto del muro, dirigiendo la sublevación.

—No —dijo el duque—. Se dirigen hacia la puerta norte. Que los escaefílidos se desplieguen allí. La Guardia Ophidiana va tras ellos, si sois lo suficientemente rápidos, podremos encerrarlos entre los dos ejércitos.

—¿Y el caballero gris, mi señor?

Venalitor se quedó pensativo durante un instante.

—Tengo la esperanza de poder matarlo yo mismo, pero si se os presenta la oportunidad, no la dejéis escapar.

—¿Dónde estaréis vos, mi señor?

—Lord Ebondrake me necesitará a su lado —afirmó Venalitor—. Tanto si le gusta como si no.

—Muy bien. ¿Y cuáles son vuestras órdenes?

—Matarlos a todos. Ya lo habéis oído.

El amo de esclavos levantó la mandíbula a modo de saludo, se volvió hacia el destacamento de escaefílidos que aguardaba en la parte superior del graderío y comenzó a chillar órdenes en su propia lengua.

Los escaefílidos empezaron a moverse en dirección a la puerta norte, ignorando la revuelta que se iba extendiendo a su alrededor.

* * *

Alaric no era estúpido. Sabía que una revuelta en Vel'Skan le otorgaría un día de libertad y varios siglos de tortura. El caballero gris perseguía un objetivo, algo más que luchar por su vida. Venalitor se preguntó de qué se trataba. En Vel'Skan no había nada que los esclavos pudieran necesitar, nada que la Guardia Ophidiana no fuera capaz de defender.

Aunque, por otro lado, aún había otra posibilidad. Una oportunidad para llevar a cabo un gesto dramático que, aunque fuera a costarle la vida a todos los esclavos que consiguieran escapar, podría parecer ante los ojos de un sirviente del Emperador como un último canto de cisne antes de morir.

Era una locura, por supuesto, pero el hecho de que Alaric no fuera estúpido no significaba que no estuviera loco. Después de todo, Venalitor había utilizado todos sus recursos para hacerle perder la cabeza.

Ahí sería donde Venalitor podría enfrentarse a Alaric y acabar con él. Incluso si Ebondrake consideraba al duque como responsable de las acciones de Alaric, Venalitor estaba seguro de que nada lo haría ser más respetado por los señores de Drakaasi que elevarse sobre la multitud con la cabeza del caballero gris en la mano.

Aquella situación aún podría resultarle beneficiosa. Aplastando sin ningún esfuerzo a los pocos infelices que osaban interponerse en su camino, Venalitor comenzó a dirigirse hacia la puerta norte.

—Comprendo —dijo Arguthrax—. Todo empezó aquí.

Los esclavos más corpulentos del demonio sapo arrastraban el enorme caldero de bronce en el que iba su amo, pues algunos de los pasadizos de la prisión eran demasiado bajos y estrechos como para llevarlo a hombros. Unos repugnantes demonios similares a perros de caza avanzaban delante de él, lanzándose dentelladas los unos a los otros mientras intentaban encontrar un rastro. Allí no había nada. Teniendo en cuenta el hedor reinante en la prisión resultaba imposible encontrar ninguna pista.

Los esclavos habían escapado. Muchos de ellos habían muerto a manos de los carceleros durante la huida. La armería había sido saqueada y la cámara donde se marcaba a los prisioneros había volado por los aires dejando un enorme cráter en la arena. Había sido una huida rápida y violenta. Algo había dado a aquellos esclavos la esperanza necesaria para llevarla a cabo, pero sin ayuda del exterior ni siquiera podrían haber salido de las celdas.

Delante de Arguthrax se abría la cámara de tortura. Estaba destrozada. Las máquinas estaban hechas añicos. Había espadas y lanzas diseminadas por el suelo. Todo estaba abrasado. En el centro de la cámara yacía un cuerpo calcinado. Había pertenecido a un humano de gran tamaño, pero los sabuesos se resistían a acercarse.

—Demonio —dijo el portador del caldero, uno de los pocos esclavos a los que Arguthrax permitía hablar. Aquella criatura tenía un alma

particularmente cruel, y probablemente, de no haber sido un esclavo, habría acabado trabajando igualmente para Arguthrax—. Es el caparazón de un poseído.

—Sí, son los guardianes de este lugar. Alguien sabía cómo acabar con ellos, y tengo que averiguar quién es.

Los sonidos de la batalla retumbaban por los pasadizos. Los señores de Drakaasi estaban luchando en el coliseo. Algunos luchaban entre ellos, otros para intentar sofocar la revuelta. A Arguthrax le hubiera gustado poder unirse a ellos, pero en aquellos momentos tenía otras prioridades.

—Si conseguimos demostrar que uno de los esclavos de Venalitor ha estado aquí abajo, el duque se convertirá en sospechoso de alta traición. Se me ocurren varias razones por las que podría haberlo hecho: para sembrar la discordia entre los señores y así poder ganarse la confianza de Ebondrake; para posponer la cruzada; o para ganarse la lealtad de estos esclavos para después utilizarlos contra mí. Aunque las razones son lo de menos, siempre y cuando podamos acusarlo de traición. —Arguthrax miró alrededor de la cámara. Aparte del olor a sufrimiento incrustado en las paredes, allí no había nada de interés—. ¡Traedme el cuerpo! —ordenó.

Uno de los demonios agarró el cadáver por el miembro que parecía haber quedado en mejor estado y levantó el cuerpo hasta el caldero de Arguthrax. Restos de carne chamuscada cayeron al suelo. Aquel cuerpo no era más que un caparazón. Los ojos y la boca eran unos orificios humeantes abrasados por la fuerza de las llamas demoníacas.

—Un poseído —afirmó Arguthrax—. Un cuerpo impuro incapaz de contener toda la hermosura de un demonio. —Entonces, Arguthrax vio algo que brillaba en el interior del cuerpo carbonizado. Introdujo una garra en la carne abrasada y extrajo una hoja negra empapada en sangre corrupta.

Era la punta de una espada.

—¡La Guardia! —bramó Arguthrax—. ¡Esto es obra de la Guardia Ophidiana!

Los esclavos sabían que Arguthrax estaba furioso. Lo habían visto así en numerosas ocasiones, y en todas ellas muchos de sus seguidores habían

terminado muertos. Incluso los esclavos más brutales, aquellos que portaban el caldero, intentaban acercarse lo menos posible a su señor.

—¡Ebondrake! —gritó el demonio—. ¡Maldito sea tu cuerpo escamoso! ¡Lagarto traidor! ¡No eres más que un montón de escamas y de mentiras! —Arguthrax se agitaba lleno de ira, haciendo que la sangre que llenaba el caldero salpicara el suelo de la cámara—. ¿Cómo osas traicionarnos? ¿Cómo te atreves a hacerme esto a mí, al Saqueador de Kolchadon, al Azote de los Imperios, a la Mano Sangrienta de Sekrentis Minor?

La sangre comenzó a inundar la estancia, brotando de los pozos de la disformidad a través de la puerta que había abierto la ira de Arguthrax. Los remolinos rojos comenzaron a girar en la cámara de tortura.

—¡Llevadme a la superficie! ¡Llevadme ante los demás señores! ¡Ebondrake debe pagar por esto!

* * *

Gearth, quien finalmente se las había arreglado para sobrevivir, hundió los dos cuchillos que tenía en las manos en el tórax de un escaefílido que se había abalanzado sobre él. El gigantesco insecto se retorció de dolor y se desplomó en el suelo. Las dagas de Gearth cayeron con él, pero el asesino recogió la lanza con la que la criatura lo había atacado. Después de todo, una hoja siempre sería una hoja.

—¡Intentan cerrarnos el paso! —gritó Erkhar. Él y sus fieles ocupaban uno de los flancos del ejército de esclavos, los asesinos de Gearth y los pielesverdes luchaban en el lado opuesto. Alaric estaba entre ambos grupos, avanzando a la cabeza de los soldados de Hathran.

El caballero gris se dio cuenta de que Erkhar tenía razón. Los esclavos ya habían conseguido atravesar la arena, aunque muchos de ellos habían perecido a manos de los espectadores rabiosos. Ahora, frente a ellos se abría un paso flanqueado por cientos de hojas de acero, grandes armaduras y enormes escudos tras los que se protegían los escaefílidos.

Justo detrás del ejército de insectos, sobre una escalinata formada por unas gigantescas hojas de hacha, se alzaba el palacio de lord Ebondrake. El cráneo tuerto contemplaba con expresión burlona el campo de batalla, como riéndose de aquella matanza.

Aquel palacio era el objetivo. Alaric estaba decidido a tomarlo por la fuerza, aunque eso le costara la vida a todos y cada uno de los esclavos.

El caballero gris se volvió a mirar a los soldados de Hathran. Muy pocos de ellos sabían lo que estaba ocurriendo. Lo único de lo que tenían certeza era que habían conseguido escapar de la arena; pero ahora no había manera de saber lo que les esperaba.

—¡Recordad que el Emperador nos contempla desde su trono! —tronó Alaric—. ¡Debéis luchar por su gloria, hijos de Hathran! ¡Luchad por vuestros hermanos muertos! ¡Luchad por los que combaten a vuestro lado! ¡Luchad por el Emperador!

—¡Por el Emperador! —repitió el cabo Corvas al tiempo que levantaba hacia el cielo el hacha que le había arrebatado a uno de los muchos muertos del coliseo.

La caballería de Hathran lanzó la carga. Alaric corría en primera línea. Ahora todos se fijaban en él, y si el caballero gris fracasaba, todos aquellos soldados también caerían.

La línea defensiva de los escaefílidos aún no estaba completamente formada, pero ya había miles de criaturas dispuestas a detener el ataque. Alaric no sabía que Venalitor tuviera un ejército tan numeroso. Pero aquello era lo de menos; siempre supo que aquellos esclavos no morirían sin luchar.

Ambos ejércitos entraron en contacto. Gearth dio un enorme salto para caer directamente sobre el escaefílido de mayor tamaño que pudo encontrar entre la multitud. Los pielesverdes hicieron lo mismo. El orko de una sola oreja se abalanzó sobre el alienígena que tenía más cerca y le arrancó las patas de cuajo. El otro flanco del ejército de esclavos también chocó contra las líneas de escaefílidos. Los fieles de Erkhar cargaron de la manera más disciplinada que pudieron. Los esclavos tenían espadas, mientras que los escaefílidos portaban lanzas. El mayor rango de alcance de los alienígenas hizo que muchos fueran abatidos en seguida. Pero los hombres y mujeres de

Erkhar tenían fe, y la inercia de la carga a su favor. Pronto los escaefílidos comenzaron a retroceder.

Rápidamente aquel enfrentamiento se convirtió en una verdadera locura. No había lugar para la estrategia. Se trataba de hacer retroceder a los escaefílidos a base de fuerza bruta. Alaric tenía a uno de ellos justo delante. Los ojos asimétricos de la criatura ardían de puro odio. La lanza con la que Alaric había luchado hasta entonces resultó ser inútil en medio de aquella vorágine, de manera que la dejó caer y hundió el puño en la mandíbula de la criatura. Acto seguido, lo extrajo con fuerza destrozando por completo las fauces del alienígena. La criatura comenzó a tambalearse mientras un chorro de sangre le brotaba del rostro. Sin darle tiempo a reaccionar, Alaric lo golpeó con el codo en la cabeza, le arrancó una de las patas y se la clavó entre dos juntas de la armadura. A continuación arrancó una lanza de las manos de otro alienígena, se puso en pie sobre el cuerpo del escaefílido que acababa de matar y comenzó a dar estocadas en medio de aquel océano de insectos gigantes.

Los soldados de Hathran también luchaban con determinación. Alaric vio como muchos de ellos caían al suelo ensangrentados y sin vida. Pero también los había que avanzaban masacrando a cualquier alienígena que se cruzara en su camino. Los escaefílidos empezaban a retroceder ante los esclavos. Algunos de ellos recibían las puñaladas de varios esclavos al mismo tiempo, y regaban el suelo con una masa carnosa y negruzca.

Alaric lideraba el avance. Los demás esclavos iban detrás. Sin el caballero gris aquel ejército no sería más que un puñado de hombres muertos. Pero con Alaric al frente se habían convertido en una verdadera fuerza de ataque.

—¡Adelante! ¡Dejad atrás a los heridos y aprovechad sus armas! —Alaric arrancó una espada de acero de las tenazas sin vida de un escaefílido que yacía en el suelo. Luego la alzó en el aire para que todos los soldados de Hathran pudieran verla, y señaló con ella hacia el palacio de Ebondrake—. ¡Por vuestro Emperador! ¡Por la libertad!

El ejército de esclavos siguió avanzando. Los escaefílidos retrocedían paso a paso. Las criaturas de Venalitor habían perdido la formación e intentaban reagruparse en medio de la confusión reinante. Los pielesverdes,

con el orko de una sola oreja a la cabeza, empezaron a entonar cánticos de guerra. Los asesinos de Gearth también entonaron gritos de muerte, aplastando sin piedad al ejército alienígena.

No había tiempo para detenerse a acabar con los enemigos agonizantes. Alaric avanzaba decidido entre el océano de escaefílidos, descuartizando o aplastando contra el suelo a todo aquel que se interponía en su camino. El caballero gris estaba completamente cubierto de una sangre viscosa y repugnante, incluso tuvo que limpiarse la que le cubría los ojos para poder ver.

—¡Seguid avanzando!

El ejército de esclavos pasó por encima de los escaefílidos. Alaric echó a correr. Delante de él aún había algunos alienígenas, pero huyeron despavoridos al ver la enorme silueta del caballero gris. Tan sólo una explanada se interponía entre él y el palacio de lord Ebondrake. Vel'Skan se alzaba, siniestra, a ambos lados de la plaza, con edificios amenazantes construidos a partir de empuñaduras de espadas o de hojas de hachas. La mayor parte de los habitantes de Vel'Skan darían por sentado que los esclavos intentarían escapar de la ciudad. Si conseguían llegar al palacio lo suficientemente rápido, y si todo salía según lo previsto, el éxito estaría al alcance de la mano.

Aún había esperanza. Pero Alaric no permitió que esa idea se incrustara en su mente. Muchos soldados morirían antes de escapar de Drakaasi, y el caballero gris sabía perfectamente que él podría ser uno de ellos.

—¡Seguidme! ¡El palacio debe caer! ¡Por el Emperador!

Alaric comenzó a ascender por la escalinata. El ejército cargó a su lado.

* * *

Para Tiresia la Cazadora, quien de joven había conseguido cercenar las cabezas de los siete Hermanos de la Oscuridad Absoluta, no había nada más placentero que ver a sus enemigos postrados ante ella después de una feroz

cacería. Y los esclavos que estaban intentando escapar del coliseo de Vel'Skan se presentaban ante sus ojos como un objetivo perfecto.

Su montura, una gigantesca criatura similar a una manta raya cubierta de espinas, realizó una pasada volando a pocos metros del suelo. Casi podía tocar las puntas de las espadas y las empuñaduras de las lanzas que daban forma al horizonte de Vel'Skan. Vio a uno de los esclavos del coliseo, agazapado bajo el estandarte de algún señor olvidado, mientras intentaba ascender por el asta de una gigantesca lanza.

I i res i a extrajo el arco que llevaba a la espalda. Acto seguido, atravesó sin piedad el cuerpo del esclavo con una flecha ungida en veneno de serpiente. Realizó una nueva pasada mientras el esclavo, una criatura insignificante de piel pálida, parecía dar saltos alegremente tras haber sido disparado. Las toxinas del veneno le estaban provocando unos terribles espasmos. Finalmente, el esclavo perdió el equilibrio y cayó al vacío. Su cuerpo quedó destrozado sobre el mármol de la fortaleza que había intentado escalar.

Tiresia acababa de añadir una nueva cabeza a la sala de trofeos que guardaba en su memoria.

Arguthrax, el demonio abotargado, avanzaba hacia el coliseo rodeado por su cohorte de esclavos mutilados. En aquel momento atravesaban una llanura formada por un gigantesco escudo. Tiresia se sorprendió ante aquella visión. Arguthrax no era un verdadero cazador, no era como ella, pero aun así, y al igual que todos los demonios, Arguthrax disfrutaba matando. Cientos de esclavos extraviados eran perseguidos y asesinados por toda la ciudad, y los pocos que no cayeran muertos serían entregados a los sacerdotes de Khorne para que llevaran a cabo sacrificios con ellos. Resultaba extraño que una criatura tan corrupta como Arguthrax rehuyera semejante placer. Con un golpe de riendas, Tiresia hizo que su bestia alada se detuviera en el aire, justo sobre la cabeza del demonio.

—¡Sapo inmundo! —gritó—. ¿Es que no deseas disfrutar de la cacería? ¿Acaso la disformidad ahora también desprecia el placer de matar?

Arguthrax levantó la vista. Al igual que casi todos los señores de Drakaasi, aquel demonio era una criatura verdaderamente horrenda. Tiresia

siempre había pensado que, en cierto modo, todos los señores estarían celosos de ella por su forma pseudohumana. Muy pocos estaban tan corrompidos como ella y al mismo tiempo se mantenían tan alejados de las aberraciones físicas de la disformidad.

—¡Maldita seas, hermosa arpía! ¿Qué sabes tú de la muerte? ¡Para ti esto no es más que un juego!

—¡La muerte siempre ha sido y siempre será un juego —contestó Tiresia —, pues no hay nada que complazca más al Dios de la Sangre que jugar con nuestras almas! ¡Benditos aquellos que juegan a su mismo juego!

—¿Juego? Dime, ¿qué clase de juego es éste? —Arguthrax le mostró el fragmento de hoja negra que sostenía entre las garras.

Tiresia hostigó a la bestia alada para que descendiera. La Cazadora saltó al suelo y se acercó hasta Arguthrax para examinar el arma más de cerca.

—Es una hoja de la Guardia Ophidiana —dijo el demonio—. Alguien la ha usado para matar al maestro carcelero del coliseo.

—¿La Guardia Ophidiana? Pero eso es imposible.

—¿Por qué iba a serlo? ¿Es que todo lo que tienes de hermosa lo tienes de ingenua, cazadora de gusanos? Yo mismo he mantenido una guerra con esa escoria de Venalitor desde hace meses. Supongo que hasta tú te habrás percatado de eso.

—Por supuesto —contestó Tiresia. Algunos de sus cazadores habían visto que su señora había desmontado y ahora comenzaban a descender hacia el suelo. Volaban sobre tiburones alados, menos espectaculares que la manta raya de Tiresia pero igualmente escalofriantes—. Venalitor y tú habéis desafiado a Ebondrake, muy pocos en este planeta dudaban que fuera a haber represalias.

—¡Y la tienes ante tus ojos! —exclamó Arguthrax—. Piensa en ello, Tiresia. Ebondrake quiere que unamos nuestros esfuerzos para poder lanzar su cruzada. ¿Cuál sería la mejor manera de unir a dos enemigos bajo su mando?

—Dándoles un enemigo común —contestó Tiresia.

—Parece que después de todo no eres tan indigna del puesto que ostentas. ¡Por supuesto! ¡Un enemigo común! ¡Algo que un duque desee

destruir tanto como un demonio! ¡Esta rebelión!

Los cazadores de Tiresia descendieron de sus monturas y se agruparon a su alrededor. Parecía que jamás habían visto a su señora tan sorprendida. Resultaba evidente que Tiresia estaba perpleja ante las palabras de Arguthrax.

—¿Cómo puede ser? Contéstame con tanta sinceridad como puedas reunir, demonio. ¿Es que algo así es posible?

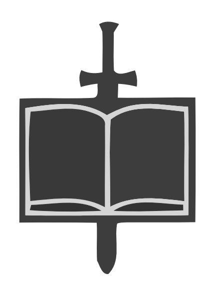
—No sólo es posible, Tiresia, sino que es inevitable. ¿Qué otra prueba necesitas? —Arguthrax miró de nuevo la hoja—. ¡Aquí tienes una prueba irrefutable, cazadora! ¡No hay verdad más grande en todo este planeta! Lord Ebondrake anhela lanzar su cruzada más que cualquier otra cosa, y con tal de unirnos a todos bajo su espada no ha dudado en profanar los juegos organizados para celebrarla. ¡Semejante blasfemia es imperdonable! ¡Esta abominación caerá sobre él con todo su peso! ¡La disformidad debe clamar justicia!

—Pero no podemos arriesgarnos a lanzar una acusación así —opinó Tiresia—. Por muy seguros que estemos de ello, no somos más que dos señores entre los muchos de este planeta.

—¡En ese caso encontraremos más aliados! —replicó Arguthrax dejándose llevar por la ira—. ¡Todos ellos se unirán bajo nuestra causa! El marine traidor, y esa cosa del fondo del océano, y el cuidador de perros, ¡y todos los demás! ¡Juntos haremos que Ebondrake pague por esto! Escucha estas palabras con atención, cazadora: antes de que el sol se ponga pienso estar comiendo lagarto.

Tiresia comenzó a dar órdenes a sus cazadores. De pronto, la cacería de esclavos había quedado en segundo plano. Todos los sirvientes de la Cazadora comenzaron a surcar los cielos en busca de los demás señores, ansiosos por contarles la noticia de la traición. Los esclavos de Arguthrax volvieron a levantar el gigantesco caldero y retomaron su procesión hacia la plaza de armas de Vel'Skan.

Ebondrake había tratado de manipular a los señores de Drakaasi para unirlos en pos de una causa común, pero si había algo que podía unirlos a todos, eso era la traición.



VEINTITRÉS

El cráneo que formaba la cúpula del palacio de lord Ebondrake tenía una expresión burlona, como si estuviera disfrutando con tan extraordinario baño de sangre. La escalinata que llevaba hasta la entrada abierta en la garganta estaba teñida del color marrón negruzco de la sangre de los últimos sacrificios. Parecía que nada en Vel'Skan podía considerarse sagrado si no estaba manchado de sangre. La gigantesca daga que atravesaba uno de los ojos de aquel cráneo proyectaba una larguísima sombra sobre la entrada.

El silencio era sepulcral. La otra cuenca ocular se mostraba completamente oscura. La balconada que tenía en la frente estaba vacía. La entrada, un grandísimo arco pensado para dejar paso a la enorme envergadura de las alas del dragón, también estaba desierta.

—Parece que los defensores han desaparecido —apuntó Dorvas.

—Quizá —contestó Alaric—. Los disturbios del coliseo nos han permitido ganar algo de tiempo. Ebondrake no regresará hasta que todos los esclavos del coliseo hayan sido capturados o ejecutados.

—Parece que conoces muy bien a Ebondrake.

Alaric se encogió de hombros.

—Ya traté de acabar con él una vez.

—¿Trataste de matar a esa criatura? ¡Por el Trono de Terra!

—Pero aquella vez no formaba parte del plan.

Los esclavos avanzaban por la explanada, acercándose temerosos a las enormes puertas de bronce.

—¿Qué crees que fue esta criatura? —preguntó Dorvas, dirigiendo una mirada hacia el gigantesco cráneo.

—Quizá fuera un príncipe demoníaco —aventuró Alaric—. O cualquier otra cosa de la que jamás hayamos oído hablar. Parece que Drakaasi tiene un pasado bastante turbulento.

—A Ebondrake le gusta perpetuar su imagen.

—Eso parece, cabo. Pero si me permites que te lo diga, el truco de los explosivos en el coliseo también fue bastante efectista, debo confesar que albergaba serias dudas de que fuera a tener éxito.

Dorvas se desabrochó la camisa del uniforme dejando ver una serpiente marcada a fuego sobre su pecho, lo que lo señalaba como propiedad de Ebondrake.

—Nos hicieron esto con algún tipo de material cáustico que almacenaban en barriles debajo de la cámara de tortura. Al final resultó que también era inflamable.

Alaric sonrió.

—Valoro mucho la capacidad de improvisación.

—Simple entrenamiento militar, juez. —Dorvas miró de nuevo hacia el palacio—. ¿Crees que el *Martillo de Demonios* está ahí dentro?

—Si es real, cabo, tiene que estar ahí. Y puedo asegurarte que es muy real.

Los soldados de Hathran trabajaban a los pies de las enormes puertas de bronce, apilando los barriles de material cáustico que habían robado de la armería de la prisión.

—¡Fuera! —gritó uno de ellos—. ¡Alejaos de la entrada!

Los esclavos salieron de sus parapetos y siguieron a Alaric a lo largo de la explanada. Unos instantes después, las puertas de bronce reventaron, lanzando metal fundido por toda la explanada mientras un gigantesco orificio se abría en la entrada del palacio.

Gearth fue el primero en atravesarlo, algo que no sorprendió a Alaric. Sin embargo, incluso Gearth se detuvo en seco cuando contempló por

primera vez el interior del palacio de Ebondrake.

El vestíbulo era frío y oscuro. El viento soplaba entre los enormes tapices de seda roja que lo decoraban. En el techo, los rayos de luz se colaban entre los dientes del cráneo, y el techo se combaba bajo la forma redondeada de la calavera.

El viento que soplaba no provenía del exterior, sino de las gargantas de los enemigos de lord Ebondrake. Estaban incrustados en los muros y en el techo, o en bloques de piedra que se alzaban en el centro del vestíbulo como si se tratara de una galería de estatuas. Aún estaban vivos. Entre ellos, Alaric también distinguió infinidad de demonios; las siluetas horrendas de los desangradores se retorcían en los muros. Uno de los tapices de seda ondeaba movido por un mutante con patas de cabra y con una segunda boca abierta sobre el estómago. Unas venas de mármol discurrían por su carne blanquecina incrustada en el muro de piedra. También había un guardia ophidiano, seguramente un traidor. Los sirvientes de Ebondrake le habían quitado el casco para revelar un rostro desprovisto de piel. Tenía la boca abierta, como si fuera de roca, y de ella salía una larguísima lengua que le colgaba sobre el pecho. En otro de los muros había una criatura marina con un enorme caparazón. Estaba semipetrificada, como si hubiera sido condenada a nadar eternamente intentado escapar del muro que la aprisionaba. Una de las estatuas que había en el centro del vestíbulo parecía una mujer, pero su rostro no tenía nariz y sus brazos tenían pinzas en lugar de manos. Aquel cuerpo femenino se alzaba en el centro de la estancia consumido por la roca. Había cientos de cuerpos, centenares de criaturas del Caos: los muchos enemigos a los que Ebondrake había vencido en su lucha por el poder de Drakaasi.

Haggard estaba junto a Alaric. El cirujano respiraba con dificultad; ya no era un hombre joven.

—En nombre del Trono, ¿qué es todo esto?

—Aún están vivos —señaló Alaric.

—Por supuesto que están vivos. Si estuvieran muertos no le resultarían tan divertidos. —Haggard escupió al suelo—. Ése es Gruumthalak el Acorazado —dijo, señalando hacia una criatura que parecía un centauro con

armadura. Tenía cola de escorpión y unos enormes ojos compuestos, como los de una mosca. Estaba incrustado en el techo del vestíbulo—. Muchas veces me he preguntado qué habría sido de él.

Gearth estaba junto al demonio femenino que permanecía anclado al centro de la estancia. Deslizaba con suavidad la hoja de la espada sobre la roca, tratando de averiguar cuál sería la reacción de la criatura cuando el acero tocara la carne.

—¡Gearth! —gritó Alaric—. ¡Que tus hombres vayan delante! ¡Tenemos que movernos!

—¡Adelante, señoritas! —ordenó aquél—. ¡Moveos! —Los hombres de Gearth empezaron a ascender por la escalinata que dominaba uno de los extremos del vestíbulo.

—¿Dónde está el *Martillo*? —preguntó Erkhar, que avanzaba junto a Alaric.

—Está ahí arriba, en el cráneo.

Erkhar hizo una pausa.

—¿De modo que todo este tiempo ha estado ahí, delante de nosotros?

—La Guardia Ophidiana debe de estar pisándonos los talones —lo interrumpió Alaric—. Más vale que nos movamos. No nos queda mucho tiempo.

Los ojos de todas las criaturas a las que Ebondrake había derrotado siguieron a Alaric, que guiaba a los esclavos a través del palacio de su captor.

* * *

—¿Qué significa esto? —preguntó lord Ebondrake.

—Tal y como os he dicho, mi señor, aún no lo sabemos, pero parece que se están uniendo en vuestra contra —contestó Scathach.

Desde lo alto de una de las muchas agujas de Vel'Skan, junto a un nido de demonios alados, Ebondrake podía ver perfectamente como el enemigo comenzaba a agruparse. La noche caía sobre la ciudad mientras infinidad de

antorchas y de ojos rojizos y demoníacos comenzaban a brillar como si fueran una hueste centelleante. Se estaban haciendo fuertes en las inmediaciones de un enorme complejo de barracas y plazas de armas. Un lugar perfecto desde el que lanzar un ataque.

—¿Quién está a la cabeza?

—No estoy seguro, mi señor, pero en estos momentos barajo varias posibilidades —respondió Scathach. De sus dos cabezas, la más sensata era la que estaba hablando en aquellos momentos, pues la otra solía dedicarse a entonar cantos de guerra y amenazas de dudosas intenciones—. Probablemente se trate de Arguthrax. Y tengo la impresión de que el Príncipe de los Huesos está con él.

—¿Ese montón de basura? Yo he sido quien le ha dado todos y cada uno de los cadáveres que ha consumido a lo largo de su miserable vida. ¡Maldito traidor! ¿Quién está de nuestro lado?

—Thurgull, por supuesto.

—No nos será de mucha ayuda a no ser que nos veamos obligados a parlamentar con un pez. ¿Quién más?

—Apostaría a que Golgur también nos apoya, y creo que podríamos convencer a Ilgrandos, la Lanza Descarriada. Si esta traición se confirma, podremos contar con muchos más, tened en cuenta que sois el señor de Drakaasi.

—Eso aún está por ver —contestó Ebondrake—. ¿Dónde está Venalitor? Debería estar de mi lado. El duque no desperdiciaría una oportunidad como ésta para ganarse mi confianza.

—No lo he visto, mi señor.

—Quizá haya sido él —musitó Ebondrake—. Después de todo ha sido su campeón quien ha acabado con Skarhaddoth. Puede que eso fuera la señal para iniciar la revuelta, así conseguiría crear la confusión necesaria para unir a todos los señores en mi contra. No me extrañaría lo más mínimo que el duque fuera el cerebro de todo esto. Si es cierto que me ha traicionado, no dudaré en devorarlo sin contemplaciones. Ese maldito duque es demasiado listo como para encerrarlo entre los muros de mi palacio.

—¿Cuáles son vuestra órdenes, mi señor?

Ebondrake se quedó pensativo durante un instante. Los demonios que habitaban en el nido comenzaban a desperezarse a medida que la noche caía sobre la ciudad. Eran criaturas nocturnas, y muy pronto estarían vigilando los cielos de Vel'Skan dispuestas a abalanzarse sobre cualquiera que estuviera desprevenido.

—Reúne un ejército —ordenó finalmente Ebondrake—. Y convence a tantos señores como puedas. Haz que corra la voz. Los traidores han mancillado los juegos y han escupido sobre mi cruzada. Deben ser derrotados y castigados a toda costa. Y rápido, no podemos permitir que los traidores se organicen.

—Sí, mi señor —asintió Scathach. Inmediatamente se volvió y comenzó a andar hacia el carruaje volador que flotaba suspendido al lado del nido. Se trataba de una reliquia de eras pasadas, un ejemplo de tecnología gravitacional que el Imperio, débil y abotargado, no sería capaz de reproducir jamás.

Scathach hizo que el ingenio volante descendiera hacia el suelo de Vel'Skan. Decidió poner los motores a máxima potencia, pues quería tardar el menor tiempo posible en comunicarle a Arguthrax lo que había descubierto.

* * *

El *Martillo de Demonios* era una nave vieja. Estaba cubierta por una capa de corrosión tan densa que parecía imposible que debajo hubiera una nave espacial. Ahora que Alaric sabía la verdad, casi podía ver las toberas de los motores al rojo vivo, las antenas y las aberturas por las que se disparaban los torpedos. Lo único que hacía falta era un poco de imaginación.

—¿Es esto? —preguntó Dorvas.

—Por supuesto —contestó Erkhar—. ¿Acaso no la ves?

Alaric había guiado a los esclavos por el interior del gigantesco cráneo que daba forma al palacio. La enorme cúpula superior estaba dividida en

salas de audiencia y cámaras rituales, junto con muchas otras estancias cuyo propósito les era desconocido. En aquellos momentos estaban en una de ellas. Alaric supuso que se trataría de algún tipo de cámara de interrogatorios, pues los anclajes de suelo y de las paredes parecían estar dispuestos para sujetar a una figura humana. Sin embargo, esa teoría no explicaba la lujosa decoración: los instrumentos de tortura estaban bañados en oro, y unos enormes tapices de seda recubiertos de sangre seca, colgaban de los muros.

La enorme daga que atravesaba uno de los ojos de la calavera pasaba justo por aquella cámara, dominando la estancia como una viga de metal oxidado de la que aún colgaban docenas de esqueletos de mutantes. Sin embargo, era evidente que no se trataba de una daga.

—¿Teniente?

Erkhar dio un paso adelante y extrajo el diario del capitán del *Martillo de Demonios*. Abrió el libro y comenzó a leer.

—Me pregunto si este trasto aún funcionará —dijo Haggard. El cirujano estaba al lado de Alaric, ya que le parecía el lugar más seguro de todo el palacio.

—Es una nave muy vieja —contestó Alaric—, y ésas son siempre las mejores.

—«Hermanos y hermanas —comenzó a leer Erkhar—. Éste no es un viaje cualquiera. Este artefacto no nos llevará la Tierra Prometida por sí solo. No es más que un conglomerado de acero y cristal. Quizá os resulte difícil escuchar lo que voy a deciros, pero es la palabra del Emperador, que nos ha sido revelada a través de su profeta. Nosotros, como peregrinos, no emprendemos este viaje para alcanzar un destino, sino como prueba».

Los fieles escuchaban con atención. El murmullo de sus oraciones era como un lecho sobre el que se posaban las palabras de Erkhar. Aquél era el discurso que el capitán del *Martillo de Demonios* había leído a la tripulación antes de que la nave iniciara aquel fatídico viaje hacia la Tierra Prometida. La religión de los fieles de Erkhar se basaba en aquellas mismas palabras, pero no las veían como el discurso de un capitán, sino como una metáfora del sufrimiento que debían soportar. Para ellos, la nave era Drakaasi y los

peregrinos eran los esclavos. El viaje del que hablaban las escrituras era el martirio de su esclavitud. Sin embargo, la realidad resultó ser mucho más mundana.

—«Nuestra fe en el Emperador no será suficiente para superar los peligros que nos esperan. En este viaje debemos cambiar. Debemos convertirnos en parte de la verdad del Emperador. Debemos deshacernos de las mentiras que nos impiden ver. Liberarnos de los vicios y de las dudas que gobiernan nuestras acciones. La supervivencia no es suficiente. El *Martillo de Demonios* debe convertirnos en mejores seres humanos. Sólo así podremos ganarnos un lugar en la Tierra Prometida».

De pronto, algo comenzó a sonar en el interior de la enorme daga. Los fragmentos de óxido empezaron a desprenderse y a caer al suelo convirtiéndose en pequeñas nubes rojizas. Todos los fieles dieron un paso atrás.

—Por la gloria del Emperador —susurró Haggard.

—¡Es real! —exclamó Gearth.

Una compuerta se abrió de pronto, dando paso a un resplandor que refulgía en el interior. El sonido de los sistemas de a bordo y de los conductos de plasma comenzó a extenderse por todo el lugar. El *Martillo de Demonios* había respondido al código cifrado en el discurso del capitán y la nave empezaba a cobrar vida.

Todos los ojos miraban hacia la compuerta que acababa de abrirse y hacia el resplandor blanquecino que emanaba de ella. Todos los ojos excepto los de Alaric. La visión periférica de un marine espacial era excelente, y Alaric había visto que algo se movía entre las sombras. Era una figura que se había escabullido entre la penumbra para salir por una puerta en dirección a la parte frontal de cráneo. Alaric sabía de quién se trataba. Le sorprendió que hubiera tardado tanto en desvelar sus verdaderas intenciones.

—¡Estad alerta! —gritó Alaric, dirigiéndose a Gearth—. ¡Debéis mantener a raya a cualquier enemigo hasta que los hombres de Erkhar consigan poner en marcha la nave!

—¿Y qué pasa contigo?

—Tengo que proteger este lugar.

—Entonces envía a…

—No voy a enviar a nadie. Es algo de lo que debo ocuparme yo solo.

—Como tú quieras, tipo duro, pero debes saber que si no has regresado cuando este trasto esté listo para despegar, nos iremos sin ti.

—Si eso llegara a ocurrir, os deseo buena suerte ahí fuera —contestó Alaric mientras abandonaba la cámara. Muy pocos esclavos se dieron cuenta de que se iba. Algunos contemplaban extasiados la luz que emanaba del *Martillo de Demonios*, otros empezaban a ascender por la rampa hacia la gigantesca hoja. Los fragmentos de óxido seguían cayendo al suelo, revelando cada vez más partes del fuselaje de la nave. El *Martillo de Demonios* parecía estar pintado de color azul oscuro y decorado con símbolos dorados.

Cuando Alaric atravesó la puerta de la cámara, Erkhar seguía leyendo las oraciones del libro.

Ante él se abría una nueva cámara triangular. Era una estancia gigantesca formada por la cavidad nasal del cráneo, seguramente reservada para reuniones estratégicas. Alaric lo supo gracias al gigantesco mapa estelar que había en uno de los extremos, y por el panel repleto de cálculos astrológicos que había al otro lado. Los muros estaban repletos de planos de las diferentes estrellas que rodeaban Drakaasi.

Alaric se detuvo para recuperar el aliento. El zumbido de los motores del *Martillo*, que empezaban a calentarse, reverberaba por todo el palacio. Pero no era eso lo que Alaric buscaba, él quería encontrar huellas.

De pronto, una sombra se deslizó sobre uno de los muros, apenas perceptible sobre la ilustración de algún sistema estelar.

—Kelhedros —lo llamó Alaric—. No puedes seguir escondiéndote.

La sombra se detuvo. Pero Alaric ya lo había visto, una ligera irregularidad en la luz que emanaba de la carta estelar.

—Sé lo que eres, Kelhedros. Lo he sabido desde hace tiempo. Has cumplido bien con tu cometido, pero ahora todo ha terminado.

La silueta del eldar cobró forma desde las sombras.

—Alaric, me alegro de haberte encontrado. Me separé del grupo en el coliseo, pero sabía que éste era vuestro objetivo, así que…

—Tratabas de colarte en la nave como polizón.

—¿Polizón? ¿Por qué iba yo a querer…?

—Porque sabes que habría acabado contigo antes de despegar. Se acabaron las mentiras, eldar.

—¿Qué te hace pensar que os he traicionado, humano? Me gustaría que me lo dijeras antes de que empieces con tus amenazas. —La voz de Kelhedros había recuperado la arrogancia que lo caracterizaba. Alaric se preguntó si alguna vez un eldar se habría parado a pensar si los humanos tenían alma, o capacidad para sufrir. Probablemente, ninguno de ellos habría dedicado a los humanos más pensamientos que a un virus expuesto bajo un microscopio.

—Thorganel Quintus —dijo Alaric. La arrogancia de Kelhedros flaqueó durante un instante—. Nunca estuve allí. Fue una acción de la Guardia Imperial. Tú eres el único al que le dije que yo había estado en aquel planeta.

Un ojo no augmético habría sido incapaz de ver que Kelhedros se movía, pero Alaric sabía muy bien que el eldar estaba tensando los músculos. Se estaba preparando para entrar en acción. La estrategia de Kelhedros consistía en dar el primer golpe, pero en aquella ocasión Alaric no iba a permitírselo.

—Venalitor también lo creía —continuó el caballero gris—. Pensaba que yo había estado allí. El único al que le conté aquella mentira fue a ti, Kelhedros.

El eldar se humedeció los labios.

—Te aferras a la verdad como si eso tuviera algún valor en este planeta, humano.

—¿También lo informaste de la revuelta de esclavos? ¿La que conmemoraban cuando murió mi amigo? ¿Es que aquellos juegos fueron posibles porque tú hablaste a Venalitor y a Ebondrake de la revuelta?

—Uno debe hacer lo que sea necesario para sobrevivir —respondió Kelhedros.

—Para un humano —replicó Alaric con tranquilidad—, sobrevivir no es suficiente.

—¿Qué sabéis vosotros, humanos? —gritó Kelhedros al tiempo que desenfundaba la espada sierra. La hoja estaba manchada de sangre. La apariencia amable del eldar había desaparecido, ahora parecía una criatura salvaje, nacida para matar—. ¿Por qué crees que no le hablé a Venalitor del *Martillo de Demonios*? ¡Porque yo también creo, juez! ¡Creo en escapar de este maldito mundo! ¡Nadie en este planeta desea salir de aquí tanto como yo! ¡Jamás comprenderás lo que puede ocurrirle a un alma desprotegida si muere en un lugar como éste! ¡Nunca tendrás que mirar directamente a los ojos de la Sedienta!

—Lo comprendo todo, eldar —lo rebatió Alaric—. Comprendo lo que eres. Jamás has caminado esa Senda del Escorpión. Ya me he enfrentado antes a los de tu clase. Sois criaturas de las tinieblas, vuestra piel está hecha de sombras y envuelta en silencio. Mandrágoras, así es como os conocen en la Guardia Imperial. Sois asesinos y espías. ¿De qué otra forma podrías haber tenido libertad para entrar y salir del *Hecatombe* a tu antojo? ¿Acaso pensaste que creería esa patraña de la Senda del Escorpión? Eres algo mucho peor que un alienígena, y no pienso permitir que alguien como tú salga vivo de este mundo.

—¡Pienso salir de Drakaasi! —bramó Kelhedros. El rostro del eldar había adoptado una expresión brutal. Los ojos se le habían teñido de un negro impenetrable, y de ellos comenzaban a brotar unas lágrimas oscuras como el aceite. Ya no era capaz de mantener su apariencia anterior. Su piel comenzaba a mezclarse con las sombras, entrando y saliendo de la realidad —. ¡Estoy decidido a regresar a Commorragh! ¡Ella jamás dará conmigo! —Mientras hablaba, Kelhedros se movía poco a poco por la cámara, intentando acercarse a la puerta que daba acceso al ojo del cráneo.

—Vas a morir aquí —dijo Alaric—. Y ella hará lo que le plazca contigo.

Alaric mantenía la alabarda en la mano. Tenía la impresión de haber empuñado millones de armas desde que posó los pies en Drakaasi por primera vez. Hubiera preferido tener entre las manos un arma némesis, o cualquiera de las que forjaba el herrero, pero aquella lanza sería suficiente.

Kelhedros se movía con rapidez, pero no era lo suficientemente bueno. Si había algo que Alaric hacía mejor que cualquier otra criatura viviente de

Drakaasi, era matar. El caballero gris se preparó para atacar.

Un relámpago plateado refulgió detrás de Kelhedros. Emergió de entre las sombras y atravesó al eldar a la altura del hombro. Los órganos comenzaron a salir de la tremenda herida.

Kelhedros intentó alejarse de Alaric, pero su cuerpo no respondía. El eldar abrió los ojos de par en par justo cuando comprendió que ya estaba muerto. Acto seguido se desplomó de espaldas. La sangre abandonaba a borbotones su cuerpo sin vida.

—Sobrestimas demasiado tu propia importancia, eldar —dijo una voz grave llena de arrogancia y autoridad—. Es una de las muchas imperfecciones de tu raza. ¿De verdad llegaste a pensar que cumpliría nuestro trato? ¿Y ahora intentas escapar de aquí para enseñarle a tu raza todo lo que has aprendido en este mundo? No eres más que una marioneta, y tu hora ha llegado.

—Ella… —balbució Kelhedros mientras se retorcía en el suelo como un pez agonizante—. La… La… Sedienta… —Los ojos del eldar se apagaron mientras Alaric contemplaba como la vida de Kelhedros se desvanecía. Por un momento, el caballero gris creyó oír sus gritos en la lejanía, el alarido de un alma a punto de ser devorada. Pero aquel sonido quedó en seguida amortiguado por el ruido del viento que soplaba en el interior del cráneo.

—Pobre infeliz —dijo el duque Venalitor—. Verdaderamente creía que sus mentiras le permitirían alcanzar algún tipo de victoria.

A Alaric le resultaba imposible articular palabra. Venalitor había dado con ellos. Todo había terminado.

—Parece que por fin he dado contigo —dijo Venalitor mientras avanzaba sobre el suelo ensangrentado. Su armadura brillaba a la luz del crepúsculo que comenzaba a cernirse sobre el paisaje armado de Vel'Skan. La espada que tenía en la mano destellaba al beber la sangre que manaba del cuerpo sin vida de Kelhedros—. Cuando uno de mis esclavos debe ser ejecutado, la tarea de verdugo recae sobre mí.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Alaric.

—¿Tú qué crees, caballero gris?

—Uno de nosotros mata a su adversario.

—Creo que podrías ser más preciso —replicó Venalitor con una mirada fría como el hielo—. Debo admitir que eres de esa clase de enemigos que se vuelven más peligrosos cuanto más cerca los tienes.

Venalitor estaba delante de Alaric. El caballero gris analizó los posibles movimientos ofensivos del duque: una estocada baja para seccionarle las piernas, una estocada alta para cortarle la garganta, y un millón de posibles movimientos que podrían acabar con la vida de Alaric de un solo golpe.

—Sería entretenido permitirte vivir un poco más para que pudieras seguir honrando a Khorne —declaró Venalitor con un tono seco—. Pero ya estoy harto de pasatiempos.

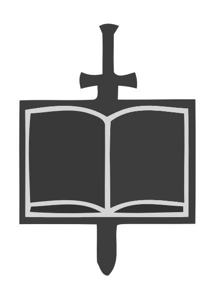
Venalitor atacó. Alaric lo estaba esperando. El caballero gris detuvo el golpe con la lanza, pero la hoja del duque seccionó el asta. El golpe se desvió lo suficiente como para evitar que la hoja partiera a Alaric en dos, pero el arma del caballero gris quedó destrozada. Alaric se deshizo de lo poco que quedaba de la empuñadura y sostuvo con ambas manos la hoja de la lanza, preparado para repeler la siguiente estocada del duque.

—Debo admitir que he aprendido mucho en este planeta —afirmó Alaric mientras intentaba disfrazar sus palabras con un tono de tranquilidad —. No soy el mismo hombre al que derrotaste en Sarthis Majoris.

—No, juez, ahora eres algo mucho más bajo.

Alaric podría haber atacado, y detenido una estocada, y de ese modo seguir así hasta caer muerto, pero no era así como debía ganarse aquel combate. Un caballero gris jamás lo habría comprendido, pero Alaric ya no era un caballero gris.

Dejó caer la lanza y cargó.



Veinticuatro

—¡Sabía que esto ocurriría! —gritó lord Ebondrake.

Su voz retumbó por todo el valle Antediluviano. Las colinas que lo delimitaban eran enormes hojas de hachas y lanzas, las armas más antiguas y primarias de Vel'Skan. Aquel valle era una grieta abierta en el corazón de la ciudad, una herida cada vez más profunda tras miles de años de guerras. El ejército enemigo, integrado por las milicias personales de varios de los señores de Drakaasi se había hecho fuertes en el fondo del valle. Los esclavos de Arguthrax estaban encadenados a postes clavados en el suelo coronados por estandartes con runas. Tiresia había convocado a todas las tribus que le habían jurado lealtad. Sin embargo, el contingente de Scathach era el más numeroso, formado por batallones enteros de soldados que esperaban solemnes a que la batalla comenzara. Había desde compañías de infantería hasta batallones de caballería. Toda aquella fuerza había sido movilizada con rapidez. El plan era caer sobre Ebondrake y acabar con él antes de que tuviera tiempo para responder.

Pero Ebondrake vivía en un permanente estado de alerta. Estaba preparado.

—Podríais haber tardado un millón de años —las palabras del dragón retumbaban por todo el valle acompañadas por lenguas de fuego negro—, o quizá tan sólo un instante, pero sabía que os volveríais contra mí. Así es

como funciona la maquinaria de Drakaasi. Soy tan viejo como estas montañas, y como las estrellas que brillan sobre nuestras cabezas. Cuando miro atrás, lo único que puedo recordar es una espiral de traición infinita. Me dije a mí mismo que cuando llegara la hora, le plantaría cara. Todo lo que habéis hecho ha sido inevitable, y no hay ni uno solo de vuestros movimientos que no haya previsto.

De pronto, miles de caparazones negros comenzaron a emerger entre las grietas de las gigantescas armas que daban forma al valle Antediluviano. El ejército de escaefílidos comenzó a formar detrás de lord Ebondrake, enarbolando los estandartes de las verdaderas tribus nativas de Drakaasi. El general del ejército insectoide, con su caparazón marchito tras siglos de habitar bajo la superficie, se acercó a lord Ebondrake.

—Sois el maestro de mi maestro —siseó la criatura entre sus enormes mandíbulas.

—Entonces, vosotros sois los sirvientes de mi sirviente —recalcó Ebondrake.

El general hizo una señal al ejército. Todos los escaefílidos desenfundaron sus armas. Las criaturas insectoides aún seguían formando a la entrada del valle. Debía de haber cientos de miles de ellas.

—¡La voluntad de Khorne está de nuestro lado! —gritó Arguthrax como respuesta a las palabras de Ebondrake—. ¡Vos habéis orquestado esta revuelta en el corazón de nuestra ciudad! ¡En los albores de la celebración de sangre más gloriosa que Khorne jamás haya contemplado! ¡Y todo para intentar unirnos bajo vuestro mando! ¡Esto no es una lucha de poder, lagarto negro! ¡Es una excomunión! ¡Khorne reniega de vos! ¡Su ira se ha vuelto en vuestra contra! ¡Y nosotros, los verdaderos señores de Drakaasi, somos el instrumento de esa ira!

—¿Acaso me acusáis a mí de traición? —Ebondrake se irguió lleno de ira. Lenguas de fuego negro comenzaron a salir de su garganta—. ¡La blasfemia del coliseo no ha sido más que otra de vuestras artimañas para distraer mi atención mientras tratabais de traicionarme! ¡Sois unos ingenuos por pensar que eso os acercaría a la victoria!

Thurgull, una criatura ancestral salida de las profundidades de Drakaasi, comenzó a deslizarse por una de las paredes del valle arrastrando sus tentáculos y su masa de carne gelatinosa. Sus seguidores se movían junto a él, más pequeños pero igualmente mortíferos, con sus picos curvados incrustados en sus cuerpos de molusco. Los cadáveres que había en el suelo comenzaron a estremecerse. El Señor de los Huesos, que contra todo pronóstico se había puesto del lado de Ebondrake, avanzaba entre los cuerpos sin vida dejando que bebieran el líquido que goteaba de su mortaja.

El ejército de Ebondrake era una fuerza temible. Pero Golgur, el Señor de la Maza, acababa de unirse a los conspiradores acompañado por su jauría de sabuesos salvajes. Tras una señal de Arguthrax, los esclavos que había encadenados a los postes empezaron a retorcerse. Rayos rojizos brotaron de los ojos y de la boca de aquellos mutantes. Los aliados de Arguthrax en la disformidad empezaron a emerger al espacio real para poseerlos.

—¡Basta de charla! —gritó Tiresia mientras armaba su arco con una flecha en llamas.

—¡Al menos en eso estamos de acuerdo! —rugió Ebondrake. Y soltando una gigantesca lengua de fuego negro, el dragón se lanzó a la carga.

* * *

Una sensación de satisfacción salvaje se apoderó de Alaric mientras golpeaba con la frente la nariz de Venalitor.

El duque retrocedió tambaleándose, tropezando con la mesa y haciendo que el planetario cayera al suelo. Aquel complejo instrumento se rompió en mil pedazos, desperdigando pequeños planetas de bronce a través de toda la cámara.

Venalitor trató de coger la espada, pero Alaric seguía sobre él. El caballero gris no recordaba en qué momento había perdido la cordura, pero sus músculos sí. Parecía como si agarrar a Venalitor por el cuello y golpearle la cabeza una y otra vez sobre la superficie de la mesa fuera lo más natural

del mundo. Finalmente, la tabla se partió en dos y Venalitor cayó al suelo. Alaric se lanzó sobre él, intentando arrancarle los ojos y romperle el cuello.

Venalitor colocó la rodilla bajo el vientre de Alaric y con un golpe seco se quitó de encima al caballero gris. Alaric salió de la cámara de estrategia escabulléndose sobre la sangre de Kelhedros.

Estaba en la sala de trofeos de lord Ebondrake.

Cuerpos y armas colgaban de los muros. Un cadáver destripado yacía sobre un pedestal. Estaba cubierto de oro e innumerables zafiros y rubíes resaltaban sus heridas. Era humano, quizá un general de la Guardia o un noble de algún planeta. Estaba tumbado sobre la superficie de mármol como si fuera una estatua cubriendo un sarcófago. Alaric pudo ver su rostro angustiado, y por un instante dudó si aquel cuerpo habría pertenecido a una mujer.

Alineadas en el muro había decenas de espadas alienígenas. Frente a él también había decenas de cráneos, lo único que quedaba de las criaturas dránidas que Ebondrake había aniquilado. Una gigantesca torre de asedio se alzaba en el centro de la estancia. Había sido forjada en metal negro, y cientos de rostros agonizantes contemplaban la estancia incrustados en su silueta oscura.

Aquella cámara debía de ocupar al menos una tercera parte del cráneo que coronaba el palacio. Y las armas que Ebondrake había capturado a sus enemigos, junto con lo poco que quedaba de sus cuerpos, cubrían los muros hasta llegar al techo: columnas rematadas con cráneos de criaturas gigantescas; candelabros hechos con cientos de manos cercenadas; espadas fracturadas que se clavaban en estatuas revestidas con pieles cubiertas de tatuajes; cuerpos enteros bañados en bronce o congelados en bloques de hielo, donde las unidades de criogenización los mantenían con vida; cientos de lanzas y espadas, los botines de miles de batallas, de duelos y de traiciones. Una ilustración aterradora e irrefutable de lo que lord Ebondrake era en realidad.

Alaric se ocultó entre las sombras que proyectaban dos gigantescas estatuas momificadas que aún estaban empaladas en las lanzas con las que habían sido ejecutadas.

Durante un instante trató de evaluar la situación como sólo la mente de un marine espacial podría hacer. Pudo haber elegido cualquiera de las miles de armas que colgaban de los muros de aquella sala de trofeos, pero Venalitor era implacable con la espada, el mejor al que Alaric jamás se había enfrentado.

Era demasiado bueno.

—¡Deja de esconderte, marine espacial! —rugió Venalitor, irrumpiendo en la sala de trofeos—. ¡Tu Emperador debe de ser un dios infame si incluso sus mejores luchadores se esconden como tú!

—Tu técnica con la espada tiene demasiadas florituras —contestó Alaric —. Lo noté cuando me venciste en Sarthis Majoris. Una cosa así no se olvida. —El caballero gris cogió la espada de la estatua momificada que había a su lado. Era una cimitarra de bronce con infinidad de runas talladas en la hoja. Alaric la extrajo con cuidado del pecho del cadáver—. Si algo he aprendido en este planeta, es que cualquier derramamiento de sangre es algo horrible.

—¡El derramamiento de sangre es un arte! —gritó Venalitor—. ¡Y tú vas a ser mi lienzo!

El duque se abalanzó sobre los cuerpos momificados. La armadura refulgía a su alrededor como unas alas de bronce. Alaric trató de detener la estocada con la cimitarra, pero el golpe partió en dos la hoja curvada. Alaric rodó por el suelo, extrajo una lanza del cráneo de otra estatua y detuvo el siguiente golpe. La hoja de Venalitor pasó a menos de un centímetro del cuerpo del caballero gris antes de partir la lanza por la mitad.

Alaric saltó hacia adelante y hundió la rodilla en la ingle del duque. Venalitor se tambaleó y dobló el cuerpo atenazado por el dolor. Alaric aprovechó ese momento para golpear al duque con tanta fuerza que Venalitor cayó de espaldas sobre los cuerpos momificados, levantando una nube de miembros resecos y esquirlas de hueso.

—Demasiadas florituras —repitió Alaric.

Venalitor se puso en pie. Soltó un gruñido y, por un momento, la verdadera naturaleza de aquel temible guerrero afloró a la superficie: unas

fauces amenazantes envueltas en decenas de colmillos y unos ojos negros y afilados como los de un reptil.

Sin embargo, en aquel instante nadie vio su verdadera apariencia. Venalitor se preparó para la siguiente estocada. Miró a su alrededor. Alaric había desaparecido.

Aquello no era propio de un marine espacial, aunque eso ya no importaba. Alaric no era más que una simple presa, otro pasatiempo, una vida a la que poner fin. Venalitor musitó una breve oración para que Khorne mantuviera su espada afilada y alerta. Acto seguido comenzó la cacería.

* * *

—Parece que el sistema de navegación se mantiene intacto —dijo Erkhar casi sin aliento—. ¡Alabados sean el Emperador y todos sus santos! —A continuación subió hasta el puesto de control y comenzó a leer los datos del panel que tenía delante—. ¡Funciona! ¡Aún queda plasma en los conductos! ¡Los reactores se están calentando!

La sonrisa de esperanza que apareció en los rostros de los fieles fue razón suficiente para haber llegado tan lejos. Fue como un momento de éxtasis, como si el rostro del mismísimo Emperador se hubiera proyectado sobre el puente del *Martillo de Demonios*, bendiciendo a los fieles de Erkhar con su gracia.

La nave aún funcionaba. La Tierra Prometida era real.

—Los vectores de despegue están siendo cargados —dijo uno de los fieles desde el puesto de control, rodeado de bloques de cristal transmisor de datos—. Todos los sistemas preparados. En cuanto los retrocohetes estén activados y los motores principales estén listos, podremos despegar.

—Un momento —dijo Erkhar—. Los seguidores de Raezazel programaron esta nave para atravesar una grieta abierta en la disformidad. Las coordenadas para el salto aún estarán en el sistema de navegación.

Usadlas para despegar, pero desactivad el sistema en cuanto estemos en órbita, de lo contrario nos adentraremos directamente en la disformidad.

—¿De modo que… ya está? ¿Está lista para despegar? —preguntó Hoygens. Aquel hombre parecía muy confuso. Los acontecimientos que se estaban sucediendo en los últimos minutos eran demasiado para él. Hacía muy poco que todos aquellos esclavos habían estado a punto de morir en el coliseo de Vel'Skan. Y ahora estaban en una nave lista para despegar.

—Sí —contestó Erkhar—. Es un milagro. A todos aquellos que alguna vez negaron que la luz del Emperador llegaría a brillar en este mundo, ¡yo os entrego el *Martillo de Demonios*!

El *Martillo* era un transporte digno del mismísimo Emperador. Aunque la exposición a los elementos de Drakaasi había cubierto la nave con una gruesa capa de corrosión, el interior era magnífico. Los seguidores de Raezazel no habían dejado al azar ni un solo detalle. Los corredores y las diferentes cubiertas brillaban con tonos azules y dorados, y todas y cada una de las puertas y escotillas de la nave estaban presididas por la imagen de algún santo. Había capillas dedicadas al Emperador en cada rincón. Desde pequeños nichos con velas y textos sagrados hasta los enormes altares que dominaban las grandes cámaras de asamblea, cada uno de ellos representando al Emperador como liberador, protector y vengador. El puente de mando era un verdadero relicario repleto de osarios y cálices que contenían sangre de santos que flotaban por toda la cámara dispuestos sobre pequeñas unidades gravitacionales. El puesto de mando estaba rodeado por una aureola de luz dorada. Erkhar jamás había visto algo tan hermoso, ni siquiera antes de ser esclavizado en Drakaasi. El *Pax Deinotatos* había sido una nave horrenda, un amasijo de acero oxidado y retorcido, pero el *Martillo* era un altar volante dedicado a la gloria del Emperador.

—En ese caso… quizá deberíamos rezar —dijo Hoygens con cierta indecisión.

—Rezaremos cuando estemos en órbita —replicó Erkhar. El oficial accionó un interruptor que activó el sistema interno de comunicaciones de la nave—. ¿Sala de máquinas?

—Lo recibo alto y claro, teniente. —Era la voz de Gearth. Erkhar se estremeció ante la idea de que aquel asesino fuera a viajar en su nave sagrada. Pero cuando llegaran a la Tierra Prometida, él también sería juzgado junto a todos los demás.

—¿Cuál es el estado del reactor?

—Parece que funciona. Actividad al veinticinco por ciento, si es que eso tiene algún significado.

—Sí que lo tiene —afirmó Erkhar—. Mantenme al corriente.

—Recibido, teniente.

—Teniente —lo llamó uno de los fieles encargados del sistema de navegación—. Creo que debería ver esto.

Erkhar se dirigió apresuradamente al puesto de control y examinó con detenimiento la lectura cartográfica.

—Eso es Drakaasi —dijo el esclavo a cargo del sistema de navegación mientras señalaba un pequeño planeta que apareció en la pantalla—. Y ésta es la ruta original. Aún está cargada en los cogitadores de navegación. Parece ser la ruta que seguía la nave cuando se estrelló en este planeta.

Erkhar siguió con la mirada la trayectoria que el *Martillo de Demonios* debió de haber seguido. Su destino final estaba muy cerca de Drakaasi. Una nave tan rápida como aquélla podría llegar hasta allí en menos de una hora.

—Estaban muy cerca. Debió de ser la voluntad del Emperador lo que hizo que el *Martillo* se estrellara en Drakaasi cuando estaba tan cerca de llegar a su destino. Fuera lo que fuese lo que les ocurrió a los peregrinos del *Martillo* cuando se estrellaron aquí, probablemente no habría sido mucho peor que lo que los esperaba al otro lado de aquella grieta.

—Tenemos posibilidades de evitar esa zona —dijo el esclavo—. Pero ¿después qué?

—Primero huiremos de Drakaasi, y luego del Ojo, si es que podemos —anunció Erkhar. De pronto los ojos se le iluminaron—. Después encontraremos la Tierra Prometida.

* * *

Todo ser vivo de Vel'Skan había decidido el bando en el que iba a luchar.

La traición se extendió por las calles de la ciudad como una epidemia de odio. Los herreros blandían sus martillos los unos contra los otros. En las plazas, los demonios lanzaban a las unidades que tenían a su cargo contra las tropas de sus aliados. Los señores corrían por las calles sin saber quién era amigo y quién enemigo. Los cuchillos hendían la carne de aquellos que se aventuraban a adentrarse en los callejones oscuros. La mitad de los habitantes de la ciudad habían jurado lealtad a lord Ebondrake y a la monarquía de Drakaasi. La otra mitad sólo pensaba en acabar con la clase dominante y en extender el caos y la anarquía por las calles de la capital.

Dos ejércitos luchaban una cruenta batalla por todo Vel'Skan. No sólo en el valle Antediluviano, sino también en cada templo, en cada forja, en cada lugar en el que se pudiera combatir hasta la muerte.

En el valle, el propio lord Ebondrake lideraba la carga. Sus enormes alas se agitaron en el aire mientras caía sobre Tiresia la Cazadora. Acto seguido lanzó hacia el cielo su cuerpo destrozado para engullirlo sin piedad mientras aún le quedaba un hilo de vida. Una lluvia de flechas y lanzas cayó sobre él. Lleno de ira, el dragón lanzó una lengua de fuego negro sobre las tribus leales a Tiresia, aniquilando en un solo instante a cientos de mutantes y reduciéndolos a una masa de esqueletos calcinados y humeantes.

El ejército de Scathach intentaba detener la marea de escaefílidos. El propio Scathach desenfundó el viejo bólter que llevaba a la espalda, una reliquia de sus días en las Legiones Traidoras, y lanzó una cortina de proyectiles sobre el ejército insectoide. Los guerreros del antiguo marine traidor luchaban por hacer frente a la avalancha de caparazones negros.

Los esclavos encadenados al suelo comenzaron a explotar. Una lluvia de vísceras y sangre se desparramó sobre el valle cuando los demonios de la disformidad empezaron a poseerlos. Los cuerpos de los mutantes refulgieron con un brillo maligno mientras nuevos miembros se abrían paso

retorciéndose entre la carne, vomitando vísceras y sangre hirviendo. Cuando todos los seres de la disformidad hubieron ocupado a sus nuevos huéspedes, el ejército de poseídos se abalanzó sobre las tropas de Thurgull. Las hordas de muertos del Señor de los Huesos recibieron a los demonios y se sumieron en una cruenta batalla.

El combate comenzó a traspasar los límites del valle. Demonios y criaturas horrendas salidas de las profundidades del océano luchaban en las galerías de los templos y en los vestíbulos de los edificios sagrados, destrozando reliquias y estatuas erigidas en honor a Khorne. Los pocos cazadores de Tiresia que aún seguían con vida trasladaron la batalla a los cielos de Vel'Skan, volando a lomos de sus bestias aladas y luchando contra los demonios que revoloteaban entre las puntas de las gigantescas lanzas que se alzaban sobre la ciudad.

Al cabo de un tiempo, ya nadie recordaba por qué luchaba. La sombra de la traición planeaba sobre ambos bandos, pero los detalles de la conjura se habían hundido en el baño de sangre. Arguthrax, que enarbolaba una gran maza mientras sus esclavos arrastraban el enorme caldero sobre el océano de cadáveres, ni siquiera recordaba por qué había ordenado a su ejército que cayera sobre la masa de escaefílidos. El Señor de los Huesos también dejó que el detonante de aquella batalla se perdiera en el pozo de su memoria, y ahora se afanaba en devolver a los miles de cadáveres un hilo de vida que les permitiera alzarse de nuevo contra aquellos que ya los habían matado una vez.

Sólo Ebondrake recordaba por qué luchaba. En medio de la matanza, una parte de él se mantenía lo suficientemente fría como para recordarle que si perdía aquella batalla, perdería también Drakaasi. El dragón prefería morir como rey que vivir como esclavo. Como fiel y leal sirviente del Dios de la Sangre, lord Ebondrake anhelaba la muerte tanto como anhelaba la victoria, y no había ni un solo rincón de Vel'Skan que no estuviera inmerso en aquella espiral de sangre y destrucción.

* * *

El eco de la batalla de Vel'Skan se extendió por Drakaasi como un terremoto que hizo estremecerse el corazón del planeta. Todas las grandes ciudades lo sintieron, y también éstas quedaron divididas. Los millones de seres deformes que ocupaban el Azote comenzaron a atacarse los unos a los otros con cualquier cosa que fueran capaces de encontrar. Al poco tiempo, el océano estaba tan repleto de cadáveres que los peces demoníacos emergieron de las profundidades abisales, atraídos por la sangre que goteaba del matadero en que se había convertido la ciudad flotante.

El canto de Aelazadne se volvió oscuro y discordante cuando las miles de voces que lo entonaban empezaron a ahogarse en un gorjeo sangriento. Las viejas líneas de batalla de Gorgath se reabrieron de pronto. Dos ejércitos se masacraban en medio de una marea de sangre, uno bajo el estandarte del dragón y el otro bajo la divisa de los rebeldes. La sangre de las cloacas de Ghaal comenzó a bullir. La noche cobró vida hostigada por el sonido del metal atravesando la carne.

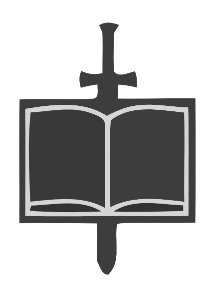
Poco a poco, Kharnikal comenzó a devorarse a sí misma.

Drakaasi temblaba. La luz del día se volvió roja, mientras en el otro hemisferio las estrellas brillaban como rubíes rojos engarzados en una noche de sangre. El viento azotaba las interminables llanuras, despertando a todo ser viviente con un rugido de muerte. Sectas olvidadas convirtieron los bosques en laberintos de canibalismo en los que depredadores y presas devoraban a sus semejantes. Incluso en las profundidades abisales del océano, criaturas gigantescas nunca vistas en la superficie se masacraban unas a otras con sus enormes fauces marinas.

Pero el viento también traía consigo un sonido que se alzaba por encima de los gritos de guerra y de los alaridos de los muertos.

Era el sonido de una carcajada.

Khorne estaba disfrutando de aquel espectáculo.



VEINTICINCO

Venalitor dejó tras de sí una hilera de huellas de la sangre de Kelhedros. El duque avanzaba despacio por la sala de trofeos.

Nunca antes había estado allí. Excepto Ebondrake, muy pocos lo habían hecho. Tuvo la sensación de haberse perdido. Jamás habría imaginado que aquel lugar fuera tan grande, ni que hubiera tantos rincones en los que Alaric podía esconderse.

En algún punto del mar de corrupción que ocupaba la mente de Venalitor, la sensación de frustración afloró a la superficie.

—¿Recuerdas a los hombres que mataste durante tu vorágine de locura, Alaric? —preguntó Venalitor—. Yo mismo capturé a muchos de ellos en Sarthis Majoris. ¿Llegaste a reconocer a alguno de ellos mientras lo matabas?

No hubo respuesta, tan sólo oscuridad. La noche había caído sobre Vel'Skan, y la única luz de aquella sala provenía de las lámparas diseminadas por la colección de trofeos. Habían sido colocadas de modo que prolongaran las sombras de las espadas que colgaban de los muros.

—¿Y qué me dices de Skarhaddoth? Yo mismo he visto como acababas con él. Ahora eres el campeón de Drakaasi. ¿Cómo te sientes al convertirte en el sirviente más fervoroso de Khorne?

El sonido de una única pisada llegó hasta los oídos de Venalitor. El duque se detuvo en seco. Tenía la espada en la mano, lista para seccionar las

piernas del caballero gris en cuanto cargara sobre él.

Venalitor se volvió y lanzó una estocada contra la silueta oscura que se había movido entre las sombras. Sintió como la hoja atravesaba un cuerpo. Un cuerpo que colgaba de una de las vigas del techo. Era uno de los enemigos de lord Ebondrake que el dragón había colgado en la sala de trofeos.

Había matado algo que ya estaba muerto.

Alaric emergió de pronto de entre un montón de espadas y escudos, haciendo que las viejas armas se esparcieran por el suelo de la sala de trofeos. Una hoja refulgió entre las sombras y cayó sobre la espada de Venalitor, arrancándole el metal de las manos y partiendo el arma en dos.

El duque retrocedió y estuvo a punto de caer al suelo arrastrado por la fuerza del golpe. Las losas de mármol se agrietaron bajo los pies de Alaric. Tenía una alabarda en la mano, el arma némesis de un caballero gris.

La otra mano la llevaba enfundada en un guantelete con un bólter de asalto de doble cañón.

—Espero que Ebondrake apreciara el pequeño regalo que le hiciste. —Durante un instante, Alaric notó como el rostro de Venalitor se llenaba de incredulidad al ver como el caballero gris blandía ahora las armas que le habían pertenecido—. Pues te va resultar mucho más caro de lo que esperabas.

Los ojos de Venalitor se posaron en la empuñadura que aún sostenía en la mano y en la hoja rota por la mitad.

—Ésa era mi espada favorita —gruñó. En aquel momento, el duque decidió abandonar su apariencia habitual y mostrarse como realmente era. La boca y la nariz se fundieron formando un único orificio rodeado de colmillos, y sus ojos se convirtieron en dos pequeñas grietas semejantes a las pupilas de una serpiente. Con un movimiento que debía de haber repetido millones de veces, Venalitor desenfundó dos espadas cortas que llevaba a la espalda.

—Ahora —dijo Alaric— casi estamos igualados.

—Casi —siseó aquella criatura que se hacía llamar duque Venalitor.

El ruido de las hojas al chocar fue tal que pareció que una tormenta se había desatado en el interior de la sala de trofeos. Venalitor daba una estocada tras otra a una velocidad endiablada, pero las hojas de sus dos espadas eran mucho más cortas que la alabarda de Alaric. El caballero gris hizo retroceder a Venalitor a base de fuerza; el mayor alcance de su alabarda le permitía dibujar círculos en el aire, y aunque no eran mortales, eran suficiente como para hacer que Venalitor se replegara paso a paso por toda la sala.

Alaric abrió fuego con el bólter de asalto. Con rápidos movimientos de espada, Venalitor repelió los proyectiles como si fueran insectos. Acto seguido lanzó una estocada dirigida a las piernas del caballero gris. Alaric detuvo el primer golpe con la empuñadura de la alabarda y dibujó con la hoja un semicírculo en el aire para detener el segundo. Inmediatamente después la levantó para intentar alcanzar la garganta del duque, aunque sólo consiguió abrir un enorme corte en su monstruoso rostro. La sangre que brotaba de la herida se transformó en decenas de tendones rojizos que intentaron enredarse en los brazos de Alaric.

El caballero gris los agarró con la mano y se los llevó a la boca. Los mordió con todas sus fuerzas, como si la sed de carne cruda que se había apoderado de él durante su locura hubiera renacido. Los tendones quedaron como muertos, inmóviles. Alaric escupió la sangre que le llenaba la boca.

Era mucho lo que había aprendido en Drakaasi. Ahora podía luchar como un animal cuando era necesario. Había tenido que olvidar todo lo aprendido sobre el combate cuerpo a cuerpo durante su entrenamiento en Titán y dejar que la brutalidad que llevaba escrita en sus genes se apoderara de él. Ahora podía ser más cruel que su enemigo, más salvaje, más sanguinario. Eso era lo que Drakaasi le había enseñado.

Con un solo movimiento Alaric destrozó una de las espadas de Venalitor, le arrancó la otra de la mano y agarró al duque por la muñeca. Sin detenerse, lo levantó sobre su cabeza y lo lanzó contra la gran torre de asedio que dominaba la sala de trofeos. La gigantesca estructura se desplomó lanzando astillas de madera ensangrentada y esquirlas de metal negro por toda la estancia.

Venalitor cayó al suelo de rodillas. Alaric no le dio tiempo a que se levantara. Recogió del suelo una viga de madera y golpeó al duque en la cabeza con tal fuerza que volvió a derribarlo sobre una armadura de ceramita negra.

Venalitor trató de agarrarse a algo, pero no encontró nada. De pronto se halló al borde de un precipicio. El duque había caído junto a la abertura que formaba la enorme cuenca ocular del cráneo. Al otro lado vio la gigantesca forma oxidada del casco del *Martillo de Demonios*. Los fragmentos de herrumbre caían al vacío mientras la nave comenzaba a cobrar vida.

Debajo se perfilaba la silueta de Vel'Skan.

La visión de la ciudad sumida en la batalla fue suficiente como para que Venalitor se quedara sin palabras. Ejércitos de mutantes y demonios se masacraban mutuamente por las calles. Los estandartes de los señores de Drakaasi temblaban agitados por el fragor del combate. Una lengua de fuego negro le indicó al duque que incluso el propio Ebondrake estaba luchando. Las afueras de Vel'Skan se consumían bajo las llamas, tiñendo la noche de Drakaasi de un enfurecido color rojizo.

Miles de demonios bailaban enloquecidos sobre aquel baño de sangre. Los asesinos competían por ver quién de ellos moriría primero.

—Sobrevivir nunca ha sido suficiente —dijo Alaric.

—Tú… tú has hecho esto —jadeó Venalitor. Su monstruoso rostro sangraba profusamente mientras la rabia dejaba paso a la incredulidad—. Arguthrax y yo… y Raezazel, y Gorgath, toda esta locura… todo esto es obra tuya. Todo formaba parte de tu plan.

—Por supuesto. Soy un caballero gris. No puedo llegar a un mundo como Drakaasi y abandonarlo dejándolo intacto.

—Tú has sido quien ha sembrado la discordia entre nosotros. Nuestro odio ha sido tu fuerza y nuestra debilidad. Nuestro orgullo, nuestra ira, nuestra devoción… en tu mano se han convertido en armas. —Venalitor sonrió—. Los Dioses Oscuros estarían orgullosos de ti, juez.

Alaric jamás había oído algo tan repugnante, y precisamente le resultaba tan odioso porque sabía que era verdad.

El caballero gris abrió fuego con el bólter de asalto directamente sobre el pecho de Venalitor.

La armadura del duque lo protegió de la explosión, pero la fuerza del impacto fue tal que le hizo perder el equilibrio.

Venalitor soltó la espada rota que aún sostenía en la mano mientras se precipitaba hacia el suelo.

El duque cayó al vacío desde la cuenca ocular del gigantesco cráneo que daba forma al palacio de lord Ebondrake. Los tendones de sangre intentaron agarrarse a algo, pero no encontraron nada. Mientras caía, los ojos de Venalitor se encontraron con los del juez. El caballero gris no vio en ellos nada más que una mirada de terror.

Alaric contempló como el duque caía hasta perderse entre las sombras de la noche de Vel'Skan.

Por fin la muerte de Hualvarn había sido vengada. Alaric trató de encontrar algún alivio en ese hecho, pero era algo tan escurridizo como la verdad del demonio Raezazel. No había triunfo posible en aquel mundo de sangre y muerte.

El marine espacial se dio la vuelta dejando tras de sí la silueta en llamas de Vel'Skan y se encaminó hacia el *Martillo de Demonios*.

* * *

El *Martillo* parecía temblar a medida que los reactores de plasma se llenaban de combustible sobrecalentado. La capa de corrosión se había desprendido casi por completo, dejando al descubierto el azul del casco y los motivos decorativos pintados en oro. Cuando fue lanzada al espacio por primera vez, debió de haber sido algo verdaderamente espléndido. De hecho aún era una nave extraordinaria, y estaba lista para despegar.

Alaric atravesó corriendo la cámara de tortura arrastrando su enorme armadura tras él. Vio que la rampa de acceso aún estaba abierta, pero a

juzgar por el rugido de los motores no permanecería así por mucho tiempo. Había llegado el momento de abandonar Drakaasi.

De pronto oyó pasos detrás de él. El caballero gris se dio la vuelta para ver al orko de una sola oreja y a los pocos de sus seguidores que habían conseguido sobrevivir. Aún estaban cubiertos de sangre de escaefílido.

El cabecilla miró a Alaric, y acto seguido al *Martillo de Demonios*. En algún lugar de su mente alienígena sabía que aquél era el único medio que él y sus compañeros tenían para escapar de Drakaasi.

La criatura escupió al suelo, soltó un gruñido y se dio la vuelta para regresar con su grupo de criaturas salvajes a las calles ensangrentadas de Vel'Skan.

—¡Juez! —gritó de pronto Dorvas desde la rampa de acceso al *Martillo* —. ¡Ya hemos activado el piloto automático! ¡Si no te apresuras, tendremos que dejarte aquí!

Alaric ascendió por la rampa justo cuando ésta comenzaba a elevarse en medio del rugido de los motores. El plasma llenaba los conductos de la nave, fluyendo de los reactores a los motores. En el interior de la nave, los soldados de la caballería de Hathran trataban de encontrar algo a que agarrarse. La nave retemblaba cada vez más, arrojando al suelo cualquier cosa que no estuviera asegurada. Las velas cayeron mientras los textos sagrados volaban arrancados de las paredes.

—Veo que has encontrado tu equipo —dijo Dorvas, mirando la servoarmadura que Alaric llevaba consigo—. Parece que has conseguido sacarnos de este planeta. Lo menos que te mereces es recuperarla.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Alaric.

—Ya nos preocuparemos por eso cuando estemos en órbita —contestó Dorvas.

Los motores del *Martillo* rugieron. El estruendo de los generadores invadió las cubiertas.

La nave comenzó a estremecerse. El sonido de huesos al quebrarse indicó que, después de siglos atrapado en el palacio de Vel'Skan, el *Martillo de Demonios* volvía a despegar.

* * *

El palacio de lord Ebondrake se partió en dos. Enormes fragmentos de hueso comenzaron a caer sobre los cultistas que había debajo. El fuego de los motores hizo saltar en mil pedazos la parte de atrás del gigantesco cráneo, incinerando a docenas de ellos bajo el plasma ardiente que salía de las turbinas. Finalmente, la descomunal calavera se derrumbó, enterrando para siempre la cámara de tortura y la sala de trofeos bajo una montaña de fragmentos de hueso. Por fin, el *Martillo de Demonios* volaba libre. Lo poco que quedaba de la gruesa capa de corrosión que la había cubierto durante siglos se desprendió completamente y la nave se elevó sobre el cielo de Vel'Skan iluminada por las llamas que consumían la ciudad.

Muy pocos vieron cómo despegaba. La mayoría de los habitantes estaban demasiado ocupados matándose los unos a los otros, y los pocos que contemplaron aquel espectáculo dieron por sentado que se trataba de una de las armas de Ebondrake o de los conspiradores. Quizá los enemigos de Ebondrake la habían enviado para destruir el palacio. O puede que el dragón hubiera decidido revelar su existencia, sacrificando su palacio para que algún tipo de arma ancestral acabara con Arguthrax y con sus aliados.

Lo cierto era que muy pocos se preocuparon por esa cuestión. No fue más que una distracción que los sacó de su éxtasis asesino durante unos breves instantes.

* * *

Alaric intentaba mantener el equilibrio mientras pasaba por una escotilla diseñada para hombres de un tamaño mucho menor que el suyo. El *Martillo* sufrió una nueva sacudida y el caballero gris estuvo a punto de caer al suelo. No tenía tiempo que perder. Cuando el *Martillo* abandonara la atmósfera de Drakaasi, quizá sería demasiado tarde.

El puente de mando del *Martillo de Demonios* estaba decorado con tanto lujo como el resto de la nave. Los muros azules estaban repletos de incrustaciones doradas que narraban diferentes episodios de la vida de Raezazel el Profeta.

La lanzadera de la nave había conseguido sobrevivir intacta durante todos aquellos años, sellada y protegida de las inclemencias de Drakaasi. También era azul y dorada, al igual que el resto de la nave, pero las tallas representaban cientos de bocas diferentes. Alaric se estremeció al comprender que aquél era el símbolo de Raezazel. Un centenar de bocas se abrieron en el cuerpo del demonio cuando éste intentó tentarlo. El caballero gris abrió la escotilla de acceso y arrojó la armadura al interior. Podría usarla de nuevo una vez que hubiera sido purificada.

—Buena idea —dijo Gearth. Alaric se volvió para ver al asesino detrás de él. Aún estaba cubierto de sangre y de pinturas de guerra—. Este trasto está pilotado por locos. Creen que pueden volar directamente hasta el culo del Emperador. Si se equivocan, podemos acabar en cualquier rincón olvidado de la galaxia, y si están en lo cierto… bueno, digamos que yo y el Emperador nunca nos hemos llevado demasiado bien.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Alaric.

—Lo mismo que tú —contestó Gearth—. Intentar salir de este trasto para buscarme la vida yo solo. Eres un tipo duro, juez, pero no conoces los bajos fondos del Imperio tan bien como yo. Eres bueno con la espada, pero yo soy capaz de encontrar la manera de escapar del Ojo. Te vendría muy bien tener a tu lado a alguien como yo.

—Una vez me dijiste que no sabías por qué cometiste aquellos crímenes, por qué mataste a aquellas mujeres —dijo Alaric.

Gearth miró a su alrededor, como si tuviera miedo de que alguien hubiera escuchado esas palabras.

—Sí, supongo que no sé por qué lo hice, pero ¿qué importa eso ahora?

—Y nunca lo sabrás. —Alaric disparó a Gearth directamente en el estómago. El proyectil le perforó el abdomen, le seccionó la espina dorsal y salió por la espalda. Gearth se desplomó sobre el suelo.

—El Dios… —intentó decir con la boca llena de sangre—. El Dios de la Sangre… prometió…

Alaric estaba en el umbral de la escotilla de la lanzadera.

—¿Vas a… dejarlos a todos…? —preguntó Gearth. Su voz agonizante apenas era perceptible en medio del estruendo de los motores—. ¿Vas a dejar que… los soldados de Hathran… que todos ellos… mueran aquí?

El caballero gris ignoró aquellas palabras y desapareció tras la escotilla de la lanzadera.

La cabina era tan angosta que apenas había sitio para él. Alaric accionó la palanca de eyección y las compuertas del fuselaje se abrieron de par en par. El oxígeno de la cubierta de lanzamiento fue succionado por la atmósfera exterior arrastrando consigo el cuerpo de Gearth, que se perdió en la oscuridad de la noche de Drakaasi. El caballero gris imprimió máxima potencia a los motores y comenzó a alejarse de la enorme silueta del *Martillo*, sintiendo como los chorros propulsores de los gigantescos motores de nave sacudían la pequeña lanzadera.

Tuvo que maniobrar con destreza para mantener el control hasta que finalmente consiguió alejarse de la estela del *Martillo*.

Ahora sí que había llegado el momento de salir de Drakaasi.

* * *

—La cubierta de lanzamiento se ha abierto —dijo Haggard, agarrándose a una de las muchas reliquias del puente para no perder el equilibrio—. Alguien ha utilizado la lanzadera para abandonar la nave.

—Entonces, ese alguien no merece la recompensa de la Tierra Prometida —contestó Erkhar con tranquilidad.

Las capas superiores de la atmósfera de Drakaasi comenzaban a sacudir el casco de la nave haciendo que el puente de mando se estremeciera. Pero Erkhar estaba tan tranquilo que daba la impresión de estar navegando por un mar en calma. La grieta en la disformidad estaba justo delante de ellos,

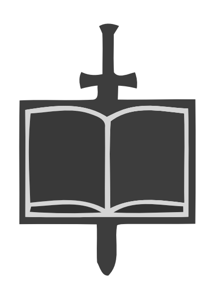
inundando el puente con una luz escarlata y disponiéndose a tragarse al *Martillo de Demonios*.

—¿Qué es eso? —preguntó Haggard.

—La grieta —contestó Erkhar—. Desactivad el piloto automático. Sacaremos esta nave de Drakaasi manualmente.

—Sí, teniente —asintió uno de los fieles que estaba a cargo del control de navegación.

—El Emperador nos mostrará el camino —afirmó Erkhar mientras la grieta en la disformidad desaparecía de la pantalla y la nave encaraba la nebulosa del Ojo del Terror—. No tenemos más que escuchar sus palabras. En nuestras oraciones, en nuestros sueños, ahí es donde encontraremos el camino que nos llevará a la Tierra Prometida.



VEINTISÉIS

El cadáver de Venalitor estaba empalado en una espada. Una de las muchas que conformaban una tela de araña de acero que rodeaba las miles de barracas en las que habitaban los seres más pobres de Vel'Skan. La hoja le había entrado por la espalda y salía por el pecho, perforando la armadura justo encima del impacto del disparo bólter de Alaric.

Aún seguía con vida cuando cayó sobre ella. Con la espina dorsal seccionada, Venalitor ni siquiera pudo retorcerse de dolor. Su propio peso hizo que se deslizara lentamente por la hoja oxidada, haciendo que la agonía se extendiera por todo su cuerpo.

Nadie lo vio morir. Debajo de él se estaba librando una batalla sin cuartel. Un combate que se había convertido en una espiral de violencia en la que millones de seres se aniquilaban los unos a los otros. Era una masacre que se había extendido por toda la ciudad y había conseguido infectar a todo Drakaasi.

Venalitor consiguió girar la cabeza para mirar a un lado. En las afueras de Vel'Skan vio una enorme silueta que ardía sobre un río de sangre. Se trataba de un barco, su barco. El *Hecatombe* se había soltado de los amarres que lo retenían bajo en las entrañas de la ciudad y ahora ardía de proa a popa.

Las runas de protección también estarían ardiendo. El prisionero al que pretendía retener pronto sería libre de nuevo. Venalitor comprendió que debió haberlo matado cuando tuvo ocasión.

Para tratarse de alguien que había dejado de ser hombre hacía siglos, lo último que sintió fue una sensación muy humana.

Venalitor se sintió abatido.

* * *

Alaric contempló como una marea negra se extendía por la ciudad. Los caparazones oscuros de los escaefílidos inundaban cada rincón de Vel'Skan.

Vio a Arguthrax, que luchaba sobre una masa de demonios que avanzaba envuelta en una aureola de fuego y destrucción hacia el palacio de lord Ebondrake. Probablemente, el demonio conseguiría hacerse con el control de la fortaleza del dragón, pero una vez allí se daría cuenta de que el tesoro más preciado que aquellos muros albergaban había desaparecido.

También vio a lord Ebondrake sobre el pináculo de un gigantesco templo, tratando de contener a una horda de ciudadanos que se habían unido en un ejército espontáneo para acabar con el señor más poderoso de Drakaasi. Ebondrake lanzaba una lengua de fuego tras otra, incinerando a docenas de ellos con cada llamarada oscura. Pero, simplemente, eran demasiados; le habían prendido fuego a los cimientos del templo y en aquel momento comenzaban a trepar por las gigantescas columnas. Pronto aquella estructura se derrumbaría, y lord Ebondrake habría desaparecido para siempre.

Escenas similares se repetían por toda la ciudad. Las calles eran como ríos de fuego, los edificios en llamas eran velas ceremoniales. Aquella batalla era como una enfermedad que había infectado cada rincón de Vel'Skan.

Alaric apartó la vista. No había nada que pudiera hacer para acelerar la destrucción de la ciudad. Accionó los mandos de la lanzadera para que comenzara a ascender y puso los motores a máxima potencia hasta alcanzar

la velocidad orbital. Echó un vistazo al indicador del nivel de combustible. Gran parte del promethium que había en los depósitos se había evaporado a lo largo de los muchos siglos que la nave había permanecido latente, pero aún quedaba suficiente para escapar de la órbita de Drakaasi, y quizá llegar a algún lugar en el que la Inquisición pudiera dar con él. Aquélla era la razón por la que había abandonado el *Martillo de Demonios*. Incluso aunque la Tierra Prometida de la que hablaba Erkhar fuera real, en ella no había sitio para Alaric. Aún no.

Los remolinos de la atmósfera de Drakaasi dejaron paso al vacío infecto del Ojo del Terror. Aquél no era un buen lugar en el que moverse a la deriva, pero aun así era más seguro que el planeta del que acababa de escapar. Alaric podría sobrevivir durante años si entraba en estado de hibernación. Su cerebro se apagaría y únicamente mantendría activos los procesos vitales más básicos. Después de lo que había vivido en Drakaasi le vendrían bien unos cuantos años para poder pensar.

Mientras Alaric ponía en funcionamiento el motor principal, una explosión anaranjada cubrió casi por completo la ciudad de Vel'Skan. Era el templo de Ebondrake, que por fin se había derrumbado envuelto en una bola de fuego. Probablemente, a esas alturas Ebondrake ya estaría muerto.

Alaric se dio cuenta de que aquella certeza no le producía la más mínima satisfacción. Las sacudidas de las capas altas de la atmósfera dejaron de agitar la nave, y Alaric abandonó Drakaasi para siempre.

* * *

Raezazel el Malicioso lamió la sangre que corría por el rostro sin vida de Dorvas.

A su alrededor yacían cientos de soldados de Elathran. La cubierta del *Martillo de Demonios* estaba repleta de cuerpos destrozados y ensangrentados. Había caído sobre ellos como un huracán. Sus pobres

mentes, llenas de determinación durante un breve instante, fueron invadidas por el terror y silenciadas por el inmenso poder del demonio.

Se deslizó por los diferentes corredores y cubiertas de la nave. Aquel lugar le resultaba tan familiar como cualquiera de sus múltiples formas. Era como un armazón que se adaptaba perfectamente a él: las capillas y las inscripciones grabadas por unos fieles que nunca llegaron a entender que estaban realizando la voluntad del Caos; la propia estructura de la nave, en sí misma una plegaria entonada en honor al Dios de la Mentira; y el olor y el sabor del engaño.

El *Hecatombe* se había consumido entre las llamas. Las runas de protección de su prisión flotante habían ardido. Raezazel consiguió escapar. Venalitor lo había castigado con crueldad durante siglos, pero Raezazel seguía siendo un demonio, una criatura de la disformidad, y aún era muy peligroso. Había derramado sangre por las calles de Vel'Skan, divirtiéndose con la masacre que se había apoderado de la ciudad. Hasta que finalmente encontró el *Martillo de Demonios* tal y como había quedado incrustado en aquel gigantesco cráneo. Conseguir entrar fue muy sencillo, aunque acabar con los soldados de Hathran le llevó más tiempo del que esperaba. Había perdido mucha práctica, pero se sentía pletórico al ser libre de nuevo, y disfrutó matándolos a todos.

Raezazel se abrió paso hasta el puente de mando. A medida que avanzaba, algunos soldados intentaban detenerlo, pero sus ojos quedaban paralizados de terror cuando les atravesaba el estómago con sus tentáculos, o los descuartizaba con las cuchillas doradas que salían de su cuerpo. A algunos les absorbió el alma, dejando tan sólo un caparazón vacío como la piel vieja de algún reptil. Otros murieron fundidos con los muros dorados de la nave o con las entrañas diseminadas por el suelo.

Raezazel volvía a ser poderoso. Era libre de nuevo. Una de sus muchas formas había muerto, pero cien más habían cobrado vida. Se sentía pictórico. Era la mentira que había cobrado forma.

El puente se mostraba ante él. Raezazel fundió la escotilla convirtiéndola en una masa de oro líquido. Dentro encontró la colección de almas más hermosa que había visto en siglos.

Eran creyentes.

Podía notar el olor de su fe. Creían en una religión que había nacido de las cenizas del propio rebaño de Raezazel, de fragmentos de textos sagrados y de recuerdos distorsionados de una peregrinación. Nunca tantos creyentes habían surgido de una mentira.

Raezazel dejó salir una carcajada. Qué visión tan maravillosa. Sin ni siquiera haberlo deseado, la burla de su primer rebaño de peregrinos había dado lugar a una nueva camada de fieles engañados.

El demonio accedió al puente. Había adoptado la forma de una pesadilla.

* * *

Erkhar cogió la pistola automática que había escondido bajo el puesto de control. Ni siquiera se preocupó de apuntar. El demonio que bullía sobre el puente era lo suficientemente grande como para que cualquier disparo diera en el blanco.

En pocos segundos vació más de medio cargador. Los gritos y la sangre se habían apoderado del puente. Hoygens desapareció envuelto en la masa azul y dorada del demonio.

Habían estado muy cerca. Habían conseguido escapar de Drakaasi y de todos sus horrores. Y ahora aquello.

Al menos habían podido saborear la esencia de lo que significaba ser libre. Eso era lo que Erkhar se repetía a sí mismo mientras unos tendones convertidos en hojas afiladas le seccionaban el brazo y le desgarraban el estómago.

El demonio lo levantó sobre el púlpito. La pistola cayó al suelo. La mano que la sostenía había sido cercenada por una hoja dorada. Miró a la maraña de ojos y bocas que se abrían ante él. En aquel mismo instante supo instintivamente que aquel demonio era Raezazel el Malicioso.

Erkhar profirió un grito desafiante. Cien bocas lo devoraron a la vez.

* * *

Raezazel absorbió el alma del fiel que estaba encargado de la navegación, extrayendo la materia insustancial del espíritu del caparazón carnoso que la contenía. Algunos de los peregrinos intentaban huir, o incluso luchar. Los pocos que osaban atacarlo lo entretenían sobremanera, arrojándole desesperadamente cualquier cosa que pudieran encontrar. Un par de ellos tenían armas de fuego que habían sacado de la armería de la nave. Raezazel convirtió en líquido el suelo que los rodeaba, dejándolos hundidos hasta la cintura en una masa de oro fundido, y retorciéndose de dolor mientras sus entrañas eran abrasadas.

El *Martillo de Demonios* era una nave excepcional. Cuando hubiera acabado con todos los tripulantes del puente, la utilizaría para llegar hasta un nuevo mundo. Y allí empezaría de nuevo. Encontraría un planeta lleno de fieles ignorantes y desesperados y él les daría un profeta. Tzeentch por fin tendría lo que más deseaba.

Raezazel absorbió los recuerdos de un hombre llamado Hoygens. Contempló escenas de una vida de miedo y horror coronada por una deliciosa negación de su propia fe.

Estaba tan extasiado disfrutando con la mente de Hoygens que no se percató de que el último superviviente que quedaba en la nave había cogido una pistola automática.

* * *

Haggard arrancó la pistola de la mano sin vida de Erkhar. Se apoyó sobre el timón de navegación justo cuando Raezazel inundaba con todo su horror el puente de mando. El último de los fieles que quedaban con vida desapareció bajo su masa dorada. Haggard sabía que todos los tripulantes de la nave

habían muerto. Era imposible escapar de Drakaasi. Ninguno de ellos sobreviviría.

Finalmente, comprendió que sobrevivir no era suficiente.

Cientos de ojos se posaron amenazantes sobre él. Haggard se quedó paralizado. Aquella era la visión más terrible que jamás había experimentado. Una masa de carne azulada salpicada de hojas doradas que refulgían bajo la luz del puente.

—¿Dónde…? —acertó a musitar—. ¿Dónde están mis amigos? ¿Los has matado a todos?

—Por supuesto —contestó Raezazel con un centenar de voces a la vez.

—Bien —dijo Haggard. El cirujano golpeó con la culata de la pistola el timón de navegación.

El sistema anuló las últimas coordenadas introducidas en el cogitador. El *Martillo de Demonios* retomó el rumbo anterior, el rumbo a la Tierra Prometida.

Haggard vació el resto del cargador sobre el sistema de navegación. Los controles explotaron envueltos en una nube de chispas y llamas azules. Acto seguido, se desplomó sobre el suelo manchado con la sangre de los fieles.

Raezazel el Malicioso miró a la pantalla. El *Martillo de Demonios* había variado el rumbo. Las estrellas desaparecieron del monitor para dejar paso a un fisura rojiza abierta en la noche del espacio. Era la grieta, la puerta de la disformidad a la que Raezazel había prometido enviar las almas de Tzeentch.

Los cientos de ojos del demonio se abrieron de par en par, dominados por algo similar al miedo.

Raezazel apartó a Haggard del timón, pero los controles estaban destrozados. El reino de Raezazel estaba en el interior de la mente humana. Las máquinas no eran más que simples herramientas, inútiles amasijos de metal. No podía reconfigurar los cogitadores de la nave como si fueran los recuerdos de una de sus víctimas.

Un gigantesco ojo dorado se abrió en la grieta.

Los motores principales del *Martillo de Demonios* funcionaban a máxima potencia, empujando a la nave hacia aquella fisura. La imagen del

monitor se hacía cada vez más y más grande. El enorme ojo que no parpadeaba hizo que Raezazel se quedara paralizado.

—Raezazel —dijo una voz nacida en la disformidad—. ME PROMETISTE ALMAS. ME PROMETISTE FIELES. Y HAS FRACASADO.

Durante aquellos últimos instantes, Raezazel gritó de terror. Haggard soltó una carcajada.

* * *

Desde la cabina de la lanzadera, Alaric contempló cómo el *Martillo de Demonios* cambiaba de rumbo. Los motores dejaron una larguísima estela sobre la oscuridad del espacio. La nave se dirigía hacia un trazo rojizo que Alaric supuso que sería la grieta en la disformidad, el destino anhelado por los fieles de Raezazel.

No le quedaba ninguna duda de que todo aquel que fuera en aquella nave estaba condenado: Dorvas y los valerosos soldados de la caballería acorazada de Hathran, a quienes Alaric había vuelto a abandonar; Erkhar, el teniente cuya fe le había permitido mantener la cordura cuando hombres como Gearth habían sucumbido ante la locura y traicionado a sus almas; y Haggard, el único amigo que Alaric tuvo en Drakaasi.

Intentó sentir algo de tristeza por todos ellos. Trató de sentir el peso de todas aquellas muertes sobre su conciencia. Pero estaba exhausto, ya no podía sentir nada.

El caballero gris se reclinó sobre el asiento gravitacional de la lanzadera. Las constelaciones del Ojo del Terror brillaban ante él en toda su infinita complejidad, inconquistables y eternas.

Deseaba dormir. Dejó que su mente descansara en el velo de la hibernación. Las estrellas se apagaron.

* * *

Alaric permaneció en animación suspendida durante más de siete meses.

El nódulo catalepsiano que tenía en el cerebro desconectó todas las funciones excepto la respiración y los latidos del corazón. Cada pocas semanas despertaba para consumir parte de la escasa comida que había en las reservas de la lanzadera y para evitar que sus enormes músculos se atrofiaran. Siempre le resultaba agradable regresar al estado de hibernación, pues en aquel sueño profundo no podía soñar.

Una nave de salvamento que seguía por el espacio a una flota de la Armada Imperial detectó la señal de socorro de la lanzadera. Los tripulantes, pensando que sería una cápsula de lanzamiento de alguna nave de gran tamaño, y que podrían pedir un cuantioso rescate por la tripulación, decidieron atraer la lanzadera. Estaban ansiosos por canjear a los oficiales que habría en el interior por la generosa recompensa que les daría la Armada Imperial. Cuando empezaron a perforar la escotilla de acceso, estaban convencidos de que en el interior encontrarían decenas de oficiales, quizá incluso algún contraalmirante o un comisario de flota, y que aquellos desdichados tripulantes llorarían de alegría al ver a sus rescatadores.

En lugar de eso, lo único que vieron al atravesar la escotilla fue un marine espacial.

No tenían ni la más mínima idea de lo valioso que era aquel pasajero, pero sabían que un astartes era algo tremendamente peligroso. La tripulación se enfrascó en un acalorado debate para decidir si deberían devolver la lanzadera al espacio y dejar que se perdiera a la deriva. El tamaño de aquel marine espacial les hacía pensar que acabaría con las reservas de alimentos de la nave antes de que pudieran regresar a puerto. También había quien estaba a favor de acabar con su vida, pues no cabía duda de que era una especie de monje guerrero dedicado a exterminar malhechores. Alaric puso fin a aquella discusión cerrando de una patada las compuertas de la cubierta de lanzamiento y diciéndoles que los mataría a

todos si no lo llevaban adonde él dijera. La tripulación creyó aquella amenaza.

El destino elegido por Alaric fue la fortaleza inquisitorial de Belsimar.

* * *

El general avanzaba con dificultad por el puente. Durante los últimos meses había perdido muchas de sus extremidades, pero aún podía arrastrar su enorme silueta insectoide por la cresta de la colina. Tenía el abdomen cubierto de cicatrices y la mandíbula destrozada, aunque al menos estaba vivo, y eso era más de lo que se podía decir de todos los señores de Drakaasi. Todos habían caído mientras marchaban a la cabeza de sus ejércitos, enfrascados en un conflicto que había durado semanas. Hasta que, finalmente, todos ellos acabaron muertos y convertidos en pasto de las llamas.

El viejo escaefílido contempló el paisaje a su alrededor. Aelazadne se alzaba en la lejanía. Las enormes torres de cristal estaban resquebrajadas y ennegrecidas como una mandíbula desencajada y agonizante. Diseminados por los valles que formaban las ondulaciones de la llanura había grupos de humanos. Salvajes armados con lanzas hechas de piedra que se atacaban los unos a los otros.

Seguramente, nuevos campeones nacerían en aquellos valles. Nuevos héroes para los Dioses Oscuros. Héroes que contemplarían las gigantescas armas herrumbrosas de Vel'Skan y las montañas cubiertas de cadáveres de Gorgath y desearían emular a aquellos que los habían creado. Tanto el general como la nación escaefílida ya lo habían visto antes.

Pero ahora no había nada. No había orden. No había poder, excepto aquel que un hombre podría reclamar sobre los cuerpos sin vida de sus enemigos.

Más escaefílidos comenzaron a aparecer sobre la cresta de la colina.

Muchos de ellos también estaban heridos, pero ahora todos se habían convertido en veteranos de guerra. Había pasado mucho tiempo desde que los escaefílidos marcharon rumbo a la guerra, y antes de que las bandas de salvajes comenzaran a organizarse de nuevo, su nación regresaría a las profundices de la tierra y esperaría a que todo aquello se repitiera.

Pero entre los escaefílidos también había nuevas criaturas. Enormes seres de pieles verdes. La mayoría de ellos no eran más que animales salvajes, incapaces de sostener un hacha como había que hacerlo, pero algunos tenían la inteligencia suficiente como para poder liderar a sus semejantes. Y entre todos ellos había un orko con una sola oreja y un brillo en los ojos que indicaba que quizá fuera capaz de comprender.

Los escaefílidos y los pielesverdes se reunieron en torno al general, inclinando las hojas de las armas a modo de saludo. El general extendió uno de los miembros que le quedaban para señalar hacia la ciudad humeante y el paisaje herido por la guerra infinita.

—¿Lo veis ahora? —preguntó, alzando la voz en lengua escaefílida—. Caos.

* * *

—Este lugar solía ser un mundo muy agradable —dijo el inquisidor Nyxos.

Apoyó su anciano cuerpo sobre la barandilla del balcón. Miró a su alrededor y se detuvo a contemplar un bosque de tonos marrones y grisáceos. Bandadas de depredadores alados luchaban por encontrar algo de alimento sobre las copas de los árboles. El cielo era de color gris, como si estuviera sucio, y en la lejanía, los ríos que bajaban por las montañas estaban teñidos del color del barro.

—Después de toda una vida de servicio uno podía ganarse un retiro en un lugar como éste. Generales, almirantes, esa clase de gente. Buena caza, las mejores chicas y chicos traídos de todos los rincones del Imperio. Narcóticos y calmantes… Una buena recompensa después de un par de siglos luchando

en las trincheras. —Nyxos se volvió y esbozó una sonrisa—. Supongo que a este planeta no le gustó todo aquello.

Alaric no le devolvió el gesto. No encontraba nada divertido en Belsimar.

Hubo un tiempo en que aquel montón de muros ruinosos, medio devorados por el bosque, fue una gigantesca fortaleza inquisitorial. Pero todo aquello desapareció cuando el propio planeta se volvió en contra de sus habitantes. La torre principal aún se mantenía intacta, con sus bloques de celdas y sus almacenes. Alaric pensó que en aquel momento se mostraba más hermosa que en cualquier época pasada, con sus enormes mosaicos resquebrajados y su imponente arquitectura invadida por la maleza. Hubo un tiempo en el que Belsimar fue un planeta grandioso, sin duda gracias a las tentaciones de los cultos que adoraban el placer, y a la peligrosa naturaleza del conocimiento que llevaron hasta allí a las gentes más notables de todo el Imperio.

—Ha elegido usted un verdadero agujero para reaparecer —dijo Nyxos.

—El único lugar del Ojo que sabía que no estaba asediado —contestó Alaric—. De hecho, me sorprende haber sido capaz de recordarlo.

Alaric supo que había un asentamiento inquisitorial en Belsimar gracias a un inquisidor bajo cuyo mando estuvo asignado antes de convertirse en juez. Probablemente, aquel inquisidor estaría ahora en algún lugar del Ojo, intentando detener la marea del Caos.

—Lo que a mí me sorprende es que haya conseguido sobrevivir.

—Hualvarn ha muerto.

—Al igual que Thane, pero Dvorn y Visical consiguieron salir de allí.

—¿Dvorn y Visical están vivos? —Por primera vez en mucho tiempo Alaric sintió algo parecido al alivio. Pensaba que él era el único que quedaba.

—Consiguieron llegar a una refinería y escapar en el último contenedor que salió del planeta. Dvorn ha sido asignado a la escuadra de exterminadores del hermano capitán Stern. Visical está en Agripina, a las órdenes del inquisidor Deskanel. Me temo que no tengo ni la menor idea de cómo les va. Las cosas están muy confusas en el Ojo del Terror.

—Pero a pesar de todo han conseguido encontrarme.

—Para eso están los amigos, juez.

Nyxos se sentó en el banco de piedra, junto a Alaric. Aquella estancia había sido una sala de baile en otro tiempo. Había unos enormes ventanales que se abrían sobre la balconada y que miraban sobre un paisaje que una vez fue grandioso. Ahora, una decoración decrépita y un foso de orquesta lleno de hojas muertas eran lo único que quedaba de aquella vieja opulencia.

—Ya he leído el informe preliminar —dijo Nyxos.

—El definitivo tardará aún un tiempo.

—No es algo que corra demasiada prisa. —Nyxos levantó la vista al oír unos pasos que descendían por la escalinata—. ¡Ah, Hawkespur!

La última vez que Alaric vio a la interrogadora Hawkespur pensó que no llegaría a sobrevivir, y a juzgar por su aspecto actual debió de haber estado muy cerca de la muerte. Tenía la parte inferior del rostro llena de marcas y de quemaduras químicas, causadas por la polución que había inhalado en Chaeroneia. Le habían sustituido la mayor parte de la garganta por una unidad de respiración. Aún vestía el uniforme de la Armada, pero estaba totalmente desprovisto de insignias. Llevaba un instrumento muy pesado que parecía diseñado para hacer orificios.

—Ya está listo, señor —dijo con una voz seca y metálica.

—¿Funcionará? —preguntó Nyxos.

—Ha sido probado en los prisioneros de Subiaco con excelentes resultados —contestó Hawkespur.

—En ese caso, adelante, interrogadora.

Hawkespur se colocó detrás de Alaric. Aun estando el caballero gris sentado, la interrogadora tuvo que levantar la máquina casi hasta la altura de los ojos. Unas tenazas apretaron con fuerza el Collar de Khorne que Alaric tenía en el cuello. Un destello ardiente recorrió la nuca del caballero gris. Las pinzas se abrieron de nuevo y Alaric sintió un tremendo dolor y una fuerte presión en el cuello. El metal chirrió, y después produjo un sonido agudo mientras las hojas de aquel artefacto lo atravesaban.

Las dos mitades del Collar de Khorne cayeron al suelo con un estruendo metálico.

Alaric inspiró profundamente. Vio el fantasma de Belsimar, la imagen de un hermoso planeta que refulgía sobre un paisaje lúgubre. Acto seguido,

aquella visión desapareció, sustituida por una consciencia renovada y alerta. Alaric oyó el eco del lamento de Belsimar, y el dolor de la guerra en las estrellas que brillaban sobre aquel planeta.

—¿Ha funcionado? —preguntó Nyxos.

—Sí —asintió Alaric, sintiendo un leve estremecimiento en su propia voz—. Vuelvo a ser yo mismo.

—En pocos días estará totalmente recuperado —le aseguró Nyxos—. La desorientación que siente en estos momentos es algo normal. —Acto seguido propinó un puntapié a los restos del collar que había en el suelo—. Deshágase de esto.

Hawkespur recogió las dos mitades del collar con unas pinzas santificadas y abandonó la estancia.

—Me alegro de ver que sigue viva —dijo Alaric cuando la interrogadora se hubo marchado. El caballero gris se tocó las llagas que el collar le había dejado alrededor del cuello.

—Probablemente, ella piense lo mismo de usted —contestó Alaric—. Ese sentimiento resultaría bastante apropiado. Siento decir que durante mucho tiempo lo hemos dado por muerto, Alaric. Cuando descubrimos quién había atacado Sarthis Majoris, nos temimos lo peor. Que el Emperador me perdone, pero en aquel momento deseé que hubiera muerto en el campo de batalla.

—Quizá… —balbució Alaric, aún no acostumbrado del todo a su recién recuperada consciencia—. Quizá eso tampoco hubiera sido tan malo.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Nyxos, aunque no parecía muy sorprendido de oír esas palabras—. No hay muchos caballeros grises en la galaxia, ¿qué tendría de bueno perder a uno de los mejores?

—He tenido que hacer cosas terribles para sobrevivir —contestó Alaric —. Hice que los señores de Drakaasi se volvieran los unos contra los otros, tal y como haría un cultista para desatar una rebelión. He tenido que aliarme con herejes y con alienígenas. He enviado a la muerte a mucha gente inocente para conseguir escapar y vengarme. Un caballero gris jamás habría hecho esa clase de cosas. En muchas ocasiones me pregunté si lo correcto no

sería simplemente morir, pero… pero no podía, tenía que sobrevivir. Tenía que conseguirlo, y lo que es más, sabía que sobrevivir no sería suficiente.

—¿Acaso teme a la corrupción, juez? —preguntó Nyxos.

—Sí, más que a nada, y ahora sé muy bien lo que significa tener miedo.

Nyxos sonrió de nuevo. Era un hombre muy anciano, debía de tener cientos de años, e incluso para ser un inquisidor había conseguido engañar a la muerte durante mucho tiempo. Probablemente habría visto todas y cada una de las formas que la corrupción era capaz de adoptar, pero que un caballero gris hubiera sucumbido sería demasiado.

—Alaric, hay maneras de purificarse, lo cual no quiere decir que sean sencillas o que no sean dolorosas, pero hay maneras. Nosotros las conocemos.

—¿Podré volver a luchar como caballero gris?

—Esa es una cuestión sumamente interesante. Los Caballeros Grises no sólo pueden servir de un único modo, y tratándose de usted seguro que hay muchos más. Usted tiene imaginación, Alaric, dedicación, y también creatividad. ¿Cuántos caballeros grises cree que habrían sobrevivido en Drakaasi? Y lo que es más, ¿cuántos cree que se hubieran parado a pensar si lo que hacían era o no lo correcto?

—Probablemente, no muchos —contestó Alaric.

—Eso es algo de lo que sentirse orgulloso. Otra de las muchas armas que el Emperador puede blandir. Tengo autoridad para enviarlo de vuelta a las salas de entrenamiento de Titán, en el caso de que sea ahí donde le resulte más útil al Imperio. Pero la situación en el Ojo del Terror es verdaderamente nefasta, y necesitamos algo más que simples soldados, aunque éstos sean caballeros grises. —Nyxos pasó con delicadeza las manos sobre sus ropajes oscuros y acto seguido se levantó—. Nuestra lanzadera despegará dentro de dos horas, rece un poco y concédase un descanso. Piense en lo que puede hacer por el Emperador y no en los pecados que haya cometido en el pasado. Tengo planes muy especiales para usted, juez Alaric. Le sorprendería saber lo que un hombre con sus habilidades puede alcanzar, aunque seguro que a nadie en Drakaasi le queda ninguna duda al respecto. —Nyxos se dio

la vuelta para dirigirse a los niveles inferiores de la torre, donde se encontraba el hangar.

Alaric movió la cabeza al sentir como el ojo psíquico que había en su interior parpadeaba por culpa del súbito resplandor. Se alegró de que hubiera permanecido cerrado mientras estuvo en Drakaasi. La fealdad intrínseca de aquel lugar le habría resultado insoportable.

Pensó en Hualvarn y en Erkhar, y en los soldados de Hathran, y en el *Martillo de Demonios*. Pensó en Raezazel, en Ebondrake y en Arguthrax. Vio los ojos de Venalitor mientras se precipitaba al vacío, la expresión de horror que se apoderó de su rostro cuando se dio cuenta de que había fracasado. Pensar y revivir todo aquello una y otra vez no cambiaría nada.

Alaric juntó las manos frente a su pecho y comenzó a rezar.

—Yo soy el marrillo —susurró—. Soy la punta de su lanza. Soy el guante que protege su mano…